

The Project Gutenberg EBook of El Mar, by Jules Michelet

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: El Mar

Author: Jules Michelet

Release Date: August 12, 2008 [EBook #26284]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK EL MAR \*\*  
\*

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

J. MICHELET

EL MAR

BUENOS AIRES

1909

Imp. y estereotipia de LA NACION--Buenos Aires.

[Nota del transcriptor: la ortografía del original no ha sido actualizada.]

INDICE

LIBRO PRIMERO.--OJEADA A LOS MARES

Caps.

I.--El mar desde la playa

II.--Playas, arenales y costas bravas

III.--Continuación.--Playas, arenales y costas bravas

IV.--Círculo de las aguas, círculo de fuego.--Ríos del mar

V.--El pulso del mar

VI.--Las tempestades

VII.--La tempestad del mes de octubre de 1859

VIII.--Los faros

## LIBRO SEGUNDO.--GÉNESIS DEL MAR

I.--Fecundidad

II.--El mar de leche

III.--El átomo

IV.--Flor de sangre

V.--Los fabricantes de mundos

VI.--Hija de los mares

VII.--El picapedrero

VIII.--Conchas, nácar, perla

IX.--El ladrón de los mares (pulpo, etc.)

X.--Crustáceos.--La guerra y la intriga

XI.--Los peces

XII.--La ballena

XIII.--Las sirenas

## LIBRO TERCERO.--CONQUISTA DEL MAR

I.--El arpón

II.--Descubrimiento de los tres Océanos

III.--La ley de las tempestades

IV.--Los mares polares

V.--Guerra á las razas marinas

VI.--El derecho del mar

LIBRO CUARTO.--RENACIMIENTO POR EL MAR

I.--Origen de los baños de mar

II.--Elección de playa

III.--La habitación

IV.--Primera aspiración del mar

V.--Baños.--La belleza renace

VI.--Renacimiento del alma y de la fraternidad

VII.--«Vita nuova» de las naciones

NOTAS

LIBRO PRIMERO

OJEADA A LOS MARES

I

El mar desde la playa.

Un intrépido marino holandés, vigoroso y frío observador, cuyos días se deslizan en el inmenso Océano, confiesa con franqueza que la primera

impresión que se recibe al contemplarlo, es de miedo. Para todo ser terrestre es el agua el elemento no respirable, el elemento de la asfixia. Barrera fatal, eterna, que separa irremediablemente ambos mundos. No nos sorprende, pues, que la gran masa de agua denominada mar, desconocida y tenebrosa en su profundo espesor, se haya aparecido siempre formidable á la humana imaginación.

Los orientales sólo ven en ella la amarga sima, la noche del abismo. En todos los idiomas antiguos, desde la India hasta la Irlanda, el nombre de mar es sinónimo de «desierto, noche».

¡Qué triste es ver, al caer de la tarde, el sol, al egría del mundo y padre de todo lo criado, ir desapareciendo, eclipsarse entre las ondas! Es el cotidiano duelo del Universo, particularmente del Oeste. En vano es que todos los días presenciemos el mismo espectáculo; siempre ejerce en nosotros igual influjo, idéntico efecto melancólico.

Si nos sumimos en el mar á cierta profundidad, no tardamos en vernos privados de luz: se penetra en un crepúsculo do sólo persiste un color, el rojo siniestro; y aun al poco rato este color desaparece y sobreviene la negra noche. ¡Qué obscuridad tan absoluta, exceptuando tal vez algunos accidentes de horrorosa fosforescencia! Aquella masa, inmensa en extensión, enormemente profunda, que se extiende por la mayor parte del orbe, parece un mundo de tinieblas. He aquí lo que

sobresaltó, lo que  
intimidó á los primeros hombres. Suponían que se ac  
aba la vida donde  
falta la luz, y que, á excepción de las primeras ca  
pas, todo el espesor  
insondable, el fondo (dado caso que tenga fondo el  
abismo), era una  
negra soledad, nada más que árida arena y guijarros  
, y algunas osamentas  
y despojos, es decir, el sinnúmero de bienes perdid  
os de que el avaro  
elemento se apodera sin devolver ni la más pequeña  
partícula de ellos,  
escondiéndolos cuidadosamente en el palacio destina  
do á guardar los  
tesoros de los naufragios.

La transparencia del mar ciertamente que no contrib  
uye á infundirnos  
ánimo. No puede compararse, ni con mucho, á la tran  
quilizadora linfa de  
los manantiales y de las fuentes. Aquélla es opaca  
y ruda: sacude con  
fuerza. El que se aventura en ella, siéntese levant  
ado impetuosamente.  
Cierto que presta auxilio al nadador, empero se señ  
orea de él:  
encuétrase éste cual débil niño mecido por poderos  
a mano que fácilmente  
puede reducirlo á la nada.

Una vez desamarrada la barquilla, ¿quién sabe dónde  
puede llevarla una  
ráfaga de viento, la irresistible corriente? Así fu  
é cómo nuestros  
pescadores del Norte, contra su voluntad, descubrie  
ron la América polar  
trayendo de allí las espantosas visiones de la fúne  
bre Groenlandia. Cada  
país tiene sus narraciones, sus cuentos sobre el ma  
r. Hornero, las «Mil  
y una noches», han transmitido buen número de esas

tradiciones  
horrorosas, los escollos y las tempestades, las cal  
mas no menos  
peligrosas en que el navegante muere devorado de se  
d en medio del  
líquido elemento, los comedores de carne humana, lo  
s monstruos, el  
leviatán, el kraken y la gran serpiente de los mare  
s, etc. El nombre  
dado al desierto, «país del miedo», hubiera podido  
aplicarse al gran  
desierto marítimo. Los más atrevidos navegantes, fe  
nicios y  
cartagineses, los árabes conquistadores que intenta  
ron conglobar el  
Universo, atraídos por las relaciones de la tierra  
del oro y de las  
Hespérides, pasan el Mediterráneo, lánzanse á travé  
s del Grande Océano;  
mas, pronto se detienen: el límite sombrío, cubiert  
o eternamente de  
nubes, que se encuentra antes de llegar al Ecuador,  
les impone respeto.  
Suspenden su marcha, diciendo: «Este es el \_mar Ten  
ebroso\_». Y ponen las  
proas de sus naves en dirección á su país.

«Sería cometer una impiedad el violar ese santuario  
. ¡Desdichado de  
aquel que se vea hostigado por tan sacrílega curios  
idad! En las  
postreras islas apareció un coloso, un rostro amena  
zador gritando: «No  
paséis más allá.»

\* \* \*

Estos temores, un tanto infantiles, del mundo antig  
uo, son idénticos á  
las emociones del novato, de la persona sencilla qu  
e, procedente de  
tierra adentro, divisa el mar por vez primera. Pued

e decirse que todo  
ser que experimenta esa sorpresa, siente la misma i  
mpresión. Los  
animales se turban visiblemente á su vista. Hasta d  
urante el reflujo,  
cuando lánguida y benigna se desliza el agua muelle  
mente por la orilla,  
el caballo no está sereno: tiembla, y á menudo no q  
uiere vadear el  
tranquilo elemento. El perro retrocede y ladra, inj  
uriando á su manera  
la onda que le causa miedo, y nunca se reconcilia c  
on el dudoso elemento  
que más bien le parece hostil. Cuenta un viajero qu  
e los perros del  
Kamtschatka, acostumbrados á dicho espectáculo, se  
sobrecogen é irritan  
lo mismo: á manadas, por millares, en el transcurso  
de la noche, ladran  
á las mugientes olas y rivalizan en furor con el em  
bravecido Océano del  
Norte.

\* \* \*

La introducción natural, el vestíbulo del Océano pa  
ra prepararse á  
conocerlo como es debido, es la melancólica corrien  
te de los ríos del  
Noroeste, los dilatados arenales del Mediodía ó las  
landas de la  
Bretaña. Cualquiera que por una de estas tres vías  
se dirija al mar,  
quedará muy sorprendido de la región intermedia que  
lo anuncia. A lo  
largo de esos ríos divísase una ola infinita de jun  
cos, de salcedas, de  
plantas diversas, las cuales, por los grados de las  
aguas que con ellas  
se mezclan convirtiéndose paulatinamente en salobre  
s, acaban por hacerse  
plantas marinas. En las landas, preséntase antes de



l mar otro mar de  
hierbas duras y de corto tallo, helechos y matorral  
es. Una ó dos leguas  
distante de él empezaráis á ver árboles raquíuticos,  
pobres, ceñudos, que  
indican á su modo por medio de posturas, iba á deci  
r con sus gestos  
originales, la proximidad del gran tirano y la opre  
sión de su soplo. Si  
no estuvieran arraigados á la tierra, indudablement  
e abandonarían á toda  
prisa aquel sitio: yacen semicaídos, de espaldas al  
enemigo común, cual  
si se dispusieran á partir, derrotados, desgredados  
. Se doblan, se  
encorvan hasta el suelo, y, no encontrando nada mej  
or que hacer, fijos  
en aquel sitio, tuércense al viento de las tempesta  
des. En otros sitios,  
el tronco disminuye y extiende indefinidamente sus  
ramas en sentido  
horizontal. En la playa, donde las disueltas concha  
s levantan un polvo  
muy fino, el árbol vese invadido, tragado por él. C  
iérranse sus poros,  
le falta aire respirable; siéntese ahogado, empero  
conserva su forma y  
queda árbol de piedra, espectro de árbol, sombra lú  
gubre sin fuerzas  
para desaparecer, cautiva en la muerte misma.

Mucho antes de vislumbrarse el mar, se oye y se adi  
vina el temible  
elemento. Primero un rumor lejano, sordo y uniforme  
. Poco á poco cesan  
todos los ruidos dominados por aquél. No tarda en n  
otarse la solemne  
alternativa, la vuelta invariable de la misma nota,  
fuerte y profunda,  
que corre más y más, y brama. Es menos regular que  
la oscilación del  
péndulo que nos señala las horas de nuestra existen

cia: empero aquí el  
balancín no tiene la monotonía de las cosas mecánicas; se siente, créese  
sentir la vibrante entonación de la vida. En efecto  
; al subir la marea,  
cuando la ola se empuja sobre la ola, inmensa, eléctrica, júntase al  
tempestuoso mugido de las aguas la estrepitosa algazara de las conchas y  
de los mil seres diversos que consigo arrastra. Llegue el reflujo; un  
zumbido indica que con las arenas se lleva el mar todo ese mundo de  
fieles tribus, y las recoge en su seno.

¡Cuántos tonos no tiene á más de los descritos! Por poco que esté  
conmovido, sus ayes y hondos suspiros contrastan con el silencio de la  
monótona playa. Parece como que se abstraer para oír las amenazas del que  
ayer le halagaba con acariciadora ola. ¿Qué va á decirle dentro de  
poco? No quiero preverlo siquiera. No intento hablar ahora de los  
espantosos conciertos que tal vez prepara, de sus diálogos con las rocas, de  
los alaridos y sordos truenos que produce en el fondo de las cavernas,  
ni de la sorprendente gritería en que se juraría oír: ¡Socorro!... No;  
escogeremos uno de sus días graves, en que usa de su fuerza sin  
violencia.

\* \* \*

No debe sorprendernos si el niño y el ignorante ven siempre embargados  
por un estupor admirativo y más temerosos que alegres ante esa esfinge.  
Nosotros mismos, bajo muchos conceptos, la consider

amos aún como un  
enigma.

¿Cuál es su extensión real? Mayor que la de la tierra: he aquí lo que es  
dado afirmar con más exactitud. Sobre la superficie  
del globo el agua es  
lo general, la tierra una excepción. ¿Y su proporción  
relativa? El agua  
constituye las cuatro quintas partes, esto es lo más  
probable; otros han  
asegurado que las dos terceras ó las tres cuartas p  
artes. Problema  
difícil de resolver. La tierra se ensancha y decrec  
e; su acción no cesa:  
una porción baja, otra sube. Ciertas comarcas polar  
es descubiertas y  
anotadas por el navegante, han desaparecido al pasa  
r otra vez éste por  
el mismo sitio. Por otro lado fórmanse y se levanta  
n innumerables islas,  
bancos inmensos de madréporas y corales, turbando l  
a geografía.

La profundidad de los mares es más desconocida aún  
que su extensión.  
Apenas han sido hechos los primeros sondeos, pocos  
en número é  
incierto.

Las insignificantes libertades, dado nuestro atrevi  
miento, que nos  
tomamos á la superficie del indomable elemento, nue  
stra audacia en  
correr sobre ese profundo desconocido, poco valen y  
en nada pueden  
menguar el legítimo orgullo del mar. En realidad és  
te permanece oculto,  
impenetrable á nuestras miradas. Adivínase y sábase  
hasta cierto punto  
que un mundo prodigioso de vida, de combate y de am  
or, de producciones

variadísimas pulula allí; empero apenas hemos penetrado en él, nos apresuramos á abandonar ese extraño elemento; y si nosotros necesitamos del mar, en cambio el mar no nos necesita á nosotros para nada. Puede pasar muy bien sin el hombre. A la Naturaleza parece no le importa gran cosa ese testigo: Dios es el único que se encuentra allí como en su casa.

El elemento que llamamos flúido, movible, caprichoso, en realidad no cambia: es la regularidad misma. Lo que continuamente cambia es el hombre. Su cuerpo (cuyas cuatro quintas partes son agua, según Berzelius) mañana se evaporará. Esa efímera aparición, en presencia de los grandes poderes inmutables de la Naturaleza, hace muy bien en vivir de ensueños. Por muy justa que sea la idea que tiene de la inmortalidad del alma, no por eso se aflige menos el hombre ante el espectáculo de esas muertes frecuentes, de las crisis que á cada momento quiebran la vida. El mar parece hacer gala de ese triunfo. Cada vez que á él nos acercamos, parece decirnos desde el fondo de su inmutabilidad: «Mañana tú dejarás de ser, y yo soy eterno. Tus huesos reposarán bajo la tierra, disolveránse al transcurso de los siglos, y yo existiré aún, majestuoso, indiferente, equilibrada la grande vida que me armoniza á la vida de los mundos lejanos.»

Contraste humillante que se revela con dureza y como irrisoriamente para

nosotros, sobre todo en las playas bravías, donde el mar arranca á los derrumbaderos guijarros que vuelve á lanzarles, que vuelve á traer dos veces al día, arrastrándolos con siniestro estrépito cual si fuesen cadenas ó metralla. Toda imaginación juvenil ve en esto el símbolo de la guerra, un combate, y empieza por acobardarse. Luego, notando que aquel furor tiene límites ó se detiene, el niño, tranquilizado ya, detesta más bien que teme la cosa salvaje al parecer enemistada con él. A su vez arroja guijarros al gran enemigo mugiente.

En julio de 1831 me entretuve en observar ese duelo en el puerto del Havre. Un niño que llevaba á mi lado, al verse frente á frente con el mar sintió enardecerse su ánimo juvenil é indignóse de aquel desafío. El mar devolvió estocada por estocada. Lucha desigual que movía á risa, entre la mano delicada de la frágil criatura y la espantosa fuerza que tampoco se curaba de la debilidad del contrario. Mas, la risa desaparecía de los labios al pensar en lo efímera de la existencia del ser amado, y en su impotencia á presencia de la infatigable eternidad que nos arrebató. Tal fué una de mis primeras miradas hacia el mar. Tales mis ensueños empañados por el exacto augurio que me inspiraba ese combate entre el mar que veo cuando quiero, y el niño que para siempre ha desaparecido de mi vista.

## II

Playas, arenales y costas bravas.

Por doquiera puede verse el Océano; siempre se presentará imponente y temible. Así se ostenta alrededor de los cabos que miran en todas direcciones; así, y en ocasiones más terrible, en los sitios vastos, pero circunscriptos, en que el marco de las orillas le molesta y le indigna, donde penetra violentamente acompañado de corrientes rápidas que á menudo chocan contra los escollos. No se percibe el infinito, empero se siente, se oye, se le adivina así, siendo más profunda la impresión que con ello causa.

Esto me sucedió en Granville, playa tumultuosa de gran oleaje y mucho viento donde termina la Normandía y comienza la Bretaña. La belleza lujuriosa y agradable, á veces vulgar, de la linda campiña normanda, desaparece, y por Granville, por el peligroso Saint-Michel-en-Grève, se pasa de un mundo á otro. Granville es de raza normanda, pero bretón en su fisonomía. Oponen fieramente su roca al asalto terrorífico de las olas, que traen unas veces del Norte los discordantes furiosos de las corrientes de la Mancha, y otras vienen del Oeste engrosándose en su vertiginosa carrera de mil leguas, azotando con toda la fuerza acumulada del Atlántico.

Me era querido aquel pueblecillo original y un poco triste que vive de la grande pesca rodeada de peligros. La familia sabe que obtiene el sustento de las casualidades de esa lotería, de la vida, de la muerte del hombre. Esto presta una seriedad armónica al carácter severo de dicha costa en todas las cosas. Con frecuencia disfruté allí la melancolía de la noche, ya me paseara por los oscuros arenales, ya desde lo alto de la población que corona la roca me entretuviera viendo esconderse el rey de los astros detrás del horizonte un tanto nebuloso. Su enorme mapamundi, rayado fuertemente y con frecuencia de negro y rojo, se abismaba sin detenerse á producir en el cielo los caprichos, los paisajes de luz con que en otras partes suele alegrar la vista. En agosto ya había entrado el otoño: no existía el crepúsculo. Apenas desaparecido el sol, refrescaba la brisa, corrían las olas rápidas, verdes y sombrías. Casi no se veía otra cosa que algunas sombras femeninas envueltas en sus capas negras forradas de blanco. Los carneros retardados en los pobres pastos de la explanada, que se eleva ochenta ó cien pies sobre la playa, entristecían el espacio con sus balidos.

La parte alta del pueblo, asaz reducida, tiene la cara que mira al Norte edificada á pico en el borde del abismo, negra, fría, azotada eternamente por el viento, de frente al Grande Océano. Allí sólo se ven

miseras viviendas. Fuí conducido al hogar de un buen hombre que se ganaba el sustento fabricando cuadros de conchas: habiendo subido por una semiescala hasta un cuartito oscuro, apercibí, encuadrado en la estrecha ventana, aquel panorama trágico, panorama que me sorprendió tanto como en Suiza la vista del ventisquero de Grindelwald tomada asimismo desde una ventana.

El ventisquero me representó un monstruo enorme de hielos puntiagudos que avanzaban á mi encuentro; ese mar de Granville, un ejército de olas enemigas que concurrían acordes al asalto.

Mi huésped no era viejo, pero sí achacoso, enfermo. A pesar de que estábamos en agosto tenía cerrada la ventana. Inspeccionando sus obras y charlando, noté que su cabeza no estaba muy firme: la había desarreglado un asunto de familia. Su hermano pereciera en aquella playa que contemplábamos los dos, en una aventura cruel. El mar se le presentaba siniestro, le parecía que alimentaba cierta inquina contra él. Durante el invierno complacíase en flagelar su ventana con copos de nieve ó vientos helados, siendo causa de que no pudiese pegar los ojos. En las interminables noches invernales azotaba sin tregua ni descanso la roca do estaba asentada su vivienda; en verano ofrecíale huracanes inconmensurables, relámpagos de un mundo al otro. Mucho peor era durante el flujo: subía á la altura de sesenta pies, y su furiosa espuma,



elevándose más todavía, se estrellaba impertérrita contra su ventana. Y no estaba el buen hombre seguro de que el mar se contentara con eso; su odio podía inducirle á jugarle alguna mala treta. Empero carecía de medios para procurarse un albergue mejor; tal vez veíase clavado allí por una especie de poder magnético, no osando enemistarse del todo con la terrible hada, á la que profesaba cierto respeto. La citaba pocas veces, y cuando lo hacía solía designarla sin nombrarla, así como el islandés en alta mar no se atreve á citar el Orca, temeroso de que le oiga y se presente. Todavía me parece estar viendo su palidez cuando, fijos los ojos en la arena de la playa, me decía: «Esto me da miedo.»

¿Estaba loco? No; hablaba muy razonablemente. Parecióme un ser distinguido é interesante. Era un hombre nervioso, con una organización delicada, demasiado delicada para recibir tales impresiones.

El mar produce muchos locos. Livingstone trajo del Africa un hombre inteligente, valeroso, que hacía frente á los leones; pero nunca había visto el mar. Al embarcarse por primera vez y experimentar la doble sorpresa del temible elemento y de todas las artes desconocidas, su cerebro no pudo resistir tanta emoción. Empezó á delirar, y á pesar de la vigilancia que con él se tuvo, logró escapar, arrojándose ciegamente en brazos de las ondas que tanto le aterrorizaban y no obstante le

atraían.

Por otro lado, el mar encariña de tal manera á los hombres que por largo tiempo se confían á su merced, á los que viven con él familiarizados, que no les es dado abandonarle jamás. He visto en un puertecito algunos viejos pilotos que, demasiado débiles, resignaban sus funciones; empero no lograban resignarse con su nuevo estado, y arrastrando una vida miserable, acababan por perder el seso.

\* \* \*

En lo más alto de Saint-Michel hay una plataforma llamada de los Locos. En mi vida he visto sitio más adecuado para producir la locura que esa mansión vertiginosa. Figuraos rodeados de una dilatada planicie como de blanca ceniza, siempre solitaria, arena equívoca cuya falsa suavidad constituye el lazo más peligroso. Es y no es la tierra, es y no es el mar, ni tampoco es dulce el agua, aunque por debajo los arroyuelos trabajen el suelo incesantemente. Raras veces, y sólo por cortos instantes, una embarcación se aventuraría en aquellos sitios. Y si uno pasa cuando refluye el agua, corre riesgo de ser tragado: hablo con fundamento de causa, pues faltó poco para que me aconteciera un accidente. Un ligero vehículo en que me encontraba, desapareció en dos minutos, caballo y todo, y yo escapé milagrosamente. Hasta á pie me hundía á cada paso que daba, sintiendo bajo mis plantas un horroroso

embate, cual si el abismo me acariciara, me invitar  
a ó atrajera,  
agarrándome por debajo. Sin embargo, logré encarama  
rme en la roca,  
llegar á la gigantesca abadía, claustro, fortaleza  
y cárcel, de una  
sublimidad atroz, digna en verdad del paisaje. No e  
s este lugar á  
propósito para la descripción de aquel monumento. Y  
érguese sobre una  
gran mole de granito, y se empina y vuelve á empina  
rse indefinidamente,  
cual una Babel titánicamente amontonada, roca sobre  
roca, siglo tras  
siglo, empero constantemente calabozo sobre calaboz  
o. Abajo, el \_in  
pace\_ de los frailes; más arriba, la jaula de hierr  
o levantada por Luis  
XI; subiendo siempre, la de Luis XIV; á mayor eleva  
ción, la cárcel  
actual. Todo esto envuelto en un torbellino, una br  
isa, una confusión  
eterna. Es el sepulcro sin la calma.

¿Tiene culpa el mar de la perfidia de esa playa? No  
por cierto. El mar  
llega allí, como por doquiera, bullicioso y robusto  
, pero lealmente. La  
culpa la tiene la tierra, cuya disimulada inmovilid  
ad, parece siempre  
inocente, mientras filtra por debajo la playa las a  
guas de los  
riachuelos, mezcla dulce y blanquizca que no permit  
e consolidar el  
terreno. El primer culpable es el hombre, por su ig  
norancia y su  
negligencia. En los interminables siglos bárbaros,  
mientras sueña con la  
leyenda y funda la gran peregrinación del arcángel  
vencedor del diablo,  
éste se apoderó de aquella llanura desamparada. El  
mar está muy inocente

de todo: en vez de hacer daño, trae por el contrari  
o en sus amenazadoras  
ondas un tesoro de sal fecunda, mejor que el limo d  
el Nilo, que  
enriquece los campos y constituye la encantadora be  
lleza de los antiguos  
pantanos de Dol, convertidos hoy en jardines. Es un  
a madre un poco  
exaltada de genio, pero madre al fin. Rica en pesca  
do, amontona sobre  
Cancale, que está enfrente, y sobre otros bancos, m  
illones y más  
millones de ostras, y sus conchas desmenuzadas prod  
ucen la rica vida que  
se trueca en pastos y frutos, al par que cubre de f  
lores las praderas.

Preciso es penetrarse de la verdadera inteligencia  
del mar, no dejarse  
arrastrar por la falsa idea que puede darnos el paí  
s inmediato, ni por  
las terribles ilusiones que nos produciría la senci  
lla grandeza de sus  
fenómenos, ni por los furores aparentes que con fre  
cuencia se convierten  
en beneficios.

### III

Continuación.--Playas, arenales y costas bravas.

Las playas, los arenales y las costas bravas muestr  
an el mar bajo tres  
aspectos y siempre útilmente. Explican, traducen, p  
onen en connivencia  
con nosotros esa gran potencia, salvaje á primera v  
ista, mas divina en  
el fondo, y por lo tanto amiga.

La ventaja que tienen las costas bravas es, que al pie de aquellos elevados muros, mejor que en parte alguna, puede apreciarse la marea, la respiración, el pulso (digámoslo así) del mar. Inseñalable en el Mediterráneo, es notable en el Océano. El Océano respira al igual que yo, concuerda con mi movimiento interno, con el de arriba, obligándome á contar incesantemente con él, á computar los días, las horas, á mirar al cielo. Me recuerda lo que soy y que vivo rodeado de gentes.

Si me asiento sobre una costa rasgada, por ejemplo la de Antifer, veo un espectáculo inmenso. El mar, que hace un momento parecía muerto, acaba de espeluzarse. Ha temblado. Primer indicio del gran movimiento. La marea ha rebasado Cherburgo y Barfleur, dado vuelta violentamente á la punta del faro; sus aguas divididas siguen el Caval dos, se elevan en el Havre, viniendo hacia mí, en Etretat, Fécamp y Dieppe, para sumirse en el canal, á pesar de las corrientes del Norte. Tócame, pues, ponerme en guardia y observar con atención la hora de su llegada. Su elevación, indiferente casi en los mégaros ó colinas de arena que es fácil remontar, impone y llama la atención al pie de las costas rasgadas. Ese dilatado muro de treinta leguas no tiene muchas escaleras: sus estrechas aberturas que constituyen nuestros puertezuelos, están bastante distantes la una de la otra.

Curioso es en extremo observar en baja mar las hila  
das sobrepuestas  
donde se lee la historia del globo en gigantescos r  
egistros, do los  
siglos acumulados ofrecen completamente abierto el  
libro del tiempo.  
Cada año se traga una página. Es un mundo que se de  
rrumba, que el mar  
muerde constantemente por debajo, y las lluvias, lo  
s hielos, atacan con  
más fuerza por arriba. La onda disuelve la parte ca  
liza, se lleva, trae,  
arrastra incesantemente el sílex que convierte en g  
uijarrillos redondos.  
Tan rudo trabajo hace de esa costa, riquísima por e  
l lado que mira á la  
tierra, un verdadero desierto marítimo. Pocas, muy  
pocas plantas marinas  
se libran de la trituration eterna del guijarrillo  
magullado una y otra  
vez. Los moluscos y las conchas la temen, y hasta l  
os peces se mantienen  
apartados. Gran contraste de una campiña apacible y  
tan humanizada y un  
mar en extremo inhospitalario.

Este, sólo se ve desde arriba. Por bajo, la triste  
necesidad de moverse  
sobre un terreno ruinoso, rodadero, cubierto de gui  
jarros cual balas,  
hace intransitable la angosta playa, convirtiendo e  
l más corto paseo en  
un violento ejercicio gimnástico. Preciso es vivir  
en las alturas donde  
las espléndidas quintas, las magníficas arboledas,  
los fructíferos  
campos, los jardines, se adelantan hasta la orilla  
de la gran muralla,  
contemplando con satisfacción la majestuosa calle d  
e la Mancha cubierta  
de barquichuelos y de buques de gran porte, dividid  
a por las dos playas

y los dos grandes imperios del orbe.

\* \* \*

¡La tierra! ¡el mar! ¿Qué más puede desearse? Ambos tienen aquí su encanto. No obstante, todo aquel que es aficionado al mar por lo que vale en sí, esto es, su amigo, su amante, irá más bien á buscarlo en sitio no tan variado. Para entrar en relaciones continuadas con él, las grandes playas arenosas (si la arena no es demasiado blanda) son mucho más cómodas, permitiendo paseos interminables. Allí se sueña despierto; allí puede entregarse el hombre á efusiones misteriosas del corazón. Nunca he tenido motivo de quejarme de esas vastas y libres arenas donde otros se fastidiaban; no me encuentro solo en aquel sitio. Voy, vengo, y siempre tengo junto á mí el gran compañero. Si no está muy conmovido, de mal humor, me aventuro á interrogarle, y se digna contestarme. ¡Cuántas cosas nos hemos comunicado durante los tranquilos meses en que la muchedumbre se ausenta á las ilimitadas playas de Scheveningen y de Ostende, de Royan y de Saint-Georges! Entonces se establece cierta intimidad merced á las prolongadas conversaciones tenidas á solas. Requiere cierto tacto para comprender el gran idioma de los mares.

Uno encuentra triste el Océano cuando, desde las torres de Amsterdam, el Zuiderzée se aparece terroso y con ondas plomizas: cuando, desde los mégaros de Scheveningen, divísanse desplomarse sus

aguas, dispuestas á  
cada momento á salvar el dique. En cuanto á mí, enc  
uentro interesante  
este combate; dicha tierra me atrae, por imponente  
que sea: es el  
esfuerzo, la creación, el invento del hombre. Y tam  
bién me agrada el  
mar, por los tesoros de la vida fecunda que encierr  
a su seno. Es una de  
las partes más pobladas del Universo. Llega la noch  
e de San Juan, día en  
que se abre la pesca, y veis surgir de las profundi  
dades la ascensión de  
otro mar, el mar de los arenques. La llanura indefi  
nida de las aguas no  
será bastante grande para contener aquel diluvio vi  
viente, una de las  
revelaciones más triunfales de la fecundidad sin lí  
mites de la  
Naturaleza. He aquí lo que anticipadamente percibo  
en ese mar, y en los  
cuadros do el genio ha señalado su profundo carácte  
r. La sombría  
\_Estacada\_ de Ruysdael es el cuadro que siempre ha  
llamado más mi  
atención de todos los del Louvre. ¿Por qué? En las  
rojizas tintas de  
aquellas aguas electrizadas no siento ni por un mom  
ento el frío del mar  
del Norte, sino la fermentación, el oleaje de la vi  
da.

\* \* \*

Con todo, si se me preguntara qué costa del Océano  
produce mayor  
impresión, contestaría: la de Bretaña, particularme  
nte junto á los  
agrestes á la par que sublimes promontorios de gran  
ito que terminan el  
mundo antiguo, en aquella atrevida punta que desafía  
a las tempestades y



domina el Atlántico. En parte alguna he sentido mejor las nobles y elevadas tristezas que constituyen las mejores impresiones del mar. Esto requiere una explicación.

Hay tristeza y tristeza--la del sexo débil, la del fuerte,--la de las almas demasiado sensibles que lloran sus propios males, y la de los corazones desinteresados que siempre están contentos con su suerte y bendicen continuamente á la Naturaleza, empero sienten los males de sus semejantes, y sacan de la tristeza misma fuerzas para obrar ó crear. ¡Con qué frecuencia nuestros males necesitan remojar su alma en ese estado que podemos nombrar melancolía heroica!

Al visitar aquel país treinta años ha, no me daba cuenta del gran atractivo que para mí tenía. En el fondo, el atractivo es su grande armonía. Por otro lado, y sin que uno se lo explique, siéntese discordancia entre el suelo y el habitante. La magnífica raza normanda, en los cantones en que se ha mantenido pura ó donde ha conservado el color rojo, el extraño rojo de la Escandinavia, no tiene la menor relación con la tierra que ocupa por acaso. En la Bretaña, por el contrario, sobre el suelo geológico más antiguo del globo, sobre el granito y el sílex, se pasea la raza primitiva, un pueblo también de granito. Raza ruda, nobilísima, con la finura del guijarro. Todo lo que progresa la Normandía, decae la Bretaña. Imaginativa y dotada de

talento, le agrada lo absurdo, lo imposible, las causas perdidas. Empero si pierde en tantas cosas, le queda una, la más rara, el carácter.

Si uno quiere desviarse un tanto del anglicismo insípido y de la vulgaridad con pretensiones de positivismo, en fin, de las tontas alegrías tan tristes, que vaya á posarse sobre las rocas de la bahía de Douarnenez, en el promontorio de Penmark; ó, si la brisa sopla con demasiada violencia, que se embarque en las islas bajas del Morbihan: el mar arrastra hacia ellas una tibia onda que ni siquiera se siente. La Bretaña, donde es apacible, esto de veras. En sus archipiélagos creeríais encontraros mecidos por la ola de la muerte; empero donde se ostenta con fuerza, es sublime.

En 1831 sentí sus tristezas, las cuales forman parte de la historia de mi vida. Entonces no conocía el verdadero carácter del mar. En los más solitarios ancones, entre sus rocas más agrestes es donde se ostenta verdaderamente risueño, quiero decir, vivo y retozón y lleno de vida. Veis cubiertas sus rocas con una á modo de capa de escabrosidades grises; mas aquello son seres animados, todo un mundo asentado allí, que queda en seco durante el reflujo, se cierra y esconde, volviendo á abrir sus ventanillas cuando el bueno del mar, su alimentador, le trae de nuevo el sustento. Allí trabaja también en masa ese apreciable pueblo de pequeños picapedreros, los esquinos, observados y t

an exactamente  
descritos por M. Caillaud. Toda esa muchedumbre juzga exactamente al  
revés de nosotros. La bella Normandía les espanta; detesta y tiemblan á  
la vista de los rudos guijarros de las costas bravas, que los  
triturarían con la mayor facilidad. No menos temor les causan los  
ruinosos calizos de la Saintonge, disgustándoles fijarse sobre lo que  
está destinado á desmoronarse el día de mañana. Al contrario, les gusta  
sentir bajo sus plantas el inmutable suelo de las rocas bretonas.

Tomemos ejemplo de ellos para no creer en las apariencias, sino sólo en  
lo verdadero. Las más encantadoras riberas de la Flora seductora son  
aquellas en que se aleja la vida marítima. Su riqueza consiste en  
fósiles: curiosos para el geólogo, instrúyenle por medio de los huesos  
de los muertos. El áspero granito, muy al contrario, ve bajo sus pies el  
mar con sus innumerables peces; encima otra vida, la población  
interesante, modesta, de los industriosos moluscos, pequeños obreros  
cuya laboriosa existencia constituye el serio encanto, la moralidad del  
mar.

«Reina silencio profundo. Ese pueblo infinito es mudo, nada me dice. Su  
vida es del uno para el otro, sin relación con la mía, y para mí vale la  
muerte. ¡Soledad! (exclama un corazón femenino). ¡Grande y triste  
soledad!... No estoy tranquila...»

Mal hecho. Aquí todos son amigos. Esos pequeños seres no se comunican con el hombre, pero trabajan para él. Pónense de acuerdo con su sublime padre, el Océano, que habla por ellos. Hácense oír por medio de su órgano atronador.

Entre la tierra silenciosa y las mudas tribus del mar, entáblase aquí el diálogo grandilocuente, rudo y grave, simpático, la armónica concordancia del grande Yo consigo mismo, ese preciso debate que es todo Amor.

#### IV

Círculo de las aguas, círculo de fuego. Ríos del mar.

Apenas echó la tierra una mirada sobre sí misma, cuando se comparó y prefirió al cielo. La joven geología luchando contra su hermana mayor la astronomía, reina orgullosa de las ciencias, lanzó un grito titánico. «Nuestras montañas, dijo, no han sido lanzadas \_á la ventura, como las estrellas en el firmamento\_, sino que forman sistemas donde se encuentran los elementos de una ordenación general, \_no ofreciendo de ello ningún vestigio las constelaciones celestes\_.» Frase tan atrevida y apasionada escapóse de los labios de un hombre cuya modestia iguala á su saber, M. Elías de Beaumont.

Es indudable que aún no se ha desembrollado el orden (probablemente muy grande) que reina en la confusión aparente de la Vía Láctea; empero la ordenación más visible de la superficie del Globo, resultado de las insondables revoluciones de su interior, conserva, y conservará para la ciencia más ingeniosa, sombras y misterios.

Las formas de la gran montaña emergida de las aguas que con propiedad llamamos tierra, ofrecen varias disposiciones asaz simétricas, sin poder ser conducidas aún á lo que parecería un sistema regular. Esas porciones secas y elevadas aparecen más ó menos visibles, según las descubre el agua. El mar, como límite, traza en realidad la forma de los continentes. Toda geografía conviene comenzarla por el mar.

Añadid un hecho culminante, revelado de pocos años acá. Mientras la tierra nos ofrece tales ó cuales rasgos que parecen discordantes (ejemplo, \_el Nuevo Mundo extendiéndose de Norte á Sur y el antiguo de Este á Oeste\_), el mar, por el contrario, presenta notable armonía, exacta correspondencia entre ambos hemisferios. En la parte flúida que se ha tenido siempre por tan caprichosa, es donde existe la regularidad. Lo que nuestro globo tiene de más ordenado, de más simétrico, es al parecer lo más libre, el juego de la circulación. Las a osamenta y las vértebras del grande animal presentan las singularidades de que aún no

podemos darnos exacta cuenta. Mas, su movimiento vital que produce las corrientes del mar, que convierte de salada en dulce el agua, no tardando en trocarse en vapor para volver al agua salada, ese admirable mecanismo es tan perfecto como el de la circulación sanguínea en los animales más nobles. Nada hay que se asemeje tanto á la transformación continuada de nuestra sangre, venosa y arterial.

\* \* \*

El aspecto del globo es al parecer, mucho más comprensible, si se clasifican las regiones, no por cordilleras, sino por \_cuencas marítimas\_.

El sur de España parécese más á Marruecos que á Navarra; la Provenza á la Argelia más que al Delfinado; la Senegambia á las regiones del Amazonas más que al mar Rojo; y el Amazonas tiene más analogía con las húmedas regiones del Africa que con sus vecinas del dorso, Chile, el Perú, etc.

La simetría del Atlántico es aún más notable en las corrientes submarinas, en los vientos y brisas de la superficie. Su acción ayuda poderosamente á crear esas analogías y á formar lo que puede apellidarse la fraternidad de las playas.

El principio de unidad geográfica, el elemento clasificador, será buscado más cada día en la \_cuenca marítima\_, donde las aguas, los

vientos, mensajeros fieles, crean la relación, la a  
simulación de las  
opuestas orillas. Pediráse más raramente esa idea d  
e unidad geográfica á  
las montañas, cuyas dos vertientes, á menudo en con  
tradicción, nos  
ofrecen bajo una misma latitud floras y pueblos com  
pletamente distintos;  
aquí el invariable estío, á dos pasos el eterno inv  
ierno, según las  
situaciones. Raras veces da la montaña la unidad de  
la comarca, pero sí  
suele dar su dualidad, su divorcio y sus discordanc  
ias.

Esta opinión no es mía, sino de Bory de Saint-Vince  
nt. Los recientes  
descubrimientos de Maury y las leyes que ha estable  
cido la confirman de  
mil maneras.

\* \* \*

En el inmenso valle del mar, bajo la doble montaña  
de ambos continentes,  
propiamente hablando no existen más que dos cuencas  
.

«1.º La cuenca del Atlántico.

2.º La gran cuenca del mar Indico y Pacífico.»

No puede darse el nombre de cuenca al círculo indet  
erminado del enorme  
Océano Austral, que ni tiene límite ni playa, que s  
ólo hacia el Norte  
rodea el mar de la India, el mar de Coral y el Pací  
fico.

El Océano Austral por sí solo, es mayor que todos l  
os mares juntos, pues  
cubre casi la mitad de la superficie del globo. Seg

ún toda apariencia,  
su profundidad corre parejas con su extensión. Mien  
tras los recientes  
sondeos del Atlántico indican 10 ó 12.000 pies, Ros  
s y Denham hallaron  
en el Océano Austral 14.000, 27.000 y hasta 46.000  
pies. Añadid á todo  
esto la masa de hielos antárticos, infinitamente má  
s dilatados que  
nuestros hielos boreales. No se apartará uno mucho  
de la verdad, si,  
simplificando, dice: El hemisferio Austral es el mu  
ndo de las aguas, y  
el Boreal el de la tierra.

\* \* \*

Todo el que parte de Europa para atravesar el Atlán  
tico, habiendo salido  
sin contratiempo de nuestros puertos, cerrados con  
harta frecuencia por  
el viento Oeste, después de haber franqueado la zon  
a variable de  
nuestros mares inconstantes, no tarda en penetrar e  
n la del buen tiempo,  
á la eterna serenidad que los vientos de Noroeste,  
los suaves vientos  
alisios, dan al mar y la tierra. Todo sonrío: no ha  
y motivo para  
inquietarse. Mas, al avanzar hacia la Línea, cesa l  
a brisa vivificadora  
y el aire se vuelve sofocante. Se penetra en la zon  
a de las calmas que  
dominan bajo el Ecuador y separan inmutablemente lo  
s alisios de nuestro  
hemisferio Boreal de los alisios del hemisferio Sur  
. El cielo está  
cubierto de pesadas nubes; á cada momento llueve á  
mares. El corazón se  
entristece, nos quejamos; mas, sin ese sombrío cort  
inaje, ¿podrían  
resistir nuestras cabezas los ardores solares del A



tlántico? Sin el  
diluvio de agua que asalta la otra cara del globo,  
el mar Indico y el  
mar de Coral, ¿sería posible resistir la fermentaci  
ón producida por los  
cráteres de sus encanecidos volcanes? Esa negra mas  
a de nubes, antes  
terror, barrera de los navegantes, esa noche súbita  
que se extiende  
sobre las aguas, es precisamente la salvación, la f  
acilidad protectora  
que suaviza nuestro viaje, y nos conduce como por l  
a mano á disfrutar  
del espléndido sol, del claro cielo del Sur, de la  
dulzura de los  
vientos regulares.

Naturalmente el calor de la Línea eleva el agua en  
vapores, formando esa  
sombria faja.

El observador que desde otro planeta contemplara el  
nuestro, vería  
cernerse sobre él un anillo de nubes con corta dife  
rencia como  
observamos nosotros el de Saturno. Y si tratara de  
indagar su uso,  
podría contestársele: Es el regulador que, absorbie  
ndo y devolviendo á  
su vez, equilibra la evaporación, la precipitación  
de las aguas,  
distribuye las lluvias y el rocío, modifica el calo  
r de cada comarca,  
canjea los vapores de ambos mundos, pide prestado a  
l mundo Austral los  
materiales para formar los riachuelos y grandes cor  
rientes de agua de  
nuestro mundo Boreal. Solidaridad maravillosa. La A  
mérica del Sur con  
sus imponentes selvas, por medio de su respiración  
condensada en nubes,  
empapa fraternalmente las flores y los frutos de Eu

ropa. El aire que nos  
renueva es el tributo que un centenar de islas del  
Asia, que la poderosa  
flora de Java ó de Ceilán exhaló y confió al gran m  
ensajero de las nubes  
que da vueltas con la tierra y le vierte la vida.

\* \* \*

Colocaos (hablo en espíritu) sobre una de las islas  
volcánicas que en  
tanto número ofrece el mar Pacífico y mirad hacia e  
l Sur. Detrás de la  
Nueva Holanda veréis el Océano Austral sitiar con u  
na onda circular las  
dos puntas extremas del antiguo y nuevo continentes  
. Nada de tierra en  
el mundo antártico, ó de islitas, ó de pretendidas  
tierras polares que  
tan pronto son indicadas por los descubridores como  
han desaparecido, no  
siendo tal vez más que hielos. Aguas sin fin, siemp  
re aguas.

Del mismo observatorio do os he colocado, en contra  
ste con el círculo de  
las aguas antárticas podéis ver hacia el Este, haci  
a el hemisferio  
Artico, lo que Ritter llama «el círculo de fuego.»  
Para hablar con más  
propiedad, es un anillo suelto, una cadena floja qu  
e forman los  
volcanes, primeramente en las cordilleras, luego en  
las alturas del  
Asia, y por último en esos innumerables grupos de i  
slas basálticas que  
hormiguan por todo el Océano Oriental. Los primero  
s volcanes, los de  
América, ofrecen en una longitud de mil leguas, una  
sucesión de sesenta  
faros gigantescos, cuyas continuadas erupciones dom  
inan la costa abrupta

y las lejanas aguas. Los otros, desde la Nueva Zelandia hasta el norte de las Filipinas, cuentan ochenta que arden y un gran número apagados. Si fijamos la vista hacia el Norte (desde el Japón hasta Kamtschatka), cincuenta relucientes cráteres alumbran hasta de las islas Aleutianas, y los sombríos mares Articos (Leopoldo de Buch, Ritter, Humboldt). Total, trescientos volcanes en actividad que dominan circularmente el mundo oriental.

En la otra cara del globo, nuestro Océano Atlántico ofrecía análogo aspecto antes de las revoluciones que apagaron la mayor parte de los volcanes de Europa, aniquilando por otra parte el continente de la Atlántida. Humboldt opina que esa gran ruina, atestiguada con tal fuerza por la tradición, realmente se verificó. Por mi parte, atrévome á añadir que la existencia de dicho continente era lógica en la simetría general del Universo, para que esa cara del globo fuera armónica á la otra. Allí se levantaban, al lado del volcán de Tenerife, que nos ha quedado, y de nuestros apagados volcanes de la Auvernia, el Rhin, Herefort, etc., los que debieron minar la existencia de la Atlántida. Todos juntos constituían la parte opuesta de los volcanes de las Antillas y demás cráteres americanos.

\* \* \*

De esos volcanes encendidos ó extintos, de la India y de las Antillas,

del mar de Cuba, del de Java, se desprenden dos enormes ríos de agua caliente, que corren á calentar el Norte, y podríamos llamar las dos aortas del globo. Ambos están provistos, ó bien de lado ó por debajo, de contracorrientes que, procedentes del Norte, traen el agua fría, compensando la efusión de agua caliente y constituyendo el equilibrio. A las dos corrientes cálidas, que son saladísimas, administran las corrientes frías una masa de agua más dulce, que vuelve al Ecuador, al gran fogón eléctrico destinado á calentarla, á salaarla.

Esos ríos de agua caliente, angostos al principio, como de veinte leguas de ancho, y que por largo espacio conservan su vigor y poderosa identidad, poco á poco se cortan, entíbianse, empero se dilatan y se ensanchan hasta mil leguas. Maury estima que el que parte de las Antillas é impele el Norte hacia nosotros, traslada y modifica la cuarta parte de las aguas del Atlántico.

Esos grandes rasgos de la vida de los mares, observados recientemente, eran, no obstante, tan visibles como los continentes mismos. Nuestra poderosa arteria Atlántica y su hermana la arteria Indica bastante se daban á conocer en el color. Por ambos lados se vislumbra un torrente azul, muy azul, que corre sobre las verdes aguas, color de índigo tan sombrío, que los japoneses nombran al suyo: \_río negro\_.

Vese perfectamente brotar el nuestro, entre Cuba y la Florida: sale hirviendo de su caldera, el golfo de Méjico. Corre cálido, salado, muy visible entre sus dos verdes murallas. Búrlase del Océano; éste lo encajona, lo comprime, mas no puede traspasarlo. Ignoro por qué densidad intrínseca, por qué atracción molecular, sus azuladas aguas se mantienen unidas, tan unidas, que antes que confundirse con el agua azul, se acumulan, forman un muro, una bóveda, con su pendiente á derecha é izquierda, y cualquier objeto que allí se eche lo repele y se desliza, pues es más alto que el Océano.

Rápido é impetuoso, primero corre al Norte, siguiendo los Estados Unidos; mas, al llegar á la punta del gran banco de Terranova, su brazo derecho dirígese al Este y el izquierdo se subordina, cual corriente submarina, yendo á consolar el polo y á crear el mar tibio (entiéndase no helado), que se acaba de descubrir. En cuanto al brazo derecho, desparramado por una inmensa latitud, cuando débil, cansado, llega á Europa, encuéntrase con la Irlanda y la Inglaterra que vuelven á dividir las aguas ya separadas en Terranova. Desfalleciente, perdido en el mar, entibia, no obstante, un poco la Noruega, y halla medio todavía de llevar á las costas de la Islandia las maderas de América, sin las cuales moriría esa pobre isla nevada bajo su volcán.

\* \* \*

Los dos hermanos, el Indico y el Americano, se asemejan en que, salidos de la Línea, del horno eléctrico del globo, arrastran prodigiosas potencias de creación, de agitación. Por un lado parecen la matriz profunda de un mundo de seres vivientes, su suave y apacible cuna; por otra constituyen el centro y vehículo de las tempestades: los vientos, las trombas viajan á la superficie. Tanta dulzura, tanto furor, ¿acaso no es un contrasentido? No: esto prueba únicamente que el furor sólo turba la parte de afuera, las capas externas, poco profundas. De lo interno nada se sabe. Las más débiles criaturas, los átomos conchíferos, las medusas microscópicas, seres flúidos que una nada disuelve, aprovechándose de la corriente, navegan pacíficamente bajo la tempestad.

Muy pocos llegan hasta nosotros: detiéndense en Terranova, donde la fría corriente del polo los ataca, los aprisiona, los mata. Terranova no es más que el osario de esos viajeros heridos por el frío. Los más tenues, aunque muertos, quedan flotando, mas acaban por llover cual nevazón en el fondo del Océano, constituyendo esos bancos de conchas microscópicas que, de Irlanda hasta América, constituyen aquel fondo.

Maury llama á los dos ríos de agua caliente, el Indico y el Americano, \_las dos vías lácteas del mar\_.

\* \* \*

Semejantes en calor, color y dirección, describiendo precisamente una misma curva, no tienen, sin embargo, el mismo destino. El Americano comienza por penetrar en un mar bravío abierto al Norte, el Atlántico, que suelta y manda contra él el flotante ejército de hielos polares, donde gasta su calor. Al contrario, la corriente Indica, circulando primeramente por las islas, llega á un mar cerrado y más preservado del Norte, manteniéndose por mucho tiempo el mismo, cálido, eléctrico y creador, y trazando sobre el globo un enorme reguero de vida.

Su centro es el apogeo de la energía terrestre en tesoros vegetales, en monstruos, en especias, en peces. De las corrientes secundarias que se desprenden de él y van al Sur, resulta todavía otro mundo, el del mar de Coral. Allí, en un espacio \_grande como los cuatro continentes\_--dice Maury,--los pólipos fabrican concienzudamente los millares de islas, bancos y arrecifes que cortan poco á poco ese mar; escollos, hoy día, peligrosos y maldecidos del navegante, pero que remontando, uniéndose á la larga, constituirán un continente, y ¿quién sabe? después de un cataclismo, el refugio del linaje humano.

V

El pulso del mar.

Nuestra tierra no es solitaria, según hace notar Juan Reynaud en el precioso artículo de la \_Enciclopedia\_. La complicadísima curva que describe expresa las fuerzas, las influencias diversas que sobre ella obran, atestiguando sus relaciones y comunicación con el gran pueblo de los cielos.

Sus relaciones jerárquicas son particularmente visibles con su jefe, el sol, y con la luna, que, como su servidora, tiene por esto más poderío sobre ella. Así como las flores de la tierra miran al sol, míralo la misma tierra que las sostiene, y aspira hacia él. En aquello que tiene de más movible, su masa flúida se levanta e indica que siente su atracción. Desbórdase y sube (como puede) y, fija su mirada hacia los astros amigos, dos veces al día hincha su seno, dedicándoles á lo menos un suspiro.

\* \* \*

¿Acaso no siente la atracción de los otros globos? ¿Sus mareas sólo están regidas por la luna y el sol? Todos los sabios así lo decían, esto es lo que creían todos los marinos. Se estaba atendiendo á los incompletísimos resultados de La Place. De ahí errores terribles que se trocaban en naufragios. Con respecto á los peligrosos escollos de Saint-Malo había una equivocación de dieciocho pies. Sólo en 1839 fué



cuando Chazallon, que estuvo á punto de perecer á consecuencia de tales errores, comenzó á descubrir y calcular las ondulaciones secundarias, pero de gran consideración, que modifican la marea general bajo influencias diversas. No cabe duda, que astros menos dominantes que el sol y la luna influyen asimismo en el vaivén de las aguas terrestres.

Empero, ¿bajo qué ley? Chazallon lo dice: «La ondulación de la marea en un puerto \_sigue la ley de las cuerdas vibrantes\_.» Sentencia grave y de gran alcance, que nos da á entender que las relaciones de los astros entre sí, son las relaciones matemáticas de la música celestial, según afirmara la antigüedad.

La tierra, por medio de su gran marea y de las mareas parciales, habla á los planetas sus hermanos. ¿Contestan éstos? Debemos pensar que sí. Con sus elementos flúidos deben asimismo levantarse, sensibles al esfuerzo de la tierra. La atracción mutua, la tendencia de cada astro á sacudir su egoísmo, debe crear á través de los cielos diálogos sublimes. Por desdicha, los humanos oídos sólo perciben una mínima parte de este coloquio.

\* \* \*

Otro punto debemos considerar. El mar no afloja precisamente en el momento del paso del astro influyente: no tiene oficiosidad de una obediencia servil. Necesita tiempo para sentir y se

guir la sacudida; es preciso que llame en su auxilio las aguas perezosas, que venza su fuerza de inercia, que atraiga, que arrastre las más lejanas. La rotación de la tierra, tan terriblemente rápida, muda de continuo los puntos sometidos á la atracción. Añadid que el ejército de las olas, en su movimiento simultáneo, tiene que sufrir todas las contrariedades de los obstáculos naturales, islas, cabos, estrechos, direcciones tan variadas de las orillas, y los obstáculos no menos resistentes de los vientos y corrientes, las rivalidades de los ríos de la tierra, que, bajando de los montes, arrastrados por sus rápidas pendientes, según los derretimientos de nieve y cien accidentes imprevistos, atraviésanse unos á otros y cambian el movimiento regular, iniciando luchas terribles. El Océano se mantiene firme. Las fuerzas de que hacen alarde los ríos más caudalosos, no bastan á intimidarle. Las aguas que hacia él se empujan no las rechaza: recógelas, las hace rodar cual montañas hasta Ruán y Burdeos, con tal violencia, que diríase intenta lanzarlas al otro lado de las montañas verdaderas.

Tan diversos obstáculos crean á las mareas irregularidades aparentes que embargan y conmueven el ánimo. Nada más sorprendente que la contradicción de horas que ofrecen en dos puertos muy inmediatos. Una marea del Havre, por ejemplo, vale por dos de Dieppe (Chazallon, Baude, etc.) ¡Qué gloria para el humano linaje haber somet

ido al cálculo  
fenómenos tan complejos!

\* \* \*

Empero bajo ese movimiento externo, el mar oculta otros internos, los de las corrientes que le atraviesan á tal ó cual profundidad. Sobrepuestas á diferentes alturas, ó vertiéndose lateralmente en opuestas direcciones, corrientes cálidas, contracorrientes frías, ejecutan entre sí la circulación del mar, el cambio de las aguas dulces y saladas, la pulsación alternativa que es su resultado. Lo cálido bate de la Línea al polo, lo frío del polo al Ecuador.

¿Hay exactitud en comparar estrictamente esas corrientes, como se ha hecho á veces, corrientes asaz distintas y no muy mezcladas, á los vasos, venas y arterias de los animales superiores? Rigurosamente hablando, no. Empero tienen cierta semejanza con la circulación menos determinada que los naturalistas han descubierto recientemente en algunos seres inferiores, moluscos y anélidos. Suplida esa circulación lagunar prepara la vascular, la sangre se desparra en corrientes antes de formarse canales determinados.

Así es el mar: parécese á un gran animal detenido en ese primer grado de organización.

\* \* \*

¿Quién reveló las corrientes, esas fluctuaciones re

gulares del abismo al  
cual jamás descendemos? ¿Quién nos enseñó la geogra-  
fía de las aguas  
tenebrosas? Los que viven en ellas ó flotan en su s-  
uperficie, á saber:  
los animales y los vegetales.

Vamos á ver cómo la ballena, cómo los átomos conchí-  
feros  
(\_foraminíferos\_), cómo las maderas de las selvas a-  
mericanas,  
transportadas hasta la Islandia, han concurrido á r-  
evelar el río de  
aguas calientes que de las Antillas se encamina á E-  
uropa, y la  
contracorriente fría que se le une en Terranova, pa-  
sando al lado ó por  
debajo, y convirtiendo sus hielos en espesa niebla.

Una nube roja de animálculos, trasladada por un ven-  
daval del Orinoco á  
Francia, ha dado la explicación de la gran corrient-  
e aérea del Suroeste  
que refresca nuestra Europa con las lluvias de las  
cordilleras.

Sin el continuado cambio de las aguas que se efectú-  
a por medio de las  
corrientes en las profundidades del mar, en muchos  
sitios cubriríase de  
sales y de detritus. Sucedería como en el mar Muert-  
o, que, careciendo de  
desagüe y de movimiento, ve sus orillas cubiertas d-  
e sal y sus plantas  
incrustadas de cristalizaciones. Sólo con navegar p-  
or sus aguas los  
vientos truécense en abrasadores, áridos, acarreand-  
o el hambre y la  
muerte.

Tantas observaciones dispersas sobre las corrientes

del aire, de las  
aguas, las estaciones, los vientos, las tempestades  
, quedaban como una  
tradición en la memoria de los pescadores y los mar  
ineros, perdiéndose  
las más de las veces, bajando á la tumba con ellos.

La guía del navegante, la meteorología descentraliz  
ada, parecía vana, y  
acabó por ser negada. El ilustre M. Biot pidióla es  
trecha cuenta de lo  
poco que hasta entonces había adelantado. No obstan  
te, en ambas playas,  
europea y americana, hombres perseverantes fundaban  
esa negada ciencia  
sobre la base de la observación.

El último y más célebre de todos, el norteamericano  
Maury, emprendió  
valerosamente lo que hubiera hecho retroceder á cua  
lquier Gobierno, el  
examen y clasificación de innumerables \_cuadernos d  
e bitácora\_, de esos  
informes documentos, á menudo truncados, que llevan  
los capitanes. Tales  
extractos, redactados, en tablas donde resaltan los  
hechos concordantes,  
dieron por resultado algunas reglas y generalidades  
. Un congreso de  
marinos, reunido en Bruselas, resolvió que las obse  
rvaciones, á partir  
de aquel momento anotadas cuidadosamente, serían ce  
ntralizadas en un  
mismo depósito, el Observatorio de Wáshington.

Noble homenaje de la Europa á la joven América, al  
pacienzudo é  
ingenioso Maury, sabio poeta de los mares que ha re  
sumido sus leyes, y  
hecho un servicio mayor todavía, pues por el impuls  
o del corazón y el

amor á la Naturaleza, al mismo tiempo que por lo positivo de sus resultados, logró transportar el Universo. Sus cartas y la primera obra que escribió, cuya tirada fué de ciento cincuenta mil ejemplares, se regalan liberalmente por los Estados Unidos á los marineros de todas las naciones del orbe. Muchos hombres eminentes, así en Francia como en Holanda, Jansen, Tricaut, Julien, Margollé, Zurcher y otros, hanse convertido en intérpretes, en elocuentes misioneros de aquel apóstol de los mares.

¿Por qué la América se nos ha adelantado en este caso? La América representa el deseo. Es joven y se muere por estar en relaciones con el resto del globo. Sobre su espléndido continente y en medio de tantos Estados, créese, sin embargo, solitaria. Tan alejada de su madre la Europa, tiene su mirada fija hacia este centro de la civilización, como la tierra hacia el sol, y todo lo que la acerca á esta gran luminaria hácela palpar. Puede juzgarse de ello por la embriaguez, por los conmovedores festejos á que se entregaron en aquella tierra con ocasión de inaugurarse el telégrafo submarino que enlaza ambas playas, prometiendo el diálogo y la réplica en algunos minutos, de suerte que los dos mundos no tengan más que un solo pensamiento.

\* \* \*

Maury ha demostrado con verdadero genio la armonía

del aire y del agua.

A tal Océano marítimo tal Océano aéreo. Sus movimientos alternados, el trueque de sus elementos son enteramente análogos. El distribuye el calor por el orbe, produce las sequías ó la humedad. Esta la toma de los mares, del infinito del Océano central, sobre todo en los trópicos, en los grandes hervideros de la caldera universal. Conviértese en seco, al contrario, cuando pasa por los tostados desiertos, los grandes continentes, los ventisqueros (verdaderos polos intermedios del globo), que le chupan hasta su última gota. El calentamiento del Ecuador y el enfriamiento del polo, alternando la densidad y sutileza de los vapores, le hacen viajar en forma de corrientes y contracorrientes horizontales, que se cambian. Bajo la Línea, el calor que aligera los vapores y los hace subir, crea corrientes de abajo arriba. Antes de distribuirse se ciernen sobre ese sombrío receptáculo que (lo hemos dicho) forma alrededor del globo como un anillo de nubes.

He aquí, pues, otras pulsaciones marítimas y aéreas independientemente del pulso de la marea. Este era externo, impreso por otros astros al nuestro; mas el pulso de las corrientes diversas es intrínseco á la tierra, constituye su propia vida.

\* \* \*

En el libro de Maury, el rasgo de ingenio, en mi opinión, es haber dicho: «El agente más aparente de la circulación ma

rítima, el calor, no sería bastante. Hay otro no menos importante ó más que aquél: la sal.»

Esta abunda de tal suerte en el mar, que si toda la que contiene se aglomerara en América, la cubriría por entero formando una montaña de 4,500 pies de altura.

La salobridad del mar, sin variar gran cosa, sin embargo, aumenta ó disminuye según las localidades, las corrientes, la proximidad del Ecuador ó de los polos. Desalado ó saladísimo, por esta misma causa ofrécese el mar pesado ó ligero, más ó menos móvil. Esa mezcla continua, con sus variaciones, hace correr el agua con más ó menos rapidez, es decir, \_produce corrientes--corrientes \_horizontales\_ en el seno del mar--y corrientes \_verticales\_ del mar de las aguas al mar aéreo.

\* \* \*

El francés M. Lartigue ha puesto en evidencia ingeniosamente varios lunares é inexactitudes que presenta la geografía de Maury. (\_Anales marítimos\_). Empero el autor americano, precavido en esto, no trata de ocultar lo que piensa respecto á lo incompleto de su ciencia, declarando que en ciertos puntos no le ha sido dado valerse más que de hipótesis. Otras veces parece que titubea, preséntase soñador, inquieto. Su libro, escrito lealmente y de buena fe, deja vislumbrar fácilmente el combate



interior á que se entregan dos espíritus: el \_liter alismo bíblico\_, que hace del mar una cosa, creada por Dios de una sola vez, una máquina que se mueve al impulso de su mano,--y el sentimiento m oderno, la \_simpatía de la Naturaleza\_, para quien el mar es un ser anim ado, una fuerza vital y casi persona, donde el alma amante del Universo c rea de continuo.

Curioso es ver al autor del libro en cuestión, apro ximarse paulatinamente hacia este último punto de vista por una pendiente invencible. Mientras le es posible, explica los efe ctos mecánica, físicamente (por el peso, calor, densidad, etc.). M as, esto no basta. En ciertos casos añade tal ó cual atracción molecular ó acción magnética. Tampoco es bastante esto. Entonces recurre francame nte á las leyes fisiológicas que gobiernan la vida, dando al mar pu lso, arterias y hasta corazón. ¿Esto por mera fórmula de lenguaje, ú obra así por emplear un símil? No por cierto. Tiene (y ahí está el genio del autor), tiene en sí un sentimiento imperioso, invencible de la personalidad del mar.

Este es el secreto de su poder, esto es lo que arre bató á los hombres de ciencia. Antes de él, el mar sólo constituía una co sa á los ojos del sinnúmero de marinos que se deslizaban por sus agua s; gracias á Maury, hoy se le considera persona: todos le reconocen por un exaltado y formidable amigo á quien adoran y quisieran domar.

El norteamericano está enamoradoísimo del mar. Sin embargo, á cada momento se contiene y se para, temiendo traspasar el límite que se ha propuesto. Al igual que Swammerdam, Bonnet y tantos otros sabios ilustres de sentimientos religiosos, teme que, explicando demasiado la Naturaleza, se perjudique á Dios. Timidez no muy razonable. Cuanto más en evidencia se pone la vida, más se demuestra el poder de la grande Alma, adorable unidad de los seres por la que se engendran y crean. ¿Dónde estaría el peligro si se encontraba que el mar, en su aspiración constante á la existencia orgánica, es la forma más enérgica del eterno Deseo que en un principio evoco el globo en que vivimos y se reproduce constantemente en él?

Ese mar salado como la sangre, que tiene circulación, pulso y corazón (así llama Maury al Ecuador) donde renueva sus dos sangres; un ser que posee todo esto, ¿es seguro que sea una cosa, un elemento inorgánico?

He aquí un gran reloj, una gran máquina á vapor que imita exactamente el movimiento de las fuerzas vitales. ¿Es esto un juego de la Naturaleza? ¿O bien debemos creer que existe en esas masas una mezcla de animalidad?

Un hecho enorme, que establece, si bien secundariamente y sólo de perfil, es que lo infinito que se sustenta del mar, los miles de

millones de seres que hace y deshace incesantemente , absorben la leche de la vida, la espuma mezclada con sus aguas, quitándoles sus diversas sales que los constituyen á ellos y á sus conchas, etc., etc. Por este medio truecan el agua en desalada y más ligera, si bien movible y corriente. En los poderosos laboratorios de organización animal, tales como el del mar de las Indias y el del mar de Coral , esa fuerza, menos visible en otros sitios, se aparece como es: inmensa.

«Cada uno de esos imperceptibles--dice Maury,--cambia el equilibrio del Océano; todos le armonizan y son sus compensadores. »--¿Con esto está dicho todo? ¿Acaso no serían esos motores esenciales los que han creado las grandes corrientes y puesto en movimiento la máquina? ¿Quién sabe si ese \_circulus\_ vital de la animalidad marina no es la rueda motora de todo el \_circulus\_ físico; si el mar animalizado no da la oscilación eterna al mar animalizable, por organizar aún, si bien sólo aguarda la ocasión de serlo fermentando de vida cercana?

## VI

Las tempestades.

«El mar experimenta de vez en cuando conmociones que parecen tener por objeto asegurar las épocas de sus trabajos. Tales f

enómenos pueden considerarse como los espasmos del mar.» (Maury).

El ilustre autor se refiere especialmente á los bruscos movimientos que al parecer proceden de debajo, y que en los mares asiáticos equivalen á verdaderas tempestades. Diversas son las causas que les señala: 1.º El encuentro violento de dos mareas, de dos corrientes ; 2.º La súbita superabundancia de aguas pluviales en la superficie ; 3.º La ruptura y rápido derretimiento de los hielos, etc. Otros añad en la hipótesis de los movimientos eléctricos, las conmociones volcánicas, que pueden sobrevenir en el fondo.

Es, con todo, verosímil que el fondo y la gran masa acuática sean asaz pacíficos; de lo contrario, el mar no sería apto para llenar su gran función de madre y nodriza de los seres. Maury le llama, no recuerdo dónde, un gran \_criadero\_. Un mundo de seres delicados, más frágiles que los de la tierra, son mecidos, amamantados con sus aguas. Esto da una idea muy apacible de su interior, y mueve á creer que no son frecuentes en él las agitaciones violentas.

\* \* \*

Por naturaleza el mar suele ser puntual, estando sometido á grandes movimientos uniformes, periódicos. Las tempestades son pasajeras violencias que le promueven los vientos, las fuerzas eléctricas ó ciertas crisis violentas de evaporación. Estos acci

dentes se verifican  
en la superficie, no revelando de ningún modo la verdadera, la  
misteriosa personalidad del mar.

Juzgar de un temperamento humano por algunos excesos de fiebre, sería  
una insensatez. Y con más razón sería juzgar el mar por sus  
movimientos momentáneos, externos, que, al parecer, sólo afectan á capas  
de algunos centenares de pies.

Donde el mar es profundo, su vida está equilibrada, perfectamente  
contrapesada, tranquila y fecunda, enteramente entregada á sus  
reproducciones. No siente los pequeños accidentes que sólo ocurren  
arriba. Las grandes legiones de sus hijos que viven (á pesar de cuanto  
se ha dicho) en el fondo de su tranquila noche y no suben más que una  
vez al año, á lo sumo, hacia la luz y las tempestades, deben adorar á su  
gran nodriza como la verdadera armonía.

\* \* \*

Sea como fuere, esos accidentes interesan en alto grado á la vida del  
hombre para que no ponga el mayor cuidado en observarlos. No es esto muy  
fácil, pues no sabe conservar su serenidad de ánimo. Las más serias  
descripciones sólo nos dan rasgos vagos y generales, y muy poco de lo  
que constituye la parte original de cada tempestad, de lo que la  
individualiza como resultante imprevisto de mil circunstancias obscuras,  
imposibles de desembrollar. El observador colocado

en sitio seguro y que  
contempla desde la playa, ve indudablemente más cla-  
ro, puesto que nada  
tiene que temer por su persona. Empero, ¿puede juzg-  
ar del conjunto lo  
mismo que aquel que se encuentra en el centro del t-  
orbellino y goza por  
todos lados del sublime panorama?

Los profanos en el arte de navegar debemos á los ma-  
rinos la atención de  
escuchar con gran benevolencia los hechos que relat-  
an, como actores y  
víctimas que han sido. Me ha disgustado siempre la  
ligereza escéptica  
con que los sabios de bufete suelen acoger lo que l-  
os marinos nos dicen,  
por ejemplo, de la altura de las olas. Búrlanse de  
los navegantes que  
las hacen ascender á cien pies. Algunos ingenieros  
han creído poder  
medir una tempestad, y de sus cálculos resulta que  
el agua no se eleva á  
más de veinte pies. Un excelente observador nos afi-  
rma, muy al  
contrario, haber visto sin ningún género de duda, d-  
esde la playa y en  
lugar seguro, montones de olas más altas que las to-  
rres de Nuestra  
Señora de París y hasta que el mismo Montmartre.

Es evidente que se trata de cosas distintas: de ahí  
la contradicción. Si  
se refiriesen á lo que forma como el campo de la te-  
mpestad, su lecho  
inferior, si se quiere hablar de las largas filas d-  
e olas que ruedan  
alineadas guardando cierta regularidad en su furor,  
la opinión de los  
ingenieros no puede ser más exacta. Con sus crestas  
redondas y los  
valles alternados que presentan una y otra vez, rev

ientan á lo sumo á la  
altura de veinte á veinticinco pies. Pero las olas  
que se entrechocan y  
no ruedan juntas se elevan mucho más: al topar adqu  
ieren una prodigiosa  
fuerza de ascensión, se lanzan, y caen con una pesa  
dez increíble, capaz  
de maltratar, de hundir, de hacer trizas la embarca  
ción. Nada tan pesado  
como el agua de mar. A esas olas en lucha, á esas e  
spantosas montañas de  
agua se refieren los marinos, fenómenos cuya verdad  
era grandeza no es  
dado al hombre calcular.

Cierto día, no tempestuoso, sino un poco conmovido,  
en el cual  
preludiaba el Océano por medio de agrestes alegrías  
, me encontraba  
tranquilamente sentado sobre un bello promontorio d  
e unos ochenta pies.  
Entreteníame en ver el mar, en una línea de un cuar  
to de legua,  
asaltando mi roca, redondear la verde melena de su  
dilatada onda y  
empujarla como á la carrera. Azotaba con fuerza, ha  
ciendo retemblar el  
promontorio: tenía el trueno bajo mis plantas. Mas,  
esa regularidad se  
desmintió de repente. Ignoro qué ola del Oeste vino  
de través á herir  
traidoramente mi gran ola que con la mayor regulari  
dad llegaba del  
Mediodía. En medio de ese conflicto, de improviso d  
ejé de ver el sol;  
mi elevado promontorio fué invadido, no por un vapo  
r erizado de espuma,  
sino por una enorme ola negra que, cayendo pesadame  
nte sobre mí, me  
empapó de pies á cabeza. Allí hubiera querido ver á  
los señores  
académicos é ingenieros que miden con tanta precisi

ón los combates del  
Océano.

\* \* \*

Nadie debe, sentado en su bufete, poner en cuarentena con tal ligereza la veracidad de tanto hombre intrépido, encallecido por el trabajo y resignado, que ve con demasiada frecuencia la muerte á su lado para tener la pueril vanidad de exagerar sus peligros. Tampoco hay que comparar las tranquilas narraciones de los navegantes de profesión que corren las grandes vías trazadas, con las descripciones, á veces conmovedoras, de los audaces descubridores que las visitaron por vez primera, que señalaron, describieron los arrecifes, los escollos, atentos por ver de cerca y estudiar el peligro, al paso que el marino vulgar, el rutinario, trata de evitarlo. Los Cook, los Perron, los d'Urville y otros descubridores, corrieron peligros reales en las aguas, entonces apenas frecuentadas, del mar de Coral, de la Australia, etc., obligados á afrontar de cerca bancos que cambian incessantemente de sitio, corrientes contrariadas que se cruzan y producen horrorosas luchas interiores en los pasos estrechos.

«Sin tempestad, y sólo con el balance, soplando el viento directamente por la popa, una ola de través produce tan fuerte sacudida, que la campana del buque toca por sí sola, y si durase el balance con sus falsos movimientos, la embarcación sufriría averías



y aun se iría á  
pique.

«En los ácoros del banco de las Agujas--añade d'Urville,--las olas llegaban á la altura de ochenta y hasta cien pies. Nunca había visto el mar tan enfurecido. Afortunadamente que esas olas sólo esparcían sobre nosotros el líquido de sus crestas, ó si no, la corbeta habría sido tragada... En tan terrible combate quedó inmóvil, no sabiendo á quién obedecer. Los marineros que permanecían sobre cubierta, á cada momento quedaban anegados. ¡Espantoso caos que duró cuatro horas y de noche... un siglo, lo bastante para hacer criar al pelo canas!...--Así son las tempestades australes; tan terribles, que hasta en tierra los naturales que las presienten se llenan de pavor y se esconden en sus cavernas.»

\* \* \*

Por más interesantes y exactas que sean esas descripciones, no me siento con ánimo para copiarlas. Ni mucho menos me atrevo á imaginar ó arreglar lo que no han visto mis ojos. Sólo referiré sucintamente las tempestades que he presenciado: siquiera en éstas interpreté, á lo menos así lo creo, los distintos caracteres que distinguen el Océano del Mediterráneo.

En los seis meses que pasé á dos leguas de Génova, á orillas del mar más pintoresco del Universo y el más abrigado, en Nervi, sólo disfruté de

una pequeña tempestad de corta duración; mas, en tan poco tiempo,  
\_rabió\_ con inusitada furia. No pudiendo contemplar la á mis anchas desde  
la ventana de mi vivienda, la abandoné y por callejuelas tortuosas entre  
altos \_palazzi\_, aventuréme á dirigirme, no á la playa (ésta no existe),  
sino á una cornisa, de negras rocas volcánicas que orillan el mar,  
angosto sendero, el cual en ciertos puntos no tiene tres pies de  
anchura, y que, unas veces subiendo, bajando otras, desplomándose á  
menudo sobre el mar, le domina á la altura de treinta y hasta cuarenta  
y sesenta pies. La vista no podía fijarse á gran distancia. Continuados  
torbellinos obstruían la visión. Poco se vislumbraba, y ese poco tenía  
sus límites y era espantoso. La aspereza, los ángulos frágiles de esa  
costa de guijarros, sus puntas y sus picos, sus entradas súbitas y  
abruptas, imponían á la tempestad saltos, botes, esfuerzos increíbles,  
torturas infernales. Rechinaba de blanca espuma, pareciendo responder  
con una sonrisa execrable á la ferocidad de las lavas que  
desapiadadamente la rompían. Oíanse ruidos insensatos, absurdos; nada de  
seguido, sino truenos discordantes, silbidos tan ásperos como los de las  
máquinas de vapor, al extremo de tener uno que taparse los oídos.  
Aturdido de un espectáculo que entorpecía los sentidos, traté de  
recobrarme: apoyándome en un muro que se internaba y no hubiera  
consentido que la furiosa me arrastrara, comprendí mejor aquella

algarabía. Aspera y corta era la onda, y la dureza del combate se debía á lo extraño de aquella costa, tan abruptamente cortada, á sus ángulos crueles que apuntaban á la tempestad, desgarraban la ola. La cornisa por debajo, á uno y otro costado, hundíala en sus profundidades atronadoras.

Los ojos quedaban heridos al igual del oído por el contraste diabólico de esa nieve deslumbradora azotando las negrísimas lavas.

En fin, en aquel momento comprendí que más culpa tenía la tierra que el mar en lo terrible del cuadro que acabo de pintar. Lo contrario sucede en el Océano.

## VII

La tempestad del mes de octubre de 1859.

La tempestad que he observado mejor es la que hizo estragos en el Oeste, el 24 y 25 de octubre de 1859, que se renovó con más furor y con imponente grandiosidad el viernes 28 del mismo mes, durando el 29, el 30 y el 31, implacable, infatigable, seis días con sus noches, á excepción de un corto intervalo. Innumerables fueron las embarcaciones perdidas en nuestras costas occidentales. Antes y después, se experimentaron muy graves perturbaciones barométricas; los alambres del telégrafo quedaron

rotos ó inservibles, interrumpidas las comunicaciones. Algunos años cálidos habían precedido á esa tempestad, y después de ella hubo una gran variedad de tiempo, ya frío ya lluvioso. Y el presente año de 1860, hasta el día en que escribo estas líneas, está entregado á la obstinada anegada de los vientos Oeste y Sur, que parece quieren traer sobre nosotros todas las lluvias del Atlántico y del gran de Océano Austral.

Contemplaba esta tempestad de un sitio grato y apacible, cuya dulzura no daba el más pequeño indicio de lo que iba á acontecer. Hablo del puertecito de Saint-Georges, junto á Royan, en la desembocadura del Gironde. Allí habían transcurrido cinco meses de mi existencia en completa calma, sumido en la meditación, interrogando mi corazón, y buscando responder al asunto que traté en 1859, asunto tan delicado, tan grave. El sitio, el libro, se mezclan agradablemente á mis recuerdos. ¿Me habría sido posible escribirlo en otra parte? Lo ignoro. Lo que puedo afirmar es que el perfume agreste del país, su severa suavidad, los olores de vivificante amargura que constituyen el encanto de sus matorrales, la flora de las landas, la de los méganos, mucho han contribuido á dar animación al libro en cuestión, prestándole su sabor, que nunca desaparecerá.

Los moradores están en su sitio en medio de aquella naturaleza. No son vulgares ni groseros. El campesino es grave, de rec

tas costumbres. Los marineros son todos pilotos, pequeña tribu protestante librada del furor de las persecuciones religiosas. Allí existe la honradez primitiva (son desconocidos todavía en ese país los cerrojos); nada de ostentación. Obsérvase una modestia no acostumbrada entre los hombres de mar, la discreción y el tino que no siempre se encuentran en las clases más elevadas de la sociedad. Bien visto y apreciado de todos, tuve, sin embargo, el reposo y tranquilidad requeridos para trabajar á mis anchas. Esto hizo que me interesara más y más por aquellos hombres y sus peligros. Sin hablarles, todos los días les acompañaba con mis votos en su oficio de héroes. El estado del tiempo me inquietaba, y con frecuencia me preguntaba al contemplar el paso peligroso, si el mar, durante largo tiempo terso y tranquilo, no se trocaría de repente en montuoso y cruel.

Aquel sitio peligroso nada tiene de triste. Cada mañana desde mi ventana veía enfrente las blancas lonas, ligeramente tintas por la aurora, de un sinnúmero de barcos mercantes que aguardaban la brisa favorable para partir. Allí, el Gironde no tiene menos de tres leguas de ancho: tan solemne como los grandes ríos americanos, ostenta, sin embargo, la animación de Burdeos. Royan es un pueblecito de recreo adonde acuden gentes de toda la Gascuña. Su bahía y la de Saint-Georges disfrutaban del espectáculo gratuito que dan los marsuinos al entre

garse alegremente á  
la caza de los bañistas en pleno río, zambulléndose  
y dando saltos fuera  
del agua hasta la altura de cinco ó seis pies. Pare  
ce como que saben  
perfectamente que en aquel país nadie se libra á la  
pesca; que en el  
sitio de combate, donde lo que preocupa al marinero  
es la dirección y  
salvamento de su embarcación, nadie hace caso de lo  
que puede valer el  
aceite de un marsuino.

Añadid á esa alegría de las aguas la preciosa é inc  
omparable armonía de  
ambas riberas. Los pingües viñedos del Medoc se ost  
entan enfrente de las  
mieses de la Saintonge, de su variada agricultura.  
El cielo no tiene la  
belleza fija, y á veces monótona, del Mediterráneo.  
El de ese país es  
muy variable. Aguas saladas y dulces se elevan de l  
as nubes iríseas,  
proyectando, sobre el espejo de donde proceden, ext  
raños colores,  
verde-claro, rosado y violeta. Creaciones fantástic  
as, que pasan como  
una exhalación para ser después más deplorada su pé  
rdida, adornan la  
puerta del Océano en forma de monumentos originales  
, atrevidas arcadas,  
puentes sublimes y á veces arcos triunfales.

Las dos playas semicirculares de Royan y de Saint-G  
eorges, con su fina  
arena, constituyen para los pies delicados el más s  
uave paseo, que se  
prolonga sin cansancio por el sendero de pinos que  
alegran la duna con  
su verdor. Los magníficos promontorios que separan  
esas playas y las  
landas del interior, envían, aun á lo lejos, salutí

feras emanaciones. La  
que domina las dunas es un tanto medical, emanación  
suave de las  
siemprevivas, donde parecen concentrarse todos los  
rayos solares y el  
calor de las arenas. En las landas florecen las pla  
ntas amargas, con un  
encanto penetrante que desentumece el cerebro y rev  
ive el corazón. Allí  
se ostentan el tomillo y el sérpol, la mejorana amo  
rosa, y la salvia  
benedicida de nuestros padres por sus grandes virtud  
es. La menta que sabe  
á pimienta y, sobre todo, la clavellina silvestre,  
exhalan los finos  
perfumes de las especias de Oriente.

Parecíame que, en medio de aquellas landas, el cant  
o de las aves tenía  
más armonía que en parte alguna. Nunca he visto una  
calandria como la  
que se posó en el mes de julio sobre el promontorio  
de Vallière. Animada  
del espíritu de las flores, subía por el espacio, r  
eflejando sobre su  
plumaje los rayos del sol poniente bajo el Océano.  
Su voz que venía de  
tan alto (tal vez se encontraba á mil pies de tierr  
a), á pesar de su  
potencia conservaba toda su modestia y dulzura. Al  
nido, al humilde  
surco, á los pequeñuelos que la contemplaban dirigí  
a visiblemente su  
canto agreste y sublime: hubiérase dicho que con su  
armonía se hacía la  
intérprete del espléndido sol, de la gloria do se c  
ernía, sin orgullo, y  
que animaba á sus pequeñuelos diciéndoles: «¡Subid,  
hijitos míos!»

De todo esto, canto y perfumes, brisa suave y mar d  
ulcificado por el

agua del plácido río, fórmase una armonía infinitamente agradable, aunque sin grande ostentación. La luna parecíame luminosa sin despedir gran claridad, las estrellas muy visibles, pero poco brillantes. Un clima agradabilísimo, completamente humanizado, y que sería voluptuoso á no estar saturado de un no sé qué que da lugar á la reflexión, aleja de la mente los ensueños y nos vuelve á la realidad.

\* \* \*

¿Cómo es esto? ¿Acaso se debe á las arenas movedizas, á las veleidosas dunas, á los calizos poco firmes y cubiertos de fósiles, que os advierten la movilidad universal? ¿Es el recuerdo silencioso, pero no borrado, de las persecuciones protestantes? La causa de aquel interior agreste débese más que á otra cosa á la solemnidad que reviste el país, á los continuados naufragios, á la proximidad de un mar terrible cual ninguno.

Un gran misterio se verifica en aquel sitio solemne, un tratado, un enlace, empero enlace mucho más importante que cualquiera himeneo real. Enlace, es verdad, de conveniencia entre esposos poco adecuados. La dama de las aguas del Suroeste, doblemente engrosada por el Tarn y el Dordogne, empujada por sus violentos hermanos los torrentes de los Pirineos, viene á ofrecerse (entiéndase que hablamos de la amable y soberana Gironde) á su gigantesco esposo el viejo Océano. Empero en



ningún sitio éste es más áspero, más avinagrado. La triste barrera de lodos del Charante, y luego la dilatada faja de arenas que le detienen por espacio de cincuenta leguas, pónenle malhumorado. Cuando no desencadena su cólera sobre Bayona y San Juan de Luz, azota la pobre Gironde. No se desliza, como el Sena, abrigado por varias costas, sino que va en línea recta al ilimitado Océano. Las más de las veces éste le rechaza, y entonces retrocede y se desparrama á derecha é izquierda, escondiéndose por los pantanos de la Saintonge y hasta bajo los viñedos del Medoc, comunicando á sus vinos las cualidades de sobriedad y enfriamiento que constituyen el espíritu de sus aguas.

Ahora, figuraos el atrevimiento del hombre, que llega al punto de lanzarse entre los esposos en el fragor de la lucha, para ir, montado en una frágil barquilla, afrontando los golpes que se prodigan, en busca de la tímida embarcación detenida en la embocadura y no atreviendo á aventurarse. Ahí está el peligro que corre la vida de mis pilotos, vida modesta, pero tan gloriosa cuando se encuentre un Homero que cante su Odisea.

Compréndese fácilmente que el viejo soberano de los naufragios, el antiguo atesorador de tantos bienes sumergidos, no sabe agradecer ni poco ni mucho á los indiscretos que se presentan á disputarle su presa. Si en ocasiones les deja obrar, suele también con f

recuencia, malicioso  
y cazarro como es, herirlos, vengarse, más contento  
de ahogar á un  
piloto que de engullirse las embarcaciones.

Con todo, tiempo hacía que no se citaba ningún acci-  
dente marítimo. El  
muy cálido verano de 1859 no ofreció otro siniestro  
en aquellos parajes  
que una barca destrozada en el mes de junio. Mas ci-  
erta agitación  
inexplicable hacía prever alguna desdicha. Llegaron  
septiembre y  
octubre. La turbamulta de visitantes que sólo pide  
sonrisas al mar,  
habíase eclipsado. En cuanto á mí, allí me estaba,  
clavado á causa de mi  
obra no terminada, á la par que por el singular atr-  
activo que tienen  
esas estaciones intermedias.

Observábase la veleidad y rareza de vientos que poc-  
as veces se ofrece:  
ejemplo, una brisa abrasadora del Este, una ráfaga  
huracanada procedente  
constantemente de la parte serena. En ocasiones, la  
s noches eran  
calurosas (y más en septiembre que en agosto), sin  
poder nadie pegar los  
ojos; agitadas, nerviosas; el pulso latía acelerada-  
mente, estaba  
conmovido sin causa aparente, el temperamento hacía  
se desigual.

Un día que nos encontrábamos sentados en las \_pinad-  
as\_, azotadas por el  
viento, aunque un tanto abrigadas por la luna, oímo-  
s una voz juvenil,  
extraordinariamente clara y penetrante, de un timbr-  
e muy acerado. No  
obstante, era la voz de una casi niña, de perfil au-  
stero. Acertaba á

pasar con su madre y cantaba con toda la fuerza de  
sus pulmones el  
refrán de una antigua canción. Suplicámosla que se  
sentara y cantase  
toda la canción.

Aquel poemita rústico expresaba á maravilla el dobl  
e espíritu de la  
comarca. La Saintonge es un país agrícola, amante d  
el hogar doméstico.  
Carece del ánimo aventurero de los vascos. Pero, á  
pesar de sus gustos  
sedentarios, se convierte en marítima lanzándose al  
acaso. ¿Por qué? Con  
harta claridad lo explica la leyenda.

La preciosa hija de un rey que se entretenía en lav  
ar su ropa, imitando  
en esto á la Nausicaa de la \_Odisea\_, deja que las  
aguas del mar le  
roben su sortija: el hijo de la costa se lanza al a  
gua para recobrarla y  
se ahoga. Lloro la joven y queda convertida en el r  
omero de la playa,  
tan amargo y doloroso á la vez.

Esa balada de los naufragios, cantada en tan crític  
o momento y en medio  
de un bosque gimiendo por la inminencia de la tempe  
stad, me conmovió,  
encantóme, empero vino á fortificar el presentimien  
to que me corroía el  
alma.

\* \* \*

Podía estar seguro cada vez que iba á Royan, que la  
tempestad me  
sorprendería en el camino, á pesar de que el viaje  
sólo es de algunas  
horas. Desencadenábase sobre mí al llegar á los viñ  
edos de

Saint-Georges, y á la landa del promontorio que trepaba primero, y aumentaba su fuerza en la gran playa circular de Roan que yo seguía. A pesar de estar en el mes de octubre, la landa conservaba sus perfumes agrestes, que á cada instante me parecían más penetrantes. En la apacible playa, el viento, tibio y dulce, me azotaba el rostro, y con no menos dulzura á pesar de lo sospechoso de sus caricias, el mar lamía mis pies. Ni el uno ni el otro me engañaban, estando bien persuadido de la escena que preparaban.

Como preludio y después de veladas agradables, estaban á mitad de la noche espantosos ventarrones. Esto aconteció varias veces, en particular el 26: la noche de ese día empecé á temer que se preparaban grandes desastres. Nuestros marinos se habían ausentado. En las dilatadas fluctuaciones de la crisis equinoccial se espera un poco; y, si las cosas se prolongan, el deber y el oficio discurren; se hace caso omiso de todo, y uno se arriesga, salga lo que salga. Tuve, pues, el presentimiento de una desgracia, y dije para mí: «Alguien perece.»

Y era la pura verdad.

Una embarcación de práctico, que á pesar de lo embravecido del mar había salido para librar del peligro del paso á un buque mercante, perdió uno de sus hombres, y aun la embarcación estuvo á punto de zozobrar. El desgraciado dejaba tres hijos y su mujer embarazada

. Y lo más sensible  
del caso era que aquel hombre excelente, alentando  
en su pecho un amor  
generoso de que se dan muchos ejemplos entre los ma-  
rinos, había tomado  
por compañera á una joven inútil para el trabajo, p-  
ues accidentalmente  
perdió varias falanges de los dedos. ¡Situación hor-  
rible la de esta  
mujer inválida, en cinta y viuda!

Hízose una colecta, y yo llevé á Royan mi pequeño ó-  
bolo. Encontré un  
piloto que me habló de aquel suceso con sincero dol-  
or. «Este es nuestro  
oficio, caballero: cuando el mar ruge con toda su f-  
uerza, entonces  
estamos obligados á salir.» El comisario de la mari-  
na, en cuyas manos  
están los registros de los vivos y de los muertos,  
y que conoce mejor  
que nadie la suerte de esas familias, me pareció ha-  
llarse también muy  
triste é inquieto. Todos veíamos perfectamente que  
la cosa apenas  
comenzaba.

Dirigíme á la playa, y en aquel trayecto asaz largo  
tuve ocasión de  
observar, de estudiar en una zona de nubes que, á m-  
i entender, podía  
extenderse en todas direcciones cosa de ocho ó diez  
leguas. A mi  
izquierda vislumbrábase la Saintonge, cuyas orillas  
seguía, en  
espectación, triste é insensible; á mi derecha el M-  
edoc, del que me  
separaba el río, ofrecía una calma sombría; y detrás  
de mí, viniendo del  
Oeste, del Océano, se elevaba un mundo de negras nu-  
bes; aunque, de  
frente, una fuerte brisa terrestre de Burdeos parec

ía querer detenerlas.

Esa brisa bajaba por el Gironde, y hubiera podido esperarse que el poderoso río, merced á tan protectora é impetuosa corriente, haría retroceder la lúgubre cortina que levantaba el Océano.

En medio de mi incertidumbre miraba hacia atrás y consultaba á Cordouan, el cual parecióme sobre su escollo, de una palidez fantástica. Su torre asemejábase á un espectro que exclamara: «¡Desdicha!» «¡desdicha!»

\* \* \*

Después de calcular mejor la situación, vi perfectamente bien que el viento terrestre no sólo sería vencido, sino que era el auxiliar de su enemigo. Aquel viento soplaba muy bajo sobre el Gironde, hundiendo, derribando todos los obstáculos inferiores, y despejando por debajo la vía los elevados y sombríos nubarrones que procedían del Océano: les formaba, como un rail deslizador, sobre el cual el camino era mucho más fácil. En poco tiempo, todo terminó por la parte de tierra; cesó la brisa, disolviéndose en tintas grises, reinando sin obstáculo desde aquel momento los vientos superiores.

Al llegar yo á los viñedos de Vallière, cerca de Saint-Georges, gran número de personas estaban en los campos, terminando á toda prisa sus faenas, pues creían no poder trabajar en muchos días. Comenzaban á caer las primeras gotas, mas, al poco rato, todo el mund

o tuvo que recogerse  
á sus casas.

Había presenciado muchas tempestades, leído mil descripciones de ellas,  
y por lo tanto no creía tener motivo para asombrarme. Empero nada hacía  
prever el efecto que ésta me causó, tanto por su duración como por su  
sostenida violencia y su implacable uniformidad. Cuando hay su más ó su  
menos, un momento de reposo ó un crescendo, en fin, alguna variación,  
el alma y los sentidos encuentran un no sé qué, que calma, que distrae,  
que responde á la imperiosa necesidad de la variedad. Mas, en la  
presente ocasión, fueron cinco días con sus noches, sin tregua, sin  
aumentar ni disminuir, siempre la misma furia y sin la menor variedad en  
lo horrible del cuadro. No hubo truenos, ni combates entre las nubes, ni  
el mar se desgarró. De improviso, una gran tinta cenicienta cerró el  
horizonte por todos lados; nos vimos envueltos en aquel fúnebre sudario,  
sin quedar por eso completamente á oscuras, y descubriendo un mar  
aplomado y blanquizco, aborrecible y desolador por su monotonía furiosa,  
sin entonar más que una nota. Parecía el alarido de un gran caldero que  
hierve: no hay poesía terrorífica capaz de parangonarse con aquella  
prosa. Continuamente, continuamente el mismo tono:  
\_¡Oh! ¡oh! ¡oh!\_ ó  
\_¡uh! ¡uh! ¡uh!\_

Como habitábamos en la misma playa, éramos más que espectadores de la  
escena: constituíamos una parte de ella. En ciertos

momentos, llegaba el mar hasta veinte pasos de nuestra habitación, no dando un solo golpe sin que temblara la casa. Nuestras ventanas tenían que soportar (por fortuna no completamente de frente) el inmenso viento del Suroeste que traía un torrente, digo mal, un diluvio, el Océano convertido en lluvia. Desde el primer día tuvimos precipitadamente, y no sin gran trabajo, que cerrar las ventanas y encender luz para poder distinguir los objetos en pleno día: en las habitaciones que daban al campo, el estruendo y la conmoción eran tan notables como en las demás. Yo persistí en trabajar, pues tenía curiosidad de saber si aquella fuerza salvaje lograría oprimir, poner trabas al libre albedrío, y conseguí no obstante mantener mi pensamiento en actividad, dueño de sí mismo. Escribía y me observaba. A la larga, sólo la fatiga y la falta de sueño consiguieron trastornar una de mis potencias, creo que la más delicada del escritor, el sentido rítmico. Mis frases se deslizaban inarmónicas, siendo ésta la primera cuerda de mi instrumento que se encontró rota.

El gran mugido no tenía otra variante que las voces, extrañas, fantásticas, del viento desencadenado sobre nosotros. La casa que habitábamos le estorbaba, siendo para él un blanco que asaltaba de mil maneras. Unas veces, era el golpear brusco del amo que llama á la puerta; sacudidas como de una mano de hierro que quisiese arrancar el marco; otras, agudos quejidos por la chimenea, lame



ntos por no poder  
penetrar, amenazas porque no abríamos la puerta, en  
fin, cóleras,  
horrorosas tentativas para arrancar el techo. Y sin  
embargo, esos ruidos  
eran ahogados por el grande \_¡oh! ¡oh!\_ ¡Tal era la  
inmensidad, el  
poder, lo espantoso de esto! El viento nos parecía  
secundario, si bien  
lograba hacer penetrar la lluvia. Nuestra casa (iba  
á decir nuestra  
embarcación) hacía agua: el granero, traspasado en  
varios puntos,  
derramaba el líquido elemento á raudales.

Ocurrió algo más grave: el huracán en su furia, y p  
or un esfuerzo  
desesperado, logró arrancar el gozne de una de las  
ventanas, que desde  
entonces, aunque cerrada, temblaba, bamboleábase, s  
e agitaba, y hubo  
necesidad de afirmarla atándola fuertemente por sus  
hierros al que  
estaba más sólido. Para esto fué preciso abrir la v  
entana: en el momento  
que lo hice, aunque abrigado por ella, sentíme como  
envuelto en un  
torbellino, medio ensordecido por la horrible fuerz  
a de un ruido  
parecido á un cañonazo, á varios cañonazos que sin  
interrupción hubiesen  
disparado en mis oídos. Por los resquicios de la ve  
ntana observé una  
cosa que daba la medida de esas fuerzas incalculabl  
es, y era que las  
olas, cruzándose y rompiéndose unas con otras, con  
frecuencia no podían  
caer: por debajo la ráfaga las levantaba cual liger  
a pluma,  
desparramando por el campo aquellas pesadas moles.  
¿Qué hubiera  
acontecido si desapareciendo la ventana, el viento

embarcara, en nuestra casa aquellas imponentes olas que sostenía y empujaba con la rigidez de una tromba, y conducía á través de los campos, terribles y al aire?...

Teníamos la extraña suerte de poder naufragar en tierra firme: nuestra casa, tan cercana al mar, estaba expuesta á ver desaparecer su techo, ó tal vez todo un piso. Esto inquietaba no sólo á nosotros, sino á todos los habitantes del lugar, como nos lo confesaron, aconsejándonos la abandonásemos. Empero nosotros suponíamos que tan larga tormenta tendría fin, y contestábamos siempre: Mañana.

Las noticias que se recibían por la vía terrestre eran desastrosas: sólo hablaban de naufragios. El 30 de octubre, un buque procedente de los mares del Sur pereció á nuestra vista, en el paso, ahogándose cuantos lo tripulaban (una treintena de hombres). Después de haber evitado las rocas, los escollos, había llegado frente á una placita de menuda arena, donde acostumbraban bañarse las mujeres. Pues bien: en aquella playa, levantado por el torbellino, indudablemente á grande altura, cayó con horrorosa pesadez y fué aporreado, derrengado, dislocado, quedando en aquel sitio como un cadáver. ¿Qué se hicieron sus tripulantes? No se encontró la menor traza de ellos, creyéndose que tal vez todos habían sido barridos de sobre cubierta.

Tan trágico suceso daba á suponer que hubiesen ocurrido otros muchos

idénticos; de suerte que el pensamiento no soñaba más que desventuras. Y el mar, entretanto, parecía no estar harto todavía.

Todos estábamos saciados; él no. Yo veía á nuestros pilotos aventurarse detrás de una muralla que les cubría por el Suroeste, observar con inquietud, mover la cabeza. Por fortuna para los pobres, ninguna embarcación se atrevió á penetrar, y por lo tanto no fueron requeridos sus servicios. De lo contrario allí estaban, prontos á jugar sus vidas.

Por mi parte también contemplaba insaciablemente aquel mar que me causaba odio. No encontrándome realmente en peligro, mi fastidio y desconsuelo eran mayores. ¡Cuan feo era el mar! ¡Qué horrible su aspecto! Nada recordaba en aquel momento los vanos cuadros de los poetas; únicamente que, por un extraño contraste, cuanto más cundía mi desaliento, tanto más animado él se presentaba. Todas aquellas olas electrizadas por tan furioso movimiento hallábanse grandemente estimuladas y en posesión como de un alma fantástica. En el furor general, cada cual desempeñaba un papel distinto; y en la total uniformidad (cosa verdadera aunque contradictoria), notábase un diabólico hormigueo. ¿Acaso era esto visión de mis ojos y de mi fatigado cerebro, ó la pura verdad? Las olas me hacían el efecto de un espantoso \_mob\_, de un horrible populacho; no hombres, sino perros ladrando, de miles y miles de perros rabiosos, ó más bien, dementes... ¿Qué estoy

diciendo? ¿Perros? ¿Dogos? no era esto, no; sino ex  
ecrables é  
innominadas apariciones, bestias sin ojos ni orejas  
, sin otro órgano que  
sus espumantes bocazas.

¡Monstruos! ¿Qué queréis? ¿No estáis aún embriagado  
s con los naufragios  
de que tenemos noticia á cada momento? ¿Qué más ped  
ís?--«Tu muerte y la  
muerte universal, la supresión de la tierra y la vu  
elta del caos.»

## VIII

Los faros.

Impetuosa es la Mancha con su estrecho do se sumerg  
e el flujo del Océano  
del Norte; áspero es el mar bretón con los violento  
s remolinos de sus  
cortaduras basálticas; mas, el golfo de Gascuña, de  
sde Cordouan á  
Biarritz, es un mar de contradicciones, un enigma d  
e combates. En  
dirección al Mediodía se vuelve de repente extraord  
inariamente profundo,  
un abismo donde el agua se cuelga. Un ingenioso natu  
ralista lo compara á  
un gigantesco embudo que absorbiese bruscamente. La  
ola, escapándose de  
allí bajo espantosa presión, se eleva á alturas de  
que no hay otro  
ejemplo en nuestros mares.

La marejada del Noroeste es el motor de la máquina,  
y si es un tanto más  
Norte empuja hacia el fondo del golfo, va á aplasta

r San Juan de Luz.

Más Oeste, hace regolfar el Gironde y encasqueta sus horribles olas al infortunado Cordouan.

No se conoce bastante á ese respetable personaje, á ese mártir de los mares; y creo que de todos los faros de Europa es el más viejo. Uno solo puede disputarle su antigüedad, la célebre linterna de Génova; mas la diferencia es grande. Esta, que corona un fuerte, asentada tranquilamente sobre una roca excelente y muy sólida, puede reírse de las tormentas. Cordouan se encuentra sobre un escollo rodeado continuamente de agua. En verdad que fué mucha audacia edificar sobre la misma onda, ¿qué digo? sobre la violenta onda, en medio del eterno combate de un río y un mar semejantes.

Estos, le prodigan á cada momento ó sendos latigazos ó pesados bofetones que truenan sobre él como un cañonazo. Aquello es un eterno asalto. El mismo Gironde, empujado por las brisas terrestres, por los torrentes de los Pirineos, combate por momentos á ese portero del paso, como si fuera responsable de los obstáculos que le opone el Océano.

Y, sin embargo, ese faro es la única luz que resplandece en aquel mar: todo el que se desvíe de Cordouan empujado por el viento Norte, corre peligro; también es fácil se aparte de Arcachón. Ese mar es tan terrible como tenebroso; de noche, no se divisa una sola señal que guíe al

navegante, ni hay un solo punto de abrigo.

Durante los seis meses que permanecí en aquellas playas, mi contemplación ordinaria, mejor diré, mi sociedad habitual, era Cordouan. Perfectamente comprendía que su posición de guardián de los mares, de vigilante constante del estrecho, constituían aquella mole en una especie de personaje. De pie sobre el vasto horizonte de Poniente, se ofrecía á mis ojos bajo cien aspectos distintos. A veces, en una zona de gloria triunfaba el sol; en otras ocasiones, pálido y apenas visible, flotaba entre la niebla presagiando desdichas; y al tender su negro manto la noche, cuando aparecía bruscamente su luz roja y lanzaba sus miradas de fuego, parecía un inspector celoso que vigilaba las aguas, penetrado é inquieto de su responsabilidad. No importa lo que en el mar sucediese, él siempre era el culpado: alumbrando la tormenta, solía arrancar alguna víctima de sus brazos, y no obstante él tenía la culpa de la furia de los elementos. Así es cómo la ignorancia acostumbra á tratar al genio, acusándole de los males que descubre. Me acuso en este sitio de haberle tratado yo mismo con injusticia. Si no se encendía á la hora acostumbrada, si sobrevenía el mal tiempo, le acusaba, le reprendía. «¡Ah! ¡Cordouan! ¡Cordouan! ¿No puedes traerarnos, blanco fantasma, más que huracanes?»

\* \* \*

Y, sin embargo, creo que debimos á él, en la tempes-  
tad de octubre, la  
salvación de nuestros treinta hombres. La embarcaci-  
ón se hizo trizas,  
mas se salvaron los que la tripulaban.

Gran cosa es ver do se naufraga, irse á pique en pl-  
ena luz, con  
conocimiento del sitio, de las circunstancias y de  
los recursos de que  
se puede echar mano. «¡Dios todopoderoso! ¡Si es nu-  
estro destino  
perecer, que á lo menos perezcamos de día!»

Cuando la embarcación, arrastrada desde alta mar po-  
r el furioso oleaje,  
llegó de noche cerca de las costas, había mil proba-  
bilidades contra una  
de no entrar en Gironde. A la derecha, la luminosa  
punta de Grave le  
advertía que evitase el Medoc; á la izquierda, el p-  
equeño faro de  
Saint-Palais le mostraba la peligrosa roca de la Gr-  
and'Caute del lado de  
la Saintonge. Entre esos fuegos blancos y fijos, se  
destacaba sobre el  
escollo central la claridad rojiza de Cordouan que,  
cada minuto, indica  
el paso.

Por un esfuerzo desesperado logró pasar la embarcac-  
ión, pero fué todo.  
El viento, las olas, la corriente, la asaltaron en  
Saint-Palais: la  
benéfica trinidad de los tres fuegos reflejaba en a-  
quel sitio. Los  
treinta vieron do estaban, que iban á encallar en l-  
a arena y que tal vez  
podrían salvar sus vidas si abandonaban á tiempo el  
frágil leño. Puesto  
en práctica su pensamiento, confiáronse á la tormen-  
ta, al furor del

viento; y, efectivamente, los trató éste como á esas olas que arrastra hacia la tierra sin permitirles retroceder. Topándose unos con otros, magullados, fueron arrojados no sé dónde, pero es lo cierto que salieron del peligro con vida.

\* \* \*

¿Quién es capaz de contar el número de hombres y de barcos que salvan los faros? Vista la luz en esas horribles noches de confusión en que los más animosos se turban, no sólo indica el camino, sino que presta valor, impidiendo al ánimo extraviarse. Es un gran apoyo moral decirse en el trance supremo: «¡Persiste! ¡un esfuerzo más!... Si el viento y el mar son tus contrarios, no estás solo, la Humanidad vela por ti.»

Los antiguos, que seguían las costas y las tenían á la vista incesantemente, necesitaban más que nosotros alumbrarlas. Dícese que los etruscos fueron los que empezaron á entretener los fuegos nocturnos sobre las piedras sagradas. El faro era un altar, un templo; una columna, una torre. Los celtas también fabricaron, existiendo todavía importantes dolmens precisamente en los puntos favorables de donde pueden divisarse mejor los fuegos. El Imperio Romano había iluminado, de promontorio en promontorio, todo el Mediterráneo.

El gran terror de los piratas del Norte, la vida temblorosa de la



sombría Edad Media, apagan todo eso, cuidándose de auxiliar los desembarcos. El mar hase convertido en objeto de terror: todo barco es un enemigo, y si se estrella, una presa. El pillaje del náufrago constituye una de las rentas del señor: es el noble \_derecho de fractura\_. Conocido es el Conde de León enriquecido por su escollo, «piedra preciosa--decía,--más que cuantas causan la admiración del vulgo en las coronas de los reyes.»

En los tiempos modernos, si bien inocentemente, los pescadores han causado no pocos naufragios encendiendo hogueras en la playa que se veían desde el mar; y aun los mismos faros han ocasionado alguna catástrofe cuando se han confundido entre sí. Una luz tomada por otra inmediata, á veces dió motivo á terribles equivocaciones.

Después de sus grandes guerras, la Francia tomó la iniciativa del nuevo arte de luces y de su aplicación en beneficio del género humano. Armada con el rayo de Fresnel (una lámpara de la potencia de cuatro mil y que se distingue á doce leguas de distancia), erigió una cintura de esas poderosas llamas que entrecruzan sus luces y se penetran unas á otras. Así desaparecieron las tinieblas de la faz de nuestros mares.

Para el marino que se guía por las constelaciones, este invento fué como un nuevo cielo que se le ofreció, creando á la vez los planetas,

estrellas fijas y satélites, y dando á esos astros de invención, los matices y caracteres diversos de los de arriba. Asi mismo varió el color, la duración, la intensidad de su centelleo. A los unos, dió la luz tranquila que basta para las noches serenas; á los otros, una luz movible giratoria, una mirada de fuego que atravies a los cuatro lados del horizonte: éstos, como los misteriosos animales que alumbran el mar, tienen la viviente palpitación de una llama que rel umbra y palidece, que brota y muere. En las sombrías noches de tormenta, se conmueven, parecen tomar parte en las convulsiones del Océano, y, sin sorprenderse, devuelven fuego por fuego á los resplandores celest es.

\* \* \*

Es preciso recordar que en aquella época (1826), y hasta 1830, todo el mar estaba en tinieblas. Contados eran los faros en Europa; en Africa sólo existía el del Cabo; en Asia había tres: los d e Bombay, Calcuta y Madrás, y ni uno solo en el espacio inmenso de la A mérica del Sur. Desde entonces acá, todas las naciones han seguido imitan do á la Francia. Poco á poco se hace la luz.

Quisiera llevar á cabo con el lector en una sola no che, y sin movernos de este sitio, la circunnavegación de nuestro Océan o, entre Dunkerque y Biarritz, y la revista de los grandes faros. Empero sería esto tarea muy larga.

Calais hace señales hospitalarias á la Inglaterra,  
á la muchedumbre que  
pasa por aquel país, con sus cuatro faros de colore  
s diversos, que deben  
verse desde el mismo Douvres. El magnífico golfo de  
l Sena, entre la Hève  
y Barfleur, alumbrado por faros amigos, abre el Hav  
re á la América,  
recibiéndola directamente en el hogar, en el corazó  
n de la Francia.

El mismo Sena se adelanta hacia el mar para recoger  
las embarcaciones,  
iluminando con gran esmero todas las puntas de la B  
retaña. En la  
vanguardia de Brest, en Saint-Matthieu, en Penmark,  
en la isla de Sen,  
se ostentan luces distintas que resplandecen por mi  
nutos y aun por  
segundos, gritando al navegante: «¡Atención! Observ  
a esa roca... Huye de  
ese escollo... Vira hacia aquí... ¡Perfectamente!..  
. ya estás en el  
puerto.»

\* \* \*

Notad que todas esas torres levantadas en sitios pe  
ligrosos, edificadas  
á menudo sobre las rompientes y en medio de las tem  
pestades, establecían  
al arte el problema de la absoluta solidez. Muchos  
faros se levantan á  
alturas inmensas. La tan decantada arquitectura de  
la Edad Media no se  
aventuraba á edificar tan alto si no daba al edific  
io apoyos exteriores,  
contrafuertes, botareles, y hacia la cima de las to  
rres ya no se fiaba  
de la piedra, sino que recurría al auxilio no muy a  
rtístico de los

grapones de hierro que enlazaban entre sí las piedras, como puede verse todavía en la aguja de la catedral de Strasburgo. Nuestros arquitectos desprecian tales medios. El faro de los Héaux, construido últimamente por M. Reynaud sobre el peligroso escollo de las Espadas de Tréguier, tiene la sencillez sublime de una gigantesca planta marina. Poco se cura de los contrafuertes: hunde en la roca viva sus cimientos tallados al cincel, y sobre una base de sesenta pies de anchura, se yergue su columna de veinticuatro pies de diámetro. Sus anchas piedras de granito están embutidas la una en la otra; además, en la parte inferior, las hiladas se encuentran unidas por medio de dados (también de granito) que penetran á la vez en otras piedras superpuestas. Toda la obra está tan bien ajustada que el cimiento fué cosa superflua. De abajo arriba, mordiendo cada piedra á su inmediata, según se ha dicho, el faro constituye una sola mole, más compacta que la roca sobre que se asienta. La ola no sabe qué lado atacar: azota, rabia, pero resbala. Todo lo que consigue ganar con sus prolongados truecos es que el faro oscile y se incline un tanto. Empero no hay que alarmarse por esto; la misma ondulación presentan las más antiguas y sólidas torres.

\* \* \*

Así, pues, en lugar de los tristes bastiones que antiguamente amenazaban al mar, como los que todavía he visto en la costa d

e Berbería, la  
civilización moderna edifica las torres de la paz,  
de la hospitalidad  
benévola. Preciosos y nobles monumentos, á veces su  
blimes á los ojos del  
arte y que siempre conmueven el ánimo. Sus luces de  
colores distintos,  
donde se representan el oro, la plata de las estrel  
las, ofrecen el  
seguro firmamento que una providencia humana ha org  
anizado sobre la  
tierra. Cuando están velados todos los astros, es d  
ado al marino  
contemplar éstos y recobrar el perdido ánimo, recon  
ociendo en ellos su  
estrella, la estrella de la Fraternidad universal.

\* \* \*

¡Cuánto agrada sentarse junto á uno de esos faros,  
bajo esas luces  
amigas, verdadero hogar de la vida marítima! El más  
moderno de entre  
ellos es ya venerable por las preciosas vidas que h  
a salvado. Su vista  
produce más de un recuerdo; rodéalo la tradición y  
es objeto de sabrosas  
leyendas, pero leyendas verdad. Dos generaciones ba  
stan para que un faro  
tome carta de antigüedad y se convierta en sagrada  
su memoria.  
Frecuentemente dirá la madre á la joven: «Este salv  
ó á tu abuelo, y sin  
él no hubieras venido al mundo.»

¡Cuántas visitas le hace la intranquila esposa que  
aguarda la vuelta de  
su marido! Al anochecer, y también á media noche, l  
a hallaréis allí  
sentada, aguardando y pidiendo que la bienhechora l  
uz que brilla en lo  
alto traiga al ausente, lo conduzca á puerto con se

guridad.

Con justicia, los antiguos honraban el altar de los  
dioses salvadores  
del hombre en sus piedras sagradas. Para el corazón  
atribulado que  
tiembla y espera, los tiempos no han variado, y en  
medio de la  
obscuridad de la noche, la que llora y ruega ve en  
el faro el altar y el  
mismo Dios.

## LIBRO SEGUNDO

### GÉNESIS DEL MAR

#### I

Fecundidad.

La velada de San Juan (del 24 al 25 de junio), cinco minutos después de haber dado la media noche ábrese la gran pesca del arenque en los mares del Norte. Luces fosforescentes ondulan ó bailan sobre las ondas; «son los \_relámpagos\_ del arenque,» la señal consagrada que parte de todas las embarcaciones. Acaba de subir un mundo de seres vivientes de las profundidades á la superficie, siguiendo el atractivo del calor, del deseo y de la luz. La que produce la luna pálida y suave, agrada á la gente tímida, siendo el fanal que al parecer les al

ienta para su gran  
festín amoroso. Y van subiendo, subiendo todos juntos,  
sin que uno solo  
se quede atrás. La sociabilidad es la ley de esa raza;  
siempre se  
presentan en masa. Reunidos viven envueltos en las  
tenebrosas  
profundidades; juntos acuden en la primavera á participar  
de la alegría  
universal, á ver la luz del día, á gozar y morir. Apretados,  
comprimidos, jamás se encuentran bastante cerca los  
unos de los otros,  
navegando en bancos compactos. «Es lo mismo (decían los flamencos),  
que  
si nuestras dunas comenzaran á bogar.» Entre Escocia,  
Holanda y Noruega  
parece que ha surgido una inmensa isla y que un continente  
esté pronto á  
emerger. Destácase un brazo al Este que se mete por el Sund,  
obstruyendo  
la entrada del Báltico. En ciertos pasos estrechos,  
el remo no puede  
abrirse paso; el mar constituye una masa sólida. Millones  
y más  
millones, ¿quién sería osado á contar el número de esas legiones?  
Dícese  
que en una ocasión, cerca del Havre, halló un pescador en sus  
redes  
ochocientos mil arenques, y en un puerto de Escocia se  
pescaron once mil  
barriles en una sola noche.

Surgen como un elemento ciego y fatal, sin que los desanime la  
destrucción. Hombres y peces son sus contrarios; nada les inquieta  
y  
bogan sin cesar. Esto no debe sorprendernos, puesto que mientras  
navegan  
se aman, y cuanto más mueren, más producen y se multiplican  
sin detener  
su marcha. Las columnas compactas, profundas, en la

electricidad común,  
flotan entregadas únicamente á la grande obra de la  
procreación. El todo  
va impulsado por las olas y por la ola eléctrica. E  
scoged entre la masa  
al acaso y encontraréis los fecundos, otros que lo  
fueron, y otros  
deseosos de serlo. En medio de ese mundo que descon  
oce la unión fija, el  
placer es una aventura, el amor un viaje. Sobre la  
ruta que recorren  
siembran torrentes de fecundidad.

A dos ó tres brazas de profundidad desaparece el ag  
ua bajo la increíble  
abundancia del flujo materno do nadan las huevas de  
l arenque. Cuando el  
sol empieza á extender sus dorados rayos sobre la t  
ierra, es curioso  
ver, hasta donde alcanza la vista, por espacio de m  
uchas leguas, el mar  
blanco del germen de los machos.

Macizas, grasientas y viscosas ondas, donde la vida  
fermenta en la  
levadura de la vida. Por centenares de leguas, en l  
ongitud y latitud,  
parece aquello un volcán de leche, y de leche fecun  
da que ha hecho  
erupción y ahogado al mar.

\* \* \*

Lleno de vida á la superficie, el mar veríase obstr  
uido si esa increíble  
potencia de producción no fuese violentamente comba  
tida por la áspera  
liga de todas las destrucciones. Basta reflexionar  
que cada arenque  
lleva en sí cuarenta, cincuenta, hasta setenta mil  
huevas. Si la muerte  
violenta no acudía á remediarlo, multiplicándose po



r término medio cada  
arenque en cincuenta mil, y cada uno de éstos en otros tantos, en  
algunas generaciones lograrían llenar, solidificar  
el Océano, ó  
putrificarlo, suprimiendo todas las castas y convirtiendo en desierto al  
Universo. La vida reclama aquí imperiosamente la asistencia, el  
indispensable auxilio de su hermana la muerte. Ambas se combaten y  
entregan á una lucha inmensa que es armonía y la salvación del género  
humano.

En la gran cacería universal contra la raza maldita, los ojeadores, los  
encargados de impedir que la masa se disperse, los que la empujan hacia  
la playa, son los gigantes del mar. Las ballenas y cetáceos no desdeñan  
semejante presa; persíguenla, se introducen en los bancos; con sus  
bocazas absorben por toneladas el enjambre infinito que sin disminuir  
por eso huye en dirección de las costas. Allí se opera otro género de  
destrucción mayor todavía. Primero, los pequeños entre los pequeños, los  
pececillos microscópicos se tragan la freza y huevas del arenque,  
hartándose de germen, comiéndose el futuro; en cuanto al presenté, es  
decir, el arenque acabado de nacer, ha producido la Naturaleza un género  
glotón que, con sus ojos separados, ve y come mejor, género todo  
estómago, la golosa tribu de los \_gades\_ (pescadilla, abadejo, etc.). La  
pescadilla se llena, se harta de arenques y engorda; otro tanto sucede  
con el abadejo. De manera que el peligro de los mar

es, el exceso de  
fecundidad vuelve á presentarse más terrible aún. ¡  
El abadejo! Este sí  
que es más fecundo que el arenque: ¡llega á tener n  
ueve millones de  
huevas! Un abadejo de cincuenta libras tiene catorc  
e de huevas, ¡la  
tercera parte de su peso! Añadid que á esos animal  
tos, de tan temible  
maternidad, la época del celo les dura nueve meses  
en el año. El bacalao  
llegaría á poner en peligro al Universo. ¡A ellos,  
pues! Lancemos buques  
al mar, equipemos flotas. Sólo Inglaterra envía á s  
u exterminio veinte ó  
treinta mil marineros. ¿Y cuántos envía la América,  
y la Francia, y la  
Holanda, y el mundo entero? El abadejo por sí solo  
ha creado colonias,  
fundado factorías y ciudades. Su preparación es un  
arte, y ese arte  
posee una lengua, idioma técnico usitado entre los  
pescadores de  
bacalao.

Empero, ¿qué puede hacer el hombre? La Naturaleza s  
abe que nuestros  
pequeños esfuerzos, nuestras flotas y nuestras pesq  
ueras, nada serían  
para su objeto, que el bacalao vencería al hombre.  
Así, pues, no se fía  
de él, sino que llama en su auxilio á fuerzas de mu  
erte mucho más  
enérgicas. Desde el fondo de los ríos llega al mar  
uno de los más  
activos, de los más resueltos comedores: el esturió  
n. Encaminándose á  
los ríos para procrear, sale de allí enflaquecido y  
áspero, y poseído de  
un apetito inmenso, introdúcese nuevamente en el ma  
r para regalarle.  
¡Qué dicha para aquel hambriento encontrar el gordo

abadejo que se ha  
asimilado las legiones de arenques! Allí se concent  
ra toda la substancia  
y puede morder á su sabor. Este valiente comedor de  
bacalao, aunque no  
tan fecundo, tiene sin embargo, un millón quinienta  
s mil huevas. Un  
esturión de mil cuatrocientas libras, encierra cien  
libras de germen, ó  
cuatrocientas cincuenta de huevas. El peligro no ce  
sa. Amenazado ha el  
arenque con su fecundidad terrible; otro tanto suce  
de con el bacalao, y  
el esturión amenaza todavía.

Preciso es que la Naturaleza invente un supremo dev  
orador, comedor  
admirable y productor pobre, de digestión inmensa y  
avaro de generación.  
Monstruo benéfico y terrible que siega esa plaga in  
vencible de  
fecundidad renaciente con un gran esfuerzo de absor  
ción, que se lo traga  
todo indistintamente: muertos, vivos, ¿qué digo? cu  
anto encuentra á su  
paso. \_El magnífico comedor\_ de la Naturaleza, come  
dor privilegiado: el  
tiburón.

Mas, tan terribles destructores están vencidos de a  
ntemano: á pesar de  
su furia devoradora, producen muy poco. Hase visto  
que el esturión no es  
tan fecundo como el bacalao, y el tiburón es estéri  
l comparado con los  
demás habitantes del líquido elemento. No se vierte  
como ellos en  
torrentes por los mares: vivíparo, elabora en su se  
no el tiburoncito, su  
heredero feudal, que nace terrible y armado de punt  
a en blanco.

\* \* \*

Puede el mar en sus fecundas tenebrosidades sonreír  
se de los  
destructores que él mismo produce, bien seguro de p  
rocrear cada vez más.  
Su riqueza principal desafía los furores de esos se  
res tragones, siendo  
inaccesible á su rapacidad. Me refiero al mundo inm  
enso de átomos  
vivientes, de animales microscópicos, verdadero abi  
smo de vida que  
fermenta en su seno.

Hase dicho que la falta de luz solar excluía la vid  
a, y no obstante, en  
lo más profundo del mar viven innumerables enjambre  
s de estrellas  
marinas. Las olas están pobladas de infusorios y de  
gusanos  
microscópicos é infinidad de moluscos arrastran sob  
re ellas sus conchas.  
Cangrejos bronceados, radiantes anémonas, nevadas p  
orcelanas, dorados  
ciclóstomos, onduladas volutas, todo vive y se muev  
e. Allí pululan los  
animálculos luminosos que, atraídos momentáneamente  
á la superficie,  
aparecen formando regueros, serpientes de fuego ó r  
esplandecientes  
guirnaldas. En su transparente espesor debe estar a  
lumbrado el mar acá y  
acullá con tales resplandores; las mismas aguas tie  
nen cierto brillo,  
una semi-luz que se nota sobre los peces, así vivos  
como muertos.  
Aquello es su propia luz, su propio fanal, su cielo  
, su luna y sus  
estrellas.

A todo el mundo es dado observar en las salinas la  
fecundidad del mar.

Las aguas concentradas constituyen depósitos violáceos que no son otra cosa que infusorios. Cuentan todos los navegantes que en tal ó cual dilatado viaje no han atravesado más que aguas vivientes. Freycinet vió sesenta millones de metros cuadrados cubiertos de un rojo escarlata que no es otra cosa que un animal-planta, tan diminuto, que en un solo metro cuadrado viven cuarenta millones de ellos. En el golfo de Bengala, en 1854, el capitán Kingman, navegó por espacio de treinta millas sobre una enorme capa blanca que daba al mar el aspecto de una llanura cubierta de nieve. No se veía una sola nube; el cielo estaba aplomado formando contraste con la brillantez del mar. Vista de cerca esa agua blanca era una gelatina, y observada al lente una masa de animalculos que al moverse producían singulares efectos luminosos.

Cuenta Perón, que durante veinte leguas navegó á través de una especie de polvo gris, lo que, visto al microscopio, resultó ser una capa de huevas de especie desconocida que, sobre un espacio inmenso, cubría y no dejaba ver el agua.

En las desamparadas costas de la Groenlandia, donde el hombre se figura que va á expirar la Naturaleza, el mar está pobladísimo. Se navega en una longitud de doscientas millas por quince de latitud, sobre aguas negruzcas, cuyo color deben á cierta medusa microscópica. En cada pie cúbico de aquellas aguas viven más de ciento diez mil de dichos

animalillos. (Schleiden).

Esas aguas nutritivas están densas de todo género de átomos crasos,  
apropiados á la muelle naturaleza de los peces, que perezosamente abren  
la boca y aspiran, sustentados como un embrión en el seno de la madre  
común. ¿Sabe el pez lo que se traga? Apenas. El alimento microscópico es  
como una especie de leche que se le ofrece sin solicitarlo. La gran  
fatalidad del mundo, el hambre, sólo existe en la tierra; en el mar está  
evitada, se desconoce. Ningún esfuerzo de movimiento; nadie se cura de  
buscar la comida. La vida debe flotar como un sueño. ¿En qué empleará  
sus fuerzas el ser? En nada puede gastarlas, y las reserva para el amor.

\* \* \*

La obra real, el trabajo del gran mundo de los mares es: amar y  
multiplicarse. El amor llena su noche fecunda; súmese en las  
profundidades, pareciendo mucho más rico todavía entre los infinitamente  
pequeños. Mas, ¿cuál es, en realidad, el átomo? Cuando creéis estar en  
posesión del más pequeño, el indivisible, observáis que también ama y  
divide su existencia para producir otro ser. En el grado más bajo de la  
vida, donde falta todo otro organismo, encontraréis completas las formas  
genéricas.

Tal es el mar. Al parecer es la gran hembra del globo, cuyo infatigable  
deseo, concepción permanente y alumbramiento son et

ernos.

## II

El mar de leche.

El agua de mar, hasta la más pura, tomada mar adentro y lejos de toda mezcla, es ligeramente blanquiza y un poco viscosa. Si se la detiene entre los dedos, \_hace hebra\_ y resbala con lentitud. Los análisis químicos no explican ese carácter: existe en ella una substancia orgánica que sólo se analiza destruyéndola, quitándole su especialidad, y haciéndola volver violentamente al número de los elementos generales.

Las plantas, los animales marinos, están revestidos de esa substancia, cuya mucosidad, consolidada á su alrededor, produce el efecto de gelatina, unas veces inmóvil y otras temblorosa. Plantas y animales aparecen á través como bajo una capa diáfana, y nada contribuye tanto á las ilusiones fantásticas que nos produce el mundo de los mares. Sus reflejos son singulares y á menudo extrañamente iríseos, por ejemplo, sobre las escamas de los peces y sobre los moluscos, que al parecer reciben por ese medio toda la ostentación de sus caras conchas.

Es lo que más llama la atención del niño que por primera vez ve un

pescado. A mí me sucedió esto siendo muy pequeño, aunque recuerdo como ahora la impresión que me produjo. Aquel ser brillante, resbaladizo, con sus plateadas escamas, me causó sorpresa y entusiasmo difíciles de explicar. Traté de agarrarlo, pero esto fué tan difícil para mí, como retener el agua en mis manos. Parecióme idéntico al elemento do nadaba, y me imaginé confusamente que no era otra cosa que agua, agua animal, organizada.

Más tarde, ya hombre, no fué menor mi sorpresa al ver en una playa cierto animal luminoso. A través de su cuerpo transparente, divisaba los morrillos y la arena. Incoloro como el cristal, un poco consistente, temblando al tocarlo, aparecióseme como á los antiguos y como al célebre Reaumur, que llamaba sencillamente á esos seres agua a \_gelatinificada\_.

Y la impresión es más fuerte todavía cuando se encuentran en estado de formación primitiva las cintas color blanco amarillento que muellemente bosqueja el mar y constituyen las ovas, las laminarias que, trocando su color en pardusco, alcanzarán la solidez de las pieles. Mas, cuando tiernas, al estado viscoso, elásticas, tienen á manera de la consistencia de una ola solidificada, tanto más fuerte cuanto más blandas es.

Lo que se sabe actualmente de la complicada generación y organización de los seres inferiores, vegetales ó animales, nos ved



a la explicación dada  
por los antiguos y por Reaumur. Pero todo esto no nos impide repetir la  
pregunta que fué el primero en hacer Bory de Saint-Vincent: «¿Qué es el  
\_mucus\_ del mar? ¿La viscosidad que presenta el agua en general? ¿No es  
acaso el elemento universal de la vida?»

\* \* \*

Preocupado con tales ideas, encaminéme en busca de un químico ilustre,  
espíritu positivista y sólido, novador tan prudente como atrevido, y sin  
preámbulos establecí \_ex abrupto\_ mi pregunta: «Caballero, ¿qué es, á  
vuestro entender, ese elemento viscoso, blanquizco, que ofrece el agua  
del mar?»

--La vida.

Luego volviendo á tocar el asunto para corroborar esta frase demasiado  
sencilla y absoluta, añadió: «Quiero decir una materia semiorganizada y  
ya perfectamente organizable. En ciertas aguas, no es más que una  
densidad de infusorios, en otras lo que va á serlo, lo que puede  
trocarce en ello. Por otra parte semejante estudio no se ha emprendido  
aún, pues á nadie ha preocupado seriamente.» (17 de mayo de 1860).

Al salir de su casa fuí á la de un gran fisiólogo cuyas opiniones en la  
materia no son menos valiosas á mis ojos. Le cuestionó sobre lo mismo, y  
su respuesta fué larga y bellísima. Hela aquí en extracto: «Tan

ignorante se está de la constitución del agua como de la sangre. Lo que con más claridad se entrevé relativamente al \_mucus\_ del agua del mar, es que, á la vez, es el fin y el principio. ¿Resulta de los innumerables residuos de la muerte que los cedería á la vida? Indudablemente que sí, es una ley natural; mas, de hecho, en ese mundo marítimo de rápida absorción, la mayor parte de los seres son absorbidos vivos; no se arrastran en estado cadavérico como acontece en la tierra, donde son más lentas las destrucciones. El mar es elemento purísimo; la guerra y la muerte provéenlo y nada dejan en él de repugnante.

»Empero la vida, sin llegar á su disolución suprema, muda sin cesar, trasuda de sí cuanto no la hace falta. Entre nosotros, animales terrestres, la epidermis pierde incesantemente. Esas mudas, á que es dado llamar la muerte cotidiana y parcial, llenan el mundo de los mares, de una riqueza gelatinosa de que en el acto se aprovecha la vida naciente, encontrando en suspensión la superabundancia oleosa de esa trasudación común, las partículas todavía animadas, los líquidos vivientes que no han tenido tiempo de perecer. Todo eso no vuelve á caer en estado inorgánico, sino que entra rápidamente en los nuevos organismos. De todas las hipótesis, ésta es la más verosímil; si se rechaza, nos engolfamos en dificultades inmensas.»

\* \* \*

Las opiniones que acaban de exponerse, debidas á los hombres de ideas más avanzadas y más serios del día, no son inconciliables con las que profesaba hará cosa de treinta años, Geoffroy Saint-Hilaire, sobre el mucus general, de donde parece que la Naturaleza extrae toda su vida. «Es--dice aquel sabio,--la sustancia animalizable, el primer grado de los cuerpos orgánicos. No hay seres, animales ó vegetales, que no la absorban ó la produzcan en la primera época de la vida, por débiles que sean, aumentando su abundancia más bien en razón de su debilidad.»

Esta última frase abre un conocimiento profundo sobre la vida del mar. La mayor parte de sus hijos parecen fetos en estado gelatinoso, que absorben y producen la materia mucosa, colmando las aguas, dándolas la fecunda dulzura de una matriz infinita, donde sin cesar se presentan nuevos recién nacidos, nadando cual en un lago de leche tibia.

\* \* \*

Asistamos á la obra divina; tomemos una gota de agua de mar. Allí veremos cómo comienza la primitiva creación. Dios no opera hoy de un modo y mañana de otro. Mi gota de agua, no cabe duda, con sus transformaciones me va á contar la historia del Universo. Esperemos, y á observar.

¿Quién es capaz de prever, de adivinar la historia de esa gota de agua?

Planta-animal, animal-planta, ¿cuál debe salir primero?

Dicha gota ¿será el infusorio, la \_mónade\_ primitiva que agitando y vibrando no tarda en convertirse en \_vibrador\_; el que, de escalón en escalón, pólipo, coral ó perla, llegará, tal vez, en el transcurso de diez mil años á la dignidad de insecto?

Lo que surgirá de esa gota ¿es acaso el hilo vegetal, el tenue y sedoso plumión que nadie creería un ser, y no obstante es el primer cabello de una joven diosa, cabello sensible, amoroso, llamado con tanta propiedad \_cabello de Venus\_?

Lo que os estoy contando no pertenece al dominio de la fábula, no: es historia natural lisa y pura. Ese cabello de dos clases (vegetal y animal) en el que se condensa la gota de agua, puede titularse el primogénito de la vida.

\* \* \*

Mirad al fondo de un manantial: primero nada veis, y luego observáis algunas gotas un poco turbias. Con un buen anteojo, lo turbio se convierte en una nubécilla, ¿gelatinosa ó coposa? Vista al microscopio el copo se vuelve múltiple, como un grupo de filamentos, de caballitos. Se les considera mil veces más delgados que el más delgado cabello femenino. He aquí la primera y tímida tentativa de la vida que quisiera organizarse. Esas confervas, como se les llama, se

encuentran  
incesantemente en el agua dulce y en la salada cuando está inmóvil,  
empezando por ellas la doble serie de plantas originarias del mar y de  
las que adquirieron carta de naturaleza en la tierra cuando ésta  
emergió. Fuera del agua críase la numerosísima familia de los hongos, y  
dentro de las confervas, algas y otras plantas análogas.

Es el elemento primitivo, indispensable, de la vida, encontrándosele  
donde parece imposible que pueda medrar. En las sombrías aguas marciales  
cargadas y sobrecargadas de hierro, en las muy cálidas aguas termales,  
encontraréis ese ligero \_mucus\_ y esas criaturillas que se asemejan á  
gotas apenas desarrolladas, pero que oscilan y se mueven. No importa  
cómo se las clasifique, ni que Candolle las honre con el nombre de  
animales, y que Dujardin las relegue al último rango de los vegetales.  
No tienen más misión que vivir, que empezar por su modesta existencia la  
dilatada serie de seres que sólo ellos pueden producir. Esos  
pequeñuelos, vivos ó muertos, les sustentan con su propio ser,  
administrándoles desde abajo la gelatina de vida que sacan  
incesantemente del agua materna.

\* \* \*

No hay verosimilitud en indicar como muestra de la creación primitiva  
fósiles ó piedras diluvianas de animales ó vegetales complicados:

animales (los trilobitos) que ya poseen sentidos superiores, por ejemplo, ojos; vegetales gigantes de poderosa organización. Es muy probable que seres mucho más sencillos precedieron y prepararon aquéllos, mas su muelle consistencia no ha dejado ningún vestigio. ¿Cómo habrían podido resistir la acción de los tiempos tan débiles seres, cuando las más duras conchas son trituradas ó disueltas? En el mar del Sur se han visto peces de acerados dientes ramoneando el coral, lo mismo que un carnero ramonea la hierba. Los blandos esbozos de la vida, las gelatinas animadas, aunque sólidas apenas, se han fundido millones de veces antes de que la Naturaleza pudiese fabricar su robusto trilobito, su indestructible helecho.

Restituyamos á esos pequeñuelos (confervas, algas microscópicas, seres flotantes entre dos reinos, átomos indecisos que se truecan por momentos de vegetal en animal y de éste en aquél), restituyámosles su derecho de primogenitura que, según parece, les corresponde.

Sobre ellos, y á su costa, comienza á elevarse la inmensa, la maravillosa flora de los mares.

Y no me es dado en este punto ocultar la tierna simpatía que por ella siento. Por tres motivos la bendigo.

Pequeñas ó grandes, esas plantas tienen tres caracteres simpáticos:

Primero su inocencia. Ni una sola produce la muerte

. El mar no encierra  
ningún veneno vegetal. En las plantas marinas todo  
es salud y  
salubridad, bendición, de la vida.

Esas inocentes sólo quieren alimentar la animalidad  
. Algunas (por  
ejemplo las laminarias), son dulces como el azúcar;  
otras, tienen un  
amargor saludable (como el precioso ceramio purpúreo  
o y violáceo, llamado  
musgo de Córcega). Todas concentran un mucílago nut  
ritivo, especialmente  
varios fucos, el ceramio de las salanganas cuyos ni  
dos se comen en la  
China, la capilaria, esa providencia, de los pechos  
cansados. En todos  
los casos en que hoy día se prescribe el yodo, anti  
guamente se daban en  
Inglaterra confituras de fuco.

El tercer carácter que llama la atención en aquella  
vegetación, es su  
amor inmenso. Dan ganas de creer que es el género m  
ás amoroso que existe  
al ver sus extrañas metamorfosis de himeneo. El amo  
r es el esfuerzo de  
la vida para ser más allá de su ser y poder más que  
su potencia.

Obsérvese esto en las luciolas y otros animalillos  
que se exaltan hasta  
producir llamas, y asimismo en las plantas tales co  
mo las conjugadas y  
las algas, que en el momento sagrado salen de su vi  
da vegetal usurpando  
un rango superior y esforzándose por trocarse en an  
imales.

\* \* \*

¿Dónde empezaron tales maravillas? ¿Dónde se verifi  
caron los primeros

esbozos de la animalidad? ¿Cuál debió ser el teatro primitivo de la organización?

Antiguamente, esto dió margen á grandes controversias: empero hoy día nótese cierto acuerdo sobre dicho asunto entre el mundo de los sabios europeos.

Podría contestar valiéndome de infinidad de libros aceptados, autorizados, mas, prefiero entresacar la respuesta de una Memoria premiada recientemente por la Academia de Ciencias de París y por lo tanto apoyada en su gran autoridad.

Encuéntranse seres vivientes en las aguas á una temperatura de ochenta á noventa grados de calor: y cuando el globo enfriado bajó á esa temperatura, entonces se hizo posible la vida. El agua había absorbido en parte el elemento de muerte, el gas ácido carbónico. Se pudo respirar.

Al principio, los mares se asemejaron á esas porciones del Océano Pacífico cuya profundidad es escasa y que están sembradas de islotes bajos; estos islotes son antiguos volcanes, cráteres extintos. Los viajeros sólo los distinguen merced á los picos que salen de las aguas y á los trabajos practicados por los pólipos. Empero el fondo entre esos volcanes debe ser también volcánico, y durante los ensayos de la creación primitiva sería un receptáculo de vida.



Por largo tiempo la tradición popular consideró á los volcanes como \_guardadores\_ de los tesoros subterráneos y que de vez en cuando desparrraman el oro escondido en sus entrañas. Falsa poesía con sus puntas de verdad. Las regiones volcánicas encierran en sí los tesoros del globo, y poderosas virtudes de fecundidad. Ellas fueron las que dotaron á la tierra estéril, pues debió brotar la vida del polvo de sus lavas, de sus cenizas siempre calientes.

Conocida es la riqueza de los bordes del Vesubio, de los valles del Etna en las dilatadas raíces que empuja hacia el mar; conocido es también el paraíso que forma bajo el Himalaya el precioso círculo volcánico del valle de Cachemira, y otro tanto sucede á cada paso en las islas del mar del Sur.

En circunstancias las menos favorables, la vecindad de los volcanes y las cálidas corrientes que les son anejas continúan la vida animal en los sitios más desolados. Bajo la horrible devastación del polo antártico, no lejos del volcán Erebus, James Ross encontró corales vivos á mil brazas bajo el mar helado.

\* \* \*

En la primitiva edad del mundo los numerosos volcanes de que está sembrado tenían una acción submarina mucho más poderosa que ahora. Sus fisuras, sus valles intermedios, permitieron al \_mucos\_ marítimo

acumularse por capas, electrizarse de las corrientes. Sin duda que allí se asió la gelatina, fijóse, se afirmó, inquietóse y fermentó con toda su vigorosa potencia.

La levadura fué el atractivo de la substancia en provecho propio.

Elementos creadores nativamente disueltos en el mar, formaron combinaciones, matrimonios iba á decir, apareciendo vidas elementales para evaporarse y morir. Otras, enriquecidas con sus despojos, duraron; seres preparatorios, lentos y pacientes creadores que, desde aquel momento, comenzaron bajo el agua la obra eterna de fabricación y la prosiguen á nuestra vista.

El mar, que á todos los sustentaba, distribuía á cada cual lo que mejor le convenía. Descomponiéndolo cada uno á su manera, en provecho propio, los unos (pólipos, madréporas, conchas) absorbieron el calizo; otros (los infusorios del trípoli, las colas de caballo rugosas, etc.) concentraron el sílice. Sus despojos, sus construcciones, revistieron la sombría desnudez de las rocas vírgenes, hijas del fuego, que arrancaran del núcleo planetario lanzándolas ardientes y estériles.

Cuarzo, basaltos y pórfidos, guijarros semi-petrificados, todo recibió de esas criaturillas una corteza menos inhumana, elementos suaves y fecundos que extraían de la leche materna (llamo leche al mucus marítimo), que elaboraban y depositaban, haciendo h

abitable la tierra.

En esos medios más favorables pudo realizarse el mejoramiento, la ascensión de las especies primitivas.

Estos trabajos debieron practicarse primitivamente en las islas volcánicas, en el fondo de sus archipiélagos, en esos meandros sinuosos, esos apacibles laberintos donde las olas sólo penetran discretamente; tibias cunas para los recién nacidos.

Mas, la flor escogida florece con plenitud en las profundas hondonadas de los golfos índicos. Aquí, el mar fué un gran artista, pues dió á la tierra las adoradas y benditas formas donde se complace en crear el amor. Por medio de sus asiduas caricias, redondeando la playa, dióle los contornos maternos, la ternura visible del seno de la mujer (iba á decir), lo que tanto place al niño, abrigo, calor y descanso.

### III

El átomo.

Cierto día, un pescador me regaló el fondo de su red, es decir, tres seres casi moribundos, un esquino, una estrella de mar y otra estrella, un lindo ofiuro, que todavía se agitaba y no tardó en perder sus brazos delicados. Púselos en agua de mar, y los descuidé por espacio de dos

días, ocupado en otras tareas. Cuando me acordé de ellos, sólo hallé tres cadáveres. Aquello estaba desconocido: habíase renovado la escena.

Una película espesa y gelatinosa se había formado á la superficie. Tomé un átomo de ella en la punta de una aguja, y el átomo, visto al microscopio, me ofreció lo siguiente:

Un torbellino de animales, cortos y sólidos, rechonchos, ardientes (\_cólposos\_), que se movían de acá para allá, ebrios de vida, arrebatados de haber nacido (permítaseme la expresión), celebrando su natalicio con una extraña bacanal.

En segunda fila hormigueaban unas culebrillas muy diminutas ó anguilas microscópicas que más bien vibraban que nadaban para ir hacia adelante (se las nombra \_vibradores\_).

Fatigada de tanto movimiento, la vista, sin embargo, no tardó en notar que en aquella escena no todo se movía. Había vibradores tiesos aún que no vibraban: habíalos entrelazados, agrupados en racimos, en enjambres, que no se habían desprendido y aparentaban aguardar el momento de la libertad.

Entre aquella fermentación viva de seres inmóviles aún, se arrojaba, \_rabiaba\_, talaba, la desordenada traílla de los grandes rechonchos (los \_cólposos\_), que parecía hacer pasto de ellos, regalar, engordar y vivir allí á sus anchas.

Observaréis que ese espectáculo tenía por teatro la arena de un átomo recogido en la punta de una aguja. ¿Qué de escenas parecidas hubiese ofrecido el Océano gelatinoso que con tanta prontitud se formó sobre el fango! El tiempo había sido aprovechado maravillosamente. Los moribundos ó muertos, al escapárseles la vida habían creado todo un mundo. En cambio de tres animales perdidos, ahora era dueño de millones de ellos, y éstos ¡tan jóvenes y vivaces, animados de movimientos tan violentos, tan absorbentes, rabiosos por vivir!

\* \* \*

Ese mundo infinito, de tal suerte mezclado al nuestro, que por doquiera nos rodea y está siempre con nosotros, era casi desconocido hasta hace poco. Swammerdam y otros, que anteriormente lo habían entrevisto, fueron detenidos en sus primeros pasos. Mucho más tarde, en 1830, el mágico Ehrenberg lo evocó, lo reveló y clasificó, estudiando la forma de esos invisibles, su organismo, sus costumbres, y viólos absorber, digerir, navegar, cazar, combatir. Su generación le pareció obscura. ¿Cuáles son sus amores? ¿Acaso aman? En seres tan elementales ¿hace el gasto la Naturaleza de una generación complicada? ¿O bien nacen espontáneamente como tal ó cual moho vegetal? El vulgo dice: «como los hongos.»

Cuestión árida que hace sonreír y menear la cabeza á más de un sabio.

¡Se está tan seguro de tener entre manos el misterio del mundo, de haber fijado invariablemente las leyes de la vida! A la Naturaleza toca obedecer. Cuando, hace cien años, se hizo observar á Reaumur que la hembra del gusano de seda podía producir sin auxilio del macho, lo negó, contestando: «La nada, nada produce.» El hecho, constantemente negado y probado de continuo, acaba de serlo fijamente y queda admitido, no tan sólo para el gusano de seda, sino para la abeja y para cierta mariposa, y aun para otros animales.

\* \* \*

En todo tiempo y en cualquiera nación, lo mismo entre las personas ilustradas que entre el vulgo de las gentes, se decía: «La muerte da la vida.» Suponíase en particular que la vida de los imperceptibles surgía inmediatamente de los despojos que le lega la muerte. El mismo Harvey, que fué el primero en formular la ley de generación, no se atrevió á desmentir tan arraigada creencia. Al decir: Todo procede del huevo, añadió: \_ó de los disueltos elementos de la vida precedente\_.

Esta es precisamente la teoría que acaba de renacer con tal resplandor, merced á los experimentos de M. Pouchet, quien establece que de los despojos de infusorios y otros seres se crea la escarba fecunda, la «membrana prolífica,» de la que nacen, no nuevos seres, sino los gérmenes, los óvulos de donde podrán nacer después.

Estamos en la época de los milagros, es preciso con  
venir en ello; mas,  
éste no tiene nada de sorprendente.

En otro tiempo habríanse reído á las barbas del que  
hubiera pretendido  
que animales indóciles á las leyes establecidas, se  
permitan respirar  
por la patita. Los bellos trabajos de Milne Edwards  
han derramado luz  
sobre este asunto. Dícese que asimismo Cuvier y Bla  
inville habían notado  
que otros seres que carecen de órganos regulares de  
circulación, los  
suplían por medio de los intestinos; mas, esos gran  
des naturalistas  
encontraron tan enorme el caso, que no se atreviero  
n á divulgarlo. Hoy  
ha pasado al dominio de cosa juzgada por el mismo M  
ilne Edwards, M. de  
Quatrefages, etc.

\* \* \*

Sea cual fuere la opinión que se tenga formada de s  
u nacimiento, lo  
cierto es que después de nacidos nuestros átomos of  
recen un mundo  
infinito y admirablemente variado. Todas las formas  
de vida están  
representadas en ellos honrosamente. Dado caso que  
se conozcan entre sí,  
opinarán que componen una armonía completa á la que  
muy poco hay que  
envidiar.

Y no son especies dispersas, creadas aparte: consti  
tuyen visiblemente un  
reino donde los géneros diversos han organizado una  
gran división del

trabajo vital. Tienen seres colectivos como nuestros pólipos y nuestros corales, pegados aún, sufriendo las sujeciones de una vida común; tienen también pequeños moluscos que ya se visten con lindas conchas; tienen peces ágiles y bullidores insectos, arrogantes crustáceos, miniatura de los futuros cangrejos, como ellos armados hasta los dientes, aguerridos átomos que se dedican á la caza de los átomos inofensivos.

Todo esto en medio de una riqueza enorme y excesiva que humilla la pobreza del mundo visible. Sin hablar de los rizópodos que con sus capitas han ayudado á la constitución de los Apeninos, sobrealzando las cordilleras; sólo los foraminíferos, esa numerosa tribu de átomos conchíferos, cuenta hasta dos mil especies (Carlos d'Orbigny). Los hay contemporáneos de todas las edades de la tierra, presentándose siempre á diversas profundidades en las treinta crisis que ha experimentado el universo mundo, variando un tanto las formas, pero persistiendo como género, y quedando cual testimonios idénticos de la vida del planeta. Al presente, la fría corriente del polo austral, que llega a punta de América divide entre sus dos grandes playas, envía imparcialmente cuarenta especies hacia la Plata y otras cuarenta, hacia Chile. Empero, la gran manufactura que los crea y organiza parece ser el cálido río del mar que se desprende de las Antillas. Las corrientes del Norte los matan, arrastrándolos muertos el gran torrente paterno con



dirección á  
Terranova y á nuestro Océano, cuyo fondo constituye  
n.

\* \* \*

Cuando el ilustre padre de los átomos (es decir, su  
padrino), Ehrenberg,  
los bautizó, los patrocinó, introduciéndolos en la  
ciencia, fué acusado  
de debilidad hacia ellos, y se dijo que daba demasi  
ada importancia á  
esos pequeñuelos. Ehrenberg los encontraba complica  
dos, de una  
organización muy elevada, llegando á tal punto su l  
iberalidad hacia los  
mismos, que les concedió ciento veinte estómagos á  
cada uno. El mundo  
visible se sulfuró, y, por una reacción violenta, D  
ujardin los redujo á  
la última expresión de sencillez. Según él, esos pr  
etendidos órganos  
sólo lo son en la apariencia. No pudiendo negar, si  
n embargo, su fuerza  
de absorción, les concede el don de improvisar á ca  
da momento, estómagos  
al caso, y del grandor de las partículas que quiere  
n tragarse. Esta  
opinión no ha logrado cautivar á M. Pouchet, quien  
se inclina por la de  
Ehrenberg.

\* \* \*

Lo incontestable y admirable en ellos es el vigor d  
e sus movimientos.  
Varios tienen todas las apariencias de una individu  
alidad precoz, no  
permaneciendo mucho tiempo avasallados á la vida co  
munista y polípera do  
se arrastran sus superiores inmediatos, los verdade  
ros pólipos. Muchos

de esos invisibles, de un salto se convierten en individuos, es decir, en seres capaces de ir y correr de acá para allá solos, á su capricho, libres ciudadanos del mundo que sólo depende de ellos en lo tocante á la dirección de sus movimientos.

Cuanto puede imaginarse de locomociones diversas, de modos de andar en el mundo superior, es igualado, sobrepujado de ante mano por los infusorios. El impetuoso torbellino de un astro poderoso, de un sol que arrastra como á sus planetas cuantos seres débiles encuentra en su carrera, el curso más irregular del cometa cabelludo que atraviesa ó que dispersa mundos vagos á su paso, la graciosa ondulación de la esbelta culebra que sigue el agua ó nada en tierra, la barca oscilante que sabe virar á tiempo, decaer del rumbo para ir más lejos, en fin, el rastreo lento y circunspecto de nuestros tardígrados, que se apoyan, se agarran á cualquier cosa, todos esos diversos aires se observan entre los imperceptibles. Mas ¡con qué maravillosa sencillez de medios! Los hay que no siendo más que un hilo, para avanzar se disparan como un tirabuzón elástico; otros se valen de su ondulante cola ó de sus pequeñas cejas vibrantes á guisa de remo y gobernal le; las preciosas vorticelas, cual jarrón de flores, se agarran juntas sobre una isla (plantecica ó cangrejito), y luego se aíslan descolgando su delicado pedúnculo.

\* \* \*

Lo que aún llama más la atención que los órganos de movimiento, es lo que podríamos nombrar las expresiones, las actitudes, los signos originales del humor y del carácter. Hay seres apáticos, otros muy activos y fantásticos, otros agitados por la guerra, otros diligentes sin causa aparente y poseídos de una vana agitación. En ocasiones, á través de una masa de gentes tranquilas y pacíficas, un atolondrado, sordo y ciego, lo echa todo á rodar.

¡Prodigiosa comedia! Parece como que están ensayando entre ellos el drama que representará nuestro mundo, el noble y serio mundo de los grandes animales visibles.

A la cabeza de los infusorios coloquemos con cierto respeto los majestuosos gigantes, los dos jefes de orden, el alto tipo del movimiento y el de la fuerza (lenta, pero temible) armada.

Tomad un poco de musgo de un tejado cualquiera, dejadlo algunos días en agua, y observad después con un microscopio. Un poderoso animal, el elefante, la ballena de los infusorios, muévase con un vigor y un garbo de vida que no siempre tienen semejantes colosos. Respetémoslo. Es el rey de los átomos, el rotífero, así nombrado porque en ambos lados de la cabeza lleva dos ruedas, órganos de locomoción que lo asimilarían al barco de vapor, ó tal vez armas de caza que lo ayud

an á apoderarse de  
los más débiles.

Todos huyen, cejan ante él, y uno solo resiste, no  
temiendo nada,  
confiado en sus armas. Es éste un monstruo, empero  
provisto de sentidos  
superiores, el cual tiene dos ojazos de púrpura. Po  
co movable y  
verdadero tardígrado, en cambio ve y está armado, p  
ues ostenta en sus  
sólidas patas uñas muy pronunciadas, que le sirven  
para asirse en caso  
de necesidad y sin duda también para pelear.

\* \* \*

¡Poderoso preludio de la Naturaleza que, en esa eco  
nomía de sustancia y  
de materia, con nada comienza á crear tan majestuos  
amente! ¡Sublime  
abertura! Estos (¿qué importa su tamaño?) tienen un  
a potencia colosal de  
absorción y de movimiento, que estarán muy lejos de  
poseer los enormes  
seres clasificados mucho más alto en la serie anima  
l.

La ostra pegada en su roca, la limaza que se arrast  
ra sobre su abdomen,  
son para el rotífero lo que yo sería al lado de los  
Alpes, de las  
cordilleras; seres tan desproporcionados que no pue  
den medirse con la  
vista, y apenas por el cálculo y la imaginación.

Sin embargo, ¿qué se han hecho entre esas montañas  
animales la presteza  
y el ardor de vida que desplegaba el rotífero? ¡Qué  
caída la nuestra al  
ascender la escala!... Mis átomos estaban llenos de  
vida, se movían

vertiginosamente, y esas bestias gigantescas están atacadas de parálisis.

¿Qué sería si el rotífero pudiera concebir al ser colectivo donde dormita un infinito, por ejemplo, la magnífica, la colosal esponja estrellada que vemos en el Museo de París? Esta, por su magnitud, está á igual nivel del rotífero que el hombre con el globo terráqueo, de nueve mil leguas de ruedo. Y sin embargo, estoy convencidísimo que, lejos de verse humillado por la comparación, el átomo rebosaría de orgullo exclamando: «Soy grande.»

\* \* \*

¡Ah!, ¡rotífero!, ¡rotífero! No conviene menospreciar nada.

Conozco muy bien tus ventajas y tu superioridad; mas, ¿sabemos acaso si esa vida de cautiverio que te mueve á risa no es un progreso? Tu descompasada y vertiginosa libertad, ¿es, por ventura, el término de las cosas? Para tomar su punto de partida hacia más elevados destinos, la Naturaleza prefiere experimentar un encanto inmóvil, penetrando en el obscuro sepulcro de ese triste comunismo en que cada elemento desempeña un papel insignificante, y enseña á dominar la inquietud individual, á concentrar la substancia en beneficio de las vidas superiores.

Dormita allí por algún tiempo, como la \_Linda de la selva durmiente\_;

empero, sueño ó cautiverio, sortilegio ó lo que fue  
re, semejante estado  
no es la muerte. La áspera materia de la esponja vi  
ve rellena de sílice:  
sin moverse, sin respirar, sin órganos de circulaci  
ón, sin ningún  
aparato de los sentidos, vive. ¿Cómo se sabe eso?

La esponja pare dos veces al año; tiene sus peculia  
res amoríos y con más  
exuberancia que otros seres. En día dado unas esfer  
illas se desprenden  
de la madre esponja, armadas de débiles nadaderas q  
ue las procuran  
algunos instantes de animación y de libertad. Una v  
ez fijas,  
conviértense en esponjitas delicadas, que irán aume  
ntando paulatinamente  
en tamaño.

Así, pues, en medio de la carencia aparente de sent  
idos y de organismo,  
envuelto todo en misterioso enigma, en el dintel du  
doso de la vida, la  
generación la revela y nos descubre el preludio del  
mundo visible cuya  
escala vamos á recorrer. Sólo se divisa la nada, y  
en esa nada ya  
aparece la maternidad. Lo mismo que entre los diose  
s de Egipto (Isis y  
Osiris) que engendran antes de nacer, aquí el Amor  
nace antes del ser.

#### IV

Flor de sangre.

En el eje del globo, en medio de las cálidas aguas

de la Línea y en su  
fondo volcánico, el mar superabunda de vida hasta el  
punto de no poder,  
á lo que parece, equilibrar sus creaciones; y sobre  
pujando á la vida  
vegetal, de buenas á primeras, sus alumbramientos p  
roducen la vida  
animada.

Mas, esos animales se atavían con un extraño lujo b  
otánico, con libreas  
espléndidas de una flora excéntrica y lujuriosa. Di  
visáis hasta donde  
alcanza la vista flores, plantas y arbustos; á lo m  
enos, tales os  
parecen por sus formas y colores. Y esas plantas se  
mueven, los arbustos  
son irritables, las flores tiemblan con naciente se  
nsibilidad, do va á  
posarse la voluntad.

¡Oscilación encantadora, gracioso equívoco! Al lími  
te de los dos reinos  
y bajo esas flotantes apariencias tan fantásticas,  
el espíritu da  
testimonio de sus primeros albores. Es el alba, la  
aurora matutina. Con  
sus resplandecientes colores, sus nácares y esmalte  
s, señala el sueño  
nocturno y la idea del día que aparece.

¡Idea! ¿Nos atreveremos á pronunciar esta palabra?  
No: es un sueño,  
sueño no más, pero que poco á poco se esclarece com  
o los ensueños  
matutinos.

\* \* \*

Al norte de Africa, ó más allá del Cabo, el vegetal  
que reinaba como  
soberano en la zona templada ve surgir á su lado ri

vales animados que  
también vegetan, florecen, le igualan y no tardan e  
n sobrepujarle.

El grande encantamiento comienza, va en aumento sie  
mpre y adelantando  
hacia el Ecuador.

Arbustos extraños, elegantes, las gorgonas, las isi  
s, extienden su rico  
abanico; el coral adquiere su color rojo bajo las o  
las.

Al lado de las brillantes praderas irisadas de todo  
s colores comienzan  
las plantas-piedra, las madréporas, cuyas ramas (¿d  
iremos sus manos y  
sus dedos?) florecen en helados copos rosados, pare  
cidos á los de los  
melocotones y manzanos. Por espacio de setecientas  
leguas antes de  
llegar al Ecuador y por otras setecientas del lado  
de allá continúa la  
mágica ilusión.

Hay seres inciertos, como por ejemplo las coralinas  
, que los tres reinos  
se disputan. En sí encierran algo de animal, algo d  
e mineral, y  
últimamente acaban de ser clasificadas en la nomenc  
latura de los  
vegetales. Tal vez sea el punto real en que la vida  
obscuramente  
despierte del sueño de piedra, sin desprenderse aún  
de su rudo punto de  
partida, como para advertirnos, á nosotros tan sobe  
rbios y que miramos  
desde tan alto, la fraternidad ternaria, el derecho  
que el obscuro  
mineral tiene á subir y animarse, y la aspiración p  
rofunda que existe en  
el seno de la Naturaleza.



\* \* \*

«Nuestras praderas, nuestros bosques--dice Darwin,-  
-parecen desiertos y  
vacíos si se comparan con los del mar.» Y en efecto  
, á cuantos han  
recorrido los transparentes mares de las Indias, le  
s ha llamado la  
atención la fantasmagoría que ofrece su fondo, sien  
do sorprendente en  
primer término por el extraño cambio que se opera e  
n las plantas y los  
animales en sus insignias naturales, en su aparienc  
ia. Las plantas  
blandas y gelatinosas, con órganos redondos que no  
parecen ni tallos ni  
hojas, afectando gordura, la dulzura de las curvas  
animales, diríase que  
quieren engañar al que las mira y hacerse pasar por  
seres del reino  
animal, mientras que los animales verdaderos parece  
como que se ingenian  
para ser plantas y asemejarse á los vegetales, pues  
imitan todos los  
caracteres del otro reino. Unos tienen la solidez,  
la casi eternidad del  
árbol; otros se descogen y luego se marchitan, como  
las flores. Así,  
pues, la anémona marina se abre cual pálida margari  
ta rosada, ó como  
áster granate adornado con ojos de azur; mas desde  
el momento que se ha  
desprendido un hilito de su corola, ó sea una nueva  
anémona, veísla  
disolverse y desaparecer.

Mucho más variable aún el proteo de las aguas, el a  
lcción, toma todo  
género de formas y de colores, haciendo el papel de  
planta, de fruta;  
despliegase en forma de abanico, se convierte en se

to lleno de  
matorrales ó en graciosa cestita. Mas, todo ésto es  
fugitivo, efímero,  
de vida tan tímida que desaparece al menor movimien  
to, y nada queda: en  
un instante ha vuelto todo al seno de la madre comú  
n. Hallaréis la  
sensitiva en una de esas formas ligeras; la cornula  
ria, al tacto se  
repliega sobre sí misma, cierra su seno como la flo  
r sensible al fresco  
nocturno.

Cuando os asomáis al borde de los arrecifes, de los  
bancos de corales,  
observáis el fondo del tapiz bajo el agua, verde de  
astreas y de  
tubíporas, fungias amoldadas en bolas de nieve, mea  
ndrinas historiadas  
en su laberintito y cuyos valles y colinas están in  
dicados con los  
colores más vivos. Los cariófilos (ó claveles) de t  
erciopelo verde  
matizado de naranja al extremo de su ramo calizo, p  
escan los alimentos  
meneando suavemente en el agua sus preciosas estamb  
rillas de oro.

Encima de ese mundo de abajo, como para resguardarl  
o del sol, ondulando  
cual sauces y bejucos, ó balanceándose como palmera  
s, las majestuosas  
gorgonas de varios pies de alto, constituyen un bos  
que con los árboles  
enanos del isis. De uno á otro árbol, la plumaria e  
nreda su espiral muy  
parecida á las tijeretas de las viñas y los hace co  
rresponder entre sí  
por medio de sus finos y ligeros ramajes, matizados  
de brillantes  
reflejos.

Este espectáculo encanta, turba la imaginación: es un vértigo y como un sueño. El hada de las aguas añade á esos colores un prisma de tintas fugitivas, una movilidad sorprendente, una inconstancia caprichosa, la vacilación, la duda.

¿He visto bien? No, no es eso... ¿era un ser ó un reflejo?... Sin embargo, seres son, pues veo un mundo real que se aloja allí y se divierte. Los moluscos viven confiados, arrastrando su nacarada concha; los cangrejos tampoco desconfían, y corren y cazan. Peces extraños, ventrudos y rechonchos, vestidos de oro y de cien colores distintos, están paseando su pereza. Anélidos color de púrpura y violáceos, serpentean y se agitan al lado de la delicada estrella (el ofiuro), que bajo el influjo de los rayos solares, alarga, encoge, arrolla y desarrolla sus elegantes brazos.

En medio de esa fantasmagoría y con más gravedad, la madrepora arborescente ostenta sus no tan subidos colores. Su belleza consiste en la forma.

Y la belleza de ese mundo está en el conjunto, en el noble aspecto de la ciudad común: el individuo es modesto, mas la república impone. Aquí tiene la fortaleza del áloe y el cactus; más allá es la cabeza del ciervo, su espléndido atalaje; á mayor distancia la extensión de las vigorosas ramas de un cedro que, después de tender horizontalmente sus

brazos, se dispone á empinarse más y más.

Esas formas, despojadas ahora de millares de flores vivas que las animaban, las cubrían, tienen tal vez en su estado severo mayor atractivo para el ánimo. Por lo que á mí toca, me c omplazco en contemplar los árboles en invierno, cuando sus eleg antes ramas desnudas del lujo abrumador de las hojas, nos dicen lo que s on por sí solos, revelando delicadamente su escondida personalidad. Otro tanto sucede con las madreporas. En su desnudez presente, convertida s de pinturas en esculturas, más abstraídas, digámoslo así, parece q ue intentan revelarnos el secreto de esos pueblecillos cuyo orn amento constituyen. Varias de ellas, diríase que nos hablan por medio d e extraños caracteres: tienen enlaces, roleos complicados que visiblemente indican algo. ¿Hay alguno que pueda interpretarlos? ¿Con qu é palabras los traduciríamos á nuestro idioma?

Presiéntese perfectamente que hoy aún existe una id ea allí dentro. Uno no puede desprenderse fácilmente de aquel sitio; y por más que se abandone, allí se vuelve. Deletréase, se cree compr ender; luego se os escapa ese rayo de luz y os golpeáis la frente.

Los enjambres de abejas, con su fría geometría, no son, ni con mucho, tan significativos. Estas constituyen un producto d e la vida; mas, aquello es la misma vida. La piedra no fué simpleme nte base y abrigo de

dicho pueblo, sino un pueblo anterior, la generaci<sup>ó</sup>n primitiva que, suprimida paulatinamente por los jóvenes de encima ha tomado tal consistencia. Luego, todo el pasado movimiento, el tinte de la ciudad primitiva, están allí visibles y sorprendentes, con una verdad flagrante, cual vivo detalle de Herculenum ó Pompeya. Empero aquí todo se ha fabricado sin violencia ni la más pequeña catástrofe, por un progreso natural; la más serena paz reina en dicho sitio, que tiene un singular atractivo de dulzura.

El escultor admiraría las formas de un arte maravilloso que en un mismo asunto ha sabido producir infinitas variantes, las cuales bastarían para cambiar y renovar todas nuestras artes de adorno.

Pero otra cosa hay que considerar á más de la forma. Las ricas arborescencias donde se descoge la actividad de esas tribus laboriosas, los ingeniosos laberintos que parecen buscar un hilo, ese profundo juego simbólico de vida vegetal y de toda vida, es el esfuerzo de una idea, de la libertad cautiva, sus tímidos tanteos hacia la prometida luz, relámpago encantador del alma joven comprometida en la vida común; pero que, suavemente, sin violencia, con gracia, se emancipaba de ella.

Poseo dos de estos arbolillos, de especie análoga, y sin embargo distinta. No hay vegetal que pueda comparárseles. Tiene el uno inmaculada blancura, como el alabastro sin brillo,

y en su amorosa  
riqueza cada rama ostenta capullos, botones, florec  
itas, y jamás dice:  
Basta. El otro, no tan blanco pero más tupido, en c  
ada rama encierra un  
mundo. Ambos son agradabilísimos por su semejanza y  
desemejanza, su  
inocencia, su fraternidad. ¡Oh! ¡quién podrá revela  
rme el misterio del  
alma infantil y encantadora que fabricó ese juguete  
de hadas! Vésela  
circular aún esa alma libre y cautiva á la vez, mas  
con cautiverio  
amoroso, y que sueña con la libertad sin quererla p  
or entero.

\* \* \*

Hasta ahora las artes no han sabido apoderarse de e  
sas maravillas que  
tanto las hubieran auxiliado. La magnífica estatua  
de la Naturaleza que  
se eleva á la puerta del Jardín de Plantas, de Parí  
s, debiera estar  
rodeada de tales atributos. Aquella estatua había d  
e figurar con el  
cortejo triunfal que nunca la abandona, era preciso  
realzar con todos  
sus dones el majestuoso trono do se sienta. Sus pri  
meros seres, las  
madréporas, dichosos de enterrarse en el suelo hubi  
eran suministrado los  
fundamentos, por medio de sus alabastrinos ramajes,  
sus meandros y sus  
estrellas. Encima sus ondulosas hermanas, con sus c  
uerpos y sedosos  
cabellos habrían constituido un blando lecho vivien  
te para abrazar  
cariñosamente á la divina Madre en medio de sus ens  
ueños de eterno  
alumbramiento.

La pintura no ha sido más hábil que la escultura en la utilización de este asunto, puesto que pinta las flores animadas semejantes á las flores terrestres, cuando sus colores son extraordinariamente distintos. Los grabados al plomo que poseemos dan muy pobre idea de la cosa. Por más que se diga, sus tintas chabacanas, pálidas, no retratan ni con mucho la suavidad, la dulzura, la emoción de las flores del mar. Si se emplearan los esmaltes, lo cual ensayó Palissy, el asunto saldría rudo y glacial: admirables en la reproducción de los reptiles, de las escamas de pescado, son demasiado lustrosos para imitar esas suaves y tiernas criaturas que hasta de cutis carecen. Los pulmoncitos exteriores que presentan los anélidos, los delgados filamentos nebulosos que lanzan al viento ciertos pólipos, los móviles y sencillos cabellos que ondulan sobre la medusa son objetos no sólo delicados sino conmovedores. Ofrecen todos los matices, son finos y vagos, pero cálidos: es como un hálito perceptible, y nuestros ojos atónitos ven en ellos el color del arco iris. Para aquellos seres es algo muy serio, su propia sangre, su tenue vida traducida en tintas, en reflejos, en resplandores cambiantes, que se animan ó palidecen, aspiran, espiran... Tened cuidado. No ahoguéis la almita flotante, muda, y que, á pesar de todo, os revela un mundo, demostrándoos su íntimo misterio en sus palpitantes colores.

\* \* \*

Los colores poco sobreviven, pues la mayor parte se disuelven y desaparecen. Aun las mismas madréporas sólo dejan su base, que diríase inorgánica, siendo no obstante la vida condensada, solidificada.

Las mujeres, que tienen ese sentido mucho más delicado que nosotros, no se han engañado, presintiendo aunque confusamente que uno de dichos árboles, el coral, era una cosa viva. De ahí la predilección que demuestran por él. Y aunque la ciencia sostenga primero que sólo es una piedra, luego un arbusto, el sexo bello ve en el coral algo más.

«Señora, ¿por qué prefiere usted á todas las piedras preciosas ese árbol de un encarnado dudoso?--Caballero, dice á mi cara. El rubí hace palidecer; éste, mate y no tan vivo, hace resaltar mejor la blancura.»

Y la señora tiene razón. Los dos objetos son parientes. En el coral, lo mismo que en los labios y mejillas de la dama, el hierro da el color (Vogel); encarnado el uno y el otro rosado.

«Pero señora, esas piedras brillantes son de una finura incomparable.--Ciertamente, mas el coral es suave; tiene la suavidad del cutis á la par que su color. A los dos minutos de llevarlo, paréceme mi misma carne, mi propio ser.

»Señora, hay encarnados más bonitos.--Doctor, no me prive usted de éste,



pues le quiero. ¿Por qué? Lo ignoro... ¡Oh, sí! hay un motivo para quererlo (y es éste tan bueno como otro cualquiera) ; dicho motivo es su nombre oriental y verdadero: llámasele «Flor de sangre.»

V

Los fabricantes de mundos.

Nuestro Museo de Historia Natural, en su harto reducido recinto, es un palacio de hadas, residiendo allí, al parecer, el genio de las metamorfosis de Lamarck y de Geoffroy. En la sombría sala del piso bajo, las silenciosas madréporas fundan el mundo, más vivo por momentos, que se eleva encima de ellas. Más arriba, habiendo el pueblo de los mares alcanzado su completa energía de organización en los animales superiores, prepara las existencias terrestres. En la cúspide están los mamíferos, sobre los cuales la tribu divina de los pájaros despliega sus alas y parece que todavía canta.

La muchedumbre no hace caso de los primeros, pasando rápidamente por delante de esos primogénitos del globo, su habitación es fría, húmeda: los curiosos dirigen sus pasos hacia la luz, hacia el punto do brillan tantos objetos. Nácar, alas de mariposa, plumas de aves, esto es lo que la encanta. Yo, que me detengo más tiempo abajo, he

me hallado con  
frecuencia solo en la pequeña y obscura galería.

Me agrada esa cripta de la iglesia grande: allí pre  
siento mejor el alma  
sagrada, el espíritu presente de nuestros maestros,  
su enorme, su  
sublime esfuerzo, á la par que la audacia inmortal  
de los viajeros  
salidos de aquel sitio. Doquiera que estén sus hues  
os, ellos se ostentan  
en el Museo reproducidos en valiosos tesoros, tesor  
os que pagaron con la  
vida.

El otro día (1.º de octubre) me detuve más de lo re  
gular en aquel sitio,  
entreteniéndome á leer, no sin trabajo, los rótulos  
de algunas  
madréporas. Una de ellas, colocada junto á la puert  
a, llevaba el nombre  
de \_Lamarck\_.

Mi sangre toda afluyó al corazón, sintiendo como un  
impulso de religioso  
respeto.

¡Gran nombre y ya viejo! Es lo mismo que si en las  
tumbas de Saint-Denis  
se leyera el nombre de Clodoveo. La gloria de sus s  
ucesores, su imperio,  
sus discusiones, han obscurecido, hecho retroceder  
á aquél que se  
adelantó á lo menos de un siglo á su época. Fué Lam  
arck, ese ciego  
Homero del Museo, el que por el instinto del genio  
creó, organizó, dió  
nombre á lo que todavía estaba envuelto en la obscu  
ridad: la clase de  
los \_Invertebrados\_.

¿Una clase? esto es, un mundo, el abismo de la vida

blanda y  
semiorganizada á la que aún falta la vértebra, la c  
entralización  
huesosa, el sostén esencial de la personalidad. Int  
eresan tanto más esos  
seres, cuanto que visiblemente por ellos empieza la  
vida. ¡Humildes  
tribus, descuidadas hasta entonces! Reaumur colocó  
los cocodrilos entre  
los insectos; el ilustre conde de Buffon no se dign  
ó siquiera indagar  
los nombres de aquel populacho ínfimo, dejándolos f  
uera del Versailles  
olímpico que elevó á la Naturaleza. Y tuvieron que  
aguardar á Lamarck  
para ser clasificados esos grandes pueblos oscuros  
, confusos; esos  
desterrados de la ciencia, que, sin embargo, lo lle  
nan todo y todo lo  
han preparado. Precisamente se había prohibido la e  
ntrada á los  
primogénitos. Era fácil tarea contar á los admitido  
s; y si se hubiese  
tenido que juzgar por el número, dijérase que lo ex  
cluido, lo olvidado,  
dejaba á la calle á la Naturaleza misma.

\* \* \*

El genio de las metamorfosis, acababa de ser emanci  
pado por la botánica  
y por la química. Fué un atrevimiento, pero fecundo  
en resultados, el  
desviar á Lamarck de la botánica, donde había pasad  
o lo mejor de su vida  
é imponerle la obligación de ocuparse de los animal  
es. Aquel genio  
ardiente y acostumbrado á obrar milagros para la tr  
ansformación de las  
plantas, lleno de fe en la unidad de la vida, sacó  
á los animales y al  
animal grande (el globo) del estado de petrificació

n en que se hallaban,  
restableciendo, de forma en forma la circulación de  
l espíritu.  
Semiciego, á tientas, tocó intrépidamente mil cosas  
á que los más  
perspicaces no osaban aún acercarse. Siquiera él ob  
raba instigado por el  
ardor de la ciencia. Geoffroy, Cuvier y Blainville  
los encontraron  
calientes y con vida. «Todo está vivo--decía aquél,  
--ó lo estuvo. Todo  
es vida, presente ó pasado.» Grande esfuerzo revolu  
cionario contra la  
materia inerte, que conduciría hasta suprimir lo in  
orgánico. Nada  
estaría completamente muerto. Lo que ha vivido pued  
e dormir y conservar  
la vida latente, una aptitud para revivir. ¿Quién e  
stá verdaderamente  
muerto? Nadie.

Esta teoría ha dado un empuje extraordinario á las  
velas con que marcha  
nuestro siglo: atrevida ó no, ella nos ha llevado a  
donde nunca  
hubiéramos estado. Nos hemos puesto en demanda, pre  
guntando á todas las  
cosas, ya de historia ó de historia natural: «¿Quié  
n eres?--Soy la  
vida.»--La muerte ha ido de vencida bajo la mirada  
de las ciencias: el  
espíritu siempre adelanta y hácela retroceder.

\* \* \*

Entre esos resucitados, lo primero que veo son mis  
madréporas. Hasta  
entonces, la piedra muerta y el calizo grosero tuvi  
eron el interés de la  
vida. Cuando Lamarck los juntó, explicando su const  
itución en el Museo,  
acababa de sorprendérseles en el misterio de su act

ividad, ocupados en sus inmensas creaciones, habiéndonos enseñado cómo se fabrica un mundo. Se empezó á sospechar que, si la tierra produce el animal, éste también produce la tierra, desempeñando ambos á dos la obra de la Creación.

La animalidad existe por doquiera: todo lo llena, todo lo puebla. Sus restos ó huellas se encuentran hasta en minerales, tales como el mármol estatuario y el alabastro, que han pasado por el crisol de los fuegos más destructores. A cada paso que damos en el conocimiento de lo actual, descubrimos un pasado enorme de vida animal. El día en que fué dado á la óptica divisar el infusorio, viósele fabricar montañas y empedrar el Océano. El duro sílice del Trípoli, es una masa de animalículos, la esponja un sílice animado. Nuestros calizos son todos animales. París está edificado con infusorios; una parte de Alemania, descansa sobre un mar de coral, hoy día amortajado. Infusorios, corales, testáceos, todo es cal, creta, pues, sin cesar, la extraen del mar. Mas, los peces que devoran el coral, lo expelen en forma de creta, restituyendo ésta á las aguas de donde ha salido el mar. Así el mar de Coral, en su obra de alumbramiento, de agitaciones, de movimientos, en sus construcciones incesantemente aumentadas ó desaparecidas, fabricadas, arruinadas, es una fábrica inmensa de calizo, que va alternando entre sus dos vidas: vida diligente hoy, vida disponible que obrará mañana.

\* \* \*

Forster ha visto, visto perfectamente (lo cual se ha negado sin razón) que esas islas circulares son cráteres de volcanes, levantados por los pólipos. En la hipótesis contraria, no es posible explicar la identidad de forma, constituyendo siempre un anillo de unos cien pasos de diámetro, asaz bajo, azotado exteriormente por las olas, si bien el interior forma una concha tranquila. Algunas plantas de tres ó cuatro géneros distintos, constituyen una corona de verdura, de trecho en trecho en la parte de adentro. El agua es de un verde magnífico; el anillo está formado de arena blanca (residuos de corales disueltos), contrastando con el azul subido del Océano. Bajo las aguas amargas, están trabajando nuestros obreros, según sus especies ó sus caracteres: los más atrevidos en las rompientes, en las apacibles costas la gente tímida.

He aquí un mundo poco variado. Esperad. Los vientos, las corrientes, trabajan para enriquecerle. Bastará una fuerte borrasca para que las islas inmediatas hagan su fortuna: ésta es una de las más espléndidas funciones de la tempestad. Cuanto más imponente, furiosa y turbulenta se presenta arrastrándolo todo, más fecunda es. Pasa una tromba sobre una isla; el torrente que produce, cargado de limo, de despojos, de plantas muertas ó vivas, á veces de bosques enteros arranca

dos de cuajo, plaga  
negra, cenagosa, traspasa el mar, y empujado luego  
por las olas aquí y  
allá, distribuye esos presentes entre las islas cer  
canas.

Un gran mensajero de vida y de los más transportabl  
es es la sólida nuez  
de coco, la cual no sólo viaja, sino que, arrojada  
sobre los arrecifes,  
basta que encuentre un poco de arena blanca para me  
drar en sitios donde  
perecería otra planta cualquiera. El agua salobre n  
o le amedrenta, se  
sirve de ella como del agua dulce, y crece también.

Germina, se hace  
grande, conviértese en árbol, en un robusto cocoter  
o. Donde hay un árbol  
no tarda en haber agua dulce, y despojos, y por lo  
tanto tierra; esto  
convida á otros árboles, y al poco tiempo vese leva  
ntar su copa á  
algunas palmeras. De los vapores que esos árboles d  
etienen se forma un  
arroyuelo que, manando del centro de la isla, manti  
ene en la blanca  
cintura un hoyo que respetan los pólipos, habitante  
s de las aguas  
amargas.

Conócese actualmente la rapidez extrema de su traba  
jo. En el puerto de  
Río Janeiro, después de cuarenta días de parada, de  
saparecían ya los  
botes bajo los tubulares que de ellos se habían apo  
derado; un estrecho  
inmediato á Australia contaba antes veintiséis islo  
tes, y á la fecha hay  
ciento cincuenta bien establecidos, anunciando el A  
lmirantazgo inglés  
que son en mayor número y que dentro de veinte años  
en toda su longitud

de cuarenta leguas será impracticable.

El arrecife oriental de la Australia tiene trescientas sesenta leguas (ciento veintisiete sin interrupción), y el de la Nueva Caledonia ciento cuarenta y cinco leguas. Grupos de islas en el mar Pacífico cuentan cuatrocientas leguas de largo por ciento cincuenta de ancho. Sólo la cordillera de las Maldivas tiene cerca de quinientas millas de longitud. Añadid á todo esto los bancos de la Isla de Francia y los bajos del Mar Rojo, que se elevan continuamente.

Timor y sus cercanías ofrecen un mundo completamente animal: allí sólo se pisan cosas vivas. Las rocas ofrecen formas tan extrañas y tan ricos colores, que la vista se encanta, se deslumbra. Contempláis á aquellos seres por espacio de muchas leguas en medio del agua del mar, que no tiene profundidad (tal vez un pie), fabricando muy tranquilamente, empero sin cejar en su oficio de creadores.

El primer observador inteligente fué Forster, compañero de Cook, que los vió empeñados en su obra. Cogiólos infraganti en su gran conspiración para levantar \_piano piano\_ islas á millares, cordilleras de islas, y más tarde todo un continente.

Y esto ocurría á su vista como en los primeros días de la Creación. De las profundidades submarinas, el fuego central hace brotar una cúpula, un cono, que entreabriéndose, con su lava, constituye por algún tiempo



un cráter circular. Mas, la fuerza volcánica se agota. Ese cráter tibio  
vese coronado de hielo animado, animal y polípero que, arrojando  
constantemente de sí un \_mucus\_, va elevando ese círculo hasta la baja  
mar, no más arriba, pues más altos estarían en seco ; ni tampoco más  
abajo, porque necesitan luz. Y si no tienen órgano especial de la  
visualidad, la luz les penetra. El poderoso sol de los trópicos, que  
atraviesa de parte á parte su pequeño ser transparente, tiene, al  
parecer, sobre ellos la atracción de un invencible magnetismo. Cuando  
baja el mar y quedan al aire libre, permanecen abiertos como estaban y  
beben la luz.

\* \* \*

Dumont d'Urville, que con tanta frecuencia solía visitar sus islotes,  
dice: «Es un singular suplicio el ver de cerca la tranquilidad que reina  
en esa concha interior, y debajo el agua, poco profunda, bancos  
avanzados donde se pavonean los corales con toda seguridad cuando nos  
rodea por todas partes la tempestad.» Aquel mundo agradable es un  
escollo; tocadlo y os estrelláis. El transparente mar os muestra un  
abismo á pico de cien brazas. No confiéis en el áncora; no hay cable que  
con el frotamiento no se use, acabando por romperse. La ansiedad es  
extrema en las noches interminables en que la marejada austral os empuja  
hacia esas cortantes cuchillas.

\* \* \*

Y, sin embargo, los inocentes fabricantes de escollos tienen una respuesta para las acusaciones que se les dirigen. Dicen: «Concedednos el tiempo requerido. Esos bordes, dulcificados paulatinamente, haránse hospitalarios: dejadnos obrar. Los bancos, enlazados con los inmediatos bancos, perderán sus terribles remolinos. Estamos fabricando un mundo nuevo por si llega el caso de que el vuestro fenezca. Tal vez algún día nos bendeciréis si acontece un cataclismo; si, como afirma no sabemos quién, el mar se derrama de uno al otro polo cada diez mil años. Os daréis por muy contentos de encontrar estas islas australes que os servirán de punto de refugio.

»Preciso es confesarlo--añaden;--aunque por desgracia se perdiesen en esto sitio algunas embarcaciones, nuestra obra es útil, buena y grandiosa. Nuestro improvisado mundo podría mostrarse con cierto orgullo: sin mencionar sus espléndidos colores, que dejan muy atrás cuanto existe en la tierra, sin hablar de los círculos graciosos, de las curvas de nos placemos, tantos y tantos problemas oscuros que os detienen, entre nosotros parecen haber sido resueltos. La distribución del trabajo, una encantadora variedad, en medio de una gran regularidad, un orden geométrico que, no obstante, ostenta toda la gracia de una libertad naciente, ¿encontraríase todo esto entre los hombres?

»Nuestro incesante trabajo para aligerar el agua de sus sales crea las magníficas corrientes que constituyen la vida, la salud. Nosotros somos los espíritus del mar, y le damos movimiento.

»Verdad es que no se nos muestra ingrato, pues nos sustenta con oportunidad, y con igual exactitud nos acaricia la cálida luz, nos engalana con sus ricos colores. Somos los mimados del Altísimo, sus obreros favoritos, que nos ha señalado la tarea de bosquejar sus mundos. Todos los segundones de ese globo que se presentan aquí, tienen necesidad de nosotros. Nuestro amigo el cocotero, ese gigante que inaugura la vida terrestre encima de nuestra isla, sólo prospera merced al polvo que le prestamos. En el fondo, la vida vegetal es un legado, un don, una limosna de nuestras liberalidades. Rica por nosotros, alimentará la creación superior.

»Mas, ¿para qué sirven los otros animales? Somos un mundo completo, armónico, y que es suficiente. El círculo de la Creación podría cerrarse con nosotros. Escogiónos Dios para coronar su isla; sobre su antiguo volcán de fuego ha creado un volcán de vida, mejor todavía, el descogimiento de ese paraíso viviente. Ha obtenido lo que se propuso y ahora descansa.»

Todavía no, todavía no. Una creación debe subir por encima de la vuestra, cosa que vosotros no teméis. Y ese rival n

o es la tempestad,  
pues la desafiáis; ni el agua dulce, ya que estáis  
fabricando junto á  
ella; ni tampoco es la tierra que paulatinamente ha  
ido invadiendo y  
cubriendo vuestras construcciones. Esta nueva poten-  
cia, ¿dónde está? En  
vosotros mismos. El pólipo no se resigna á quedarse  
pólipo: existe en  
vuestra república tal ó cual ser inquieto que afirm-  
a que la perfección  
de esa vida vegetativa no es vida, soñando otra mej-  
or: irse y navegar  
solo, ver lo desconocido, el dilatado mundo, crears-  
e, exponiéndose á  
naufragar, algo que va á despuntar en él y permanec-  
e obscuro entre  
vosotros:

El alma.

## VI

Hija de los mares.

Los primeros meses del año 1858 deslizáronse para m-  
í en el agradable  
pueblecillo de Hyères que mira de lejos al mar, á l-  
as islas y á la  
península que presta abrigo á su costa. A tal dista-  
ncia, el mar atrae  
más poderosamente tal vez que si uno estuviese á bo-  
rdo. Los senderos que  
á él conducen convidan á recorrerlos, ya se dirija  
uno al lado de las  
huertas por los setos de jazmines y mirtos, ya, sub-  
iendo un tanto, se  
atraviesen los olivares y un bosquecillo sembrado d

e laurel y de pinos.  
Sin embargo, los árboles no impiden que de vez en cuando se distingan algunos rayos del mar. Ha sido llamado este sitio, y no sin razón, Costa Bella. Paseábame por él en los mejores días de un invierno muy suave, soliendo encontrar al paso una enferma interesantísima, joven princesa extranjera venida de quinientas leguas de distancia, para prolongar algunos días su desfalleciente vida. Aquella corta existencia se había deslizado triste y combatida por el infortunio; y a penas vislumbraba la felicidad, se iba extinguendo por momentos. La pobre se arrastraba apoyada tiernamente en otro ser que vivía de su vida y no contaba sobrevivirla. Si los votos y las oraciones bastasen a prolongar la vida, aquella joven no hubiese muerto; tenía en su apoyo los de cuantos la conocían, particularmente de los pobres. Empero la primavera llegó y con ella el fin de sus días. Cierta mañana de abril en que todo renacía, vimos pasear aún las dos sombras por aquel bosque pálido, como un Elíseo de Virgilio.

Llegué al golfo embargado el ánimo con tan tristes pensamientos. Entre las ásperas rocas, las lagunas que dejaba el mar conservaban ciertos animalillos demasiado lentos para seguirle. Veíanse asimismo algunas conchas encogidas y macilentas por haber quedado en seco: en medio de ellas, sin cáscara, sin abrigo, explayada, yacía la umbrela viviente llamada con harta impropiedad \_medusa\_. ¿Por qué ha

ber dado tan  
horroroso nombre á un ser tan encantador? Nunca hab  
ía fijado mi atención  
en aquellos náufragos que con frecuencia se encuent  
ran en la playa. La á  
que me refiero era pequeña, del tamaño de mi mano,  
pero bella en extremo  
y de matices suaves y ligeros; su color blanco ópalo  
con un tinte  
diáfano lila que formaba una corona. La brisa la ha  
bía volteado: su  
coronilla de cabellos lilas flotaba por encima, y la  
delicada umbrella  
(es decir su propio cuerpo), encontrándose debajo,  
se rozaba con la  
roca. Muy magullada la pobre, herida, tenía arranca  
da parte de su fina  
cabellera, esto es, lo que constituye sus órganos d  
e respiración, de  
absorción y aun de procreación. Y aquella masa info  
rme recibía de plano  
los rayos del sol provenzal, áspero al despertar, y  
más áspero en  
aquellos momentos á causa de la aridez del \_mistral\_  
\_ que no cesaba de  
soplar. Doble suplicio que desgarraba á la transpar  
ente criatura.  
Viviendo en una zona acariciada por el contacto del  
mar, la desdichada  
umbrella no se reviste de una epidermis resistente,  
como nosotros,  
animales terrestres; de suerte que recibe los golpe  
s en lo vivo.

Cerca de su enjuta laguna había otras lagunas reple  
tas y que se  
comunicaban con el mar: la salvación estaba á dos p  
asos. Mas, para ella  
que sólo se mueve con el auxilio de sus ondulantes  
cabellos, esos dos  
pasos eran una barrera infranqueable. Expuesta á lo  
s rayos de aquel sol

abrasador, era de creer que no tardaría en quedar disuelta, absorbida, evaporada.

Nada más efímero, más fugitivo que esas hijas de los mares. Las hay más flúidas, por ejemplo, la tenue faja azur nombrada \_cinturón de Venus\_, la cual apenas salida del agua se evapora y desaparece. Un poco más consistente la medusa, es más dura en el morir.

¿Estaba la mía muerta ó moribunda? Cuéstate mucho trabajo creer en la muerte; así, pues, sostuve que estaba viva. De todos modos poco costaba sacarla de aquel suplicio y echarla á la laguna del lado. Si he de ser franco, diré que experimentaba cierta repugnancia en tocarla. La deliciosa criatura con su inocencia visible y el iris de sus suaves colores asemejábase á un copo de nieve tiritante, resbaladizo y que se escurre. Desechando, pues, toda repugnancia, deslicé la mano por debajo y levanté cuidadosamente el cuerpo inmóvil, del que cayó la cabellera, tomando la posición natural que conserva cuando nada. En esta postura la coloqué en la charca inmediata, donde se sumergió sin dar el más pequeño indicio de vida.

Hecho esto, comencé á pasear orillas del mar, mas, transcurridos diez minutos, fuí á ver mi medusa, la cual ondulaba á merced del viento, movíase y volvía á ponerse á flote. Con una gracia peculiar, sus cabellos, que la servían de nadaderas, alejábanla suavemente de la roca.

Verdad es que no adelantaba mucho en su camino, pero adelantaba, y al poco rato vaila bastante lejos.

\* \* \*

Sin duda no hubiera tardado mucho en zozobrar por segunda vez, pues no es posible navegar con medios más débiles y de una manera más peligrosa que lo hacen esos seres. Mucho temen la playa, donde hay tantos objetos duros que las hieren, y en pleno mar á cada momento el viento las voltea. En este caso, como sus cabellos-nadaderas permanecen encima, flotan á la ventura, presa de los peces y con gran contento de las aves marinas que se divierten arrancándolas de su elemento.

Durante toda una estación pasada á orillas del Gironde, veíalas, empujadas fatalmente por el canalizo, ser arrojadas á la costa á centenares, y secarse allí míseramente. Estas eran grandes, blancas, muy lindas al llegar, como arañas de cristal con ricas girándulas, y en las que los rayos del sol producían tan variados matices que brillaban cual si fuesen pedrerías. ¡Ay! ¡qué diferencia al cabo de dos días! Afortunadamente que la arena se hundía y las enterraba.

Las pobres, sirven de pasto á todo el mundo, mientras que para sí propias no tienen otro alimento que la vida poco orgánica, vaga aún, los átomos flotantes del mar. Ellas los entorpecen, los eterizan, por



decirlo así, y los chupan sin hacerles sufrir. Carecen de dientes: no están armadas, ni tienen ninguna defensa. Sólo algunas especies (y no todas, dice Forbes), pueden, cuando se les ataca, secretar un licor algo picante, como la ortiga. Sensación tan débil, por otro lado, que no tuvo reparo Dicquemare en recibirlo en un ojo, sin que le produjese malos resultados.

\* \* \*

He aquí una criatura apenas garantida, que vive al acaso; y eso que es superior. Tiene sentidos, y á juzgar por sus contracciones, una susceptibilidad notable de sufrimiento. No se puede, cual acontece con el pólipo, dividirla impunemente: en este caso el pólipo se dobla, mas ella muere. Gelatinosa como aquél, parece un embrión, pero el embrión salido demasiado aprisa del seno del mar común, extraído de la base sólida, de la asociación que constituyó la seguridad del pólipo, y lanzado á la ventura.

\* \* \*

¿Por qué ha emprendido la marcha? ¡Imprudente! ¿Cómo sin vela, remo ni timón, se aventuró á dejar el puerto? ¿Cuál es su punto de partida?

En 1750 Ellis vió surgir una medusita sobre un pólipo, y en nuestros días, varios observadores han visto y por lo tanto la cuestión está juzgada, que es una forma de pólipo, salida de la a

sociación. La medusa,  
hablando llanamente, es un pólipo emancipado.

¿A qué sorprendernos? dice perfectamente el discreto M. Forbes, que ha  
dedicado tantas vigiliass á su estudio. Esto es sólo  
un indicio de que á  
tal grado el animal sigue aún la ley vegetal. Del árbol, ser colectivo,  
sale el individuo, el fruto que se desprende, cuyo  
fruto formará otro  
árbol. Un peral es como una especie de pólipo vegetal, en que la pera  
(individuo libre) puede darnos otro peral.

Lo mismo (prosigue Forbes) que el tallo de una planta que iba á cubrirse  
de hojas se detiene en su desarrollo, se contrae, convirtiéndose en órgano  
amoroso, esto es, en flor, el polípero, contrayendo  
algunos de sus  
pólipos, transformando sus estómagos contraídos, hace la placenta, los  
huevos de donde sale su flor movable, la tierna y graciosa medusa.  
(Ann. of the Nat. hist., t. 14, 387)

\* \* \*

Hubiérase podido adivinarlo al ver su gracia indecisa, esa debilidad  
desarmada que nada teme, que se embarca sin instrumentos náuticos,  
demasiado confiarla en su propia existencia: es el primero y conmovedor  
rayo de luz del alma nueva, salido, indefenso, de las seguridades de la  
vida común, probando tener vida propia, obrar y sufrir por su  
cuenta--blando bosquejo de la Naturaleza libre,--embrión de la libertad.

Ser uno mismo, ser por sí solo un mundito completo,  
¡gran tentación para  
todos! ¡Seducción universal! ¡Bonita locura que con  
stituye el esfuerzo y  
el progreso todo del mundo! Mas, en sus primeros en  
sayos ¡qué  
injustificada parece! Diríase que la medusa ha sido  
creada para  
zozobrar.

Cargada por encima, mal afirmada por debajo, está c  
onstruida al revés de  
la fisalía, su parienta. Esta, sólo mantiene fuera  
del agua un glóbulo,  
una vejiga insumergible, dejando arrastrar por el f  
ondo sus prolongados  
tentáculos, extremadamente largos (veinte ó más pie  
s), que la afirman,  
barren el mar, entorpeciendo á los peces con sus go  
lpes, de los que hace  
presa. Ágil ó indolente, hinchando su globo nacarad  
o y matizado de azul  
y púrpura, arroja por medio de sus dilatados cabell  
os de un azur  
siniestro, cierto veneno sutil que abate cuanto toc  
a.

Aunque menos temibles, tampoco perecen los velelos,  
los cuales tienen la  
forma de almadía. Su pequeño organismo es algo sól  
ido; y saben navegar,  
voltear al viento su vela oblicua. Las porpitas, qu  
e parecen una flor,  
una margarita, tienen en su favor la ligereza, flot  
ando aún después de  
muertas. Otro tanto sucede con innumerables seres f  
antásticos y casi  
aéreos, guirnaldas con campanillas de oro ó guirnal  
das de botones de  
rosa (fisóforo, estefanomia, etc.), cinturones azur  
ados de Venus. Todos  
estos seres andan y sobrenadan invenciblemente, no

temiendo más que á la  
tierra; engólfanse bogando en el Grande Océano, y p  
or enmarañado que  
esté, allí encuentran su salvación. Las porpitas y  
los velelos tienen  
tan poco temor al Océano que, pudiendo sobrenadar s  
iempre que les  
plazca, hacen esfuerzos para hundirse, y cuando se  
desencadena la  
borrasca, escóndense en las profundidades del mar.

No acontece lo mismo con la pobre medusa, que ha de  
resguardarse de la  
playa al mismo tiempo que de la tempestad. Podría h  
acerse pesada á  
voluntad y bajar, mas, le está prohibido el abismo;  
sólo vive á la  
superficie, en plena luz, rodeada de peligros. Ve,  
oye, y tiene muy  
delicado el tacto, demasiado delicado por desdicha  
suya. No le es dado  
guiarse por sí misma: sus más tenues órganos la sob  
recargan y con  
facilidad hácenla perder el equilibrio.

Así, pues, nos dan tentaciones de creer que se arre  
piente de un ensayo  
de libertad tan peligroso y que echa de menos el es  
tado inferior, la  
seguridad de la vida común. El polípero produjo la  
medusa, y ésta hace  
el polípero volviendo á la asociación. Mas esa vida  
vegetativa es tan  
engorrosa, que á la siguiente generación vuelve á e  
manciparse y lánzase  
otra vez al acaso de su inútil navegación. Extraña  
alternativa, en la  
que flota eternamente. Movible, sueña con el reposo  
; inerte, se desvive  
por moverse.

\* \* \*

Estas metamorfosis tan originales, que subsecuentemente elevan y rebajan al ser indeciso, haciéndolo alternar entre dos vidas tan distintas, es, con toda verosimilitud, condición de las especies inferiores, de las medusas que todavía no han podido penetrar en la carrera irrevocable de la emancipación. Por lo que toca á los demás, fácil sería creer que sus deliciosas variedades marcan progresos interiores de vida, grados de desarrollo, los juegos, las gracias y las sonrisas de la nueva libertad. Esta, admirable artista, sobre el sencillo tema de disco ó umbrella que flota, cual tenue araña de cristal que relumbra á los rayos del sol, ha formado una creación infinita de lindas variantes, un diluvio de pequeñas maravillas.

Todas estas preciosidades, unas tras otras, flotando sobre el verde espejo, adornadas de colores alegres y suaves, con una coquetería infantil que sólo ellas poseen, han preocupado á los hombres científicos, que para darles un nombre tuvieron que recurrir á las reinas de la Historia y á las diosas de la Mitología. Esta es la ondulante Berenice cuya rica cabellera al arrastrarse por las ondas constituye otra onda; aquélla la pequeña Oritia, es posa de Eolo, que, al soplo de su compañero, pasea su urna blanca y pura, incierta, apenas afirmada por el delicado enredo de sus cabellos, que con frecuencia enlaza por debajo; más allá, Dionea, la llorona, pa

rece una copa de  
alabastro que deja desbordar, en hilos cristalinos,  
espléndidas  
lágrimas. De esta suerte he visto en Suiza esparcir  
se cascadas fatigadas  
y perezosas, que, habiendo dado muchos rodeos, pare  
cían rendidas de  
sueño, de languidez.

\* \* \*

En el grandioso cuadro de luminarias que despliega  
el mar en las noches  
borrascosas, la medusa desempeña un papel aparte. S  
umida como tantos  
otros seres en el fósforo eléctrico de que están pe  
netrados todos, lo  
devuelve á su modo con una gracia personal.

¡Cuán sombría es la noche en el mar si no lo alumbr  
a ese fósforo! ¡Qué  
vastas y temibles esas tinieblas! En tierra la somb  
ra no es tan oscura;  
se reconoce uno á la variedad de los objetos que to  
ca ó cuyas formas se  
presienten y que aparecen como una señal. Mas, la d  
ilatada noche  
marítima, ¡una negrura infinita! ¡Nada, siempre nad  
a!... ¡Mil peligros  
posibles, desconocidos!

Se presiente todo esto si se vive en la playa, junt  
o al mar, y ocasiona  
no poca alegría cuando, cargado el aire de electric  
idad, se descubre á  
lo lejos una tenue cinta de fuego. ¿Qué significa a  
quello? Lo hemos  
visto en nuestra propia casa al contemplar algunos  
peces muertos, por  
ejemplo los arenques. Empero vivos en grandes masas  
, y en las enormes  
estelas viscosas que dejan tras de sí, aún es más l

uminoso. Ese brillo  
no es de ningún modo privilegio de la muerte. ¿Acaso será efecto del  
calor? No, existe en los dos polos, en los mares An  
tárticos y en los de  
la Siberia así como en nuestros mares y en todos.

Es la electricidad común que despiden en tiempo bor  
racoso esas aguas  
semi-vivientes, inocente y pacífico rayo de que son  
conductores  
inocentes todos los seres marinos. Lo aspiran y esp  
iran, restituyéndolo  
con largueza al morir. El mar lo da y vuelve á toma  
rlo. A lo largo de  
las costas y de los estrechos, los estregones y rem  
olinos le hacen  
circular poderosamente. Cada ser toma una parte, má  
s ó menos grande,  
según su naturaleza. Aquí, inmensas superficies de  
pacíficos infusorios  
forman una especie de mar lácteo, de suave y blanca  
luz, que, animándose  
por momentos, se vuelve de un color azufrado encend  
ido; allá, conos de  
luces van haciendo piruetas sobre sí mismos ó rodan  
do en forma de balas  
rojas. Prodúcese un gran disco de fuego (pirosoma),  
que, empezando por  
el color opalino, vuélvese verde un instante, luego  
se irrita,  
trocándose en rojo y naranjado para terminar en azu  
r. Tales metamorfosis  
tienen cierta regularidad que indicaría una función  
natural, la  
contracción y dilatación de un ser que atiza el fue  
go.

Sin embargo, serpientes inflamadas agítanse en el h  
orizonte en una  
grande extensión (en ocasiones veinticinco ó treint  
a leguas). Los

bíforos y las salpas, seres transparentes que atraviesan el mar y el fósforo, dan ese espectáculo serpentiforme. Sorprendente asociación que origina tan desenfundadas danzas, y luego se separa. Una vez separados, sus miembros libres producen otros pequeñuelos asimismo libres, que á su turno engendrarán repúblicas danzantes, las cuales renovarán en el mar aquella bacanal de fuego.

Grandes masas más pacíficas pasean sobre las ondas innumerables luces. Los velelos iluminan al llegar la noche sus barquillas; las beroes se ostentan triunfantes como llamas; empero ninguna luz tan espléndida como la de nuestras medusas. ¿Es sólo puro efecto físico, como el que hace serpentear las salpas inyectadas de fuego? ¿Es un acto de aspiración, como hacen presumir otros seres? ¿O es únicamente capricho, como entre tantas criaturillas que se divierten con las chispas de una vana ó inconstante alegría? No, las nobles y deliciosas medusas (tales como la Oceánica coronada y la encantadora Dionea), parecen expresar graves ideas. Debajo de ellas sus luminosos cabellos, semejantes á una sombría lámpara de noche, lanzan misteriosos rayos de esmeralda y otros colores que, relumbrando ó palideciendo, revelan un sentimiento y cierto misterio inexplicable. Diríase el espíritu del abismo meditando sus secretos; el alma que llega ó la que algún día debe vivir. ¿O acaso debemos ver en ello el melancólico ensueño de un destino imposible que



nunca ha de alcanzar el término apetecido? ¿O el llanto  
amamiento á la dicha  
de amor, único consuelo que en este mundo nos queda  
?

Sabido es que, en la tierra, ese fuego es para nuestras  
luciólas la  
señal, la declaración de la amante que se da á conocer,  
indica su morada  
y se traiciona á sí misma. ¿Tiene igual sentido entre  
las medusas? Se  
ignora. Lo positivo es que vierten juntas su llama  
y su vida. La savia  
fecunda y virtud genésica de ellas, están contenidas  
en esto, y á cada  
destello se escapa y disminuye.

Si se desea el cruel entretenimiento de redoblar es  
e cuento de hadas, no  
hay más que exponerlas al calor. Entonces se exasperan,  
centellean y se  
vuelven tan hermosas, tan hermosas... que todo concluye.  
Llama, amor y  
vida acaban de evaporarse, todo desaparece á un tiempo.

## VII

El picapedrero.

Cuando el bueno del doctor Livingstone penetró por  
entre las miserables  
tribus del Africa que, trabajosamente, se defienden  
de los traficantes  
en carne humana y de los leones, como las mujeres  
le viesen armado de  
todas las artes protectoras de la Europa, invocándole,  
no sin justicia,

como una providencia amiga, decíanle esta conmovedora frase:

«¡Procuradnos el sueño!»

Esta es la súplica que todo ser vivo, cada uno en su lengua, dirige á la madre Naturaleza. Del primero al último desean y sueñan con la seguridad; y esto no ofrece ningún género de duda al ver los ingeniosos esfuerzos que todos hacen por obtenerla. Dichos esfuerzos han creado las artes, no habiendo inventado ni una sola el hombre sin apercibirse de que los animales habíanla inventado antes que él, inspirados por el instinto, tan grande y notable, que poseen de salvación.

Sufren, están atemorizados y quieren vivir. No es dado creer que los seres poco avanzados, embrionarios, sean casi sensibles: muy al contrario. En todo embrión, lo primero bosquejado es el sistema nervioso, es decir, la capacidad de percepción y de sufrimiento. El dolor es el aguijón por medio del cual se estimula poco á poco la previsión, empujando, forzando al ser á ingeniarse. El placer también sirve para el caso, y notáislo ya en los que se supondrían más fríos. Precisamente hase observado en el caracol la sensación que experimenta, después de penosas investigaciones de amor, al encontrarse con el objeto amado. Macho y hembra, con una gracia conmovedora, ondulando sus pescuezos de cisne, se prodigan mutuas caricias. ¿Y quién afirma esto? El severo, el muy verídico Blainville. (\_Moll., p.

181\_).

Mas, ¡ay! ¡cuán ampliamente se prodiga el dolor! ¿Quién no ha visto con tristeza los lentos y penosos esfuerzos del molusco sin concha que se arrastra sobre el estómago? Chocante, pero fiel imagen del feto que una cruel casualidad hubiese arrancado del vientre de la madre y arrojado por los suelos indefenso y desnudo. La triste bestezuela condensa su piel tanto como puede, dulcifica las asperezas y da suavidad al camino que recorre. No importa. Es preciso que experimente uno tras otro todos los obstáculos, los choques, las puntas aceradas de los guijarros; convengo en que esté endurecida, resignada, mas, con todo, á su contacto, se retuerce, se contrae, dando señales de una gran sensibilidad.

A pesar de todo, la grande Alma de armonía, que es la unidad del mundo, ama; ama, y por la alternativa de placer y dolor cultiva todos los seres y les obliga á subir.

Empero para subir, para pasar á un grado superior, preciso es que hayan apurado cuantas pruebas, más ó menos penosas, contiene el inferior, todos los estimulantes de inventiva y arte de instinto. Y aun es preciso que hayan exagerado su genio y hayan hallado el exceso que, por contraste, hace sentir la necesidad de un género opuesto. Así se constituye el progreso por una como oscilación entre las cualidades

contrarias que, sucesivamente, se desprenden y se encarnan en la vida.

Traduzcamos esas cosas divinas al lenguaje humano, familiar, indigno de su grandeza, mas por el cual serán conocidas:

Habiéndose complacido la Naturaleza por mucho tiempo en hacer y deshacer la medusa, en variar hasta lo infinito ese tema gracioso de la libertad naciente, cierta mañana, golpeándose la frente, se dijo: «He hecho una cabeza. Esto es delicioso, mas olvidé asegurar la vida de la pobre criatura, y tan sólo podrá subsistir por lo infinito de su número, por el exceso de su fecundidad. Ahora me hace falta un ser más prudente y resguardado. Si es preciso, que sea tímido; empero, sobre todo (lo quiero), ¡que viva!»

Desde el momento que aparecieron esos tímidos, se echaron en brazos de la prudencia hasta un límite desconocido; huyeron de la luz del día, encerráronse. Para librarse de los contactos duros, secos, cortantes de la piedra, emplearon el sistema universal, la muda, secretando de su muda gelatinosa un envoltorio, un tubo que va dilatándose á la par que se dilata su carrera. Mísero expediente que mantiene á esos menores (los taretos) alejados de la luz y del aire libre, causándoles un dispendio enorme de sustancia. Cada paso que dan les cuesta lo que no es decible, el gasto entero de una casa. Un ser que de tal suerte se arruina para vivir, sólo puede vegetar, y es incapaz de progreso

.

No es mucho mejor el recurso de amortajarse un momento, esconderse en la arena durante la baja mar, remontando cuando se presenta el flujo. Es lo que practican los solenos. Vida variable, incierta, fugitiva dos veces al día y de constante inquietud.

Entre seres mucho más inferiores había empezado á d espuntar cierta cosa, obscura todavía, y que á la larga debía cambiar la faz del Universo. Las simples estrellas marinas, en sus cinco rayos tenían cierto sustentáculo, algo como una armazón de piezas articuladas, algunas espinas por afuera, chupaderas que adelantan y retr oceden á voluntad. Un animal asaz modesto, aunque tímido y serio, hase aprovechado, al parecer de tan grosero bosquejo. Opino que ha hablado de esta suerte á la Naturaleza:

«Nací sin ambición: no pido, pues, los brillantes d ones de los señores moluscos; no fabricaré ni nácar ni perla; no quiero colores vivos, lujo que atraería sobre mí las miradas de los demás. Men os deseo la gracia de vuestras casquivanas medusas, ni el ondulante encanto de sus cabellos inflamados que atraen, las crean enemigos y las ayudan á naufragar. ¡Oh madre! sólo deseo una cosa, ser... ser uno, y sin apéndices externos y comprometedores--ser rechoncho, fuerte en mí mismo, redondo, pues es la forma más á propósito para podernos librar de las g arras de los

demás,--el ser, en fin, centralizado.

»Apenas poseo el instinto de los viajes. De la plea á la baja mar, bastante hacemos con ir rodando. Pegado estrictamente en mi roca, resolveré allí el problema que vuestro futuro favorito, el hombre, debe buscar en vano, el problema de la seguridad: \_excluir estrictamente el enemigo, al paso que recibimos al amigo\_, sobre todo el agua, el aire y la luz. No ignoro que esto me costará no poco trabajo, un esfuerzo constante; cubierto de espinas movibles, me haré temer. Erizado, solo como un misántropo, llamarásme el \_esquino\_.»

¡Cuan superior á los pólipos es ese discreto animal, los cuales pegados en su propia piedra que forman de pura secreción, sin trabajo real, carecen, no obstante, de seguridad! ¡Y cuán superior parece á sus mismos superiores, esto es, á tantos y tantos moluscos cuyos sentidos son más variados, empero carecen de la fija unidad de su esqueje vertebral, de su perseverante trabajo, y de las ingeniosas herramientas que dicho trabajo ha inventado!

Lo maravilloso es que, siendo á la vez él mismo, la pobre bola rodadera que se supone una castaña espinosa, \_es uno y es múltiple; es fijo y es movable\_; constando de dos mil cuatrocientas piezas que se desmontan á voluntad.

Veamos cómo se creó.

Erase un angosto ancón del mar de Bretaña. No tenía allí un blando lecho de pólipos y de algas como los esquinos del mar de las Indias, que están dispensados de industria. Encontrábase frente á frente del peligro, de las dificultades, como el Ulises de la Odisea, el cual, arrojado, traído por el oleaje, prueba de agarrarse á las rocas con sus uñas ensangrentadas. Cada flujo y reflujo era para el pequeño Ulises sinónimo de una gran borrasca; mas, su fuerza de voluntad, su poderoso deseo le hizo besar de tal suerte la roca, que ese continuo beso creó una ventosa, la cual hizo el vacío y lo unió á la roca misma.

La cosa no paró aquí: de sus espigas que escarbaban y querían agarrarse, se subdividió una, convirtiéndose en triple pinza, verdadera áncora de salvación que secundaría á la ventosa si ésta se aplicaba mal á una superficie poco lisa.

Cuando hubo pellizcado, aspirado poderosamente su roca, sintióse afirmado, comprendiendo más y más cada vez, que era ventajosísimo para él si, de convexa que aquélla era, llegaba á trocarla en cóncava, fabricando á su medida un agujerito, haciéndose un nido, pues la juventud pasa y nos abandonan las fuerzas. ¡Qué dulzura si algún día el jubilado esquino podía desprenderse un tanto del esfuerzo de aquella áncora que prosigue día y noche!

Así pues, empezó á cavar: ésta es su existencia. Fa

bricado de piezas  
seltas, obra por medio de cinco espinas que, empujando siempre á un tiempo, se soldaron y constituyeron un pico admirable para horadar.

Este pico, con cinco dientes del más precioso esmalte, está sostenido por una armazón delicada, aunque muy sólida, formada de cuarenta piezas, las cuales se deslizan por una especie de vaina, salen, penetran; en fin, su mecanismo es perfecto. Por medio de esa elasticidad evitan los choques violentos; más aún, repáranse si sobreviene algún accidente.

Ese héroe del trabajo, raras veces esculpe en la piedra común que desprecia, sino en la roca, en el granito; y cuanto más dura y resistente es la roca, más firme se halla. Por otra parte, ¿quién le apura? El tiempo le sobra, es dueño de los siglos. Si mañana fenece, después de usar su vida y su herramienta, otro ocupa su lugar, y prosigue la obra comenzada. Esos solitarios se comunican muy poco en vida, empero existe la fraternidad para ellos por la muerte, y el joven que sobreviene y encuentra la obra medio acabada, goza de las fatigas de su antecesor bendiciendo su memoria.

No creáis que se trate de golpear y sólo golpear. Su trabajo es un arte. Cuando ha atacado suficientemente el cimientó que une la roca y excavándola bien, muerde sus asperezas como con unas tenacillas, y desarraiga el sílex. Obra de mucha paciencia, que i



mplica dilatadas  
huelgas para que el agua obre también en los sitios  
descarnados.  
Entonces, de la primera capa puede pasarse á la seg  
unda, y por medio de  
procedimientos lentos y seguros, terminar la tarea.

En esa vida uniforme hay, sin embargo, las mismas c  
risis que en la del  
obrero. El mar huye de ciertas playas; en el verano  
, tal ó cual roca se  
caldea de un modo insoportable. Es preciso, pues, t  
ener dos casas, una  
de estío y otra de invierno.

Grande acontecimiento semejante mudanza para ser si  
n pies y que ostenta  
púas por doquiera. M. Caillaud halo observado y adm  
irado en tales  
momentos. Las débiles y movibles varillas que juega  
n, se adelantan y  
retroceden, no son insensibles, aunque garantice ha  
sta cierto punto la  
secreción á su derredor de una cantidad de blanda g  
elatina que, sin  
duda, constituye un colchón. Por fin, es preciso; s  
e lanza, se afirma  
sobre sus púas, como sobre otras tantas muletas, ru  
eda su tonel de  
Diógenes y, como puede, llega á puerto.

Encerrado allí de nuevo y en su cáscara erizada, en  
el pequeño nido que  
casi siempre encuentra empezado, concéntrase en sí  
mismo, en su regocijo  
solitario de seguridad benéfica. Que rondan mil ene  
migos por afuera, que  
las olas truenen ó mujan, todo esto le sirve de rec  
reo. Si tiembla la  
roca á los embates del mar, sabe perfectamente que  
nada tiene que temer,

que la que causa aquel ruido es su bondadosa nodriza.  
Encuéntrese  
mecido, le vence el sueño y dícela: \_Buenas noches\_  
.

## VIII

Conchas, nácar, perla.

El esquino ha asentado el límite del genio defensivo. Su coraza, ó si se quiere, su fortaleza de piezas movibles, retráctiles y reparables en caso de accidente, esa fortaleza, aplicada y anclada invenciblemente á la roca, y más aún á la roca socavada que forma como un muro, de suerte que el enemigo no encuentre punto vulnerable para volar la ciudadela, es un sistema completo imposible de sobrepujar. No hay concha que pueda comparársele, y mucho menos las obras de la humana industria.

Es el esquino la \_última palabra\_ de los seres circulares y radiantes: él representa su triunfo, su más completo desarrollo. Pocas variantes tiene el círculo; es la forma absoluta. En el globo del esquino, tan sencillo á la par que complicado, alcanza una perfección que termina el primer mundo.

La belleza del mundo que sigue será la armonía de las formas dobles, su equilibrio, la gracia de su oscilación. De los moluscos al hombre, todo

ser está formado de dos mitades asociadas. En cada animal se encuentra (mejor que la unidad) la unión.

La obra maestra del esquino fué más allá del objeto propuesto: el milagro de la defensa había hecho un prisionero; no tan sólo se encerró, sino que se amortajó, abrióse una sepultura. Su perfección de aislamiento habíalo secuestrado, pero aparte, privado de toda relación que inicia el progreso.

Para que el progreso se haga por ascenso regular, preciso es descender mucho, hasta el embrión elemental, que al principio no tendrá más movimiento que el de los elementos. El nuevo ser es el siervo del planeta, hasta el punto de que dentro de su huevo da vueltas como la tierra, describiendo su doble rueda, su rotación sobre sí mismo y su rotación general.

Y aun emancipado del huevo, creciendo, haciéndose adulto, permanecerá embrión; es su nombre, muelle ó molusco. Representará en vago bosquejo el progreso de las vidas superiores: será su feto, la larva ó ninfa, como la del insecto, en el cual, encogidos ó invisibles, se encuentran, sin embargo, los órganos del ser alado en que se ha de metamorfosear.

\* \* \*

Estoy temblando por un ser tan débil. El pólipo, aunque tan blando como él, no obstante arriesgaba menos. Teniendo la misma

vida en todas sus partes, la herida, la mutilación, no le mataban: vivía y aun parece olvidaba la porción destruida. La vulnerabilidad del molusco centralizado es otra cosa. ¡Qué puerta se abre á la muerte!

El incierto movimiento propio de la medusa y que en ocasiones casualmente podía ser su salvación, apenas lo tiene el molusco, á lo menos al principio. Lo único que se le concede es poder con su muda, con la gelatina que trasuda, constituirse dos muros que reemplazan la coraza del esquino y la roca donde se pega. El molusco tiene la ventaja de sacar de sí propio su defensa. Dos valvas forman una casa; casa ligera y frágil: los que flotan la llevan transparente. A aquéllos que quieren pegarse el \_mucus\_ hilante, pegajizo, proporciona un cable de anclaje que se nombra su biso, el cual se forma, precisamente, como la seda, de un elemento gelatinoso al principio. La gigantesca tridaena (acetre de los templos) se amarra tan fuertemente por medio de ese cable, que engaña á las madreporas, quienes la toman por una isla, edifican encima, envuélvenla y acaban por asfixiarla.

Vida pasiva, vida inmóvil, no alterándola más suceso que la visita periódica del sol y de la luz, ni tiene otra acción que absorber lo que llega y secretar la gelatina que fabricó la casa y paulatinamente construirá el resto. La atracción de la luz siempre en un mismo sentido

centraliza la vista: he aquí el ojo. La secreción, fija en un esfuerzo siempre uniforme, hace un apéndice, un órgano que ha poco era el cable, y más tarde conviértese en pie, masa informe, inarticulada, que puede presentarse á todos los usos. Son las nadaderas de los que flotan, el punzón de los que se esconden y quieren hundirse en la arena, por último el pie de los trepadores, un pie contráctil poco á poco, que les permite arrastrarse. Algunos, se aventurarán á blandirlo como un arco para saltar torpemente.

Pobre rebaño, muy expuesto, perseguido por todas las tribus, flagelado por las olas y molido por las rocas. Los que no consiguen fabricarse una casa buscan por frágil cabaña un lecho vivo, pidiendo abrigo á los pólipos, perdiéndose entre la blandura de los alciones flotantes. La avícula productora de la perla busca algún reposo en la copa de las esponjas; la frágil ostra pena sólo se aventura entre la hierba cenagosa; el folado anida en la piedra, vuelve á empezar las artes del esquino, mas ¡en qué grado tan inferior! En vez del admirable cincel que envidiaría el más hábil picapedrero, sólo posee una escofinita, y para abrir una morada á su frágil concha gasta esta misma concha.

Con muy raras excepciones, el molusco es el ser tímido que sabe sirve de pasto á todo el mundo. El conoce tan bien que se le acecha, que no se atreve á salir de su morada, y muere allí temeroso

de la muerte: la  
voluta, la porcelana, arrastran lentamente sus lind  
as habitaciones,  
escondiéndolas cuanto pueden; el casco sólo posee p  
ara mover su palacio  
un piecico chinesco, de suerte que casi renuncia á  
andar.

Tal vida tal habitación. En ningún otro género encu  
éntrase identidad  
entre el habitante y su nido; mas siendo aquí extra  
ído de su substancia,  
el edificio es la continuación de su manto de carne  
, cuyas formas y  
tintas adapta. Debajo del edificio, el arquitecto e  
s por sí propio la  
piedra viva.

Arte asaz sencillo para los sedentarios. La ostra i  
nerte, que el mar se  
cuidará de sustentar, sólo desea una buena caja par  
a carne, que se  
entreabra un poco cuando el anacoreta necesita come  
r, la cual cierra  
bruscamente si teme ser á su vez pasto de algún ávi  
do vecino.

El asunto es más complicado para el molusco viajant  
e, que dice para sí:  
«Tengo un pie, un órgano para andar; por lo tanto a  
ndar debo.» Mas, no  
puede abandonar su preciada casita y recogerse en e  
lla á voluntad,  
siéndole de absoluta necesidad cuando anda. Entonce  
s se verá atacado.  
Preciso es, pues, que abrigue á lo menos la parte m  
ás delicada de su  
ser, el árbol por donde respira y que extrae la vid  
a por medio de sus  
raicitas, sustentándolo y reparando sus fuerzas. La  
cabeza no tiene  
tanta importancia, muchos la pierden impunemente; m

as, si las visceras  
no estuviesen protegidas de continuo por su escudo  
natural, si fuesen  
heridas, el molusco moriría.

De modo que, prudente, acorazado, trata de prolonga  
r su existencia  
cuanto puede. Terminado su trabajo diurno, ¿estará  
seguro de noche en un  
sitio abierto por todos lados? ¿Los indiscretos no  
fijarán en él su  
mirada escudriñadora? ¡Quién sabe! Tal vez hinquen  
el diente en sus  
carnes... El ermitaño reflexiona y emplea toda su i  
ndustria para que así  
no suceda; mas, sólo puede valerse de su pie, útil  
para todo. De ese  
pie, con el que intenta cerrar la entrada de su cas  
a, se despliega á lo  
largo un apéndice resistente que hace las veces de  
puerta. Colócalo en  
la abertura y helo ahí encerrado dentro de su morad  
a.

Con todo, la dificultad permanente, la contradicció  
n que se observa en  
su naturaleza es, que al paso que debe quedar resgu  
ardado necesita estar  
en relación con el mundo exterior, pues no puede ai  
slarse como el  
esquino. Sus educadores, el aire y la luz, son los  
únicos capaces de dar  
consistencia á un cuerpo tan blando, ayudarle en la  
formación de los  
órganos; empero necesita adquirir sentidos, el oído  
, el olor, guía para  
el ciego, la vista, y, sobre todo, necesita respira  
r.

¡Grande é imperiosísima función! Nadie se acuerda d  
e ella cuando se  
practica con facilidad; mas, si se detiene un insta

nte, ¡qué terrible  
desorden! Si nuestro pulmón se infarta, si la larin  
ge se embaraza tan  
sólo en el transcurso de una noche, la agitación, l  
as angustias son  
extremas, no pueden soportarse, soliendo acontecer  
que, sin cuidarnos  
del peligro á que nos exponemos, mandamos abrir tod  
as las ventanas de  
nuestra casa. Nadie ignora que en las personas asmá  
ticas es tan grande  
ese tormento, que no pudiendo valerse del órgano na  
tural, se crean un  
medio suplementario de respiración.--¡Aire!, ¡aire!  
, ¡ó la muerte!

La Naturaleza así hostigada es terriblemente invent  
ora; por lo tanto, no  
debe sorprendernos si aquellos pobres encarcelados,  
ahogándose bajo el  
techo de su casita han hallado mil aparejos, mil gé  
neros de válvulas que  
les alivian un tanto. Los unos respiran por unas la  
minillas que corren  
alrededor de su pie, otros por una especie de peine  
: los hay que por un  
disco, un broquel; otros por hilitos prolongados. A  
lgunos poseen al  
costado lindos penachos ó sobre el lomo un gracioso  
arbolillo que se  
mueve, adelanta, retrocede, respira.

Tan sensibles órganos y que tanto esmero ponen en n  
o ser heridos,  
afectan formas encantadoras; diríase que quieren ag  
radar, enternecer, y  
piden perdón. En su inocencia desempeñan todos los  
papeles de la  
Naturaleza y toman mil variadas formas y colores. E  
sos pequeños hijos  
del mar, los moluscos, festéjanlo eternamente y son  
su adorno merced á



su gracia infantil y á su riqueza de matices. En medio de su austeridad, el terrible elemento no puede menos de sonreirse al contemplar sus gracias naturales.

Además, la vida tímida está llena de melancolía. No es dado creer que no sufra la hermosa entre las hermosas, el hada de los mares (haliótido), con su severa reclusión. Posee el pie para arrastrarse, mas, no se atreve. «¿Quién te lo impide?--Tengo miedo... el cangrejo me acecha; si me entreabro, se cuelga en mi morada. Un mundo de peces voraces flota sobre mi cabeza; el hombre, mi cruel admirador, me da el castigo á que me ha hecho acreedora mi belleza. Perseguida en los mares de la India, hasta en las aguas del polo, he sentado mis reales en California, y se me exporta á toneladas.»

No atreviéndose á salir la infortunada, ha encontrado un medio sutil para que llegue hasta ella el aire y el agua. Fabrica en su casa pequeñísimas ventanas que conducen á sus pulmoncitos. No obstante, el hambre oblígala á aventurarse: al anochecer se encarama un poco por la vecindad y pasta alguna planta, su único sustento.

\* \* \*

Observaremos como de paso que esas maravillosas conchas, no sólo el haliótido, sino también la \_viuda\_ (blanca y negra), \_boca de oro\_ (nácar dorado), son pobres herbívoras muy sobrias en el comer.--Viva

refutación de los que en el día creen ser la bellez  
a hija de la muerte,  
de la sangre, del asesinato, de una brutal acumulac  
ión de sustancia.

Esas conchas necesitan muy poca cosa para vivir. Su  
principal alimento  
consiste en la luz que beben, que las penetra y con  
la que colorean é  
irisan el interior de su vivienda, escondiendo asim  
ismo el amor  
solitario en aquella mansión. Todas son dobles: en  
cada una de ellas hay  
amada y amante. Así como los palacios orientales só  
lo presentan en el  
exterior muros descarnados, disimulando sus maravil  
las internas, aquí lo  
de afuera es rudo y el interior deslumbra. El himen  
eo se produce al  
resplandor de un pequeño mar de nácar que, multipli  
cando sus espejos, da  
á la habitación, cerrada y todo, el encanto de un c  
repúsculo hechicero y  
misterioso.

Gran consuelo es poseer, si no el sol, á lo menos u  
na luna propia, un  
paraíso de suaves matices, que, cambiando siempre s  
in cambiar, da á esa  
vida inmóvil la poca variedad que necesitan todos l  
os seres.

Los niños empleados en las minas piden á los curios  
os que las visitan,  
no víveres ni dinero, sino «algo con que producir l  
a luz.» Otro tanto  
acontece con esos niños, nuestros aliótidos. Diaria  
mente, aunque ciegos,  
sienten venir la luz, ábreñse con avidez, recíbenla  
, contémplanla con  
su cuerpo transparente, y cuando ha desaparecido, l  
a conservan y la

cobijan con su amoroso pensamiento. La aguardan, la  
acechan,  
constituyendo esa espera una de sus más inefables d  
elicias. ¿Quién es  
capaz de dudar que á su vuelta no sientan como noso  
tros el arrobamiento  
del despertar, y con más fuerza, distraídos como es  
tamos por la vida,  
tan múltiple y variada?

Para aquellos seres, la eternidad transcurre en sen  
tir y adivinar, en  
soñar y echar de menos al gran amante: el Sol. Sin  
verlo como nosotros,  
no dejan de notar que ese calor, esa gloria luminos  
a les viene de  
afuera, de un gran centro poderoso y suave. Y los p  
obres aman ese otro  
Yo, ese gran Yo que les acaricia, les ilumina de go  
zo, inúndales de  
vida. No cabe duda que si pudieran se ostentarían á  
la luz de sus rayos.  
Siquiera, pegados á su mansión, como brahman medita  
ndo á la puerta de la  
pagoda, ofrécenle silenciosamente... ¿qué? la felic  
idad que da, y ese  
suave movimiento hacia él.--Flor primera del culto  
instintivo. Amar y  
orar es pronunciar la palabrita que un santo prefer  
iría á cualquiera  
otra oración, el «¡Oh!» con que se contenta el ciel  
o. Cuando el indio  
pronúnciale al despuntar la aurora, sabe que ese mu  
ndo inocente, nácar,  
perlas, humildes conchas, hace coro con él desde el  
fondo de los mares.

\* \* \*

Comprendo perfectamente que en presencia de la perl  
a, el alma ignorante  
y encantadora de la mujer, sueñe y se conmueva sin

saber por qué. Dicha  
perla no es ni persona ni cosa: hay en ella todo un  
mundo de conjeturas.

¡Qué blancura tan admirable! (candor quise decir);  
¿virginal? No: mucho  
mejor que eso. Las vírgenes y las niñas, por dulces  
que sean, tienen  
poco más ó menos lo que podemos llamar el \_verdor d  
e la juventud\_,  
mientras que el candor de nuestra perla aseméjase m  
ás bien al de la  
inocente desposada, tan pura, aunque sumisa al amor  
.

No tiene la menor ambición de brillar, suavizando,  
y apagando casi sus  
matices. A primera vista no se observa más que un b  
lanco mate, y sólo al  
contemplarla de nuevo se empieza á descubrir su iri  
s misterioso, y, como  
se dice, \_su oriente\_.

¿Dónde vivió? Preguntádselo al profundo Océano. ¿De  
qué vivió? Que  
responda el Sol. Vivió de luz y de amor de la luz,  
cual si hubiese sido  
un espíritu puro.

¡Gran misterio! Mas, ella misma bastante lo da á co  
mprender. Presiéntese  
que tan caro ser ha vivido largo tiempo inmóvil, re  
signado, en la  
quietud que hace \_esperar\_, \_esperando\_, y nada hac  
e ni quiere sino lo  
que apetece el ser amado.

El hijo del mar había puesto toda su dicha en la co  
ncha, ésta en el  
nácar, el nácar en su perla, que no es otra cosa qu  
e el mismo nácar  
concentrado.

Empero esa concentración sólo se alcanza (dícese) por medio de una herida, de un sufrimiento permanente, de un dolor casi eterno, que atrae, absorbe todo el ser, aniquila su vida vulgar en esa poesía divina.

\* \* \*

He oído decir que las verdaderas damas de Oriente y del Norte, mucho más delicadas que las palurdas cubiertas de riquezas, evitaban el contacto abrasador del diamante, no permitiendo que tocara su fino cutis más que la suave perla.

Realmente, el brillo del diamante perjudica al resplandor del amor. Un collar, dos brazaletes de perlas, es la armonía de una mujer,[1] el verdadero adorno femenino, que en vez de divertir, conmueve, enternece a la ternura. Ello dice: «¡Amemos! ¡Silencio!»

La perla parece enamorada de la mujer y ésta de aquélla. Las citadas damas del Norte, cuando se las han puesto una vez y a no las abandonan, llevándolas día y noche escondidas bajo sus ropas. En ocasiones solemnes, a través de las ricas pieles forradas de raso blanco, se transparenta la joya afortunada, el inseparable collar.

Es como la túnica de seda que la odalisca viste interiormente y a la que tiene tanto apego, no dejándola hasta que está usada, rota y

completamente fuera de combate, sabiendo como sabe  
que es un talismán,  
el aguijón infatigable del amor.

Otro tanto acontece con la perla: como la seda, se  
impregna de lo más  
íntimo y bebe la vida. Una fuerza desconocida trans-  
mítese á ella, la  
virtud de la amada. Cuando ha reposado tantas noche-  
s sobre su seno,  
respirando su calor; cuando ha adquirido el aroma d-  
e su piel y los  
blondos tintes que hacen delirar el corazón, la joy-  
a ya no es joya, sino  
una parte integrante de la persona que no debe cont-  
emplarla con ojos  
indiferentes. Sólo un ser tiene derecho á conocerla  
y sorprender á  
través de aquel collar los misterios de la mujer qu-  
erida.

## IX

El ladrón de los mares (pulpo, etc.)

Las medusas y los moluscos han sido, por lo general  
, inocentes  
criaturas, podríamos decir muchachos, y yo he vivid-  
o con ellos en un  
mundo apacible. Hasta ahora hemos visto pocos carní-  
voros. Aun aquéllos  
obligados á vivir así, sólo destruían para sus impr-  
escindibles  
necesidades, y la mayor parte vivían á expensas de  
la vida apenas  
comenzada, de átomos, de jalea animal, inorgánica.  
Por lo tanto no se  
conocía el dolor; no había crueldad ni cólera en el

los. Sus almitas tan  
suaves, no dejaban de tener un rayo, la aspiración  
hacia la luz, hacia  
la que nos llegaba del cielo y hacia la del amor, r  
evelada en llama  
cambiante que de noche es el encanto de los mares.

Ahora tengo necesidad de penetrar en un mundo mucho  
más sombrío: la  
guerra, el asesinato. Debo confesar que, desde el p  
rincipio, desde la  
aparición de la vida, apareció la muerte violenta,  
depuración rápida,  
útil purificación, pero cruel, de cuanto languidecí  
a, se arrastraba ó  
hubiera languidecido, de la creación lenta y débil,  
cuya fecundidad  
habría llenado el globo.

En los terrenos más antiguos se encuentran dos anim  
ales homicidas, el  
\_Tragón\_ y el \_Chupador\_. El primero se nos revela  
por medio de la  
huella del trilobito, especie que se ha perdido, de  
structor extinto de  
los seres extintos también. El segundo subsiste en  
un resto horroroso,  
un pico casi de dos pies de longitud que fué el del  
gran chupador, sepia  
ó pulpo (Dujardin). A juzgar por el pico, si el mon  
struo guardaba  
proporción con él, debió tener un tronco enorme, br  
azos-chupones  
espantosos, tal vez de veinte ó treinta pies de lar  
go, como una  
prodigiosa araña.

¡Cosa trágica! Esos seres de la muerte son los prim  
eros que se hallan en  
el centro de la tierra. ¿Indicaría esto que la muer  
te haya podido  
preceder á la vida? No, mas los animales blandos qu

e alimentaron á  
aquéllos se han evaporado sin dejar traza ni huella  
alguna.

¿Los comedores y los comidos eran, acaso, dos nacio  
nes de origen  
distinto? Lo contrario es lo más probable. Del molu  
sco, forma indecisa,  
materia apta aún para todo, la fuerza superabundant  
e del joven, su rica  
plétora, prodigando la alimentación, debió en un pr  
incipio, desprender  
dos formas contrarias en la apariencia, pero que ll  
evaban un mismo fin.  
Hinchó, sopló desmesuradamente el molusco en un glo  
bo, en una vejiga  
absorbente, que, hinchado más y más y cada vez más  
hambriento (aunque  
sin dientes al principio), chupó. Por otro lado, la  
misma fuerza,  
desarrollando el molusco en miembros articulados, q  
ue cada uno de ellos  
fabricó su concha, endureciendo ese ser encostrado,  
le dió consistencia,  
sobre todo en las pinzas y en las mandíbulas, para  
morder y triturar los  
objetos más duros.

En este capítulo sólo hablaremos del primero.

El chupador del mundo blando, gelatinoso, lo es él  
mismo. Haciendo la  
guerra á los moluscos, mantiénese también molusco,  
es decir,  
constantemente embrionario y ofrece el extraño aspe  
cto, ridículo y  
caricaturesco, sí no fuera terrible, del embrión qu  
e va á la guerra de  
un feto cruel, furioso, blando, transparente pero d  
elicado y cuyo soplo  
es mortal. No sólo pelea por su alimento, sino porq  
ue tiene necesidad de



destruir: una vez saciado, y harto hasta reventar, todavía destruye. Aunque carece de armadura defensiva, no por eso es menos inquieto bajo su resoplido amenazador; su seguridad consiste en atacar. Todo ser se convierte para él en enemigo, lanzándole al acaso sus largos brazos, mejor dicho, sus látigos armados de ventosas. Arrójale también antes de entablar la lucha, sus efluvios paralizadores, entorpecedores, un magnetismo que hace innecesario el combate.

Su fuerza es doble. Al poder mecánico de sus brazos -ventosas que enlazan, inmovilizan, añadid la fuerza mágica de ese rayo misterioso; añadid un oído muy fino y el ojo avizor. Miedo cervical se apodera de nosotros al pensar en él.

¿Qué eran esos monstruos de corteza elástica y que tanto daba de sí cuando la riqueza desbordante del mundo primitivo, donde no debían cuidarse de buscar nada, sumidos como estaban siempre en un mar vivo de alimentos, los hinchaban indefinidamente? De entonces acá han decrecido. Sin embargo, Rang atestigua haber visto uno del tamaño de un tonel, y Perón encontró otro de iguales dimensiones en el mar del Sur, que rodaba, roncaba, entre el oleaje con grande estrépito. Sus brazos, de seis ó siete pies de longitud, se desplegaban en todas direcciones, simulando una furiosa pantomima de horribles serpientes.

Ateniéndonos á esos relatos de hombres dignos de cr

édito, me parece que  
no ha debido rechazarse con irrisión el de Dionisio  
de Monforte, que  
atestigua haber visto un enorme pulpo azotar con su  
s látigos eléctricos,  
estrujar, asfixiar á un dogo á pesar de los mordísc  
os con que éste se  
defendía, de sus esfuerzos, de sus aullidos de dolo  
r.

El pulpo, máquina terrible, puede, lo mismo que la  
de vapor, cargarse,  
sobrecargarse de fuerza, adquiriendo entonces una p  
otencia incalculable  
de elasticidad, un arranque impetuoso, hasta el pun  
to de lanzarse sobre  
un buque (d'Orbigny, artículo \_Céphal\_). Con esto q  
ueda explicada la  
maravilla que valió el dictado de embusteros á los  
antiguos navegantes.  
Según éstos, habíanse encontrado con un pulpo gigan  
tesco que,  
arrojándose sobre el combés, abrazó con sus prodigi  
osos brazos los  
mástiles y el cordaje, é hiciera presa de la embarc  
ación devorando á  
cuantos la tripulaban, si éstos no hubiesen cercena  
do aquellos miembros  
á hachazos. Mutilado, volvió á caer al mar.

No faltó entre ellos quien le viera brazos de sesen  
ta pies de largo.  
Otros sostenían haber divisado en los mares del Nor  
te una isla movible  
de media legua de ruedo, que sería un pulpo, el esp  
antoso kraken, el  
monstruo de los monstruos, capaz de envolver y trag  
arse una ballena de  
cien pies de longitud.

Esos monstruos, caso que hayan existido, habrían pu  
esto en peligro á la

Naturaleza misma, chupándose el globo. Empero, por una parte, las aves gigantes (tal vez el \_epiornis\_) pudieron hacerles la guerra, y por otra la tierra, mejor regulada, debió debilitar, deshinc har la horrenda quimera reduciendo al gigante comestible, disminuyendo la alimentación.

A Dios gracias, los pulpos de nuestros días no son tan temibles. Sus elegantes especies, tales como el argonauta, gracioso nadador en su ondulada concha, el calamar, buen navegante, la linda sepia de ojos de azur, se pasean por el Océano y sólo atacan á los seres más pequeños.

En ellos se transparenta una idea, una sombra del futuro aparato vertebral (el hueso de sepia que se concede á los pájaros), resplandeciendo su piel con vistosos colores que cambian á cada momento. Pudiera llamárseles con propiedad los camaleones del mar. La sepia tiene el exquisito perfume, el ámbar gris, que sólo se encuentra en la ballena como residuo de las innumerables sepias que absorbe. Los marsuinos hacen también gran carnicería entre ellas. Las sepias son sociables y van á bandadas, y en el mes de mayo dirígense todas á la playa para depositar unos racimos que constituyen sus huevas: allí las guardan los marsuinos, que se regalan con aquel manjar. Estos señores son tan delicados que sólo se comen la cabeza, sus ocho brazos, trozo tierno y de fácil digestión, rechazando lo más duro del animal, la parte trasera.

Toda la playa (como por ejemplo en Royan) vese cubierta de esas miserables sepias así mutiladas. Los marsuinos celebran su festín dando saltos descompasados, primero para intimidarlas y luego para cazarlas: por fin, terminada la comida, entréganse á saludables ejercicios gimnásticos.

La sepia, á pesar del aire singular que le da su pico, no deja de excitar cierto interés. Todos los matices del más variado arco-iris se suceden y desaparecen sobre su transparente piel, según los juegos de la luz y el movimiento de la respiración. Moribunda, os mira todavía con su ojo azur, descubriendo las postreras emociones de la vida por medio de fugitivos resplandores que suben del fondo á la superficie, apareciendo momentáneamente para desaparecer en seguida.

\* \* \*

La decadencia general de esta clase, que tan enorme importancia tuvo en las primitivas edades, es menos notable entre los navegantes (sepias, etc.), y más visible en el pulpo propiamente llamado, triste habitador de nuestras costas. Este no cuenta para navegar con la firmeza de la sepia, edificada sobre un hueso interno; tampoco tiene como el argonauta, un exterior resistente, una concha que preserve los órganos más vulnerables, careciendo asimismo de la especie de vela que secunda la navegación y dispensa de remar. Barbota un poco por la orilla, ó, á

lo sumo, puede comparársele al barco costero que sigue la tierra. Su inferioridad le da hábitos de perversa astucia, de emboscada, de tímida audacia, si vale expresarse así. Hácese el disimulado, se mantiene quieto en las hendeduras de las rocas. Cuando ha pasado la presa, al instante le lanza su latigazo. Los débiles quiera momentáneamente, tenido miedo ó pasmádogarras. El hombre, al sentirse golpeado de esta suerte mientras nada, no puede atemorizarse de luchar con tan despreciable enemigo: á pesar de su repugnancia, preciso es que lo agarre y (cosa muy fácil) lo vuelva del revés como un guante. Entonces se rinde y perece.

Nos sentimos contrariados, irritados de haber, siquiera momentáneamente, tenido miedo ó pasmádonos ante ser tan baladí.--Hácese preciso decir á ese guerrero que llega soplando, roncando, echando pestes: «Valiente de mentirijillas, nada encierras dentro de ti: eres más bien máscara que ser: sin base, sin fijeza de la personalidad hasta el presente sólo posees el orgullo. Tú roncas, máquina de vapor, tú roncas y sólo eres una bolsa y al revés, un cuero blando y fofo, vejiga agujereada, globo desgarrado, y mañana una cosa sin nombre, un poco de agua de mar disipada.»

Crustáceos.--La guerra y la intriga.

Si, después de haber contemplado nuestra rica colección de armaduras de la Edad Media y aquellas pesadas moles de hierro con que se tapujaban nuestros caballeros, nos encaminamos al Museo de Historia Natural para ver las armaduras de los crustáceos, nos causa lástima el arte del hombre. Las primeras son un carnaval de disfraces ridículos, que estorbaban y mortificaban, sirviendo sólo para ahogar á los guerreros y hacerlos inofensivos; al paso que las otras, sobre todo, las armas de los terribles decápodos, son de tal suerte horribles que, si tuvieran la altura del hombre, nadie podría mirarlas sin desvío: los más valientes se sentirían turbados, magnetizados de terror.

Allí se ostentan en traje de batalla, bajo aquel temible arsenal ofensivo y defensivo, que llevan con tanta ligereza, sólidas pinzas, lanzas aceradas, mandíbulas capaces de partir el hierro, corazas erizadas de dardos, que basta que os abracen para causaros mil heridas. Es de agradecer á la Naturaleza que los ha creado de ese tamaño, pues á ser más grandes, ¿quién hubiera podido luchar con ellos? Ninguna arma de fuego traspasaría su cuerpo. A su presencia, huiría el elefante, el tigre se encaramaría á los árboles, y el rinoceronte, á pesar de lo consistente de su piel, no estaría en salvo.

Presiéntese que el agente interior, el motor de esta máquina, centralizado en su forma (casi siempre circular), sólo por aquello usó de enorme fuerza. La esbelta elegancia del hombre, su forma longitudinal, dividida en tres partes con cuatro grandes apéndices, divergentes, alejados del centro, lo convierten, por más que se diga, en un ser muy débil. En aquellas armaduras de caballeros los grandes brazos telegráficos, las pesadas piernas colgantes, causan la triste impresión de un ser descentralizado, impotente y vacilante, que un ligero choque bastaba á derribar. En el crustáceo, por el contrario, los apéndices están tan cercanos y unidos á la masa rechoncha, tupida, que el más pequeño golpe que asesta lleva el empuje de todo el cuerpo. Cuando el animal pincha, muerde ó destroza, hácelo con todo su ser, que aun al extremo de su arma conserva completa energía vital.

Tiene dos cerebros (la cabeza y el tronco); empero para tupirse, para obtener tan terrible centralización, el animal ha tomado su partido, esto es, pasarse de cuello metiendo su cabeza en el abdomen. Simplificación maravillosa. Esa cabeza une los ojos, los palpos, las pinzas y las mandíbulas. Desde el momento que su ojo penetrante ha divisado, los palpos palpan, las pinzas aprietan, las quijadas rompen, y en seguida, sin intermediario, el estómago, que en sí encierra una

máquina para triturar, desmenuza y disuelve. En un momento todo ha concluido, la presa desaparece y es digerida.

En ser semejante todo es superior.

Ven los ojos por delante y por detrás. Convexos, externos, á facetas, son aptos para abarcar una gran parte del horizonte .

Los palpos ó antenas, órganos de ensayo, de prevención, de triple experimento, tienen el tacto en sus extremidades, y en la base el oído y el olfato. Ventaja inmensa de que estamos privados nosotros. ¿Qué sucedería si la mano humana oliera, oyese? ¡Cuan rápida y simultánea sería nuestra observación! Dispersa entre tres sentidos que trabajan separadamente, la impresión, con frecuencia, es inexacta ó se desvanece.

De los diez pies que tiene el decápodo, seis son manos, tenazas, y además, por su extremidad, órganos de respiración. El guerrero se zafa aquí por un expediente revolucionario del problema que tanto ha embarazado al pobre molusco. «Respirar á pesar de la concha.» A lo que contesta: «Respiraré por el pie, por la mano. El punto débil por donde pudiera ser habido, lo coloco en el arma de guerra. ¡Que vengan, pues, á atacarme por ahí!»

\* \* \*

El no teme otro enemigo que las borrascas y las rocas. Pocos son los que



viajan en alta mar y pocos en el fondo: casi siempre se mantienen en la orilla acechando alguna presa. A menudo, mientras están aguardando que bostece la ostra para almorzársela, el mar se hincha, apodérase de ellos, se los lleva rodando. En este momento el pelagro está en su armadura: sólida, sin elasticidad, recibe todos los golpes en seco, rudamente. Sus puntas aplástanse en las asperosidades de las rocas, estréllanse, se rompen, saliendo mutiladas de aquel combate. Afortunadamente, al igual del esquino pueden repararse, substituir el miembro roto con otro miembro suplementario. Y á tal punto confían en esto, que cuando se les aprisiona rómpense un miembro voluntariamente para adquirir la libertad.

Parece que la Naturaleza favorece de un modo especial á tan útiles servidores. Contra su infinito fecundo, posee en los crustáceos un infinito de absorción. Vense en todas partes, en todas las costas, tan variados como el mar. Sus buitres groenlandios, sus gaviotas, comparten con los crustáceos la función esencial de agentes de la salubridad. Si encalla un animal grande, al instante el ave por encima y el cangrejo por debajo y en el interior, trabajan para que desaparezca.

El cangrejo ínfimo y saltón que tomaríamos por un insecto (talitro) ocupa las playas arenosas, habitando debajo. Cuando un naufragio arroja cantidad de medusas ú otros cuerpos, veréis ondular

la arena, moverse,  
cubriéndose en seguida de nubes de esos sepulturero  
s bailadores, que  
hormigueando, dando brincos, limpian alegremente la  
playa, esforzándose  
para dejarlo todo barrido entre dos mareas.

Grandes, robustos, astutos hasta lo sumo, los cangr  
ejos ó gámbaros  
constituyen un pueblo de combate, siendo tal su ins  
tinto guerrero, que  
hasta saben valerse del ruido para atemorizar á sus  
enemigos. En actitud  
amenazadora encamínanse al combate, levantadas sus  
tenazas y haciendo  
resonar sus pinzas. Y con todo, no dejan de ser cir  
cunspectos ante  
fuerzas superiores. Veíalos yo durante la baja mar  
de lo alto de una  
roca, y á pesar de encontrarme muy elevado, al obse  
rvar que los miraba,  
la asamblea emprendía su retirada, corriendo de tra  
vés los guerreros y  
metiéndose en un instante cada cual en su garita. E  
llos no son ningunos  
Aquiles sino más bien Aníbales. Sólo atacan cuando  
se sienten fuertes,  
devorando á vivos y muertos. El hombre herido no de  
be fiarse de  
aquellos roedores. Cuéntase que en una isla desiert  
a se comieron á  
varios de los marineros que llevaba Drake, los cual  
es se vieron  
asaltados, vencidos por sus bullidoras legiones.

Ningún ser viviente puede vencerlos con armas igual  
es. El pulpo  
gigantesco que ahoga al más pequeño crustáceo, peli  
gra dejar sus  
tentáculos entre las garras del cangrejo, y el pez  
más glotón titubea  
antes de engullirse un ser tan espinoso.

Desde que crece el crustáceo es el tirano, la pesadilla de los dos elementos. Su inabordable armadura encuéntrase dispuesta para todo ataque. Multiplicaríanse hasta lo increíble, destruirían el equilibrio de los seres, si no fuese su propia armadura su estorbo y su peligro. Fija y dura, no prestándose á las alternativas de la vida, es para el cangrejo una cárcel.

Para abrirse al través de aquel muro el paso de la respiración, tuvo que colocar la puerta en un miembro casual que pierde con frecuencia: la pata. Y para dar lugar al crecimiento, á la extensión progresiva de sus órganos interiores, necesita (cosa peligrosísima) que la coraza, reblandecida por momentos y fofa, no sea más que piel; y sólo admite este cambio desnudándose, pelándose, rechazando una porción de la misma. Muda completa. Los ojos, las branquias, que desempeñan las funciones de los pulmones, la sufren como el resto.

Es un espectáculo bien curioso el que ofrece el cangrejo volteándose, agitándose, atormentándose para arrancarse su mismo ser: la operación es tan violenta que, á veces, se le rompen sus patas, quedando sin fuerzas, débil, muelle.

En dos ó tres días, reaparece el calizo y constituye la coraza de la piel. El cangrejo no sale librado á tan poca costa de su metamorfosis, sino que necesita mucho tiempo para recobrar su cáscara.

cara; y hasta este momento sirve para el pobre de ralea á los seres más débiles. En este punto la justicia y la igualdad muestránse inexorables. Las víctimas tienen el desquite. El fuerte sufre la ley de los débiles, cae á su nivel, como especie, en la alternativa de la muerte .

Si sólo muriésemos una vez aquí abajo, no habría tanta tristeza. Empero todo ser que vive debe morir un poco diariamente, es decir, mudar, sufrir la muertecita parcial que renueva y da vida. De ahí un estado de debilidad á la par que de melancolía que nos cuesta confesar. Mas ¿qué hacer? El pájaro que muda su pluma cada estación, está triste, y más triste aún la pobre culebra al cambiar de piel. El ser racional muda también la piel y todos sus tejidos cada mes, cada día, á cada instante, perdiendo un poco de sí mismo incesantemente, con suavidad. No está abatido, sino algo debilitado, en un momento vago y de ensueño en que palidece la llama vital para reaparecer más lúcida.

¡Cuánto más terrible es esto entre los seres do todo debe cambiar á la vez, desencuadernarse el armazón, descartarse, arrancarse la inflexible envoltura! Encuéntrase cansado, rendido, desfalleciente, ausente de sí mismo, á merced del primero que se presenta.

Hay crustáceos de agua dulce condenados á morir de esta suerte veinte veces en el transcurso de dos meses; otros (los cru

stáceos chupones)  
sucumben á tanta fatiga, no pueden rehacerse, sino  
que se deforman y  
pierden el movimiento, dando, digámoslo así, su dim  
isión de seres  
cazadores y buscando cobardemente una vida holgazan  
a y parásita, un  
vergonzoso abrigo en las visceras de los grandes an  
imales que, á su  
pesar, los sustentan, se extenúan en su provecho, v  
entean y trabajan  
para ellos.

\* \* \*

El insecto, en su crisálida, parece olvidarse de sí  
mismo, ignorarse,  
permanecer extraño á los sufrimientos; diríase más  
bien que disfruta de  
esa muerte relativa, como un niño de teta en la tem  
plada cuna. Empero el  
crustáceo durante la muda se ve, tiene conciencia d  
e sí: sábase  
precipitado repentinamente de la vida más enérgica  
á una deplorable  
impotencia. Parece atolondrado, perdido. Lo único q  
ue sabe hacer es  
instalarse debajo una piedra y aguardar tembloroso.  
No habiendo  
encontrado jamás enemigo serio ni obstáculo alguno,  
dispensado de toda  
industria por la superioridad de sus armas terrible  
s, el día que éstas  
le faltan no le queda ningún recurso. Tal vez podrí  
a protegerle la  
asociación si la muda no fuese común á todos y no e  
stuvieran sus  
compañeros desarmados como él, é incapaces de auxil  
iar á los enfermos,  
pues también lo están ellos. Dícese, sin embargo, q  
ue hay ciertas  
especies en que el macho quiere proteger á la hembr

a, la sigue, y si es  
aprisionada, no hay más remedio que aprisionar á lo  
s dos.

\* \* \*

Esa terrible servidumbre de la muda, la áspera vigi  
lancia del hombre  
(que de día en día adquiere más imperio sobre las p  
layas), y,  
finalmente, la desaparición de especies antiguas qu  
e les procuraban  
abundante alimento, han debido producir cierta deca  
dencia entre ellos.  
El pulpo, que no sirve para nada, ni se pesca ni se  
come, ha disminuido  
bastante en tamaño y en número. ¡Cuánto más, pues,  
el crustáceo, cuya  
carne es tan succulenta y que agrada á toda la Natur  
aleza!

Diríase que lo saben. Los más débiles entre ellos i  
nventan, no diremos  
artes para resguardarse, pero sí pequeñas mañas gro  
seras, ingeniándose é  
intrigando. Esta última palabra les es aplicable, p  
ues hacen el efecto  
de unos intrigantes, de gentes desclasificadas que,  
sin oficio conocido,  
viven de expedientes, de recursos poco dignos. Fact  
ótums bastardos, ni  
carne ni pescado, acomódanse un poco de todo, de lo  
s muertos, de los  
moribundos, de los vivos, y en ocasiones hasta de l  
os animales  
terrestres. El oxistomo fabricase una careta, una v  
isera y vuela entre  
tinieblas. El birgo, llegada la noche, abandona el  
mar, merodea, se  
encarama hasta en los cocoteros, y come frutas si n  
o encuentra cosa  
mejor. Las dromias se disfrazan con el traje de un

cuerpo extraño. El  
Bernardo-Ermitaño, que nunca ve dura su cáscara, im-  
agina, para mejor  
resguardar la parte blanda, convertirse en falso mo-  
lusco; al objeto  
apodérase de una concha que le venga bien; devora á  
su dueño, y se  
acomoda en la casa robada, arrastrándola consigo. D-  
e noche, con este  
disfraz, va á caza de víveres: óyesele y se reconoc-  
e al peregrino al  
ruido que mueve con su concha, pues sólo consigue a-  
rrastrarla cojeando y  
dando tropiezos.

Otros, en fin, más honrados, descorazonados del mov-  
imiento y de sus  
luchas con el mar, prefieren la tierra, no tan aque-  
rrida y agitada. En  
invierno (y también en las otras estaciones) la hab-  
itan casi siempre y  
fabrican madrigueras. Tal vez cambiarían por comple-  
to y se trocarían en  
insectos si no les fuese tan caro el mar, como patr-  
ia de sus amores. Así  
como una vez al año las doce tribus de Israel encam-  
inábanse á Jerusalén  
para celebrar la fiesta de los Tabernáculos, vese e-  
n algunas playas á  
esos fieles hijos del mar que se dirigen en grupos  
de población, á  
rendirle sus homenajes, á confiar sus tiernos huevo-  
s á la grande y buena  
nodriza, encomendando sus pequeñuelos á aquélla que  
meció sus  
antepasados.

Los peces.

El libre elemento, el mar, debe tarde ó temprano crearnos un ser á su semejanza, un ser eminentemente libre, escurridizo, onduloso, flúido, que se desliza á imagen de las ondas, pero en quien la movilidad maravillosa proceda de un milagro interior, todavía más grande, de una organización central, fina y sólida, muy elástica, no parecida á la de ninguno de los seres conocidos hasta el día.

El molusco que se arrastra sobre su abdomen fué el pobre siervo de la gleba. El pulpo, con todo su orgullo, su hinchazón, su ronquido, mal nadador y andarín nulo, no deja de ser por eso el siervo de la casualidad: sin su potencia de embotamiento no hubiese podido vivir. El bético crustáceo, sucesivamente tan grande y tan pequeño, ya terror, ya irrisión de los demás, sufre las muertes alternativas en que hace el papel de esclavo, de presa y aun de juguete de los más débiles.

Enormes y terribles servidumbres. ¿Cómo librarnos de ellas?

\* \* \*

La libertad está en la fuerza. Desde el origen, buscando la vida, aunque á tientas, á la fuerza, parecía soñar confusamente con la futura creación de un eje central que haría del ser uno, duplicando el vigor del movimiento. Así lo presintieron los radiosos y



los moluscos, y  
bosquejaron algunos ensayos. Empero traíalos harto  
distráidos el  
abrumador problema de la defensa exterior. La corte  
za, siempre la  
corteza: he aquí lo que preocupaba grandemente á es  
os pobres seres. En  
dicho género fabricaron obras maestras: bola espino  
sa del esquino,  
concha abierta y cerrada á la vez del haliótido, en  
fin, la armadura del  
crustáceo compuesta de piezas articuladas, perfecci  
ón de la defensa, y  
terriblemente ofensiva. ¿Qué más se quiere? ¿Hay al  
go que añadir? Parece  
que no.

¿Que no? Mucho que sí. Necesítase un ser que todo l  
o fíe al movimiento,  
un ser audaz que desprecie á todos los mencionados  
como enclenques ó  
tardígrados, que considere la corteza como cosa sub  
ordinada y concentre  
la fuerza en sí.

El crustáceo rodeábase de una especie de esqueleto  
exterior. El pez  
háceselo en el centro, en su íntimo interior, sobre  
el eje donde los  
nervios, los músculos, todos los órganos, en fin, s  
e reunirán.

Invención fantástica, al parecer, y contraria al bu  
en sentido: colocar  
lo duro, lo sólido, precisamente en el sitio que ta  
n bien resguarda la  
carne. El hueso, tan útil al exterior, instalado en  
un punto donde de  
poco ó nada servirá su dureza.

Reiríase el crustáceo cuando vió por primera vez un  
ser blando, grande,

rechoncho (los peces del mar de las Indias) que, en sayándose, se deslizaba, corría, sin cáscara, armadura ni defensa ; teniendo concentrada interiormente toda su fuerza, protegido tan sólo por su fluidez viscosa, por el exuberante \_mucus\_ que le rodea, y poco á poco se transforma en escamas elásticas. Blanda coraza que se presta y se pliega, cediendo sin ceder del todo.

\* \* \*

Fué una revolución análoga á la de Gustavo Adolfo cuando aligeró á sus soldados de las pesadas armaduras de hierro, cubriendo el pecho con una coraza de sólido cuero de camello, aunque poco pesado y suave.

Revolución atrevida, pero prudente. No estando nuestro pez cautivo en su armadura como el cangrejo, vese libre al mismo tiempo de la condición cruel á que estaba sujeta dicha armadura, la \_muda\_, del peligro, la debilidad, el esfuerzo, el desperdicio enorme de fuerza que hay en aquellos momentos. El pez muda poco y con lentitud, lo mismo que el hombre y los grandes animales, economizando, amontonando la vida, creándose el tesoro de un poderoso sistema nervioso dotado de innumerables alambres eléctricos que resuenan en la espina y el cerebro. Aunque carezca de hueso ó sea éste muy blando, si el pez tiene aún la apariencia embrionaria, no por eso está desposeído de su grande armonía merced á su rica madeja de hilos nerviosos.

No tiene el pez las debilidades elegantes del reptil y del insecto, tan esbeltos que puede cortárseles como un hilo por ciertas partes de su cuerpo. Está segmentado como ellos, mas esos segmentos los tiene debajo, perfectamente ocultos y resguardados, valiéndose de los mismos para contraerse, sin exponerse cual el reptil y el insecto á ser dividido fácilmente.

Lo mismo que el crustáceo, prefiere el pez la fuerza á la belleza, y para conseguirlo ha suprimido el pescuezo. Cabeza y tronco no constituyen más que una masa. Principio admirable de fuerza, que hace que para cortar el agua, elemento tan divisible, tenga que azotarla con mucha violencia, y si le place, mil veces más de lo necesario. Entonces conviértese en un dardo, una flecha, en la rapidez del rayo.

El hueso interior, que apareció único é informe en la sepia, aquí es un gran sistema \_uno, pero muy múltiple\_--uno por la fuerza de unidad,--múltiple por la elasticidad, por apropiarse á los músculos que, contraídos, dilatados sucesivamente, forman el movimiento. Maravilla, verdadera maravilla esa estructura del pez, tan compacta (vista desde afuera), y tan contráctil por dentro, esa carena de esbeltas y flexibilísimas costillas (en el arenque, en el sáballo, etc.), donde están unidos los músculos motores que empujan con choque alternativo.

Así, pues, por afuera sólo expone remos auxiliares, cortas nadaderas que poco arriesgan, las cuales, consistentes, punzantes y viscosas, hieren, eluden, se escapan. ¡Cuán superior es esto al pulpo ó á la medusa, que ofrecen á todo el mundo blandos tentáculos de carne, apetitoso bocado para el hambre devoradora de los crustáceos y de los marsuinos!

En suma, ese verdadero hijo del agua, tan movable como su madre, se desliza á través por su mucus, divide con su cabeza, hiere con sus músculos (contraídos sobre sus vértebras, sobre sus esbeltas costillas ondulosas), y, finalmente, con sus sólidas nadaderas corta, rema y dirige.

Bastaría la más ínfima de esas potencias: él las reúne todas, tipo absoluto del movimiento.

Hasta el pájaro es menos movable, supuesto que necesita posarse, y de noche está tranquilo. El pez nunca para: dormido y todo, flota.

Movable hasta tal punto, es al propio tiempo robusto y vivaz en el más alto grado. Por doquiera que hay agua, seguros estamos de encontrarlo: es el ser universal del globo. En los más elevados lagos de las cordilleras y de las montañas asiáticas, donde está tan rarificado el aire, donde cesa la vida de todos los seres, allí sólo el pez se obstina en vivir rodeado de soledad. En efecto, encuéntrase el gubio (pez

colorado), á quien cabe la gloria de ver tendida á sus plantas toda la tierra. Del mismo modo en las grandes profundidades, bajo un peso espantoso, habitan los arenques, los abadejos. Forbes, que dividió el mar en diez capas ó pisos superpuestos, hallólas habitadas todas, y en la última, al parecer tan sombría, encontró un pez provisto de unos ojos admirables, que, por lo tanto, ve y tiene bastante luz en un sitio que nosotros nos imaginamos rodeado de tinieblas.

Vaya otra libertad de los peces. Un buen número de especies (salmones, sábalos, anguilas, esturiones, etc.), soportan lo mismo el agua dulce que la del mar, alternan, y regularmente pasan de la una á la otra. Varias familias de peces cuentan especies marinas y especies fluviales (ejemplo, las rayas, los barbos).

Con todo, tal grado de calor, tal alimento, tal hábito, parecen fijarlos, acorralarlos en tan libre elemento. Los mares cálidos son como una muralla para las especies polares, que los encuentran inabordables: al contrario, los de los mares cálidos son detenidos por las frías corrientes del Cabo de Buena Esperanza. Sólo se conocen dos ó tres especies de peces cosmopolitas, y contadísimos son los que frecuentan la alta mar. La mayor parte son litorales y no se placen más que en ciertas costas. Los peces de los Estados Unidos pertenecen á otras especies que los que habitan en Europa. Añadid ciertas especialidades de gusto que

aunque no los encadenan del todo, los retienen. La  
raya chapucea en el  
fango y el lenguado en los fondos arenosos, el coto  
se encarama sobre  
los bajo-fondos, la morena se place encima de las r  
ocas, y la pértiga  
sobre los arenales, la ballesta en el agua poco pro  
funda sobre un lecho  
de madréporas. La escorpena unas veces nada y otras  
vuela; perseguida  
por los otros peces se lanza, sostiénese en el aire  
, y si le dan caza  
las aves, se zambulle en seguida en el mar.

\* \* \*

El proverbio popular: «Feliz como el pez en el agua  
,» expresa una  
verdad. Durante la calma, un globo de aire más ó me  
nos cargado y que le  
permite graduar su peso, le hace navegar á su sabor  
suspendido entre dos  
aguas. Se adelanta tranquilo, mecido, acariciado po  
r la onda, y mientras  
camina, duerme si quiere. Hállase á la vez ceñido y  
aislado por la  
sustancia untuosa que hace su piel y sus escamas es  
curridizas é  
impermeables. Su temperatura es poco variable, casi  
siempre la misma, ni  
muy fría ni muy caliente. ¡Qué terrible diferencia  
entre una vida tan  
cómoda y la que nos es dado gozar á nosotros, habit  
antes de la tierra! A  
cada paso que damos encontramos alguna aspereza, al  
gún obstáculo. La  
ruda tierra nos pone piedras al paso, nos fatiga, n  
os aniquila,  
obligándonos á subir, á bajar y á volver á subir su  
s cuestas. El aire  
cambia según las estaciones, y á veces con harta cr  
ueldad. El agua, la

fría lluvia cae despiadadamente días y noches enteros, penetra nuestro cuerpo, nos constipa, en ocasiones hiela nuestros cabellos y nos asedia calenturientos con las agudas puntas de sus cristales.

La felicidad del pez, su muy afortunada plenitud de vida se expresan bajo los trópicos por el lujo de sus colores, y en el Norte se traduce por el vigor de sus movimientos. En la Oceanía y el mar de las Indias juguetean, erran y vagamundean, bajo las formas más originales y los más fantásticos atavíos; teniendo sus alegres pasatiempos entre los corales, sobre las flores vivas. Nuestros peces de los mares fríos y templados son los grandes veleros, los remeros poderosos, los verdaderos navegantes: sus formas prolongadas y esbeltas conviertenles en flechas por su rapidez, pudiendo dar lecciones al mejor constructor de buques. Los hay que tienen hasta diez nadaderas, las cuales, remos ó velas á voluntad, pueden mantenerse abiertas ó á medio plegar. La cola, notabilísimo timón, es también el remo principal. La de los mejores nadadores es ahorquillada; toda la espina termina en ella y, contrayendo sus músculos, hace avanzar al pez.

La raya tiene dos nadaderas inmensas, dos grandes alas para azotar las olas; su cola, larga, flexible y desligada, es una arma para golpear, un látigo para hender y dividir la densidad de la ola. Delgada y desviando tan poca cantidad de agua, enfilando en sentido obl

icuo, vese por lo  
tanto fácilmente mecida y le sobra la vejiga que so  
stiene á los peces  
densos. Así que, todos poseen aparatos apropiados á  
su centro. El  
lenguado es ovalado, plano, á fin de que pueda desl  
izarse entre la  
arena; la anguila, para poder revolcarse en el cien  
o, toma formas  
serpentinatas y se convierte en larga cinta; las bald  
erayas, que suelen  
vivir agarradas á las rocas, tienen nadaderas-manos  
que las asemejan más  
á la rana que al pez.

\* \* \*

La vista es el sentido del pájaro, el olfato el del  
pez. El halcón  
lanzado en el espacio lo abarca con una sola mirada  
y divisa la casi  
invisible caza; así la raya desde las profundidades  
del Océano, al olor  
de una presa tentadora sube diligente en su busca.  
En ese mundo  
semi-oscuro, mundo de luces dudosas y engañosas,  
sus habitantes  
fíanse en el olfato y en ocasiones al tacto. Los qu  
e, como el esturión,  
excavan el fango, tienen un tacto exquisito. El tib  
urón, la raya, el  
abadejo (con sus ojazos separados) ven mal, mas hue  
len y sienten: es tan  
sensible el olfato en la raya que tiene un velo exp  
rofeso para taparlo á  
voluntad y anular su potencia, que indudablemente l  
a importunaría y  
atacaría el cerebro.

A tal potencia media de caza añadid unos dientes ad  
mirables, acerados, á  
veces en forma de sierra, multiplicados en algunos



de ellos en varias  
hileras, al extremo de solar la boca, el paladar y  
la garganta, y hasta  
la lengua está armada con ellos. Esos dientes, deli-  
cados y frágiles,  
tienen otros detrás dispuestos á reemplazarlos si l-  
legan á romperse.

Lo hemos dicho al comenzar este libro segundo: el m-  
ar ha tenido que  
producir esos seres terribles, esos destructores om-  
nímodos, para  
combatir y curar por sí mismo el extraño mal que le  
trabaja, su exceso  
de fecundidad. La Muerte, cirujano caritativo, por  
medio de una sangría  
perseverante, de abundancia inmensa, le alivia de e-  
sa plétora que le  
hubiese aburrido. El espantoso torrente de generaci-  
ón que allí se  
produce, el diluvio del arenque, los miles y millon-  
es de huevos del  
abadejo, tantas y tan horrendas máquinas de multipl-  
icación que,  
decuplicando, centuplicando, llenarían los océanos,  
ahogarían la  
Naturaleza, encuentran una barrera en el rápido dev-  
oramiento de la  
máquina de muerte, el nadador armado, el pez.

Bello espectáculo, grande, conmovedor. El combate u-  
niversal de la Muerte  
y del Amor no parece nada sobre la tierra cuando se  
le parangona con el  
que existe en el fondo de los mares. Allí, inconceb-  
ible en su grandeza,  
horroriza por su furia, empero contemplándolo más d-  
espacio vésele muy  
armónico y de sorprendente equilibrio. Este furor e-  
s necesario. Ese  
cambio de la substancia, tan rápido (; hasta el pun-  
to de deslumbrar!),

esa prodigalidad de la muerte, es la salvación.

Nada de tristeza; una alegría salvaje reina al parecer en todo aquello.  
De la vida del mar, áspera mezcla de las dos fuerzas que parecen destruirse entre sí, brota una salud maravillosa, una pureza incomparable, una belleza terrible y sublime á la par: ella triunfa lo mismo de vivos que de muertos. Sin gran predilección ni por los unos ni por los otros, les presta y vuelve á tomarles la electricidad, la luz, extrayendo ese fuego de chispas y ese infinito de pálidos resplandores que, hasta bajo las noches polares, constituye su magia siniestra.

La melancolía del mar, en su indolencia no tiene por tarea multiplicar la muerte, sino que, impotente, tiende á conciliar el progreso con el exceso de movimiento.

Es cien y mil veces más rico que la tierra, más rápidamente fecundo.  
Edifica y fabrica. La extensión que toma la tierra (hémoloslo visto en los corales), débela al mar, y sólo al mar, no siendo éste otra cosa que el globo en su obra de construcción, en su más activa concepción. Su único obstáculo consiste en esa rapidez, y su inferioridad parece ser la dificultad que tiene (él tan rico en generación) para la organización del Amor.

Caúsanos tristeza al recordar que los miles de millones de seres que habitan el mar sólo poseen el amor vago, elemental,

impersonal. Esos pueblos que, cada uno á su turno, suben y van en peregrinación hacia la dicha y la luz, dan á raudales lo más sustancioso de ellos mismos, su propia vida, el desconocido azar. Aman, y sin embargo nunca conocerán al ser amado do se encarnara su ensueño, su deseo. Por fin sin serles dada la felicidad de renacer que se encuentra en su posteridad.

Pocos, muy pocos, de los más vivaces, de los más agueridos, de los más crueles, procrean á semejanza nuestra. Esos monstruos tan temibles (el tiburón y su hembra), tienen necesidad de juntarse.

Hay impuesto la Naturaleza el peligro de darse un abrazo; abrazo terrible y sospechoso.

Acostumbrados á devorar, á engullirse á lo ciego cuanto alcanzan

(animales, madera, piedras, no importa lo que sea), en aquella ocasión,

¡cosa admirable! moderan sus apetitos. Por sabrosas que puedan ser sus

carnes á sus propios ojos, híncanse sus sierras y sus mortíferos

colmillos. La intrépida hembra déjase agarrar, acoger, por los

terribles arpeos que el macho le lanza; y, en efecto, sale impune de la

lucha. Ella es la que absorbe al compañero y lo arrastra consigo.

Confundidos en una sola masa, los furiosos monstruos van dando tumbos

semanas enteras, no pudiendo, á pesar del hambre que les devora,

resignarse al divorcio, ni desprenderse el uno del otro, y hasta en

plena borrasca, véseles invencibles, invariables en su salvaje abrazo.

Preténdese que aun separados prosiguen sus amoríos,  
y que el fiel  
tiburón, enamorado de su compañera, la sigue hasta  
que pare, ama á su  
presunto heredero, único fruto de aquel enlace, y j  
amás, jamás se lo  
come, sino que le acompaña siempre y vigila sus pas  
os, y, caso de  
peligro, este padre excelente se lo traga y le da a  
brigo en su  
anchurosa boca, pero no lo digiere.

\* \* \*

Si la vida de los mares tiene algún ensueño, un anh  
elo, un deseo  
confuso, es el de la fijeza. El medio violento, tir  
ánico, del tiburón,  
sus acerados asideros, ese arpeo sobre la hembra, l  
a furia de su unión,  
dan idea de un amor de endemoniados. En efecto, ¿qu  
ién sabe si en otras  
especies, más tímidas y aptas para la vida de famil  
ia, quién sabe si esa  
impotencia de unión, esa fluctuación interminable d  
e un viaje eterno sin  
objeto, no es causa de tristeza? Esos hijos de los  
mares enamóranse de  
la tierra: muchos entre ellos remontan los ríos, ac  
eptan la insipidez  
del agua dulce, tan pobre y poco nutritiva, para co  
nfiarle, lejos de las  
tempestades, la esperanza de su posteridad. Cuando  
no, se acercan á las  
orillas del mar, buscando algún sinuoso ancón, y ut  
ilizando su  
industria, con un poco de arena, de limo, de hierba  
, tratan de fabricar  
pequeños nidos. Esfuerzo conmovedor. Ellos carecen  
de los instrumentos  
del insecto, maravilla de la industria animal, y es

tán más desprovistos  
que el pájaro. Sólo á fuerza de perseverancia, careciendo como carecen  
de manos, de patas y de pico, y únicamente con su pobre cuerpo, llegan á  
reunir un montón de hierba, y pasando y repasando por medio, logran  
darle cierta cohesión (véase á Coste sobre los espinosos). Empero  
¡cuántos obstáculos tienen que vencer! La hembra, ciega y glotona, turba  
la obra, amenaza los huevos; el macho no los deja, defiéndelos, más  
madre que la madre misma.

Tal instinto encuéntrase en varias especies, particularmente entre los  
más humildes (el gobio), pececillo ni bello ni sabroso; tan despreciado,  
que nadie se digna pescarlo, ó si se agarra es rechazado. Y con todo,  
ese ínfimo entre los ínfimos es un tierno y laborioso padre de familia:  
tan pequeño, tan débil, tan desheredado, es ingenioso arquitecto, el  
obrero del nido, y con sola su voluntad, su ternura, consigue fabricar  
la protectora cuna.

Lástima grande, sin embargo, que tal esfuerzo de ánimo no obtenga mejor  
recompensa, que aquel ser se vea detenido en ese primer fervor del arte  
por la fatalidad de su naturaleza. Al contemplarlo, se apodera de  
nosotros nuevo ensueño, presintiendo que ese mundo acuático no se basta  
á sí mismo.

\* \* \*

Poderosa madre que empezaste la vida y no puedes te

rminarla; permite que  
tu hija, la Tierra, continúe la obra comenzada. Ya  
lo ves: en tu mismo  
seno y en el momento sagrado, tus hijos sueñan con  
la Tierra y su  
fijeza; abórdanla, la rinden homenaje.

A ti te toca volver á empezar la serie de los nuevo  
s seres por un  
prodigio inesperado, por un bosquejo grandioso de l  
a cálida vida  
amorosa, de sangre, de leche, de ternura, que tendr  
á su desarrollo en  
las razas terrestres.

## XII

La ballena.

«El pescador, á quien ha sorprendido la noche en me  
dio del mar del  
Norte, ve una isla, un escollo, como la espalda de  
una montaña, que se  
cierne, enorme, sobre las olas. Allí echa el ancla,  
y la isla comienza  
á andar y le arrastra. El escollo se ha convertido  
en Leviatán.»  
(Milton).

Error muy natural, que engañó al experto Dumont d'U  
rville. Veía de lejos  
una rompiente y alrededor remolinos, y mientras ava  
nzaba, unas manchas  
blancas indicaban al parecer una roca. En derredor  
de ese banco la  
golondrina y el ave de las tempestades (el petral),  
se divertían,  
recreábanse y daban vueltas. La roca sobrenadaba, v

enerable de  
antigüedad, ostentando una capa gris de corónulas,  
de conchas y  
madréporas. Pero la masa se mueve. Dos enormes chorros de agua, que  
parten de su frente, revelan á la ballena desperezada.

\* \* \*

El habitante de otro planeta que descendiese al nuestro en globo, y de  
gran altura observase la superficie del orbe, queriendo saber si está  
poblado, pensaría: «Los únicos seres que me es dado descubrir desde mi  
observatorio son de un tamaño bastante regular: ciento á doscientos pies  
de largo y sus brazos sólo tienen veinticuatro, pero en cambio su  
soberbia cola (treinta pies) se gallardea con majestad real por el mar,  
le azota, se señorea de él. Merced á su cola esos seres avanzan con una  
rapidez, una comodidad majestuosa, reconociéndose perfectamente en ellos  
á los soberanos del planeta.»

Y añadiría: «Lástima que la parte sólida de ese globo esté desierta, ó  
sólo contenga animalillos insignificantes para poder divisarse.  
Únicamente el mar está habitado, y por una raza buena y apacible. La  
familia vese muy honrada allí: la madre amamanta con ternura, y á pesar  
de la cortedad de sus brazos, sin embargo, durante la borrasca, logra  
con ellos amparar á su hijuelo.»

\* \* \*

Las ballenas no tienen inconveniente en viajar juntas. Antes se las veía navegando dos á dos, á veces en grandes familias de diez ó doce, por los mares solitarios. Nada tan espléndido como esas grandes masas, iluminadas en ocasiones por su fosforescencia, lanzando columnas de agua de treinta á cuarenta pies, que en los mares polares despedían humo. Se acercaban pacíficas, curiosas, al buque, mirándolo como á un hermano de nueva especie: agradábalas, festejaban al recién venido. Juguetean y volvían á caer al agua, produciendo un poco estrépito y formando una hirviente sima. Su familiaridad llegaba al punto de tocar la embarcación, las pequeñas lanchas. ¡Confianza imprudente, que tan cara les costara! En menos de un siglo la grande especie de la ballena ha desaparecido casi.

Sus hábitos, su organismo son idénticos á los de nuestros herbívoros. Como los rumiantes, poseen una sucesión de estómagos donde se elaboran los alimentos; dientes, apenas los necesitan y no tienen. Pacen fácilmente las vivas praderas del mar, quiero decir, los gigantescos fucos, suaves y gelatinosos, las capas de infusorios, los bancos de átomos imperceptibles. No hay necesidad de cazar para la adquisición de tales alimentos. No teniendo ocasión de combatir, háselas dispensado de armarse de las horrorosas quijadas y sierras, esos instrumentos de muerte y de tortura que el tiburón y tantos otros animales débiles



adquirieron á fuerza de consumir asesinatos. A nadie persiguen.

(Boitard). El alimento más bien acude á su alcance, traído por el oleaje. Inocentes y pacíficas, se engullen un mundo organizado apenas y que muere antes de haber vivido, pasando dormido á ese crisol de la universal mudanza.

No existe la menor relación entre esa apacible raza de mamíferos que, lo mismo que nosotros, tienen la sangre roja y leche, y los monstruos de la edad precedente, horribles abortos del primitivo fango. Mucho más modernas las ballenas, encontraron un agua purificada, el mar libre y el globo tranquilo.

Este había soñado su antiguo sueño discordante de los lagartos-peces, los dragones alados, el pavoroso reino de los reptiles: salía de la niebla siniestra para penetrar en la amable aurora de las concepciones armónicas. Nuestros carnívoros aun no habían nacido. Hubo un momento fugaz (tal vez unos cien mil años) de gran dulzura é inocencia, en que aparecieron sobre la tierra los seres excelentes (didelfos, etc.), tan encariñados con su familia, que la llevan encima y dentro de sí mismos, y, si es preciso, hácenla penetrar en su seno. En el agua aparecieron los gigantes pacíficos.

La leche del mar, su aceite, superabundaba; su cálida grasa, animalizada, fermentaba con inaudito poderío, quería vivir. Hinchóse,

pues, tomó forma orgánica en esos colosos, niños mimados de la Naturaleza, dotándolos de fuerza incomparable y de lo que vale más todavía, de preciosa y ardiente sangre roja. Y la ballena fué hecha.

Esta es la verdadera flor del mundo. Toda la creación de sangre pálida, egoísta, lánguida, vegetativa relativamente, parece que no tiene alma cuando se la compara con la vida generosa que hierve en esa púrpura y enciende la cólera y el amor. La fuerza del mundo superior, su encanto, su belleza, es la sangre. Por ella empieza una juventud toda reciente en la Naturaleza, por ella una llama de deseo, el amor, y el amor de familia, de raza que, propagado por el hombre, producirá el divino remate de la vida, la Piedad.

Pero con ese don magnífico aumenta infinitamente la sensibilidad nerviosa, y uno es mucho más vulnerable, mucho más capaz de gozar y de sufrir. Como la ballena no tiene el sentido del cazador, ni el olfato, ni los órganos de la audición muy desarrollados, aprovecha el tacto para todo. La gordura, que la preserva del frío, no la libra, sin embargo, de ningún choque. Su piel, preciosamente organizada con seis tejidos distintos, tiembla y vibra al menor contacto. Las tierernas papilas que tiene son instrumentos de tacto delicado. Y todo está animado, vivificado por un rico caudal de sangre roja, que, aun teniendo en cuenta la diferencia de tamaño, sobrepuja infinitam

ente en abundancia á  
la de los mamíferos terrestres. Herida la ballena,  
inunda el mar con su  
sangre, enrojeciéndolo gran trecho. Nosotros la der  
ramamos á gotas,  
mientras que ella prodígala á torrentes.

La hembra lleva en su vientre el fruto de sus amore  
s nueve meses. Su  
leche agradable, un poco azucarada, tiene la tibia  
pastosidad de la  
leche de mujer. Mas, como debe cortar constantement  
e la ola, si tuviera  
las mamas colocadas sobre el pecho, expondría al pe  
queñuelo á chocar  
constantemente; por lo tanto están un poco más baja  
s, en sitio más  
apacible, en el vientre de do salió. Al chicuelo le  
sirven de abrigo,  
aprovechándose de la ola ya abierta.

La forma del vaso, inherente á su género de vida, a  
prieta la cintura de  
la madre privándola de la admirable cintura de la m  
ujer, ese milagro  
adorable de una vida sentada, fija y armónica, en q  
ue todo se vuelve  
ternura. La ballena, ó sea la gran mujer de los mar  
es, á pesar de su  
ternura vese compelida á hacer depender todos sus a  
ctos de su lucha con  
las olas. Por otra parte, el organismo es idéntico  
bajo esa extraña  
careta: igual forma, la misma sensibilidad. Pez enc  
ima, mujer debajo.

Es la ballena animal extremadamente tímido. Basta e  
n ocasiones un pájaro  
para espantarla y hacerla zambullir con tanta preci  
pitación, que se  
lastima en el fondo del mar.

Sometido el amor entre ellas á condiciones difíciles, requiere un lugar do reine profunda paz. Así como el noble elefante teme las miradas profanas, la ballena sólo se encuentra bien en los sitios solitarios. Sus reuniones son hacia los polos, en los desiertos ancones de la Groenlandia, en medio de la bruma del estrecho de Behring, é indudablemente también en el tibio mar descubierto junto al mismo polo. ¿Se volverá á encontrar ese mar? No hay otro paso para llegar á él que á través de los pavorosos desfiladeros que abre el hielo, cierra y cambia todos los inviernos, como si quisiese impedir nuevas visitas importunas. Por lo que toca á las ballenas, créese que pasan por debajo los hielos, del uno al otro mar, por la vía tenebrosa. Viaje temerario. Forzadas á respirar cada quince minutos, aunque tenga hecha provisión de aire que baste para algunos momentos más, se exponen grandemente bajo aquella enorme costra que tiene apenas algunos respiraderos. Si no los hallan á tiempo, es tan sólida y compacta dicha costra, que no hay fuerza capaz ni cabezada que pueda romperla. Allí pueden ahogarse con la misma facilidad que Leandro en el Helesponto. Pero como las ballenas no conocen la historia de ese Leandro, engólfanse atrevidamente en su empresa y pasan.

La soledad de aquellos parajes es grande; teatro singular de muerte y de silencio para esa fiesta de ardiente vida. Un oso blanco, alguna foca,

un zorro azul, testigos respetuosos, prudentes, tal vez observan á cierta distancia. Las arañas y girándulas, los espejos fantásticos, no faltan. Cristales azulados, picos, garzotas de deslumbrante hielo, nieves vírgenes, son los mudos testigos que rodean el espectáculo y le contemplan.

Lo que hace conmovedor y grave el himeneo, es que para ello se requiere la expresa voluntad, ya que la ballena carece del arma tiránica del tiburón, de los arpones que se enseñorean del más débil. Al contrario, sus resbaladizos forros las separan, aléjanlas la una de la otra. Se desvían á su pesar y despréndense por aquel obstáculo desesperante. En medio de un acorde tan grande, diríase que macho y hembra se combaten. Hay balleneros que pretenden haber disfrutado de este espectáculo único. Los dos amantes, en sus ardientes transportes, se encaraman por momentos cual las dos torres de Nuestra Señora de París, y con sus cortos brazos y en medio de suspiros tratan de abrazarse. Empero su enorme mole les priva de mantenerse así largo rato, y caen otra vez al agua con grande estrépito... El oso y el hombre huían despavoridos al oírlos suspirar.

\* \* \*

La solución de este drama es desconocida, pues las que se le han dado parecen absurdas. En lo que no cabe duda es, que para todo (el amor, el amamantamiento y aun para su propia defensa), la in

fortunada ballena  
sufre la doble servidumbre de su peso y de la dificultad que tiene para respirar, puesto que sólo respira fuera del agua y si no sale al aire libre queda asfixiada. ¿Es, pues, un animal terrestre, pertenece acaso á la tierra? Ciertamente que no. Si, por algún accidente, se para en alguna playa, el enorme peso de sus carnes, de su grasa, la aniquila; sus órganos se rinden y queda asimismo asfixiada.

En el único elemento respirable para ella, la asfixia la mata lo mismo que en el agua no respirable do vive.

Abreviemos razones. De la creación grandiosa del mamífero gigante ha salido un ser imposible, primer retoño poético de la fuerza creadora, que al principio tuvo fija la vista en lo sublime y luego por grados pasó á lo posible, á lo duradero. El admirable animal tenía todo: tamaño y fuerza, sangre caliente, sabrosa leche, bondad; lo único que le faltaba era la manera de vivir. Había sido formado sin tener en cuenta las proporciones generales de ese globo ni la imperiosa ley de la pesadez de los cuerpos. No le valió haberse fabricado por debajo una osamenta enorme: sus gigantescas costillas no son bastante consistentes para mantener suficientemente libre y abierto el pecho. Desde el momento que se desprende de su enemiga el agua, encuéntrase con otra enemiga, la tierra, y su pesado pulmón le aplasta.

Sus magníficos orificios auriculares, la espléndida

columna de agua que  
lanza á treinta pies de altura, son indicios, testimo-  
nios de una  
organización infantil y bárbara. Arrojándola al firmamento por un tan  
poderoso esfuerzo, el \_soplador soplado\_ (éste es el nombre verdadero  
del género) parece decir: «¡Oh, Naturaleza! ¿por qué me has criado  
siervo?»

\* \* \*

Su vida fué un problema, y no parecía que el espléndido bosquejo (pero  
frustrado) pudiera durar. El tan difícil amor furtivo, el  
amamantamiento en medio de las borrascas, entre la asfixia y el  
naufragio, los dos grandes actos de la vida convertidos casi en un  
imposible, haciéndose por medio de un esfuerzo y por voluntad heroicos:  
¡qué condiciones de existencia!

La madre no tiene nunca más que un pequeñuelo, y es mucho. Ella y él son  
importunados por tres cosas: el trabajo de la natación, el  
amamantamiento y la fatal necesidad de subir. La educación es un  
verdadero combate. Azotado, arrollado por el Océano, el pequeñuelo mama  
como al vuelo, cuando la madre puede tenderse de lado, deber que  
practica admirablemente, pues sabe que si aquél tuviese que hacer el más  
pequeño esfuerzo para amamantarse, dejaría las mamas. En ese acto en que  
la mujer se mantiene pasiva, dejando obrar á la criatura, la ballena,  
por el contrario, es activa. Aprovechando el moment

o, por medio de un  
poderoso émbolo le lanza un tonel de leche.

El macho no suele abandonarla, y grande es su embar  
azo cuando el  
pescador feroz ataca al ballenato. Se clava el arpó  
n á éste para que  
sigan los grandes, y, en efecto, hacen esfuerzos in  
creíbles para salvar  
á su hijo, para llevárselo, subiendo y exponiéndose  
á ser heridos para  
traerlo á la superficie y hacerle respirar. Y lo de  
fienden muerto y  
todo. Pudiendo zambullirse y escapar, permanecen so  
bre el agua  
desafiando el peligro para seguir el cuerpo flotant  
e del ballenato.

\* \* \*

Entre las ballenas son comunes los naufragios, por  
dos motivos. No  
pueden como el pez, mantenerse durante las borrasca  
s en las capas  
inferiores y tranquilas; y luego no quieren separar  
se, siguiendo los  
fuertes el destino del débil. Se ahogan, pues, en f  
amilia.

En diciembre de 1723 zozobraron ocho hembras en la  
desembocadura del  
Elba, y cerca de sus cadáveres se encontraron sus o  
cho machos. Otro  
tanto aconteció en marzo de 1784 en Audierne (Breta  
ña). Primero se  
presentaron despavoridos en la costa buen número de  
peces y de  
marsuinos; luego, oyéronse extraños, espantosos mug  
idos: era una crecida  
familia de ballenas que la tempestad empujaba, y qu  
e luchaban, gemían y  
se resistían á morir. También en esta ocasión los m



achos perecieron al  
lado de sus hembras. En gran número, preñadas y sin  
defensa contra el  
implacable azote, unos y otras fueron lanzados á la  
costa y destruidos  
por el porrazo.

Dos de las hembras parieron en la playa, lanzando g  
ritos desgarradores,  
ni más ni menos que nuestras mujeres, y con sus lam  
entos parecían querer  
indicar que se preocupaban de la suerte que cabría  
á sus hijuelos.

### XIII

Las sirenas.

Acabo de abordar; heme aquí en tierra. Basta ya de  
naufragios: yo  
quisiera razas durables. El cetáceo desaparecerá. R  
esumamos nuestras  
concepciones, y de esa poesía gigantesca de los rec  
ién nacidos, de las  
mamas, la leche y la sangre caliente, conservémoslo  
todo menos el  
gigante.

Conservemos, sobre todo, la afabilidad, el amor y l  
a ternura de la  
familia. Esos dones divinos debemos guardarlos cuid  
adosamente en las  
razas más humildes, pero buenas, en que los dos ele  
mentos mancomunan su  
espíritu.

Ya presentimos las bendiciones de la tierra: al aba  
ndonar la vida del

pez, varias cosas de absoluta imposibilidad para él fácilmente se armonizarán.

Así que, la ballena, madre cariñosa, conoció el abrazo y estrechó á su hijuelo, mas no sobre sus mamas: sus brazos estaban muy arriba, y las mamas en ese navío viviente debían estar en la parte posterior, entre los seres nuevos que nadan, pero que al mismo tiempo se encaraman á la tierra (morsa, lamantín, foca, etc.), las mamas, para que no se arrastren y topen, suben hasta el pecho. De suerte que se nos presenta como una sombra de la mujer, forma y actitud graciosa que, de lejos, ilusiona.

Vista de cerca, si exceptuamos la blancura, el encanto, es exactamente la mama femenina, ese globo que, hinchado de amor y de la dulce necesidad de amamantar, reproduce con sus movimientos todos los suspiros del corazón que late debajo, reclamando á la criatura para sostenerla, alimentarla y darla descanso. Todo esto fué negado á la madre que nada; aquel bien es para lo que se posa. La fijeza de la familia, la ternura, que de día en día va echando hondas raíces (más diremos, la Sociedad), esas grandes cosas comienzan desde que el niño duerme en el seno de la madre.

\* \* \*

Mas, ¿cómo se obró la metamorfosis del cetáceo al anfibio? Vamos á ver

si acertamos á explicarlo.

Su parentesco es evidente. No pocos anfibios arrastran todavía, por desgracia suya, la pesada cola de la ballena, y ésta (á lo menos una de sus especies) ha escondido en su cola el bosquejo y el comienzo evidente de los dos pies traseros que tendrán los anfibios de un grado superior.

En los mares sembrados de islas, cortadas por lenguas de tierra á cada paso, los cetáceos, detenidos continuamente en su carrera, tuvieron que modificar sus hábitos. Sus contracciones menos rápidas, su vida cautiva, disminuyó su grandor, reduciéndolo de la ballena al elefante. Entonces apareció el elefante de mar. Conservando el recuerdo de las preciosas defensas con que se armaron ciertos cetáceos en su grande vida marítima, nos muestra aún muy sólidos dientes delanteros, si bien poco temibles: ni los dientes de la masticación están en él bien definidos, sea como herbívoros ó como carnívoros, pues se prestan mal á cualquiera de los dos regímenes y deben operar con lentitud.

Dos cosas aligeraban á la ballena: su masa aceitosa que la hacía flotar sobre el agua y la poderosa cola cuyo choque alternativo, golpeando por ambos lados, empujábala hacia adelante. Mas todo eso aniquila al anfibio que barbota en la profundidad de las aguas y se encarama por las rocas cual pesado caracol. El ágil pez, ríese de un pez que no puede cazarlo, no siéndole dado apresar más que los moluscos, tan

pesados como él. Poco  
á poco, acostúmbrase á comer los abundantes y gelat  
inosos fucos, que  
sustentan y engordan sin dar el vigor del alimento  
animal.

Así, puede verse en el Mar Rojo, en el de las islas  
Malayas y las de  
Australia, arrastrarse, fijarse allí el raro coloso  
llamado dugongo, que  
domina el agua con su pecho y sus mamas. Nómbresele  
á veces dugongo de  
los tabernáculos, inerte ídolo que impone, mas apen  
as sabe defenderse,  
y pronto desaparecerá entrando en el dominio de la  
fábula, en el número  
de esas leyendas reales de las que nos reímos atolo  
ndradamente.

¿Quién produjo ese gran cambio, quién crió ese cetá  
ceo terrestre, el  
dugongo y la morsa, hermana suya? La suavidad de la  
tierra, en extremo  
pacífica antes de aparecer el hombre en ella--el at  
ractivo de alimentos  
vegetales que no se escabullen como la presa marina  
,--sin duda que  
también el amor, tan difícil para la ballena y tan  
fácil en la sosegada  
vida del anfibio.

El amor deja de ser fuga y azar. Ya no es la hembra  
ese fiero gigante,  
que era preciso seguir al otro cabo del mundo: ésta  
se mantiene sumisa,  
sobre las algas ondulosas, para obedecer á su señor  
, convirtiendo su  
existencia en apacible y voluptuosa. Aquí, apenas s  
e conoce el misterio.  
Los anfibios viven buenamente de panza al sol, y si  
endo muy numerosas  
las hembras, se reúnen y constituyen un serrallo pa

ra sus machos. De la  
poesía salvaje hemos venido á parar á los hábitos v  
ulgares, ó si se  
quiere, patriarcales, de los harto fáciles placeres  
. El gran patriarca,  
respetable por su enorme cabeza, sus bigotes y sus  
armas defensivas,  
reina entre Agar y Sara, Rebeca y Lía, que ama con  
ternura lo mismo que  
á sus hijuelos, los cuales constituyen un pequeño r  
ebaño. En su vida,  
inmóvil, la gran fuerza de ese ser sanguíneo, emplé  
ase por completo en  
las ternezas familiares; abraza á los suyos con tie  
rno amor, con  
orgullo, con cólera. Es valiente y está pronto á mo  
rir en su defensa.  
Pero ¡ay! poco le valen sus fuerzas ni su furor: su  
masa enorme le  
entrega al enemigo. Avergüénzase, se arrastra, quie  
re pelear y no puede,  
¡aborto gigantesco, frustrado entre dos mundos, pob  
re Caliban  
desarmado!

\* \* \*

La pesadez, fatal á la ballena, esto todavía más pa  
ra los seres que nos  
ocupan. Reduzcamos aún el tamaño, aligeremos su gor  
dura, ablandemos la  
espina, y sobre todo, suprimamos esa cola, ó más bi  
en, dividamos la  
horquilla en dos apéndices carnosos que serán de ma  
yor utilidad. El  
nuevo ser (foca), más ágil, buen nadador, pescador  
excelente, viviendo  
del mar, pero celebrando en tierra sus festines amo  
rosos (la tierra es  
el pequeño paraíso de las focas), empleará su vida  
en el esfuerzo de  
volver á ella continuamente y llegar á la roca dond

e le convidan á estar  
su mujer y sus hijos, y donde les provee de pescado  
. Con la caza en el  
hocico, careciendo de las armas defensivas que ayud  
aban á trepar á la  
morsa, pone sus cuatro miembros arriba y abajo, aga  
rrándose á los fucos,  
dilatando, dividiendo cada uno de ellos según puede  
, de suerte, que,  
ramificado á la larga, muestra cinco dedos.

Lo magnífico que tiene la foca, lo que conmueve al  
ver su cabeza  
redonda, es la capacidad del cerebro. Ningún otro s  
er, exceptuando el  
hombre, lo tiene tan desarrollado (Boitard). La imp  
resión que uno siente  
es fuerte, mucho más que la que produce el mono, cu  
yas muecas nos son  
antipáticas. Nunca olvidaré las focas del Jardín Zo  
ológico de Amsterdam,  
delicioso museo, tan rico y bien organizado, y uno  
de los sitios más  
encantadores que existen en el mundo. Era el día 12  
de julio, y acababa  
de caer una lluvia huracanada: el aire era pesado;  
dos focas procuraban  
refrescarse en el fondo del agua, nadando y dando s  
altos. Al reposarse,  
fijaron en mí, inteligentes y simpáticas, sus suave  
s ojos  
aterciopelados. La mirada era un poco triste: tanto  
á ellas como á mí,  
nos faltaba el idioma intermedio para comprendernos  
. Cuando uno las  
mira, no puede despegar los ojos de ellas; siente q  
ue ha ya aquella  
barrera eterna entre alma y alma.

La tierra es su patria adorada ó del corazón: en el  
la nacen, allí tienen  
sus amores; heridas, á la tierra van á morir. A la

tierra conducen sus  
hembras preñadas, las acuestan sobre las algas y la  
s sustentan con  
pescado. Las focas son tímidas, excelentes vecinas  
y mutuamente se  
defienden; sólo que en la época del celo, se apoder  
a de ellas una  
especie de delirio y se baten. Cada macho es dueño  
de tres ó cuatro  
compañeras, que instala en tierra sobre una roca mu  
sgosa suficientemente  
grande. Aquél es su dominio, no permitiendo que nad  
ie lo usurpe y  
haciendo respetar su derecho de ocupación. Las hemb  
ras son más tímidas  
que los machos y están indefensas. Si se las daña,  
no saben más que  
llorar y agitarse dolorosamente lanzando miradas de  
desesperación.

Llevan nueve meses en sus entrañas el fruto de sus  
amores, y amamantan á  
su hijuelo otros cinco ó seis, enseñándole á nadar,  
á pescar, á elegir  
los alimentos más succulentos; y tendríalo más tiemp  
o á su lado si el  
marido no se volviera celoso: éste le expulsa, teme  
roso de que la harto  
débil madre no le dé en él un rival.

\* \* \*

Educación tan corta, ha limitado sin duda los progr  
esos que hubiese  
podido hacer la foca. La maternidad sólo es complet  
a entre los  
lamantinos, tribu excelente en que los padres no ti  
enen ánimo para  
despedir al hijo. La madre lo conserva á su lado du  
rante largo tiempo.  
Nuevamente preñada, y aun cuando amamanta un segund  
o hijo, vésele llevar

consigo al primogénito, joven macho que el padre no maltrata, que también estima y deja á la madre.

Esa ternura extrema, particular á los lamantinos, hase manifestado en la organización por un progreso físico. En la foca, nadador famoso, y en el elefante marino, tan pesado, el brazo es una nadadera, estando apretado y ligado al cuerpo, y no puede desprenderse. Mas el lamantín hembra, tímida mujer anfibia, \_mama di l'eau\_, como dicen los negritos de las colonias francesas, produce el milagro: todo se desliga, por un esfuerzo constante. La Naturaleza se ingenia con la idea que la atormenta de acariciar al pequeñuelo, abrazarlo y acercárselo á los pechos. Ceden los ligamentos, se dilatan, desprendiendo el antebrazo, y de ese brazo surge un pólipo aplanado.--Esta es la mano.

De manera que el lamantín goza de tan suprema dicha : con su mano abraza al hijuelo para estrecharlo contra su pecho, y, agarrándolo, colócalo sobre su corazón.

He aquí dos grandes cosas que podían llevar muy lejos á esos anfibios:

En ellos ya existe la mano, el órgano de la industria, el instrumento esencial para el trabajo venidero. Que se ablande y auxilie á los dientes, como entre los castores, y empezará el arte; primeramente el arte de abrigar á la familia.

Por otro lado, hácese posible la educación. El hiju



elo colocado sobre el  
corazón de la madre, empápase lentamente en su vida  
, permaneciendo mucho  
tiempo á su lado y en la edad á propósito para apre  
nder; todo esto es  
debido á la bondad del padre que no rechaza al inoc  
ente rival. Y ahí  
está el progreso.

\* \* \*

Si hemos de dar crédito á ciertas tradiciones, el p  
rogreso no quedó  
limitado á esto. Desarrollados los anfibios, asemej  
ados á la humana  
forma, habríanse trocado en semihombres, en hombres  
de mar, tritones ó  
sirenas. Sólo que, al revés de las melodiosas siren  
as de la fábula,  
éstos hubieron permanecido mudos, impotentes para c  
onstituirse un  
lenguaje, para entenderse con el hombre y moverle á  
compasión. Talas  
razas han desaparecido, dícese, del mismo modo que  
vemos desaparecer al  
infortunado castor que si bien no puede hablar, llo  
ra.

Hase dicho con harta ligereza que aquellas extrañas  
figuras no eran otra  
cosa que focas. Mas, ¿cabe engaño en ello? Todas la  
s especies de focas  
que existen son conocidas desde mucho tiempo atrás.  
En el siglo VII, en  
vida de San Columbano, ya se pescaba y se comía su  
carne.

Los hombres y mujeres de mar de que se hace referen  
cia en el siglo XVI,  
fueron vistos no sólo rápidamente en medio del líqu  
ido elemento, sino  
que se les trajo á tierra, se les paseó por ella, y

vivieron en grandes  
centros de población tales como Amberes y Amsterdam  
, en los palacios de  
Carlos V y Felipe II, y por lo tanto estuvieron baj  
o las miradas de  
Vesale y de los primeros sabios de aquella época. S  
e hace mención de una  
mujer marina que vivió luengos años en hábito relig  
ioso en un convento  
donde á todos era dado verla. No hablaba, pero sí s  
e entretenía en hilar  
y en otros quehaceres. Con todo, el agua la atraía  
y empleaba toda su  
inteligencia para volver á su querido elemento.

Diráse: Si realmente han existido esos seres, ¿por  
qué fueron tan raros?  
¡Ay! La respuesta nos viene á la mano. Eran raros p  
orque se acostumbraba  
á matarlos.

Teníase por pecado dejarles la vida, «pues estaban  
clasificados entre  
los \_monstruos\_». Así se expresan las antiguas narr  
aciones.

Todo cuanto se alejaba de las formas conocidas de l  
a animalidad, y  
cuanto por el contrario se aproximaba á las del hom  
bre, era reputado  
\_monstruo\_ y se le daba pasaporte para el otro mund  
o. La madre, asaz  
desgraciada para dar á luz un hijo disforme, no pod  
ía librarlo:  
ahogábasele entre los colchones de la cama, suponíe  
ndose ser hijo del  
diablo, una invención de su malicia para ultrajar á  
la Creación y  
calumniar á Dios. Por otra parte, á esos sirenos, d  
emasiado análogos con  
el hombre, teníaselos con más razón por una ilusión  
diabólica, y tal era

la abominación que causaban en la Edad Media, que su aparición  
señalábase cual un espantoso prodigio que Dios, en su justa cólera,  
permite para aterrorizar al pecado. Apenas nadie se atrevía á citarlos,  
apresurándose á hacerlos desaparecer. El siglo XVI, más atrevido,  
creíalos todavía «diablos disfrazados de hombre,» indignos de ser  
tocados más que con el arpón. Cada día se hacían más raros, cuando á  
algunos descreídos pasóles por la imaginación especular con ellos  
conservándolos y enseñándolos.

¿Nos ha quedado siquiera algún resto, alguna osamenta de ellos?  
Sabrémoslo cuando los museos de Europa comiencen á exponer todos sus  
inmensos depósitos. Falta espacio, no lo ignoro, y nunca habrá bastante,  
si para ello se requieren palacios. Empero el más sencillo abrigo, un  
vasto cobertizo (y nada costoso), permitiría poner á la vista de todo el  
mundo objetos tan sólidos como los de que aquí se trata. Hasta ahora  
sólo nos ha sido dado contemplar algunas muestras y ciertas piezas  
escogidas.

Añadamos que la exposición de los anfibios henchidos de paja, para ser  
verdadera debe presentar esos \_monstruos\_ tan idénticos al hombre, de  
lado y en las posturas en que la ilusión sea más completa. Concededles  
esa honra, que bien merecida la tienen. Que la madre Foca á la madre  
Lamantina se ofrezca á mi vista sobre su roca cual sirena, en el

primitivo uso de la mano y de las mamas, con su pequeño  
seno.

\* \* \*

¿Es decir que esos seres hubieran podido ascender hasta  
nosotros? ¿Acaso fueron los autores los ascendientes del hombre? Así  
lo supuso Mallet.  
Por lo que á mí toca, no lo creo verosímil.

No cabe duda que en el mar tuvo principio todo lo creado,  
empero no es de los animales marinos superiores que salió la serie  
paralela en las formas terrestres cuyo remate es el hombre. Estaban  
ya demasiado fijados, eran demasiado especiales para dar el budo  
osquejo de una naturaleza tan distinta; pues habían llevado muy lejos,  
agotado casi la fecundidad de sus géneros. En tal caso, los primogénitos  
perecen; y sólo muy abajo, entre los oscuros segundones de alguna  
clase pariente, surge la nueva serie que ascenderá más arriba. (Véanse las  
notas al final del tomo.)

El hombre fué, no su hijo, sino su hermano, un hermano  
cruelmente enemigo suyo.

\* \* \*

Helo aquí, el fuerte entre los fuertes, el ingenioso,  
el activo, el cruel rey del mundo. Mi libro se ilumina; mas, en cambio,  
¿qué va á enseñarnos? ¿Cuántas cosas tristes he de traer á los  
resplandores de esa

luz!

Ese creador, ese dios tirano, ha tenido el talento de fabricar una segunda Naturaleza en la Naturaleza misma. ¿Y qué hizo de la otra, la primitiva, madre y nodriza á la vez? Con los dientes que le diera, mordió su seno.

Tantos y tantos animales que vivían tranquilamente, se humanizaban y bosquejaban las artes; hoy día azorados, embrutecidos, hanse convertido en bestias. Los monos, reyes de Ceilán, cuya discreción tanta celebridad adquiriera en la India, son ahora unos salvajes horriblos, ni más ni menos; el brahma de la Creación, el elefante, perseguido, esclavizado, queda reducido á una bestia de carga.

Los más libres entre los seres, en otro tiempo alegrían del mar, las tiernas focas y las inofensivas ballenas, pacífico orgullo del Océano, huyeron á los mares polares, al temible mundo de los hielos. Empero no todos pueden sobrellevar tan ruda existencia, y no transcurrirán muchos años sin que desaparezcan por completo.

Una raza desgraciada, la de los campesinos polacos, ha visto brotar de su corazón el sentido, la inteligencia del desterrado mudo, refugiado en los lagos de la Lituania, habiendo pasado á ser proverbial entre ellos que «la persona que hace llorar al castor nunca será afortunada.»

El artista ha quedado relegado al rango de una best

ia tímida que ni sabe  
ni puede nada. Los que habitan todavía la América,  
retrocediendo y  
huyendo siempre, no tienen ánimo para ninguna empre  
sa. No ha mucho que  
un viajero encontró uno de esos animalillos que, ti  
erra adentro, muy  
adentro, hacia los altos lagos, emprendía de nuevo,  
si bien con timidez,  
su oficio, quería fabricar el hogar de la familia,  
cortaba madera. Al  
divisar al hombre dejó escapar la madera, y ni siqu  
iera tuvo ánimo para  
huir: sólo supo llorar.

## LIBRO TERCERO

### CONQUISTA DEL MAR

#### I

El arpón.

«Al marinero que llega á la vista de Groenlandia, n  
ingún placer le causa  
aquella tierra,» dice cándidamente John Ross. No lo  
dudo. Figuraos una  
costa de hierro, de aspecto asolador, donde el negr  
o granito escarpado  
no protege ni siquiera á la nieve; y después, sólo  
se ven hielos. La  
vegetación es allí desconocida. Aquella tierra ingr  
ata, que nos oculta  
el polo, parece un país de muerte y de hambre.

En el muy corto intervalo de tiempo que el agua no está helada, la vida sería posible en aquellos parajes, pero el hielo dura nueve meses en el año. Y durante este tiempo, ¿qué hacer?; y los alimentos, ¿dónde hallarlos? No hay que pensar en buscar. La noche dura varios meses, y en ocasiones es tal su oscuridad, que Kane, rodeado de sus perros, sólo los divisaba merced á la humedad del aliento. En tan dilatadas, muy dilatadas tinieblas, sobre esa tierra desolada, estéril, vestida de hielos impenetrables, erran, no obstante, dos solitarios que se obstinan en vivir allí, en medio de los horrores de un mundo imposible. Es uno de ellos el oso pescador, desabrido, vagabundo bajo su valiosa piel y su gordura, que le permite ayunar á intervalos. El otro, de aspecto singular, á cierta distancia parece un pez sentado sobre su cola, pez mal conformado y desmañado, con largas nadaderas colgantes. Este semi-peíz es el hombre. Ambos se ventean y se buscan: los dos están hambrientos. Con todo, el oso á veces huye, rehusa el combate, creyendo á su contrario más feroz y más hambriento que él.

El hombre con hambre es terrible. Sin otra arma que una espina de pez, persigue al enorme animal; empero hubiera perecido cien veces á no tener otro alimento que ese compañero terrible. El poder vivir le costó un crimen. No produciendo nada la tierra, buscó hacia el mar, y como éste estaba cerrado, no tuvo más remedio que sacrificar á su amiga la foca;

en ella encontraba concentrada la grasa del mar, el  
aceite, sin el cual  
muriérase de frío antes que de hambre.

El groenlandés no sueña más que en ir á habitar la  
luna al término de su  
carrera, donde hallará leña á discreción, fuego, en  
fin, la luz del  
hogar. En nuestro planeta, el aceite la reemplaza,  
pues bebiéndolo  
copiosamente calienta su cuerpo.

Gran contraste entre el hombre y los anfibios soñol  
ientos, que aun en  
dicho clima saben vivir sin padecer mucho. Bastante  
lo indican los  
tiernos ojos de la foca. Nodriz del mar, de contin  
uo está en relación  
con él, y sabe aprovechar todas las ocasiones para  
aprovisionarse.  
Aunque generalmente se la cree muy pesada, se encar  
ama con maña sobre un  
témpano de hielo y hácese conducir de un lado á otr  
o. El agua cubierta  
de moluscos, de átomos animados, alimenta superabun  
dantemente á los  
peces, que á su vez sirven de pasto á las focas, la  
s cuales, bien  
repletas, duermen sobre su roca muy tranquilas, y c  
on sueño tan pesado,  
que nada es capaz de interrumpir.

La vida del hombre es enteramente distinta. Parece  
colocado allí contra  
la voluntad de Dios, maldito, y todo conspira contr  
a él. En las  
fotografías que tenemos de los esquimales, léese su  
destino terrible en  
la fijeza de la mirada, en sus ojos ceñudos y negro  
s como la noche.  
Parecen como petrificados por una visión, por el ha  
bitual espectáculo de



un infinito lúgubre.

Aquella naturaleza de terror eterno ha ocultado con una máscara de bronce su elevada inteligencia, rápida, no obstante, y con mil expedientes en medio de una existencia de peligros imprevistos.

\* \* \*

¿Qué hacer? Su familia estaba hambrienta y sus hijos lloraban: su mujer embarazada tiritaba encima de la nieve. El viento del polo azotábales continuamente con un diluvio de escarcha, con ese torbellino de agudas flechas que punzan y penetran, embrutecen, haciendo perder la voz y los sentidos. Cerrado el mar, no había que pensar en la pesca; pero quedaba la foca. Y ¡cuántos peces no encierra una foca! ¡Qué riqueza de aceite acumulado! El pobre animal estaba allí, dormido, indefenso; y aun despierto, no procura huir; al contrario, consiente que se le acerquen, que le toquen. Al igual del lamantín, para que huya es preciso apalearle; y los que se pescan jóvenes, por más que los rechacéis de á bordo, siempre seguirán al buque. La misma facilidad debió turbar al hombre, hacerle titubear, combatir la tentación; pero el frío pudo más que su voluntad y cometió un asesinato. Desde aquel momento era rico y pudo vivir.

La carne de foca alimentó á aquellos hambrientos; el aceite, absorbido á raudales, calentó sus ateridos cuerpos. Los huesos

empleáronse en  
sinnúmero de usos domésticos; con las fibras se fabricaron cuerdas y  
redes, y la piel sirvió para cubrir las carnes casi  
heladas de la mujer  
esquimal. Su marido usa el mismo traje, con una pequeña diferencia en el  
corte. Aquélla lo adorna, además, con un cintillo de  
cuero colocado en  
el borde, para agradar á su compañero y para que la  
quiera. Pero lo más  
útil de todo fué que, mañosamente, fabricaron con pieles cosidas á la  
ligera, á la par que resistente, máquina donde se aventura aquel hombre  
intrépido y á la que ha dado el nombre de barca.

Vehículo más que mezquino, largo, delgado y que tan  
poco pesa, está  
herméticamente cerrado, menos un agujero do se mete  
el remero, apretando  
el cuero á su cintura. El que lo ve, apostaría cualquier cosa que tan  
frágil barquilla va á zozobrar... No hay cuidado. Vuela como una flecha  
sobre las olas, desaparece, vuelve á aparecer entre  
los fuertes  
remolinos producidos por los hielos y en medio de aquellas flotantes  
montañas.

Hombre y barquilla no son más que una pieza, un pez artificial. Empero,  
¡cuán inferior es á los verdaderos peces! Carece de  
l aparejo, de la  
vejiga natatoria que sostiene al verdadero, haciéndole á voluntad ligero  
ó pesado. No tiene en su cuerpo el aceite que, más ligero que el agua,  
se obstina en sobrenadar y subir á la superficie. Y  
, sobre todo, carece  
de lo que da al verdadero pez vigor en sus movimientos

tos, la viva  
contracción de la espina para golpear fuertemente c  
on la cola: lo único  
que puede imitar el hombre, aunque muy imperfectame  
nte, son las  
nadaderas. Sus remos no apretados al cuerpo, sino m  
ovidos á distancia  
por un prolongado brazo, son harto blandos, compara  
dos con los del otro,  
y pronto se cansan. ¿Quién repara todo esto? La ter  
rible energía del  
hombre, y bajo esa invariable máscara, su viva razó  
n, que cual relámpago  
resuelve, inventa y halla, minuto tras minuto, un r  
emedio á los peligros  
de esa flotante piel que sólo le resguarda de la mu  
erte.

A menudo queda obstruido el paso, encontrándose el  
esquimal ante una  
barrera de hierro. Entonces, truécense los papeles.  
La barca conducía al  
hombre, y ahora es éste el que conduce la barca; cá  
rgala sobre sus  
hombros, atraviesa los crujientes hielos y pónelo á  
flote más lejos. En  
ocasiones, salen á su encuentro montañas flotantes  
que no ofrecen otro  
paso que largos corredores que se abren y cierran r  
epentinamente; allí  
puede desaparecer el esquimal con su frágil esquife  
, quedar enterrado en  
vida; por momentos, dos de aquellas azuladas montañ  
as tal vez se  
aproximarán aplastando á él y á su vehículo, hasta  
dejarlos del espesor  
de un cabello. Tal suerte cupo á un barco de gran p  
orte; dividido por el  
medio, los dos pedazos fueron destrozados, aplanado  
s.

\* \* \*

Afirman los esquimales contemporáneos nuestros, que sus padres pescaron la ballena. Menos míseros en aquel tiempo, no era tan frío su país: ingeniábanse mejor, y probablemente conocían el hielo. Tal vez lo recibirían de Noruega ó de Islandia. Las ballenas abundaron siempre en los mares de la Groenlandia. Grande objeto de concupiscencia para aquellos á quienes es el aceite artículo de primera necesidad. El pez dalo gota á gota, la foca á raudales y la ballena á mares.

Un hombre mal equipado, peor armado y mugiendo el mar bajo sus pies, entre tinieblas, en medio de los hielos, fué el primero que intentó tamaña hazaña, y solo, enteramente solo, plantó cara al coloso de los mares.

El fué quien tuvo tal confianza en su fuerza y en su ánimo, en el vigor de su brazo, en la aspereza del golpe, en la pesadez del arpón: él quien creyó poder atravesar la piel y la muralla de grasa, la dura carne del animal.

El quien supuso que á su terrible despertar, y á pesar de la tempestad que promueve el herido con sus saltos y sus coletazos, no lo arrastraría consigo al fondo de los mares. ¡Audacia inaudita! Añadía un cable á su arpón para perseguir su presa, despreciaba la horrosa sacudida, sin reflexionar que el atemorizado animal podía zambullirse bruscamente y

darle un mal rato.

Otro peligro tiene esa pesca, y es que en vez de la ballena, puede encontrarse uno con su mortal enemigo, el terror de los mares, el cachalote. No es enorme éste, pues sólo mide de sesenta á ochenta pies; su cabeza tiene de veinte á veinticinco, una tercera parte de la dimensión total. En tal caso, ¡ay del pescador! El es el que á su vez se convierte en pescado, siendo presa del monstruo. El cachalote está armado de cuarenta y ocho dientes colosales y de horribles quijadas capaces de tragárselo todo, hombre y embarcación. Parece ebrio de sangre. Su ciega rabia aterroriza á todos los cetáceos que, al divisarlo, huyen mugiendo, varan en la playa á veces, se esconden entre la arena ó el fango. Lo temen muerto y todo, no osando acercarse á su cadáver. La especie más salvaje del cachalote es el orea ó fisetera de los antiguos, tan temido de los islandeses que ni aun se atrevían á pronunciar su nombre cuando navegaban, creyendo que tal vez los oyera y acudiera á su presencia; al paso que estaban persuadidos que una especie de ballena (la jubarta) los estimaba y protegía, provocando al monstruo para que pudieran ponerse en salvo.

\* \* \*

No falta quien diga que los primeros hombres que afrontaron tamaña aventura necesitábase estuvieran muy excitados y que fuesen

\_excéntricos\_ y \_cabezas destornilladas\_. Preténdese, además, que los primitivos pescadores de esos monstruos no fueron los discretos hombres del Norte, sino nuestros vascos, héroes del desvarío. Andarines terribles, cazadores del Monte Perdido y desenfrenados pescadores, recorrían en barquichuelos su caprichoso mar, el golfo ó sumidero de Gascuña, dedicándose á la pesca del atún. Notaron aquellos intrépidos navegantes que las ballenas retozaban, y comenzaron á perseguirlas, lo mismo que se encarnizan detrás de la gamuza en los barrancos, los abismos y los más espantosos resbaladeros. A esa pieza de caza (la ballena) muy tentadora por su tamaño y por las vicisitudes que causa el seguirla, hicieronla guerra á muerte doquiera que la encontrasen; y sin notarlo, empujábanla hacia el polo.

Allí el pobre coloso creyó poder vivir tranquilo, no suponiendo que los hombres fuesen tan locos que lo persiguieran hasta en aquellas apartadas regiones. La pobre ballena dormía muy sosegada, cuando nuestros atolondrados héroes se acercaron á ella cautelosamente.

Apretando su cinturón colorado, el más fornido, el más ágil saltaba de su barquichuelo, y ya encima de aquella mole inmensa, sin preocuparse del riesgo que pudiese correr su vida, lanzando un ¡han! prolongado, hundía el arpón en las carnes del confiado monstruo.

.

## II

Descubrimiento de los tres Océanos.

¿Quién abrió á los hombres la navegación de alto bordo? ¿Quién reveló los mares, marcó las zonas y las rutas? Finalmente, ¿quién descubrió el globo? La ballena y el ballenero.

Y todo esto mucho antes de que vinieran al mundo Colón y los buscadores de oro, para quienes fué el lauro, hallando otra vez con no poca algazara lo que descubrieran anteriormente los pescadores.

La travesía del Océano, cosa tan celebrada en el siglo XV, habíase llevado á cabo á menudo por el estrecho paso de Islandia á Groenlandia, y aun mar adentro, pues los vascos llegaban hasta Terranova. La travesía era lo de menos para gentes que iban á buscar al otro extremo del mundo ese supremo peligro: la lucha con la ballena. Dirigirse á los mares del Norte, combatir cuerpo á cuerpo con la montaña viviente, en medio de la obscuridad de la noche, y, lo que es más aún, exponiéndose á naufragar con ella; los que esto practicaban tenían el alma asaz bien templada para mirar con indiferencia los peligros anejos á una larga navegación.

Guerra noble, grande escuela de valientes. Aquella pesca no era como

ahora una fácil carnicería emprendida prudentemente  
á lo lejos por medio  
de una máquina: heríase al monstruo con la mano, ar  
riesgábase la vida á  
cada paso. Verdad es que era escasa la matanza de b  
allenas, pero el  
hombre ejercitábase en la marinería, en actos de pa  
ciencia, de  
sagacidad, de intrepidez. Los balleneros traían de  
sus excursiones menor  
cantidad de aceite y mayor dosis de gloria.

Cada nación demostraba en aquella lucha su genio pe  
culiar. Reconocíase á  
los pescadores en el modo de portarse. Hay mil form  
as de valentía, y sus  
variedades graduadas eran como una escala heroica.  
En el Norte los  
escandinavos, las razas rojas (desde Noruega á Flan  
des), con su furor  
sanguíneo; en el Mediodía, la intrepidez vasca y la  
locura lúcida que  
tan bien supo guiarse alrededor del mundo; en el ce  
ntro, la firmeza  
bretona, muda y paciente, pero de una excentricidad  
sublime en el  
momento del peligro; finalmente, la discreción norm  
anda, armada de la  
asociación y de la mayor previsión, valor calculado  
, desafiándolo todo,  
se entiende cuando está segura del éxito. Tal era l  
a belleza del hombre  
en esa manifestación soberana.

\* \* \*

Mucho tenemos que agradecer á la ballena: sin ella,  
los pescadores no se  
habrían movido de las costas, pues apenas hay pez q  
ue no sea ribereño.  
Ella los emancipó, llevándolos á todas partes. Arra  
strados, fascinados



por el monstruo, se engolfaron en el Océano y, de etapa en etapa, detrás de él siempre, encontráronse haber pasado del uno al otro mundo.

Entonces, los hielos no eran tan compactos, y aseguran haber llegado al polo (esto es, distaban de él siete leguas). La Groenlandia no les sedujo: ellos no iban en busca de tierras, sino del mar y de los parajes frecuentados por la ballena. Todo el Océano la sirve de refugio, paseándose por él, especialmente en alta mar. Cada especie da la preferencia á cierta latitud, á una zona de aguas más ó menos fría. He aquí lo que trazó las grandes divisiones del Atlántico. La muchedumbre de ballenas inferiores que tienen una nadadera sobre el lomo (ballenópteros) se encuentran en los puntos más cálidos y fríos (la Línea y los mares polares).

En la gran región intermedia, el feroz cachalote se inclina al Sur, devastando las aguas tibias. La ballena franca, al contrario, las teme, mejor dicho, las temía (¡es tan rara al presente!). Sustentada ante todo de moluscos y de otras existencias elementales, busca las calas en las aguas templadas, un poco al Norte. Jamás se la veía surcar las cálidas corrientes del Mediodía, lo cual dió margen á que se observara la corriente, y trajo el descubrimiento esencial de la verdadera ruta de América á Europa. De Europa á América, uno es llevado por los vientos alisios.

Si la ballena franca abomina las aguas calientes y no puede pasar el Ecuador, tampoco le será dado dar la vuelta á la América. ¿Cómo es, pues, que una ballena herida en este lado del Atlántico es vista á veces en el otro, entre la América y el Asia? \_Porque existe un paso al Norte.\_ Segundo descubrimiento. Vivo resplandor esparcido tocante á la forma del globo y la geografía de los mares.

Por grados la ballena hanos conducido á todas partes. Muy rara al presente, nos obliga á revolver los dos polos, el último rincón del Pacífico en el estrecho de Behring, y el infinito de las aguas antárticas. Existe una región inmensa que ninguna embarcación, ni de guerra ni mercante, ha atravesado todavía, algunos grados más allá de las puntas de América y de Africa. Nadie la huella sino los balleneros.

\* \* \*

A haberse querido, los grandes descubrimientos del siglo XV se verificaran mucho antes. Bastaba ponerse en contacto con los vagabundos del mar, los vascos, los islandeses ó noruegos, y nuestros normandos. Mas, por motivos distintos, se desconfiaba de ellos. Los portugueses sólo admitían en su servicio á hombres de su nación y de sus escuelas que ellos mismos formaran; temían á nuestros normandos, á quienes expulsaban y desposeían de la costa de Africa. Por otro lado, los Reyes

de Castilla tuvieron siempre por gentes sospechosas á sus súbditos los vascos, quienes merced á sus privilegios constituían una especie de república, y además pasaban por hombres peligrosos, indomables. Esto fué causa de que se malograra más de una empresa de las ideadas por aquellos Príncipes. Bastará citar una sola, la de la armada Invencible. Había al servicio de Felipe II dos ancianos almirantes vascos, pero el soberano español quiso dar el mando de la Invencible á un castellano. Sucedió lo que habían predicho los dos marinos vascos: la escuadra se fué á pique.

\* \* \*

Una enfermedad terrible acababa de estallar en el siglo XV: el hambre, la sed del oro, la necesidad absoluta de poseer este metal. Pueblos y reyes, todos deliraban por obtenerlo. Ya no era posible equilibrar los gastos con los ingresos. Moneda falsa ó de baja ley, crueles pleitos y guerras atroces, todo se ensayaba, mas el oro no venía. Los alquimistas prometían hacerlo, pronto, muy pronto, pero era preciso esperar. El fisco, cual furioso león hambriento, devoraba judíos, devoraba moros, y de tan rico manjar no quedaban ni los huesos.

Otro tanto acontecía con el pueblo. Flaco y roído hasta los tuétanos, pedía un milagro que hiciera llover oro.

Todo el mundo ha leído la magnífica historia de Sindbad (\_Mil y una

noches\_), y se recordará cómo empieza, historia eterna que todos los días se renueva. El pobre obrero Hindbad, las espaldas cargadas de leña, oye desde la calle la música y algazara que hay en el palacio del rico viajero Sindbad, y haciendo comparaciones asáltale el demonio de la envidia; pero Sindbad le cuenta cuánto ha sufrido para obtener aquel oro que tanto le deslumbra. Hindbad queda asustado de la narración. El efecto que produce el cuento es exagerar los peligros y al propio tiempo los beneficios de la gran lotería de los viajes, de sanimando de paso el trabajo sedentario.

La leyenda que en el siglo XV tenía trastornadas las cabezas de grandes y pequeños, de pobres y ricos, era una reminiscencia de la fábula de las Hespérides, un \_Eldorado\_, tierra del oro, colocada en las Indias y que se sospechaba ser el paraíso terrenal, subsistente en este mundo de pesares. Sólo faltaba encontrarlo. Nadie se cuidaba de buscarlo al Norte, y he aquí por qué se hizo tan poco caso del descubrimiento de Terranova y de la Groenlandia. Al Mediodía, por el contrario, habíase encontrado (en Africa) cierta cantidad de oro en polvo. No se necesitaba más para cobrar ánimo.

Los soñadores y los eruditos de un siglo pedantesco amontonaban y comentaban los textos; y el descubrimiento, harto fácil en sí, se dificultaba á fuerza de lecturas, de reflexiones, de quiméricas utopías.

¿Era ó no era el paraíso esa tierra del oro? ¿Estaba situada en los antípodas? ¿Existían acaso dichos antípodas?... Al oír eso los doctores, los hombres de sotana, reprendían á los sabios, recordándoles que sobre el particular la doctrina de la Iglesia era formal, habiendo sido condenada expresamente la herejía de los antípodas.

¡Grave dificultad! Nadie se atrevía á pasar adelante.

¿Por qué la América, conocida ya, era tan difícil de descubrir? Porque se quería y se temía á la vez encontrarla.

\* \* \*

El sabio librero italiano, Colón, sabía bien lo que se hacía. Había estado en Islandia recogiendo las tradiciones; y, por otra parte, los vascos le comunicaban cuanto sabían de Terranova. Un gallego había hecho aquel viaje y habitado la tierra, y Colón asocióse con pilotos establecidos en Andalucía, los Pinzones, que se creían eran de la familia de los Pinçon de Dieppe.

Este último punto no deja de ser verosímil. Nuestros normandos y los vascos, súbditos de Castilla, estaban en íntimas relaciones. Estos son los nombrados \_castellanos\_ que á las órdenes del normando Bethencourt emprendieron la célebre expedición de las Canarias (Navarrete). Nuestros reyes concedieron privilegios á los \_castellanos\_ establecidos en

Honfleur y Dieppe, mientras que los dieppenses poseían factorías en Sevilla. No puede afirmarse que un dieppés haya descubierto la América cuatro años antes que Colón; empero poca duda cabe que los Pinzones de Andalucía eran armadores normandos.[2]

Ni vascos ni normandos habrían logrado hacerse autorizar por el reino de Castilla. Fué menester un italiano hábil y elocuente, un genovés obstinado que prosiguió la empresa quince años consecutivos, que supo aprovechar la hora propicia y descartar todos los escrúpulos. La ocasión oportuna fué cuando la guerra de conquista contra los moros costaba tan cara á Castilla, cuando de todas partes oíase el clamoreo de: \_¡oro! ¡oro!\_ Fué cuando la España victoriosa deliraba por su gran cruzada y establecía el tribunal de la Inquisición. El italiano se agarró á esta palanca, convirtiéndose en más devoto que los devotos. Obró por la Iglesia misma: representóse á Isabel como un caso de conciencia el dejar tantas naciones paganas envueltas en las sombras de la muerte; fuéla demostrado con toda claridad que descubrir el país del oro equivalía al exterminio del turco y á la reconquista de Jerusalén.

Sabido es que de las tres carabelas que formaron la expedición, dos fueron suministradas por los Pinzones que las comandaban. Ellos tomaron la delantera. Verdad que uno se engañó; mas los otros dos, Francisco Pinzón y su joven hermano Vicente, piloto del barco

\_Niña\_, indicaron á Colón que debía seguirles al Suroeste (12 de octubre de 1492). El italiano, que se encaminaba en derechura al Oeste, hubiese encontrado en toda su fuerza la cálida corriente que de las Antillas se dirige á Europa, y mucho le habría costado salvar aquel líquido muro, pereciendo ó navegando con tal lentitud que su tripulación se revoltara. Los Pinzones, por el contrario, poseyendo tal vez algunas tradiciones sobre aquel viaje, navegaron como si conociesen dicha corriente, no afrontándola á su salida, sino que, declinando al Sur, pasaron sin trabajo y abordaron en el mismo punto donde los vientos alisios empujaban las aguas del Africa hacia la América, en los límites de Haití.

Esto está corroborado por el diario mismo de Colón, que confiesa con franqueza que los Pinzones le guiaban.

¿Quién fué el primero que divisó la América? Un marinero de la tripulación de los Pinzones, si hemos de dar crédito á la investigación hecha por orden del Rey en 1513.

Según esto, era de presumir que una buena parte de las ganancias y de la gloria correspondería á los Pinzones. Armóse un pleito, y el Rey se decidió en favor de Colón. ¿Por qué? Porque (con toda verosimilitud) los Pinzones eran normandos, y España prefirió reconocer el derecho de un genovés sin estabilidad y sin patria al de los fran

ceses, de la gran nación rival, de los súbditos de Luis XII y de Francisco I, que algún día hubieran podido transferir ese derecho á sus soberanos. Uno de los Pinzones murió de pesar.

Fuera de esto, ¿quién había sabido levantar el gran obstáculo de la repugnancia religiosa, empleando toda su elocuencia, su destreza y perseverancia para decidir los ánimos en favor de la expedición? Colón y sólo Colón. El era el único creador de la empresa y fué asimismo su heroico ejecutor. Así, pues, merece la gloria que le ha dado la posteridad.

\* \* \*

Opino, como M. Julio de Blosseville (corazón noble, buen juez de los grandes hechos), opino que lo único difícil que hubo en esos descubrimientos fué el dar la vuelta al mundo, la empresa de Magallanes y de su piloto Sebastián de Elcano.

El acto más brillante, el más fácil, había sido la travesía del Atlántico, al impulso de los vientos alisios, el encuentro de la América, descubierta de tiempo atrás al Norte.

Los portugueses llevaron á cabo una empresa menos extraordinaria que ésta, empleando un siglo en el descubrimiento de la costa occidental de Africa. Nuestros normandos, en poco tiempo habían encontrado la mitad de ella. A pesar de cuanto se ha dicho de la escuela d



e Lisboa y de la  
loable perseverancia del príncipe Enrique su fundad  
or, el veneciano  
Cadamosto da testimonio en su relación de la escasa  
habilidad de los  
pilotos portugueses. Cuando tuvieron entre ellos un  
o verdaderamente  
intrépido y hombre de genio, Bartolomé Díaz, que do  
bló el Cabo,  
reemplazáronlo con Gama, gran señor de la casa real  
y afamado guerrero.  
Preocupábanse más los portugueses de las conquistas  
y de los tesoros que  
con ellas pudiesen ganar que de los descubrimientos  
propiamente dichos.  
Gama fué un modelo de valientes, empero tomó hart  
o al pie de la letra  
las órdenes que llevaba de no sufrir á nadie en los  
mismos mares que él  
recorría. Habiendo pasado bárbaramente á cuchillo u  
na nave cargada de  
peregrinos que venía de la Meca, levantóse un clamo  
r general contra los  
de su nación y aumentó en todo el Oriente el horror  
que inspiraba el  
nombre cristiano, cerrándose con tal acto más y más  
las puertas del  
Asia.

\* \* \*

¿Es cierto que Magallanes había visto el mar Pacífi  
co señalado en un  
globo por el alemán Behaim? No, ese globo no lo con  
oce nadie. ¿Habría  
visto en casa de su amo, el Rey de Portugal, algún  
mapa que lo indicara?  
Así se ha dicho, pero nadie lo ha probado. Más prob  
able es que los  
aventureros que hacía cosa de veinte años recorrían  
el continente  
americano, hubieran visto, pero visto con sus propi

os ojos, el mar  
Pacífico. Ese rumor que circulaba acordábase muy bi  
en con la idea que  
daba el cálculo de tal contrapeso, necesario al hem  
isferio que habitamos  
y al equilibrio del globo.

No hay existencia más azarosa que la de Magallanes.  
Constitúyenla  
combates, viajes á lejanas tierras, huídas y litigi  
os, naufragios,  
asesinato frustrado, y finalmente, pérdida de la vi  
da en manos de los  
salvajes. Bátese en Africa; bátese en las Indias; s  
e casa entre los  
malayos, tan bravos y feroces, y él mismo parece ha  
ber sido uno de  
tantos.

Durante su larga permanencia en Asia recoge todos l  
os informes, prepara  
su grande expedición, su tentativa de encaminarse p  
or la América á las  
islas de las especias, las Molucas. Comprándolas en  
la misma fuente,  
naturalmente que serían más baratas que sacándolas  
como hasta entonces  
del occidente de la India. De manera que en su orig  
en la empresa fué  
completamente mercantil... (Véase á Navarrete, F. D  
enis, Charton). Una  
baja sobre la pimienta fué la inspiración primitiva  
del viaje más  
heroico que se ha hecho en nuestro planeta.

Por aquellos tiempos, el espíritu cortesano, la int  
riga, teníanlo  
dominado todo en Portugal. Agraviado Magallanes, pa  
só á España, y el  
magnánimo Carlos V le dió cinco naves, si bien no o  
só fiarse enteramente  
de un tráfuga portugués, y por lo tanto impúsole

un socio castellano.  
Magallanes partió entre dos peligros: la malevolencia castellana y la venganza de sus compatriotas, que querían asesinarle. La tripulación no tardó en amotinarse, desplegando nuestro héroe con tal motivo un terrible heroísmo, indomable, bárbaro. Hizo poner garrillos á su compañero, proclamándose jefe único, al paso que los recalcitrantes eran apuñaleados, degollados, desollados vivos.--Y en medio de todo eso sonó la voz de «¡naufragio!» y se perdieron algunos barcos.--Nadie quería seguirle, cuando los navegantes contemplaron atemorizados el aspecto aterrador de la punta de América, la desolada Tierra del Fuego, y el fúnebre cabo Forward. Esa comarca, arrancada del Continente por violentas convulsiones, por la furiosa ebullición de mil volcanes, aseméjase á una tormenta de granito. Hinchada, resquebrajada por un enfriamiento repentino, su aspecto es horroroso. Vese no más que agudos picos, campanarios excéntricos, espantosas y negras mamilas, dientes atroces de tres puntas, y toda esa masa de lava, de basalto, de fundiciones de fuego, está coronada de lúgubre nieve.

Las tripulaciones estaban aburridísimas, pero Magallanes dijo:  
\_¡Adelante!\_ y buscó, dió vueltas, desenmarañóse en medio de cien islas, penetró en un mar sin límites, aquel día \_pacífico\_, cuya denominación ha conservado.

El intrépido navegante encontró su tumba en las Filipinas. Había perdido cuatro buques, y el único que quedaba la \_Victoria\_, sólo tenía trece hombres, pero contábase entre ellos el gran piloto, el intrépido é invulnerable vasco Sebastián de Elcano, que regresó solo de su expedición (1521), habiendo sido el primer mortal que diera la vuelta al mundo.

Ninguna empresa había más grande que aquélla. Desde ese día, el globo estaba seguro de su esfericidad. La maravilla física del agua tendida uniformemente sobre una bola á la que se adhiere sin desviarse, ese milagro, acababa de ser demostrado. Por fin era conocido el mar Pacífico, el grande y misterioso laboratorio donde, lejos de nuestras miradas, la Naturaleza trabaja profundamente la vida, elaborándonos nuevos mundos, nuevos continentes.

Revelación de gran alcance, no sólo material, sino también moralmente, que centuplicaba la audacia del hombre y le lanzaba á otro viaje sobre el libre Océano de las ciencias, al esfuerzo (temerario, fecundo) de dar la vuelta á lo infinito.

### III

La ley de las tempestades.

De ayer sólo data la construcción de buques á propósito para la navegación austral, siendo la oleada tan fuerte y dilatada en aquellos mares, que forma verdaderas montañas. ¿Qué pensar de esos primitivos navegantes, los Díaz y los Magallanes, que se aventuraron á surcarlos metidos en las pesadas y diminutas cáscaras de aquellos tiempos?

En particular, para los mares polares, tanto árticos como antárticos, requiérense buques exprofeso. Valor necesitaban los que, cual Cabot, Brentz y Willoughby, montados en barquichuelos informes, remontando el torrente de hielos, afrontaron el Spitzberg, abrieron la Groenlandia por su fúnebre entrada, el cabo \_Adiós\_, introduciéndose hasta aquel rincón donde aun en nuestros días han ido á estrellarse docientos barcos balleneros.

El lado sublime en esos héroes de otros tiempos, es su misma ignorancia, su ciega intrepidez, su resolución desesperada. No conocían el mar, teniendo que desafiar espantosos fenómenos cuya causa ni siquiera sospechaban: la misma ignorancia respecto á las cosas del cielo. Su único norte era la brújula. No había que hablarles de ninguno de esos instrumentos físicos que nos guían y nos dan fórmulas las más exactas, pues iban con los ojos cerrados y envueltos entre tinieblas. Estaban como aterrorizados, confiésanlo sin rebozo, empero no había nadie capaz de desaferrarlos de sus ideas. Las borrascas maríti

mas, los torbellinos  
de la atmósfera, los trágicos diálogos de los dos O  
céanos, las tormentas  
magnéticas llamadas auroras boreales, toda esa fant  
asmagoría parecía  
la Naturaleza furiosamente turbada é irritada, la l  
ucha de Satanás.

\* \* \*

Durante tres siglos, los progresos fueron lentos. C  
ook y Perón son un  
ejemplo de lo difícil, peligrosa é incierta que era  
la navegación aun en  
tiempos tan inmediatos á los nuestros.

Al valeroso Cook, hombre de imaginación muy viva, c  
ausó impresión aquel  
espectáculo y dice en su diario: «Es tan grande el  
peligro, que me  
atrevo á decir que nadie intentará ir más lejos que  
yo.»

Y sólo después que los viajes se hicieron más regul  
ares, se traspasaron  
los límites marcados por él.

Un gran siglo, siglo Titán, el diecinueve, ha logra  
do observar fríamente  
esos objetos. Es el primero que osara mirar frente  
á frente la  
tempestad, anotar su furia, escribir, digámoslo así  
, bajo su dictado.  
Sus presagios, sus caracteres, sus resultados, todo  
hase registrado.  
Luego vino la explicación y vulgarización, surgiend  
o un sistema á que se  
aplicó un título atrevido y que en otro tiempo hubi  
érase tenido por una  
impiedad: \_La ley de las tempestades\_.

De suerte que lo que se creyera un capricho había d

e llegar á  
convertirse en ley. Esos hechos terribles, tomando  
ciertas formas  
regulares, perderían en gran parte su potencia de d  
esvarío. Tranquilo y  
fuerte el hombre, en medio del peligro imaginárase  
si acaso no pueden  
oponérsele medios de defensa regulares también. En  
una palabra, si la  
tempestad llegase á constituir una \_ciencia\_, ¿no p  
odría crearse un  
\_arte\_ de salvación? ¿Un arte para evitar los hurac  
anes, y aun  
\_aprovecharse\_ de ellos?

\* \* \*

Esa ciencia no pudo iniciarse mientras se estuvo af  
errado á las ideas  
antiguas que atribuían las borrascas «al capricho d  
e los vientos.» Una  
observación atenta dejó probado que los vientos car  
ecen de caprichos,  
que son el accidente, á veces el agente de la borra  
sca, y ésta, por lo  
general, un \_fenómeno eléctrico\_ que á menudo se pa  
sa de ellos.

El hermano del convencionalista Romme (principal au  
tor del calendario)  
sentó las primeras bases. Habían notado los inglese  
s que, en las  
borrascas de la India navegaban largo tiempo sin ad  
elantar un paso,  
encontrándose después de ellas en el mismo sitio do  
nde les habían  
cogido. Romme reunió todas las observaciones, demos  
trando que otro tanto  
sucedió durante las tempestades de la China, del Af  
rica y del mar de las  
Antillas, y fué el primero en notar que los ventarr  
ones rectilíneos son

más raros, que generalmente toda borrasca tiene el  
\_carácter circular\_,  
que es un torbellino.

La tempestad arremolinada de los Estados Unidos en  
1815, la de 1821  
(este año hubo una gran erupción del Hecla), en que  
los vientos soplaban  
de todos los puntos hacia el centro, despertaron la  
atención de la  
América y de la Europa. Brande en Alemania, al mism  
o tiempo que Redfield  
en Nueva York siguieron las huellas de Romme, estab  
leciendo la ley  
siguiente: que en general era la tempestad un \_torb  
ellino progresivo que  
avanza dando vueltas sobre sí mismo\_...

En 1838, el ingeniero inglés Reid, que de orden sup  
erior pasó á la  
Barbada después de la célebre tormenta que causó mi  
l quinientas  
víctimas, determinó el doble movimiento de rotación  
. Empero su gran  
descubrimiento consiste en haber observado, formula  
do: \_Que en nuestro  
hemisferio boreal la tempestad va de derecha á izqu  
ierda\_, es decir,  
parte del Este, va al Norte, da la vuelta al Oeste  
y al Sur, para volver  
al Este. \_En el hemisferio austral la tempestad va  
de izquierda á  
derecha.\_

Observación de grandísima utilidad práctica que guí  
a en adelante la  
maniobra.

De suerte que Reid estuvo muy exacto dando á su lib  
ro el pomposo título:  
\_De la ley de las tempestades\_.



\* \* \*

Era la ley de su movimiento, no la explicación de su causa: no indicaba con esto lo que las produce y lo que son en sí.

Luego, reaparece la Francia. Peltier (Causas de las trombas, 1840) estableció por medio de innumerables hechos y con sus ingeniosos experimentos, que las trombas de tierra y de mar son fenómenos eléctricos, en que los vientos sólo desempeñan un papel secundario. Hace cien años que Beccaria había sospechado lo mismo. Empero estaba reservado á Peltier penetrar el asunto reproduciéndolo, hacer trombas en miniatura y tempestades de entretenimiento.

Las trombas eléctricas nacen desde luego cerca de los volcanes, en los respiraderos del mundo subterráneo, siendo más comunes en los mares asiáticos que en los nuestros.

El Atlántico, abierto en ambas extremidades y recorrido á lo largo por los vientos, está menos sujeto á trombas, pero en cambio se sienten en él con más frecuencia los ventarrones rectilíneos. Con todo, Piddington cita un sinnúmero de circulares habidos en ese mar.

Durante los años 1840 á 1850 hiciéronse en Calcuta y Nueva York las inmensas compilaciones de Piddington y de Maury. Este último ha adquirido un nombre muy ilustre gracias á sus mapas, sus Direcciones y

su Geografía del mar, evangelio de la Marina en nuestros tiempos.

Piddington, menos artista, pero tan sabio como el norteamericano, en su

Guía del marino, enciclopedia de las tempestades, da los resultados de

una ilimitada experiencia, los medios minuciosos de calcular la

proximidad ó distancia del ciclone ó torbellino, de fijar su rapidez,

de apreciar la curva que describen los vientos, la naturaleza de las

distintas olas. Este sabio ha corroborado los juicios de Peltier,

adoptado la causa eléctrica, y refutado las explicaciones que se

buscaban en los vientos tomando el efecto por la causa.

\* \* \*

El antiguo arte de los augurios, la ciencia de los vaticinios, que no

deben despreciarse, vuelve á ponerse sobre el tapete en ese libro

excelente.

La puesta del sol no debe mirarse con indiferencia: si es rojo, si las

olas del mar reflejan un color de sangre, el otro Océano (la atmósfera),

nos prepara una borrasca. Un anillo alrededor del astro diurno, un

resplandor rojizo en medio de un círculo pálido, es trellas cambiantes y

que parecen que caen, son indicios de un trabajo amenazador en la región

superior.

Peor señal es cuando veis, á través de una atmósfera nada limpia, correr

cual flechas, nubecillas de un color purpurino obscuro.

uro; si masas compactas empiezan á figurar extraños edificios, arco-iris destrozados, puentes ruinosos y otros mil caprichos. Entonces estad seguros de que el drama ya ha dado principio arriba. La calma es completa, mas, en el horizonte, aparecen pálidos relámpagos; á pesar del silencio que reina, óyese por momentos un ruido sordo que parece se detiene. El mar se estrella contra la playa gimiendo y suspirando, y á veces, de su fondo, se escapa un sordo rumor... Prestad atención á esto : \_es la llamada del mar\_. (Locución inglesa).

Esto basta para poner en guardia al pájaro. Si no está distante de la costa vésele (cuervo marino, goelandio ó gaviota) regresar á la tierra con la mayor rapidez posible, guareciéndose en alguna roca. En alta mar, cualquiera embarcación les sirve de isla y de punto de descanso. Dan vueltas en derredor, y á veces solicitan la hospitalidad con la mayor franqueza, posándose momentáneamente sobre los mástiles. No tardaréis en divisar el sombrío petral, ave de vuelo siniestro, el cual tan hábilmente sabe poner en peligro la embarcación, colocándose entre ésta y el huracán.

Alegraos si truena; la descarga eléctrica hácese arriba. Tanto de ganado á la tempestad. Observación remota y confirmada científicamente por Peltier y por la experiencia de Piddington y de tantos otros.

Si la electricidad acumulada arriba, baja silencios  
a, si no llueve, la  
descarga haráse abajo, creando corrientes circulares.  
Por lo tanto habrá  
tromba y huracán.

\* \* \*

A veces la tromba os coge en la rada. En 1698, hallándose el capitán  
Langford en el puerto, y bien anclado, vió llegar la  
tromba y al momento  
se hizo á la vela, poniéndose bajo el amparo del mar.  
Las otras naves se  
quedaron creyendo obrar más prudentemente y fueron  
destrozadas.

En Madrás y en la Barbada hácese señales para avisar á los buques  
fondeados. En el Canadá, el telégrafo eléctrico, mucho más rápido que la  
electricidad celeste, hace circular de puerto en puerto el aviso de la  
tempestad que se prepara á recorrerlos todos.

El gran consejero para el marino que se encuentra en alta mar, es el  
barómetro. Su perfecta sensibilidad revela los grados exactos del peso  
con que le oprime la tempestad. Mudo al principio, diríase que duerme;  
mas, ha recibido un tenue golpe, golpe de batuta que señala el preludio:  
hele aquí inquieto. Contesta, vibra, oscila; se repone, baja. La  
atmósfera elástica, bajo los cargados vapores, pesa;  
y luego,  
repentinamente, rebota y sube. El barómetro tiene su borrasca peculiar.  
Pálidos resplandores se desprenden, en ocasiones, del mercurio, llenando  
el tubo (Perón hizo esta observación en la isla de

Mauricio). En las ráfagas parece como que respira. «El barómetro de agua, en sus fluctuaciones (dicen Daniel y Barlow), tenía el aliento, el resoplido de un animal salvaje.»

Y el \_ciclone\_ avanza, en ocasiones, desembozadamente, engalanándose en su vasta densidad con todas sus luces eléctricas. Hay momentos en que se anuncia por medio de chorros, de bolas de fuego. En el gran huracán acaecido en las Antillas en el año 1772, en que el mar subió setenta pies, en medio de la obscuridad de la noche, los cerros de la costa viéronse alumbrados por globos inflamados.

Su aproximación es más ó menos rápida. En el Océano Indico, sembrado de islas y de todo género de obstáculos, con frecuencia la tromba sólo recorre dos millas por hora, al paso que en la cálida corriente procedente de las Antillas, su velocidad es de cuarenta y tres millas. Su fuerza de traslación sería incalculable á no tener una oscilación debida á los vientos de adentro y de afuera.

Lenta ó rápida, su fuerza es siempre la misma. Bastó un instante y una sola ola, en 1789, para destrozar todas las embarcaciones abrigadas en el puerto de Coringa y lanzarlas á los llanos; la segunda ola inundó la población, y á la tercera, todos los edificios quedaron convertidos en un montón de ruinas, pereciendo veinte mil personas. En 1822, al contrario, en las bocas del Bengala, vióse á la tro

mba durante  
veinticuatro horas, aspirar el aire y subir el agua  
otro tanto,  
tragándose cincuenta mil seres humanos.

Ahora, el aspecto cambia. Nos encontramos en Africa  
. Allí, llámase  
tornado á la tempestad. Estando la atmósfera calmos  
a y despejada, se  
siente cierta opresión en el pecho. Una mancha negr  
a aparece en el  
cielo, semejante al ala de un buitre: dicha ala se  
desparrama, se  
ensancha desmesuradamente: luego, desaparece todo,  
todo da vueltas. Es  
asunto de quince minutos. La tierra queda devastada  
, el mar trastornado;  
de la embarcación, ni trazas. La Naturaleza no vuel  
ve á recordar lo que  
por ella ha pasado.

Hacia Sumatra y el reino de Bengala, veréis al anoc  
hecer ó á media noche  
(nunca por la mañana), formarse un arco en el firma  
mento. De repente se  
ensancha, y de aquella negra arcada se desprenden p  
álidas y tristes  
exhalaciones. ¡Infeliz del que tenga que sobrelleva  
r la primera ventada  
que de allí parte! Tal vez perezca.

Empero la forma ordinaria que reviste la tempestad  
es la de un embudo.  
Un marino que se dejó engañar, dice: «Vime como en  
la sima de un enorme  
cráter de volcán; á nuestro alrededor nada más que  
tinieblas, arriba un  
rayo de luz.» Es lo que se llama en términos técnic  
os: \_el ojo de la  
tempestad\_.

Una vez metido en la empresa, no es posible volvers

e atrás; no podéis  
desasiros. Salvajes mugidos, aullidos plañideros, e  
stertor y gritos de  
ahogado, crujidos y lamentos de la pobre nave, que  
vuelve á revivir como  
cuando estaba en su bosque y se queja antes de exha  
lar el último  
suspiro, todo ese horroroso concierto no impide oír  
el cordaje que se  
complace en imitar los agudos silbidos de las serpi  
entes. De improviso,  
silencio completo... Es que pasa furiosamente la ma  
sa de la tromba, cual  
rayo asolador, ensordeciéndoos, privándoos casi de  
la vista... Y al  
reponeros, observáis que ha roto en mil pedazos los  
mástiles, sin que lo  
hayáis visto ni oído.

Sucede, á veces, que los tripulantes conservan una  
reliquia largo  
tiempo, pues se les debilita la vista y vuélvensele  
s negras las uñas  
(Seymour). Entonces se recuerda con horror que en e  
l acto de pasar la  
tromba, á la par que chupaba el agua, chupábase la  
embarcación, quería  
bebérsela, la mantenía suspendida en el aire y fuer  
a del agua,  
abandonándola luego para que se sumiera en los prof  
undos abismos.

Al verla hartarse é hincharse de esta manera, absor  
biendo olas y barcos,  
hanla comparado los chinos á una mujer horrorosa, l  
a madre Tifón que,  
cerniéndose en el aire y eligiendo sus víctimas, co  
ncibe, se llena y  
queda preñada, preñada de hijos de la muerte, los \_  
torbellinos de  
hierro\_ (Keu Woo).

En China hánsela levantado templos y altares, se la  
hacen ofrendas, y  
dirígensela oraciones con ánimo de humanizarla.

\* \* \*

Sin embargo, el intrépido Piddington no la adora: m  
uy al contrario,  
habla de ella sin contemplaciones, apellidándola co  
rsario demasiado  
robusto, pícaro pirata que abusa de sus fuerzas y q  
ue nadie debe  
encapricharse en combatir, sino que ha de huirse de  
su presencia, sin  
sentirse deshonorado por esto.

Enemigo tan pérfido os tiende á veces un lazo. Vali  
éndose de un \_viento  
favorable\_, os invita á proseguir vuestra ruta, y e  
ntonces se apresura á  
ceñiros con sus robustos brazos. No hagáis caso de  
ese \_viento  
favorable\_ y volvedle la espalda, si es posible. Na  
vegad cuan distantes  
podáis de tan peligroso compañero. No boguéis en co  
nserve, pues espiará  
el momento para encadenaros, comprometeros en su ve  
rtiginosa danza,  
engulliros.

Por mi parte, mucho me complacería en no echar en o  
lvido los paternales  
consejos que da ese hombre excelente. Serían inútil  
es, si los  
adversarios, la tromba y el barco, se encontrasen e  
ncerrados en un  
reducido espacio sin salida; pero raras veces suced  
e así. Casi siempre  
ese remolino de aire y de agua es inmenso, abraza u  
n círculo de diez,  
veinte, treinta leguas, lo cual da á la embarcación  
probabilidades de



observar y mantenerse á una respetable distancia. Lo que importa, ante todo, es saber \_dónde es central\_ la tromba, dónde está su foco de atracción, y luego, conocer su continente y el grado de rapidez con que los persigue.

Mucho ha ganado el marino con poder navegar auxiliado de esas dos antorchas. Por un lado Maury le enseña las leyes generales del aire y del mar, el arte de escoger y seguir las corrientes; dirígele por rutas calculadas, que son á modo de las calles del Océano. Por otro, Piddington, en un pequeño volumen resume y pone al alcance de su mano la experiencia de las tempestades, lo que es preciso hacer para resguardarse de ellas y en ocasiones para que le sirvan de auxiliares.

Esto explica y justifica el precioso dicho de un holandés, el capitán Jansen: «La primera impresión que causa el mar es el sentimiento del abismo, del infinito, de nuestra insignificancia. A bordo del buque más poderoso, uno no deja de reconocer ni por un momento el peligro que le rodea; mas, cuando los ojos del espíritu han sondeado el espacio y la profundidad de los mares, desaparece el peligro para el hombre. Elévase y comprende. Guiado por la astronomía, al tanto de las vías líquidas, dirigido por las cartas de navegar de Maury, traza su ruta por el mar con toda \_seguridad\_.»

Sencillo y sublime lenguaje. No quiere decirse con

esto que se hayan  
acabado las tempestades; empero lo que sí ha termin  
ado es la ignorancia,  
la turbación y el vértigo que producen la obscurida  
d del peligro, y lo  
peor de todo peligro, el lado fantástico.--A lo men  
os, si se parece  
sábese el por qué. Hay ahora grande, muy grande \_se  
guridad\_ de conservar  
el espíritu lúcido, el alma esclarecida, resignada  
á los efectos que  
puedan sobrevenir de las grandes leyes divinas del  
mundo que, al precio  
de algunos naufragios, constituyen el equilibrio y  
la salvación.

#### IV

Los mares polares.

Lo que más tienta al hombre, es lo inútil y lo impo  
sible. De todas las  
empresas marítimas, aquella en que más ha persevera  
do, es el  
descubrimiento de un paso al norte de la América pa  
ra irse en derechura  
de Europa á Asia. Las más vulgares leyes del buen s  
entido hubieran  
debido indicar anticipadamente que á existir dicho  
paso, en tan fría  
latitud, en una zona cubierta de hielos, de nada se  
rviría, puesto que  
ningún ser humano querría aventurarse en él.

Observad que aquella región no tiene el aplanamient  
o de las costas  
siberianas, que se recorren en trineo, sino que es  
una montaña de mil

leguas de extensión horriblemente accidentada, con profundas cortaduras, mares que se deshielan momentáneamente para helarse de nuevo, corredores de hielo que mudan de postura todos los años, se abren y se cierran á nuestro paso. Dicho paso acábalo de descubrir un hombre que, habiendo ido muy adelante, no podía retroceder, y avanzando siempre lo ha franqueado (1853). De suerte que ya sabemos á qué a tenernos. He ahí, pues, que han dejado de trabajar las imaginaciones acaloradas, y nadie tiene ganas de seguir sus huellas.

Al decir lo \_inútil\_, referíame al objeto propuesto , esto es, crear una ruta comercial.--Empero prosiguiendo esa idea loca se han descubierto muchas cosas bastante cuerdas, de gran utilidad para la ciencia, la geografía, la meteorología y para el estudio del magnetismo terrestre.

\* \* \*

¿Qué se intentaba desde un principio? Abrirse un camino corto al país del oro, á las Indias orientales. Inglaterra y otros Estados, celosos de la España y de Portugal, pensaban sorprenderlos de esta manera en el mismo corazón de su lejano imperio, en el santuario de la riqueza. Habiendo en tiempo de Isabel, encontrado ó creído encontrar algunos buscadores de oro unas cuantas partículas de este metal en la Groenlandia, explotaron la antigua leyenda del Norte, el \_tesoro escondido bajo el polo\_, las grandes cantidades de

oro amontonadas y guardadas por los gnomos, etc., y se exaltaron las imaginaciones. Alentada por tan lisonjera esperanza, hízose á la vela para aquellas regiones una flota de dieciséis buques de alto bordo, llevando en calidad de voluntarios á los hijos de las más nobles familias de Inglaterra. Todos se disputaban el privilegio de partir para ese \_Eldorado\_ polar, y los expedicionarios sólo encontraron la muerte, el hambre, murallas de hielo.

Pero á nadie descorazonó tal desastre. Por espacio de más de tres siglos con una perseverancia que sorprende, los exploradores no cejaron. La lista de los mártires de la codicia es grande. El primero de ellos, Cabot, debió su salvación á habersele sublevado su tripulación, impidiéndole pasar adelante; Brentz muere de frío, y Willoughby, de hambre. Cortereal pereció con todo lo que llevaba. Los compañeros de Hudson le abandonan en medio del mar en un barquichuelo sin víveres ni velamen, y no se sabe lo que fué de él. Behring, al descubrir el estrecho que separa la América del Asia, perece de cansancio, de frío, de miseria, en una isla desierta. En nuestros días el intrépido Franklin queda perdido en medio de los hielos; el encuentro de su cadáver nos ha descubierto que \_reducidos al último extremo\_, él y los suyos, tuvieron que apelar al más atroz de los recursos: ¡ á comerselos unos á los otros!

\* \* \*

Cuanto puede desanimar á los hombres hállase acumulado desde que el navegante comienza á penetrar en las regiones del Norte. Mucho antes de ver el círculo polar, una fría niebla pesa sobre el mar, os resfría, os cubre de escarcha. Los cordajes se atiesan: inmóvilízanse las velas; la cubierta pónese resbaladiza con el agua-nieve; la maniobra se hace difícil. Apenas se distinguen en tan solemne momento los temibles escollos movibles. En la punta del mástil, metido en su camaranchón cubierto de escarcha, el vigilante (verdadera estatua viviente) señala de cuando en cuando la proximidad de un nuevo enemigo, de un blanco fantasma gigantesco, que muchas veces sobresale del agua dos ó trescientos pies.

Empero esa lúgubre procesión que indica el mundo de los hielos, ese combate para evitarlos, dan más bien ánimo para avanzar que para retroceder. Hay en lo desconocido del polo cierto atractivo de horror sublime, de sufrimiento heroico. Cuantos han estado en el Norte, aun los que no intentaron atravesar el paso, después de contemplar el Spitzberg la impresión no se les borra tan fácilmente de la memoria. Aquella masa de picos, de cordilleras, de precipicios, muro de cristal de cuatro mil quinientos pies en longitud, es como una aparición en medio del mar sombrío. Sus ventisqueros, formados de nieves mates

, reflejan vivos  
resplandores verdes, azules, purpurinos; viéndose c  
eñidos de una  
deslumbradora diadema de chispeantes piedrecitas.

Por espacio de muchos meses la aurora boreal aparec  
e todas las noches  
alumbrando aquel cuadro con los más siniestros resp  
landores. Vastos y  
horrorosos incendios que cubren todo el horizonte,  
erupción de rayos  
magníficos; Etna fantástico, que inunda de lava ilu  
soria la escena de  
invierno sin fin.

Todo es prisma en una atmósfera de partículas helad  
as en que el aire se  
ha convertido en espejos y cristalitos. De ahí sorp  
rendentes escenas de  
espejismo. Varios objetos vistos á la inversa, mome  
ntáneamente aparecen  
cabeza abajo. Las capas de aire que producen esos e  
fectos están en  
continua revolución: lo que adquiere más ligereza s  
ube á su vez y cambia  
el panorama; la más pequeña variación de temperatur  
a hace descender,  
subir, inclinar el espejo; la imagen confúndese con  
el objeto, luego se  
separa de él, se disipa; otra imagen formada ocupa  
su puesto, y aparece  
otra detrás pálida, debilitada, que vuelve á ser de  
rribada.

Tal es el mundo ilusorio. Si sois aficionados á soñ  
ar, si soñando  
despiertos os complacéis en seguir la movible impro  
visación y el  
jugueteo de las nubes, id al Norte; allí veréis el  
espectáculo real y  
no menos fugitivo en la flota de los hielos movible  
s. En el camino que

debe seguirse para llegar hasta ellos, presentan es  
e espectáculo,  
imitando todos los géneros de arquitectura conocido  
s. Estáis viendo el  
griego clásico: pórticos y columnatas. Luego, apare  
cen obeliscos  
egipcios, agujas que se lanzan al firmamento, soste  
nidas por otras  
agujas caídas. Más allá se distinguen montañas, Oss  
a sobre Pelion, la  
ciudad de los Gigantes que, regularizada, os ofrece  
murallas ciclópeas,  
tablas y dolmens druídicos. Debajo ábrense sombrías  
grutas. Mas, todo  
caduco; todo, al soplo del viento, ondula y se derr  
iba. No agrada aquel  
espectáculo, porque nada hay firme. A cada momento,  
en ese mundo al  
revés, vese burlada la ley de la gravedad: el débil  
, el ligero,  
sostienen al fuerte; parece aquello un arte diabóli  
co, un gigantesco  
juego de niños que amenaza y puede aniquilar.

Acontece á veces un incidente terrible: á través de  
la gran armada que,  
majestuosa, lentamente, baja del Norte, llega con b  
rusquedad del Sur un  
gigante de base profunda, que, hundiéndose seis ó s  
iete pies bajo el  
mar, vese empujado con gran furia por las corriente  
s submarinas. Este lo  
separa ó lo derriba todo; aborda, llega hasta la ll  
anura de hielos, pero  
por eso no se siente embarazado. «El banco hízose p  
edazos en un minuto  
en una extensión de algunas millas. Crujió, atronó,  
como si hubiesen  
sido disparados cien cañonazos; parecía aquello un  
terremoto. La montaña  
vino á nuestro encuentro, y el mar vióse cubierto,  
entre ella y

nosotros, de sus despojos. Ibamos á perecer, mas aquella masa desapareció arrastrada rápidamente en dirección Noroeste.» (Duncan, 1826).

En 1818, después de la guerra europea, reemprendió esa guerra contra la Naturaleza, la investigación del gran paso, iniciándose con un grave y extraño acontecimiento. El intrépido capitán John Ross, mandado con dos buques á la bahía de Baffin, fué víctima de las fantasmagorías de ese mundo misterioso. Habiendo visto una tierra que sólo existía en su imaginación, sostuvo que no se podía pasar más adelante. A su regreso fué objeto de las mayores censuras, diciéndosele que no había osado aventurarse; y hasta se le impidió tomar el desquite y que rehabilitara su honor perdido. Un comerciante de licores de Londres propúsose adelantar al Imperio británico, y, al efecto, dió cien mil francos á Ross, con los cuales armó otra expedición y volvió al polo, resuelto á pasar ó á morir. ¡Ninguna de estas dos cosas pudo lograr! Empero se estuvo no sé cuántos inviernos, ignorado, olvidado en medio de tan terribles soledades. Algunos balleneros que encontraron aquella especie de salvaje lo trasladaron á su país, preguntándole antes si, por casualidad, había visto al \_difunto capitán John Ross\_.

Su teniente Parry, que tenía la seguridad de poder pasar, hizo al efecto cuatro esfuerzos desesperados, unas veces por la ba



hía de Baffin y el  
Oeste, y otras por el Spitzberg y el Norte. Parry l  
legó á descubrir  
algo, avanzando atrevidamente en un trineo-barca, q  
ue unas veces flotaba  
y otras recorría los hielos. Pero éstos invariables  
en su camino del  
Sur, le llevaban siempre hacia atrás, de suerte que  
tampoco logró  
franquear el paso.

El año 1832 un joven valeroso, de nación francés y  
llamado Julio de  
Blosseville, quiso que la gloria de ese paso perten  
eciera á la Francia,  
y, al efecto, puso á disposición de la empresa su v  
ida y sus caudales,  
pereciendo en la demanda. Su primera dificultad fué  
obtener un buque á  
gusto suyo: diósele el \_Lilloise\_, que empezó á hac  
er agua el mismo día  
de su partida. (Véase el informe de su hermano). Bl  
osseville reparó la  
embarcación de su propio peculio, empleando en ello  
ocho mil pesos, y en  
tan peligroso vehículo acometió la empresa de abord  
ar la Costa de  
Hierro, la Groenlandia oriental. Todo indica que ni  
siquiera llegó á  
verla, pues jamás se ha tenido noticia de aquella e  
xpedición.

Las de los ingleses eran otra cosa: hacíanse los pr  
eparativos con gran  
prudencia, aunque el resultado fuese idéntico. En 1  
845 el malogrado  
Franklin se perdió entre los hielos. Por espacio de  
doce años se le  
buscó, demostrando en ello Inglaterra una obstinaci  
ón muy honrosa. Todos  
ayudaron en esta empresa, que costó la vida á ameri  
canos, á franceses y

á súbditos de otras naciones. Los picos, los cabos de la región desolada, al lado del nombre de Franklin ostentan el de nuestro Bellot y tantos otros que abandonaron el dulce regalo de la vida normal para salvar la de un inglés. Por su lado John Ross había se ofrecido á dirigir á los nuestros en busca de Blosseville, organizando por sí mismo la expedición. La sombría Groenlandia se engalana con tales recuerdos, que el desierto deja de serlo cuando se leen esculpidos en él esos nombres, mudo testimonio de la fraternidad universal.

Lady Franklin ha demostrado una fe admirable. Nunca llegó á imaginarse viuda; incesantemente solicitó el equipo de nuevas expediciones. Esta señora juraba y perjuraba que su esposo no había muerto, y defendió tan bien su causa, que al cabo de siete años de haberse perdido recibía el título de contralmirante. Tenía razón lady Franklin; su marido vivía. En 1850 viéronle los esquimales (dicen ellos) en compañía de unos sesenta hombres: luego, sólo fueron treinta, privados de andar y de cazar y alimentándose con la carne de los que morían. Si se hubiese creído á lady Franklin, el gran explorador inglés no pereciera en medio de los hielos. Decía la señora (y el sentido común lo indicaba también) que debía buscársele al Sur: que un hombre, en la situación desesperada de su marido, no sería tan loco de agravarla encaminándose hacia el Norte. El Almirantazgo, al cual probablemente inquietaba menos la suerte de

Franklin que el famoso paso, indicaba siempre á sus expedicionarios el camino del Norte. Desesperada la pobre señora acabó por emprender ella misma lo que se le rehusaba con tal tenacidad, y equipando con gran desembolso un buque, emprendió el camino del Sur. Mas, era tarde: lo único que se encontró del célebre Franklin, fueron sus huesos.

\* \* \*

Mientras tanto, llevábanse á cabo algunos viajes más largos al par que más afortunados hacia el polo antártico. Aquí, nada de esa mezcla de tierra, mar, hielos y deshielos tempestuosos que constituyen la faz horrible de la Groenlandia; sino un gran mar sin límites, con oleaje fuerte y violento. Osténtase en esa región un inmenso ventisquero mucho más extenso que el nuestro, y poca tierra. La porción de ésta que se ha visto ó creído ver deja en la duda si serán playas variables, una simple faja de hielos continuos y acumulados. Todo cambia allí al compás de los inviernos. Morel en 1820, Wedell en 1824 y Ballerry quince años después, encontraron una sesgadura, penetraron en un mar libre que otros muchos no han podido hallar después.

El francés Kerguelen y el inglés James Ross lograron resultados positivos, encontrando tierras verdaderas.

El primero descubrió en 1771 la gran isla Kerguelen, llamada \_Desolation\_ por los ingleses. De doscientas leguas

de extensión, tiene  
fondeaderos excelentes, y, á pesar del clima, una vida animal bastante  
rica en focas y aves, con las que puede aprovisionarse cualquiera  
embarcación. Este descubrimiento glorioso, que Luis XVI al subir al  
trono recompensó con un grado, causó la pérdida de Kerguelen, á quien se  
atribuyeron varios crímenes; ensañándose contra él la furiosa rivalidad  
de los oficiales nobles, sus émulos declararon en contra suya. Desde el  
fondo de un calabozo de seis pies en cuadro firmó Kerguelen la narración  
de su descubrimiento (1782).

En 1838 Francia, Inglaterra y América hicieron tres expediciones en  
interés de las ciencias. El ilustre Duperrey había abierto el camino de  
las observaciones magnéticas, que se deseaba continuar bajo el mismo  
polo. Los ingleses confiaron esta misión á una expedición al mando del  
ya citado James Ross. Fué aquella expedición modelo, donde todo estuvo  
calculado, escogido, previsto. James regresó á su país \_sin perder un  
sólo hombre ni haber tenido un enfermo siquiera\_.

El americano Wilkes y el francés Dumont d'Urville no iban tan bien  
provistos, de suerte que tuvieron que soportar mil peligros y las  
enfermedades los diezmaron. Más afortunado James, dando la vuelta al  
círculo antártico, penetró en medio de los hielos y halló una tierra  
real. El mismo confiesa con notable modestia, que el éxito de su empresa  
fué debido únicamente al modo admirable con que hab

ían sido preparados  
los dos barcos que llevaba, el \_Erebus\_ y el \_Terro  
r\_, con máquinas de  
gran potencia, sierras para cortar el hielo, proa á  
propósito, lintel de  
hierro, que les permitió navegar á través de la cos  
ta rechinante,  
encontrando al otro lado un mar libre, lleno de foc  
as, aves y ballenas.  
Un volcán de doce mil pies de elevación, tan grande  
como el Etna,  
despedía llamas. Nada de vegetación, ningún punto d  
e reposo: sólo se  
ofreció á su vista una escarpada masa de granito do  
nde ni la nieve se  
sostiene. No hay duda que aquello es la tierra. El  
Etna del polo, al que  
se dió el nombre de \_Erebus\_, allí queda con su col  
umna de fuego para  
dar testimonio de este aserto.

Así, pues, un número terrestre centraliza los hielos  
antárticos (1841).

\* \* \*

En cuanto á nuestro polo ártico, los meses de abril  
y mayo de 1853 son  
para él una fecha notable.

En abril encontróse el paso que durante trescientos  
años se buscara,  
hecho que fué debido á un afortunado exceso de dese  
speración.

El capitán Maclure había penetrado por el estrecho  
de Behring, y  
encerrado en medio de los hielos, hambriento, impos  
ibilitado de volverse  
atrás al cabo de dos años, aventurose á avanzar. Só  
lo llegó á andar  
cuarenta millas, mas encontró en el mar del Este al

gunos buques  
ingleses. Su atrevimiento le salvó, consumándose de  
esta suerte el gran  
descubrimiento.

Casi en el mismo momento (mayo de 1853), salía una  
expedición de  
Nueva-York para el extremo Norte. Un marino que tod  
avía no contaba  
treinta años y ya había recorrido toda la tierra co  
nocida, Elíseo Kent  
Kane, acababa de proclamar una idea atrevida, pero  
magnífica, que había  
exaltado vivamente la ambición americana. Así como  
Wilkes prometiera  
descubrir un mundo, Kane se comprometía á encontrar  
un mar, un mar libre  
bajo el polo. Mientras los rutinarios ingleses expl  
oraban de Este á  
Oeste, Kane se proponía remontar en derechura al No  
rte y tomar posesión  
de aquella concha inexplorada. Su proyecto llamó la  
atención general.  
Un armador neoyorkino, Mr. Grinell, dió generosamen  
te dos embarcaciones,  
auxiliando la empresa las sociedades científicas y  
el público todo. Las  
señoras trabajaban con sus propias manos en los pre  
parativos, animadas  
de religioso celo. Elegidas las tripulaciones, que  
las formaron  
voluntarios, juraron tres cosas: obediencia ciega,  
abstinencia de  
licores y de todo lenguaje profano. El mal éxito qu  
e tuvo la primera  
expedición no logró desanimar á Mr. Grinell ni al p  
úblico  
norteamericano; organizóse otra con los socorros pr  
estados por ciertas  
sociedades de Londres que tenían en mira, ó la prop  
agación bíblica, ó  
una postrera investigación respecto al malogrado Fr

anklin.

Pocos viajes hay más interesantes que éste, y se explica á maravilla el ascendiente que el joven Kane había ejercido sobre todos. A cada paso estaba indicada su fuerza de voluntad, su vivacidad brillante y su maravillosa potencia de \_¡avance!\_ El lo sabe todo, está seguro de lo que emprende, es ardiente en sus cosas, pero positivo. Presiéntese que no flaqueará, ni le arredrarán los obstáculos, sino que irá lejos, tan lejos como puede irse. Es curiosa la lucha entre ese carácter y la desapiadada lentitud de la Naturaleza del Norte, murallas de obstáculos terribles. Apenas ha abandonado el puerto de partida cuando le acosan los fríos, viéndose precisado á invernar por espacio de seis meses entre hielos. Y en plena primavera marca el termómetro en aquellas latitudes ¡setenta grados bajo cero! A la aproximación del segundo invierno (día 28 de agosto), encuéntrase poco menos que abandonado, pues de diecisiete hombres no le quedan más que ocho. Empero, á medida que disminuyen sus hombres y sus recursos, más severo y duro en las fatigas se muestra, queriendo--dice,--hacerse respetar mejor. Sus buenos amigos, los esquimales, que le procuran provisiones de boca, y de los que se ve obligado á aceptar algunos objetos de poca monta (p. 440 de su narración), se han apropiado tres vasijas de cobre suyas, y Kane, en represalias, se apodera de dos de sus mujeres. Castigo excesivo,

salvaje. No era prudente traerlas entre los ocho marineros que le quedan y en los cuales la disciplina comenzaba á relajarse : además, aquellas pobres criaturas eran casadas. «Sivu, mujer de Metek, y Aningna, consorte de Marsinga,» estuvieron llorando por espacio de cinco días. A Kane aparenta divertirle esto, y hace asomar la risa á nuestros labios cuando nos lo cuenta: «Lloraban--dice,--y entonaban todo género de lamentos, mas, no perdían el apetito.» Los maridos, los padres de los rehenes, devuelven los objetos sustraídos y toman la cosa buenamente, cual hombres inteligentes que no tienen para oponer á los revólvers norte-americanos otras armas que huesos de pescados . Así, pues, se pliegan á todo, prometen amistad, alianza; pero, al cabo de algunos días, huyen, desaparecen, ¿Qué sentimientos les animan respecto á los exploradores? No es difícil adivinarlo. En su camino irán diciendo á las tribus errantes cuánto hay que desconfiar del hombre blanco. De esta manera se cierran las puertas del mundo.

Lo que sigue es bien lúgubre. Las fatigas hácese tan crueles, que unos mueren, los otros quieren volverse á su país. Kane se mantiene firme; ha ofrecido un mar, y preciso es que lo encuentre. Conspiraciones, deserciones, actos de traición, vienen á hacer más horrible la existencia de aquellos desgraciados. Durante el tercer invierno, falto de víveres y de combustible, habría perecido si otros esquimales no lo



alimentaran con su pesca; en cambio Kane cazaba para ellos. Mientras tanto, algunos de sus hombres enviados a explorar, tienen la buena suerte de descubrir el mar que así le preocupa. A su regreso cuenta haber visto una gran sábana de agua, libre de hielos, y alrededor aves, que al parecer hallaban abrigo en ese clima no tan rudo.

Era cuanto se necesitaba para hacer cobrar aliento al célebre navegante. Salvado Kane por los esquimales, que no habían sabido abusar de la fuerza que les daba el número, ni de la miseria extrema en que veían sumidos a los exploradores, déjales su embarcación en medio de los hielos.

Débil, extenuado, consigue por medio de un viaje, que duró ochenta y dos días, volver al Sur, empero allí encuentra la muerte. Este joven intrépido, que se acercó al polo más que ningún otro mortal, al morir ganó la corona con que adornaron su tumba las sociedades científicas de Francia: el primer premio de geografía.

En su relato, que encierra hechos tan terribles, hay uno conmovedor, el cual da la medida de los sufrimientos inauditos ajenos a tal viaje: hablamos de la muerte de sus perros. Llevábalos de Terranova magníficos, y perros esquimales; a todos ellos teníalos por mejores compañeros que al hombre. En sus dilatadas estaciones, cuando las noches se prolongaban meses y meses, los canes vigilaban alrededor de la

nave. Al pasearse Kane por entre horrorosas tinieblas, guiábalo el tibio aliento de aquellas fieles bestias, que calentaba sus manos. Primero, enfermaron los de Terranova, lo cual atribuía Kane á la falta de luz: si se les ponía ante los ojos una linterna encendida se aliviaban: mas, poco á poco fué consumiéndolos extraña melancolía y se volvieron locos. Los perros esquimales siguieron sus huellas, y hasta su perra Flora, «la más discreta,» la que reflexionaba mejor, comenzó á delirar como sus compañeros y sucumbió. En toda la áspera relación de sus aventuras no hay un solo pasaje, si no me engaño, exceptuando éste, en que su corazón se sienta conmovido.

## V

Guerra á las razas marinas.

Recapitulando lo que antecede y la historia de todos los viajes, experimentanse dos encontrados sentimientos:

1.º Admiración por la audacia y el ingenio con que el hombre ha hecho la conquista de los mares, subyugando su planeta.

2.º Sorpresa al ver su inhabilidad en cuanto se refiere al hombre mismo: al notar que, para la conquista de las cosas, no ha sabido emplear las personas; que por doquiera el navegante hase presen-

tado cual enemigo,  
aniquilando los pueblos nuevos, los cuales bien llevados, hubieran  
llegado á ser, cada uno en su reducida esfera, un elemento especial para  
valorarla.

Ya tenemos al hombre en presencia del globo que acaba de descubrir;  
veisle cual músico novicio ante un órgano de grandes dimensiones, del  
que apenas hace brotar algunas notas. Salido de la Edad Media, reino de  
la teología y la filosofía, encuéntrase poco menos que salvaje; del  
sagrado instrumento sólo ha sabido romper las teclas.

Hase visto que los buscadores de oro comenzaron no queriendo más que  
oro, oro y siempre oro, y destruyendo al hombre. Colón, á pesar de ser  
el mejor de todos ellos, en su Diario nos indica lo que acabamos de  
manifestar con una candidez terrible que, anticipadamente, entristece el  
ánimo pensando en lo que harán sus sucesores. Desde el momento en que  
pone la planta en Haití: «¿Dónde está el oro? ¿Quién tiene oro?» son sus  
primeras palabras. Los naturales se sonreían, estaban como atontados de  
esa hambre de oro, y prometíanle buscarlo, deshaciéndose en el acto de  
sus sortijas para satisfacer cuanto antes apetito tan apremiante.

El almirante nos ha dejado un retrato conmovedor de aquella raza  
infortunada, de su belleza, su bondad, su ilimitada confianza. Y con  
todo, el genovés ha de satisfacer su avaricia, sus

rudos hábitos. Las guerras turcas, los atroces galeones y sus forzados, las ventas de seres humanos, era la vida común de aquellos tiempos. El espectáculo de ese mundo tan joven é indefenso, aquellos pobres cuerpos de niños, de inocentes y lindas mujeres sin abrigo, todo esto sólo le inspira una idea mercantil, triste es decirlo, la idea de trocarlos en esclavos.

Sin embargo, no quiere Colón que sean arrebatados de sus hogares, «puesto que son propiedad del Rey y de la Reina.» Empero de sus labios se escapan estas palabras, harto significativas: «Son seres tímidos y nacidos para obedecer; harán cuantos trabajos se les manden. Bastan tres de los nuestros para poner en dispersión á mil de los suyos. Si Vuestras Altezas me ordenan traérselos ó avasallarlos aquí, nadie se opondrá: para ello son suficientes cincuenta hombres.» (14 octubre y 16 diciembre).

No tardará en llegar de Europa la sentencia general de ese pueblo. Ellos son los siervos del oro, los que tienen obligación de buscarlo, estando sometidos todos á trabajar por la fuerza. El mismo Colón nos hace saber que doce años más tarde habían desaparecido las siete octavas partes de la población, y Herrera añade, que al cabo de veinticinco años quedaba reducida de un millón á catorce mil almas.

\* \* \*

La continuación, todo el mundo la sabe. El minero y el plantador exterminaron un mundo, repoblándolo incesantemente á costa de la sangre negra. ¿Y qué ha sucedido? Que sólo el negro vivió y vive en las tierras bajas y cálidas, fecundísimas. La América está destinada á ser su patrimonio exclusivo, ya que la Europa obró precisamente al revés de lo que pensara.

Su impotencia colonial descuella por todas partes. El aventurero francés llegaba sin familia á aquellos países, con sus vicios, confundiéndose con la masa salvaje, en vez de civilizarla; el inglés, exceptuando dos países templados adonde se dirigió en masa y con sus familias, tampoco se fija al otro lado de los mares, y dentro de un siglo la India no guardará memoria de que haya vivido en ella. El misionero protestante, el católico, ¿tuvieron alguna influencia? ¿Convirtieron \_un solo\_ salvaje al cristianismo? «\_Ninguno\_,» decíame Burnouf, tan bien enterado de estos asuntos. Hay entre ellos y nosotros treinta siglos, treinta religiones. Si se quiere forzar su inteligencia, sucede la que Mr. de Humboldt observó en los pueblos americanos llamados todavía \_las Misiones\_: habiendo perdido la savia indígena sin tomar nada nuestro, el cuerpo vivo pero muerto el espíritu, estériles, inutilizados para siempre, son toda su vida niños grandes, embrutecidos, idiotas.

Las excursiones de nuestros sabios, que tanto honra

n á la generación  
presente, el contacto de la Europa civilizada que v  
a á todas partes, ¿en  
qué han aprovechado á los salvajes? No sé verlo. Mi  
entras las razas  
heroicas de la América del Norte perecen de hambre  
y de miseria, las  
razas perezosas y afables de la Oceanía se consumen  
, con gran vergüenza  
de nuestros navegantes que allí, al extremo del mun  
do, arrojan la careta  
de la decencia, no conteniéndose más. Población car  
iñosa y débil, en la  
que notó Bougainville el exceso del abandono, y ent  
re la cual los  
mercaderes apóstoles de la Inglaterra ganan dinero  
pero no almas, se  
extingue míseramente devorada por nuestros mismos v  
icios y nuestras  
enfermedades.

La dilatada costa de la Siberia estuvo habitada en  
otro tiempo. Bajo  
aquel durísimo clima vivían tribus nómadas, cazando  
los animales de  
preciosa piel, que les procuraban sustento y abrigo  
. La páfida y mañosa  
política obligóles á establecerse ó á convertirse e  
n agricultores en un  
país donde no es posible el cultivo. Así es como la  
muerte se ceba en  
ellos, y en particular sobre los varones. Por otra  
parte el comercio,  
insaciable, imprevisor, no respetando á los animale  
s en la época del  
celo, halos exterminado también. Hoy reina el silen  
cio, el más completo  
silencio en una costa que se extiende por espacio d  
e mil leguas. No  
importa que silbe el viento, que se hiele el mar, n  
i que la aurora  
boreal transfigure la interminable noche: al presen

te la Naturaleza no  
tiene otro testigo que ella misma en aquellas antes  
bulliciosas  
regiones.

El primer cuidado que se hubiera debido tener en lo  
s viajes árticos de  
la Groenlandia, era entablar relaciones amistosas c  
on los esquimales,  
dulcificar su trabajosa existencia, adoptar á sus h  
ijos educándolos si  
no todos, parte de ellos en Europa, formar colonias  
en aquellos  
apartados climas, escuelas de descubridores. Tanto  
en las obras de John  
Ross como en todas las que se refieren al mismo asu  
nto vese que están  
los esquimales dotados de inteligencia y muy aprisa  
se asimilan las  
artes de Europa. Hubiéranse efectuado enlaces entre  
sus hijas y nuestros  
marinos, naciendo de esas uniones una población mix  
ta dueña por derecho  
propio de aquel continente Norte. Este era el medio  
verdadero de  
encontrar sin dificultades, de regularizar el paso  
tan deseado. Bastaban  
para ello treinta años: hanse empleado trescientos,  
y al fin y al cabo  
nada se ha conseguido, pues atemorizando á esos pob  
res salvajes que van  
al Norte y mueren, ¡habéis excluido de allí definit  
ivamente al \_hombre  
de la región\_ y el genio de la comarca! ¿Qué import  
a haber visto ese  
desierto, si lo hacéis inhabitable é inabordable pa  
ra siempre?

\* \* \*

Fácil es pensar, que si el hombre ha tratado con ta  
nta rudeza á su

semejante, no habrá sido más clemente ni mejor para  
con los animales.  
Cebóse furiosamente en las especies más tímidas, co  
nvirtiéndolas en  
salvajes y agrestes.

Todas las relaciones antiguas están contestes en as  
egurar que, al vernos  
por primera vez, sólo demostraban confianza en noso  
tros y una curiosidad  
simpática. Los viajeros pasaban por entre las pacíf  
icas familias de los  
lamantinos y de las focas, que se dejaban tocar. Lo  
s pingüinos y los  
mancos seguían á los navegantes, aprovechándose de  
sus comestibles, y,  
llegada la noche, guarecíanse bajo las ropas de los  
marineros.

Nuestros padres estaban creídos, y no sin cierto gr  
ado de verosimilitud,  
que los animales sienten como nosotros. Los flamenc  
os atraían el sábalo  
con el ruido de las campanillas. (Valenc., 20,327).  
Cuando se tañía  
algún instrumento en las embarcaciones, presentábas  
e en seguida la  
ballena (Noël, 223), siendo la jubarta[3] la que má  
s se complacía con la  
sociedad del hombre, puesto que jugueteaba y brinca  
ba alrededor del  
barco.

\* \* \*

Lo mejor de los animales, y que se ha llegado á des  
truir casi del todo á  
fuerza de persecuciones, era el \_matrimonio\_. Aisla  
dos, fugitivos, ahora  
sus amoríos son pasajeros, viéndose compelidos á gu  
ardar un mísero  
celibato, de cada día más estéril.



El \_matrimonio\_, fijo, real, es la vida de la Naturaleza que se encuentra en casi todas las cosas. El matrimonio, amor único, fiel hasta la muerte, existe entre el corzo, entre la urraca, entre la paloma, entre el inseparable (especie de lindo papagayo), entre el intrépido camique, etc. Respecto á las demás aves, dura á lo menos hasta que los pequeñuelos están en estado de manejarse por sí mismos: entonces la familia vese precisada á separarse necesitando extender el radio donde se procura su sustento.

La liebre en medio de su vida agitada y el murciélago que vive envuelto en tinieblas, son tiernísimos para su familia; y hasta los crustáceos, los pulpos, se quieren y se auxilian: cuando se pesca la hembra, el macho se precipita sobre ella y déjase agarrar.

¡Y cuánto más conocidos son el amor, la familia, la unión ó matrimonio, en la verdadera acepción de estas palabras, entre los tiernos anfibios! Su paso tardo, su vida sedentaria, favorecen la unión fija. La morsa (elefante marino), ese animal enorme y de tan extraña facha, es intrépido en amor: el marido se sacrifica hasta la muerte por su mujer, y ésta por el hijo. Mas, lo que no tiene ejemplo, lo que no se ve en ninguna otra parte, ni aun entre los animales de la escala superior, es que el pequeñuelo, en salvo y escondido por la madre, al verla combatir en defensa suya, acude á defenderla á su vez, y ¡no

ble corazón! se  
ensaña contra su enemigo y muere por la que le dier  
a el ser.

Steller vió entre una familia de otarios (anfibios  
también) una escena  
casera absolutamente humana:

Una hembra habíase dejado robar su cachorro; furios  
o el marido, le  
pegaba, y la pobre se encaramaba, besábale, lloraba  
á lágrima viva, \_al  
extremo de tener inundado el pecho con el llanto qu  
e vertía\_.

Las ballenas, que carecen de la vida fija de esos a  
nfibios, van, sin  
embargo, de dos en dos en sus errantes paseos á tra  
vés del Océano.

Duhamel y Lacépède dicen que, en 1723, dos de estas  
ballenas que estaban  
heridas no se separaron nunca, y cuando estuvo muer  
ta la una, la otra se  
abalanzó sobre su cuerpo lanzando horrorosos mugido  
s.

Si hay en el Universo un ser cuya sangre debiera ec  
onomizarse, es la  
ballena franca, tesoro admirable, donde la Naturale  
za ha amontonado  
tantas riquezas. Ser, además, inofensivo, que á nad  
ie persigue ni vive  
de especies que sustentan al hombre. Exceptuando su  
temible cola, carece  
de armas defensivas. Y no obstante, ¡cuántos enemig  
os tiene! Todos se  
atreven con ella; innumerables especies se acomodan  
en su lomo y viven á  
sus expensas, llegando su descaro hasta el punto de  
roer su lengua. El  
narval, armado de traidoras defensas, las hunde en  
sus carnes; los

delfines saltan y la muerden, y el tiburón, al vuelo, de un golpe de sierra le arranca un sangriento jirón.

Otros dos seres, ciegos y feroces, ensañanse con el fruto de sus entrañas, haciendo una guerra cobarde á las hembras preñadas; hablamos del cachalote y del hombre. El primero, con su horrible cabeza, que constituye la tercera parte del cuerpo, todo dientes (tiene cuarenta y ocho), todo quijadas, muérdela en el vientre, devora el hijo dentro de su mismo cuerpo, y luego, sin apiadarse de sus acerbos dolores, trágase á la madre. El hombre la hace sufrir más tiempo, pues la sangra, y golpe tras golpe hiérela bárbaramente. Dura en la muerte, en su dilatada agonía la pobre tiembla, hace desesperados esfuerzos y se queja lastimeramente. Muerta y todo, su cola se mueve, no siendo prudente en aquellos momentos acercarse á ella. Los pobres brazos de la desventurada, antes calientes por el fuego del amor, vibran aún; parece que no ha dejado de existir y que está buscando á su cachorro.

\* \* \*

No es posible figurarse lo que fué esa guerra hace cien ó doscientos años, cuando abundaban las ballenas, navegando por familias; cuando las tribus anfibias cubrían todas las costas. Llevábanse á cabo carnicerías inmensas, derramábase la sangre en abundancia, como no se había visto ni en las más grandes batallas. En un solo día llegaba

n á matarse ;quince ó  
veinte ballenas y mil quinientos elefantes marinos!  
Es decir, que se  
mataba por el placer de matar; pues ¿de qué aprove-  
charían todos esos  
despojos de coloso, uno solo de los cuales da tanta  
cantidad de aceite y  
de sangre? ¿Qué se intentaba con diluvio tan sangri-  
ento? ¿Enrojecer la  
tierra? ¿Ensuciar el mar?

Queríase el pasatiempo de los tiranos, de los verdu-  
gos; herir,  
destrozar, gozar de su fuerza y de su furor, sabore-  
ar el dolor, la  
muerte. Con frecuencia divertíanse en martirizar, e-  
ncolerizar, hacer  
morir lentamente á animales demasiado tardos ó apac-  
ibles para  
defenderse. Perón vió un marinero que se encarnizab-  
a en una foca hembra,  
la cual lloraba como una mujer, gemía: cada vez que  
el animal abría su  
ensangrentada boca, el bárbaro golpeábala con un gr-  
ueso remo y le rompía  
los dientes.

Dice Dumont d'Urville que en las Nuevas Shetlands d-  
el Sur, los ingleses  
y los americanos exterminaron las focas en el trans-  
curso de cuatro años.  
En su ciego furor, degollaban á los recién nacidos  
y mataban las hembras  
preñadas. A menudo, sólo las matan para utilizar la  
piel, desperdiciando  
enormes cantidades de aceite.

\* \* \*

Tales carnicerías son una escuela detestable de fer-  
ocidad que deprava  
indignamente al hombre, estallando los más abominab-

les instintos en  
medio de esa embriaguez de carniceros. ¡Vergüenza p  
ara la humana  
naturaleza! Entonces vese en todos (aun entre las p  
ersonas más  
delicadas), vese surgir algo de inesperado, de horr  
ible. Un pueblo  
apreciable, en la costa más encantadora que se cono  
ce, practica una  
extraña fiesta: reúnen allí quinientos ó seiscien  
tos atunes para  
quitarles la vida á todos en un mismo día. En un va  
sto recinto de  
barcas, la larga red, la almadraba dividida en vari  
os compartimientos,  
levantada por cabrestantes, hácelos llegar pausadam  
ente y meter en el  
\_cuarto de la muerte\_. A su alrededor hay en acecho  
doscientos hombres  
de rostro bronceado, provistos de arpones y ganchos  
. De veinte leguas á  
la redonda llega el mundo elegante, mujeres bonitas  
y sus adoradores,  
quienes se colocan á la orilla del mar y lo más cer  
ca posible para  
mejor ver la matanza, formando un círculo encantado  
r. Dada la señal, el  
pescador hiere. Aquellos peces, que parecen hombres  
, saltan, punzados,  
atravesados, abiertas las carnes, tiñendo el agua c  
on su sangre por  
momentos. Su dolorosa agitación, el furor de que es  
tán poseídos sus  
verdugos, el mar que ya no es mar, sino un no sé qu  
é espumoso que vive y  
humea, todo esto produce el vértigo. Los que han ve  
nido sólo por mirar  
obran, patalean, gritan, y encuentran que la carnic  
ería es demasiado  
lenta. Finalmente, circunscriben el espacio. La hor  
migueante masa de  
heridos, muertos, moribundos, se concentra en un so

lo punto: saltos  
convulsivos, golpes furiosos: el agua chorrea, y el  
rocío enrojecido...

Y esta escena ha hecho subir de punto la embriaguez  
. Hasta la mujer  
delira y se olvida de su sexo, vese poseída del fre  
nesí que asalta á los  
demás espectadores. Cuando todo ha terminado, la má  
s bella mitad del  
género humano lanza un suspiro rendida de fatiga, m  
as no satisfecha, y  
exclama al abandonar aquel sitio: «¡Cómo!, ¿y para  
esto hemos venido?»

## VI

El derecho del mar.

Un gran escritor popular que da á cuanto pone la ma  
no un carácter de  
sencillez luminosa y sorprendente, Eugenio Noël, ha  
dicho: «Puede  
convertirse el Océano en fábrica inmensa de víveres  
, en laboratorio de  
subsistencias más productivo que la misma tierra; f  
ertilizarlo todo,  
mares, ríos, riachuelos, estanques. Hasta el presen  
te sólo se ha  
cultivado la tierra; y he aquí que se ofrece el art  
e de cultivar las  
aguas... ¡Oíadlo bien, pueblos!» (\_Piscicultura\_).

¿Más productivo que la tierra? ¿Cómo es esto? M. Ba  
ude lo explica  
perfectamente en un importante trabajo sobre la pes  
ca que ha dado á luz.  
Es el pez, entre todos los seres, el más susceptibl

e de propagarse  
ayudado por una pequeña cantidad de alimento, basta  
ndo muy poco, casi  
nada para sustentarlo. Refiere Rondelet que una car  
pa que guardó metida  
por espacio de tres años dentro de una botella de a  
gua sin darle de  
comer, aumentó, sin embargo, su tamaño al extremo q  
ue no hubiera podido  
salir de la botella. En los dos meses que el salmón  
estaciona en el agua  
dulce, se abstiene casi del todo de alimento y, sin  
embargo, no perece;  
su permanencia en las aguas salobres dale por térmi  
no medio  
(¡acrecientamiento prodigioso!) seis libras de carne  
. Esto es muy  
distinto del lento y costoso progreso de nuestros a  
nimaes terrestres.  
Si se amontonara lo que come para engordar un buey,  
ó siquiera un  
puerco, sorprenderíanos el ver la montaña de alimen  
tos que necesita para  
conseguirlo.

De manera que el pueblo en donde la cuestión de sub  
sistencias hase  
presentado más amenazadora, los chinos, tan prolífi  
co, tan numeroso, con  
sus trescientos millones de habitantes, tuvo que va  
larse directamente de  
esa gran potencia de generación, la más rica manufa  
ctura de vida  
nutritiva. En toda la extensión de sus grandes ríos  
, muchedumbres  
prodigiosas han buscado en el agua un alimento más  
regular que el del  
cultivo de las plantas. El agricultor está de conti  
nuo con el alma en un  
trís: un ventarrón, una helada, el más pequeño acci  
dente les deja sin  
nada y produce el hambre en su familia; mientras qu

e, al contrario, la cosecha viviente que crece en el fondo de esos ríos sustenta invariablemente el sinnúmero de familias que los surcan con sus barcas, las cuales, seguras de obtener su provisión cotidiana de pescado, saben al mismo tiempo ser aquél un manantial inagotable.

En el río central del Imperio, hácese en el mes de mayo un comercio inmenso de freza de pescado, comprada por traficantes, quienes la revenden por todo el país á cuantos quieren depositar en sus viveros domésticos el elemento de fecundación. Así todos tienen su reserva, que sustentan sencillamente con los restos de la comida del hogar.

Los romanos obraron de la misma manera, habiendo llevado el arte de la aclimatación al extremo de hacer abrir en el agua dulce las huevas de los peces de mar.

La fecundación artificial descubierta el siglo pasado en Alemania por Jacobi, y practicada en el presente en Inglaterra con el más fructuoso resultado, fué reinventada entre nosotros hacia el año 1840 por un pescador de la Bresse, Remy, y desde entonces hase popularizado así en Francia como en toda Europa.

En manos de nuestros sabios, Coste, Pouchet, etc., esta práctica se ha convertido en ciencia, llegando á descubrirse, entre otras cosas, las relaciones regulares del mar y del agua dulce; esto es, los hábitos de



algunos peces de mar que pasan á nuestros ríos en ciertas estaciones del año. La anguila, no importa cuál sea su cuna, desde el momento en que ha adquirido el grueso de un alfiler, apresúrase á remontar el Sena, en tanto número, que forma á lo largo del río una capa blanca. Tal tesoro que, bien cuidado, produciría millares de millones de peces del peso cada uno de algunas libras, vese devastado indignamente, vendiéndose á vil precio y á cubetas esos gérmenes tan preciosos. No es menos fiel el salmón, regresando invariablemente del mar al río donde naciera. Aquellos que han sido marcados se presentan nuevamente sin faltar á la lista casi uno solo, siendo tan grande su amor hacia el río natal, que si ven cortado el paso por alguna barrera, aunque ésta sea una cascada, lánzanse por encima de ella haciendo esfuerzos sobrehumanos para saltarla.

\* \* \*

El mar, que dió comienzo á la vida sobre nuestro globo, sería todavía su benéfica nodriza si el hombre supiese respetar siquiera el orden que allí reina y se abstuviese de perturbarle.

No debemos olvidar que tiene vida propia y sagrada, sus funciones enteramente independientes para la salvación del planeta: él contribuye poderosamente á crear la armonía, al mismo tiempo que asegura su conservación y la salubridad. Y todo esto efectuábase tal vez por

millones de siglos, antes de que el hombre naciera.

La Naturaleza pasábase á maravilla de él y de su sabiduría. Sus antepasados, hijos del mar, llenaban perfectamente entre sí la circulación de substancia, las metamorfosis, las sucesiones de vida, que son el movimiento rápido de purificación constante. ¿Qué puede el hombre con respecto á ese movimiento, continuado á tal distancia de él, en ese mundo obscuro y profundo? Poco para el bien, más para el mal. La destrucción de tal especie puede ser un sensible atentado contra el orden, la armonía de todas las cosas. Que haga una siega razonable de las que pululan superabundantemente: está muy bien que viva á expensas de los individuos; mas, que conserve las especies. En cada una de ellas debe respetar el papel que desempeñan reunidas, el de funcionarios de la Naturaleza.

Hemos atravesado ya dos edades de barbarie.

En la primera, diremos como Homero: «El mar estéril.» Es surcado únicamente para buscar al otro lado tesoros fabulosos ó grandemente exagerados.

En la segunda, notóse que la riqueza del mar consiste sobre todo en él mismo, y quisimos arrancársela, pero de una manera ciega, brutal, violenta.

Al odio á la Naturaleza que tuvo la Edad Media hase añadido la aspereza

mercantil, industrial, armada de máquinas terribles  
, que matan desde  
lejos, sin peligro, á montones. A cada nuevo progre  
so en las artes,  
nuevo progreso de barbarie feroz, progreso de exter  
minio.

Ejemplo: el arpón lanzado por una máquina rápida cu  
al el rayo. Nuevo  
ejemplo: la draga, red destructora, usada desde el  
año 1700, red que  
arrastra inmensa y pesada, y siega hasta la esperan  
za, habiendo barrido  
el fondo del Océano. Nos estaba prohibido; empero l  
legaba el extranjero  
y \_dragaba\_ á nuestra vista. (Véase Tifaigne). Algu  
nas especies huyeron  
de la Mancha, trasladándose al Gironde; otras dejar  
on de existir para  
siempre. Lo mismo va á suceder con un pez excelente  
, magnífico, el  
escombro, que es perseguido bárbaramente en toda es  
tación. (Valenc.,  
\_Diction.\_ X, 352). La prodigiosa generación del ab  
adejo no por esto lo  
pone á salvo de extinguirse, puesto que va en dismi  
nución aun en los  
mismos bancos de Terranova. Tal vez se destierra vo  
luntariamente en  
medio de soledades desconocidas.

\* \* \*

Preciso es que las grandes naciones se entiendan pa  
ra substituir  
condición tan salvaje con otra más humanitaria y ci  
vilizada, de suerte  
que el hombre reflexione mejor y deje de desperdici  
ar sus bienes, y de  
perjudicarse á sí mismo. Necesítase que Francia, In  
glaterra y los  
Estados Unidos, propongan á las demás naciones y la

s decidan á  
promulgar, todas juntas, un \_Derecho del mar\_.

Los vetustos reglamentos especiales de las pescas r  
ibereñas no son  
adaptables para la navegación moderna. Requiérese u  
n código común de las  
naciones, aplicable á todos los mares, un código qu  
e regularice no tan  
sólo las relaciones del hombre con el hombre, sino  
las del hombre con  
los animales.

Lo que se debe á sí mismo y lo que debe á ellos es:  
no hacer por más  
tiempo de la pesca una caza ciega, bárbara, en la c  
ual se mata más de lo  
que puede aprovecharse, inmolando sin provecho el p  
escador á los  
pequeñuelos que, dentro de un año, habríanlo alimen  
tado espléndidamente;  
y ahorrando la vida á uno habríase dispensado de da  
r muerte á una  
infinidad.

Lo que el hombre se debe á sí mismo y debe á ellos,  
es no prodigar sin  
motivo la muerte y el dolor.

Los holandeses y los ingleses tienen la precaución  
de matar  
inmediatamente el arenque; los franceses, más negli  
gentes lo tiran en el  
barco amontonándolo y dejando que muera asfixiado.  
Esta prolongada  
agonía lo malea, quítale gran parte de su sabor, de  
la dureza de su  
carne; vese macerado de dolor, acontécele lo que se  
observa entre las  
bestias que mueren de alguna enfermedad. En cuanto  
al abadejo, nuestros  
pescadores lo cortan en el acto de agarrarlo: el qu

e se enreda durante  
la noche en las redes, cuyos esfuerzos y agonía des-  
esperada se prolongan  
por varias horas, no valen nada en comparación del  
cortado en el acto  
(excelentes observaciones de M. Baude).

En tierra están reglamentadas las estaciones de caz-  
a, y lo mismo debe  
hacerse con la pesca, teniendo en consideración el  
tiempo en que cada  
especie se reproduce.

Debe ser economizada, como la corta de las maderas,  
dejando á la  
producción el tiempo de repararse.

Los cachorros y las hembras preñadas han de ser res-  
petadas, sobre todo  
en las especies que no abundan mucho y entre los se-  
res superiores no tan  
prolíficos,--cetáceos y anfibios.

Nos vemos obligados á matar: nuestros dientes, nues-  
tro estómago,  
demuestran que fatalmente necesitamos inmolar. Prec-  
iso es, pues,  
compensar esto multiplicando la vida.

En tierra, creamos, defendemos los rebaños, hacemos  
multiplicar muchos  
seres que no nacerían, serían menos fecundos ó pere-  
cerían jóvenes,  
devorados por las bestias feroces. Es una especie d  
e derecho que sobre  
ellos tenemos.

En el agua hay aún más vidas tiernas anuladas: defe-  
ndiéndolas,  
propagándolas, haciéndolas muy numerosas, nos cream  
os un derecho de  
vivir sobre lo inconmensurable. La generación es su

sceptible de  
dirección como un elemento aumentado indefinidamente. El hombre, sobre  
todo en aquel mundo, se aparece como el gran mágico  
, el promotor  
poderoso del amor y la fecundidad. Es el adversario  
de la muerte, pues  
si bien se aprovecha de ella, la parte que se adjudica nada es en  
comparación de los torrentes de vida que puede crear á voluntad.

Tocante á las preciosas especies próximas á desaparecer, la ballena más  
que ninguna, el animal más grande, la vida más rica  
de toda la Creación,  
debe dejárselas en paz, á lo menos durante medio siglo. Así podrá  
reparar sus desastres. No sintiéndose perseguida, regresará á su clima  
natural, la zona templada, encontrando allí su inocente vida de  
apacentar la viviente pradera, los pequeños seres elementales. Vuelta á  
sus antiguos hábitos y á sus propios alimentos, reflorecerá, recobrará  
otra vez sus gigantescas proporciones, y volveremos á ver ballenas de  
dos y trescientos pies de largo. Que sus pasados lares do tenía sus  
amoríos sean sagrados. Esto ayudará no poco á hacerla nuevamente  
fecunda. En otros tiempos placíase en las bahías de California. ¿Por qué  
no dejarla en ellas? Así no se encaminaría en busca de los atroces  
hielos polares, de las míseras guaridas donde locamente se la persigue,  
impidiéndola juntarse y procrear.

\* \* \*

¡Paz para la ballena franca! ¡Paz para el dugongo,  
la morsa, el  
lamantín, especies preciosas que no tardarían en de  
saparecer! Necesitan  
muchos años de paz, cual la que tan discretamente h  
ase ordenado en Suiza  
para el revezo, precioso animal que había sido bati  
do y destruido casi:  
creíasele perdido, mas no tardó en presentarse de n  
uevo.

Para todos, así anfibios como peces, requiérese una  
época de reposo; una  
\_Tregua de Dios\_.

El mejor modo de multiplicarlos es ahorrar su sangr  
e en la época de su  
reproducción, en la hora que la Naturaleza desempeñ  
a en ellos su obra de  
maternidad.

Parece como que los pobres adivinan que son sagrado  
s en aquellos  
momentos, pues pierden su timidez, muéstranse á la  
luz del día,  
acércanse á la playa: diríase que se creen con dere  
cho á ser protegidos.

Están entonces en el apogeo de su belleza, de su fu  
erza. Sus brillantes  
libreas, su fosforescencia, indican el supremo resp  
lendor de la vida. En  
todas aquellas especies cuyo exceso de fecundidad n  
o es amenazante,  
deben respetarse con religiosidad esos momentos. Qu  
e mueran después, no  
importa. Si hay que matarlos, ¡matadlos! mas, prime  
ro, dejadles vivir.

Toda vida inocente tiene derecho á disfrutar moment  
ánea dicha, cuando el  
individuo, por inferior que sea la escala en que la

Naturaleza le haya  
colocado, rompe el estrecho límite de su Yo individual,  
quiere una  
perpetuación de sí mismo, y en medio de su obscuro  
deseo penetra en el  
infinito do debe perpetuarse.

Que el hombre coopere á su deseo; que auxilie á la  
Naturaleza, y  
recibirá las bendiciones de todos los seres, desde  
los que pueblan los  
abismos hasta los que se remontan al firmamento. Dios  
le mirará  
compasivo si se constituye con El en promotor de la  
vida, de la  
felicidad; si distribuye á todos la parte que, aun  
á los más pequeños,  
corresponde aquí abajo.

## LIBRO CUARTO

### RENACIMIENTO POR EL MAR

#### I

Origen de los baños de mar.

El mar, tan maltratado por el hombre en esa guerra  
inhumana, ha pagado  
el daño recibido con generosidad y benevolencia. Cuando  
la tierra, su  
bien amada, la ruda tierra le consumía, agotábale,  
él, ese mar temible,  
maldito, la acogía sin odio, alojábala en su seno,  
devolvíale la savia y



la vida.

¿Acaso no es del mar que surgió la vida primitiva?  
El mar posee para  
ella todos los elementos en una maravillosa plenitud.  
¿Por qué, cuando  
nos sentimos desfallecidos, no ir á rehacernos al d  
esbordado manantial  
que nos invita á beber?

El es bueno y generoso para todos, empero más benéfico, al parecer, más simpático para las criaturas menos distantes de la vida natural, para la inocente niñez que sufre los pecados de sus padres, para las mujeres, víctimas sociales, cuyas principales faltas son debidas á su facultad de amar, y que, menos culpables que nosotros, llevan, no obstante, sobre sí la parte más grande del peso de la vida. Teniendo cierto parentesco con ellas el mar, complácese en realzarlas, dando fuerza á su debilidad, disipando sus penas del espíritu, rehaciéndolas y desenvolviéndolas su belleza, y, jóvenes, prestándoles su eterna frescura. Venus que salió de en medio de sus ondas, renace del mar todos los días--no la Venus enervada, la llorosa, la melancólica,--sino la Venus verdadera, victoriosa, con su poder triunfal de fecundidad, de deseo.

\* \* \*

¿Cómo efectuarse la reconciliación entre esa gran fuerza, saludable pero áspera, salvaje, y nuestra gran debilidad? ¿Qué enlace podía haber entre dos partidos á tal punto desproporcionados? C

uestión inmensa era ésta: fué preciso para resolverla un arte, una iniciación. Para comprenderlos debe conocerse el tiempo y la ocasión en que ese arte comenzó á revelarse.

Entre dos edades de fuerza, la fuerza del Renacimiento y la de la Revolución, hubo una época de postración, cuando graves signos acusaron una enervación moral y física. El mundo antiguo que desaparecía y el nuevo que tardaba en presentarse, dejaron entre ellos un intermedio de uno ó dos siglos. Concebidas del vacío, nacieron generaciones débiles y enfermizas; al paso que las diezmaba el exceso de gozos y el exceso de miseria. Francia, arruinada tres veces de uno á otro extremo en el espacio de un siglo, lanzó las últimas boqueadas en una orgía de enfermos: la Regencia. Inglaterra, que, sin embargo, se engrandecía en aquellos momentos á costa de nuestras ruinas, estaba al parecer tan enferma como su vecina: la idea puritana habíase ido debilitando y no acudía otra á reemplazarla. Aplastada en el reinado de Carlos II, atravesó después el fangoso pantano de Walpole. En medio de la pública postración, salieron á relucir los instintos de la baja plebe: el precioso libro titulado \_Robinsón\_ deja entrever la aparición inminente del alcoholismo. Otro libro (terrible), en el cual la medicina se prevalía de todas las amenazas bíblicas, denunció el sombrío suicidio de depravación egoísta que rechazaba el matrimonio.

Ideas desordenadas, malos hábitos, vida de holgazanería y nociva á la salud, todo esto se traducía físicamente por la relajación de los tejidos, la postración mórbida de las carnes, las escrófulas, etc. Las mejores encarnaciones ocultaban los males más repugnantes. Ana de Austria, cuyas carnes eran citadas como un modelo de frescura, moría de una úlcera; la Princesa de Subiza, una rubia deslumbradora, se derritió, si vale decirlo así, cayendo sus carnes á jirones.

Un gran señor inglés, harto curioso, el Duque de Newcastle, pregunta cierto día al doctor Russell por qué se altera la raza y va degenerando; por qué aquellos lirios y rosas se cubren de escrófulas.

Muy raro es que una raza empezada á gastar se rehaga; no obstante, en la raza inglesa obróse este milagro. Recobró (durante setenta ú ochenta años) una fuerza extraordinaria y una actividad extrema; debiendo su renovación, primeramente á sus grandes negocios (nada hay tan sano como el movimiento), y al mismo tiempo, preciso es confesarlo, al cambio de sus hábitos. Los ingleses adoptaron alimentos distintos, distinta educación, distinta medicina; todos quisieron ser robustos para obrar, comerciar, ganar dinero.

No se requirió mucho ingenio para esto; las grandes ideas de dicha renovación poseíalas la Inglaterra, y sólo se necesitaba aplicarlas. El

moravo Comenius, adelantándose un siglo á Rousseau, había dicho:  
«Acordaos de la Naturaleza como en otros tiempos y adoptad su sistema para la educación.» Y dijo el sajón Offmann: «Acordaos de la Naturaleza, adoptando su sistema para la medicina.»

Hoffmann había llegado á tiempo, en la época de la Regencia, después de la orgía de los placeres y de la orgía de los medicamentos con que se agravaba á la primera. Aquel sabio dijo: «Huíd de los médicos: sed sobrios y no bebáis más que agua.» Fué una reforma moral. Así, pues, vimos á Priessnitz (1830), después de las bacanales de la Restauración, imponer á la alta aristocracia de Europa la más ruda penitencia, alimentarla con el pan de los campesinos, tener en pleno invierno á las más delicadas señoras bajo las cascadas de agua de nieve, en medio de los pinares del Norte, en un infierno de frío que, por reacción, truécase en uno de fuego. Tan violento es en el hombre el amor á la vida, tan fuerte el temor que le causa la muerte, su devoción por la Naturaleza, cuando espera de ella una moratoria.

Y después de todo, ¿por qué no sería el agua la salvación del hombre? Según Berzelius, no somos más que agua (las cuatro quintas partes de nuestro cuerpo), y el día de mañana convertiremos en agua. En la mayor parte de las plantas encuéntrase en iguales proporciones que en el cuerpo humano. Y asimismo cubre el agua salada las cuatro quintas partes

del globo. Es el agua para el elemento árido una constante hidroterapia que le cura de su sequedad; ella apaga su sed, le da el sustento, hincha sus frutos, sus mieses. ¡Extraña y prodigiosa hada! Con poco, lo produce todo; con poco, todo lo destruye: basalto, granito y pórfido. Ella es la gran fuerza si bien la más elástica, que se presta á las transiciones de la universal metamorfosis. Ella envuelve, penetra, traslada, transforma la Naturaleza.

¡En qué desierto horroroso, en qué selva sombría no vamos á buscar las aguas que brotan del centro de la tierra! ¡Qué culto más supersticioso no profesamos hacia esos temibles manantiales que nos traen las escondidas virtudes y los espíritus del globo! He visto fanáticos que no tenían más Dios que Carlsbad, esa milagrosa reunión de las aguas más contradictorias. He visto devotos de Baréges; y yo mismo tuve el ánimo turbado ante los hirvientes fangos donde hormiguea el agua sulfurosa de Acqui, obrando por sí misma con extrañas pulsaciones que sólo se notan entre los seres animados.

Las termas es cuestión de vida ó muerte; su acción es decisiva. ¡Cuántos enfermos se hubiesen consumido lentamente y merced á ellas han pasado con rapidez á la otra vida! A menudo esas poderosas aguas devuelven la salud momentáneamente al paciente, haciendo un temible llamamiento á las pasiones causa del mal. Entonces éstas vuelven á presentarse violentas,

á grandes borbotones, como los hirvientes manantiales que las  
despiertan. Humaredas, vapores sulfurosos, aire embriagador de la  
comarca, todo esto aseméjase al aura que hinchaba, turbaba á la Sibila y  
la forzaba á hablar. Es una erupción de nuestro cuerpo que hace salir  
afuera lo que más empeño se hubiera tenido en ocultar. Nada hay oculto  
en aquellas \_Babeles\_ donde bajo el pretexto de la salud, se vive fuera  
de las leyes de este mundo, adoptando las libertades del otro.  
Semimuertos y semimuertas véseles en las mesas del juego, pálidos y  
macilentos, engolfarse en placeres desenfrenados, de los que con  
frecuencia no despiertan.

\* \* \*

El soplo del mar es otra cosa, puesto que por sí solo purifica.

Esa pureza procede también del aire, y especialmente del cambio rápido  
que se hace del uno al otro, de la mutua transformación de los dos  
océanos. Nada de reposo; en ningún sitio languidece la vida ni dormita.  
El mar la hace, deshácela y la rehace. A cada momento pasa, salvaje y  
vivaz, por el crisol de la muerte. El aire aun más violento, azotado una  
y otra vez por el viento, arrastrado por los torbellinos, concentrado  
para estallar en trombas eléctricas, está continuamente en revolución.

Vivir en la tierra, es el reposo; en el mar, una lucha eterna, pero

lucha vivificadora para el que puede soportarla.

\* \* \*

Los hombres de la Edad Media tenían en gran aversión y aborrecimiento al mar, «reino del Príncipe de los vientos.» Así nombraban al diablo. Al noble siglo XVII disgustábale vivir entre la ruda marinería. El castillo de aspecto monótono, con un tosco jardín, estaba casi siempre situado lejos, lo más lejos posible del mar, en algún sitio sin aire, privado de vista, rodeado de húmedas arboledas. Asimismo, el caserío inglés, perdido entre la sombra de copudos árboles y entre la pesada niebla, reflejaba con frecuencia su silueta en el fango de algún insalubre pantano. Lo que hoy llama la atención en Inglaterra, sus numerosas quintas marítimas, la afición á vivir á orillas del mar, los baños hasta en lo más crudo del invierno, todo esto es cosa moderna, premeditada y deseada.

Las poblaciones de las costas que sustenta el mar, eran más simpáticas para el inglés. Su instinto presagiábale en ellas una gran potencia de vida, teniendo en primer término, en su favor, su virtud purgativa. Aquellos habitantes no habían dejado de observar que esa purgación ayudaba á neutralizar los males de la época, las escrófulas y las llagas que son su consecuencia; al paso que su amargor parecían un excelente antídoto contra las lombrices que atormentan á los niños. También comían

sin ningún escrúpulo las algas y ciertos pólipos (\_Haleyonia\_),  
adivinando el yodo que contienen y su potencia constrictiva para sanar y  
consolidar los tejidos. Esas recetas populares llegaron á noticia y  
fueron recogidas por Russell, abriéndole el camino y ayudándole  
grandemente á contestar á la grave pregunta que le dirigía el Duque de  
Newcastle. De su respuesta, hizo un libro importante y curioso titulado:  
\_Tabæ glandulari, seu de usu aquæ marinæ\_, 1750.

En él se encuentra la siguiente ingeniosa sentencia:  
: «No se trata de curar, sino de rehacer y crear.»

Russell se propone un milagro, pero un milagro hace dero: fabricar  
carnes, crear tejidos. De suerte que trabaja preferentemente sobre la  
criatura, que, aunque comprometida desde el vientre de su madre, todavía  
puede ser rehecha.

Era el momento en que Bakewell acababa de inventar la carne. Las bestias  
que hasta entonces puede decirse sólo sirvieron para producir leche,  
iban á dar en lo sucesivo más generoso alimento. El insípido régimen  
lácteo, debía ser abandonado por aquellos que se lanzaban en acción cada  
día más.

Por su lado Russell, con gran oportunidad, inventó el mar por medio de  
su librito, quiero decir, le puso en boga.

El todo se resume en cuatro palabras; mas, esas palabras, son á la vez



un sistema médico y de educación: 1.º Débese beber el agua del mar, bañarse en él y comer cuanto produce que tenga concentrada su virtud:  
2.º Los niños no deben ir muy abrigados, y tenerlos siempre en contacto con el aire.--Aire, agua, y nada más.

El último consejo es bien atrevido. Mantener á la criatura casi desnuda, bajo un clima húmedo y variable, era resignarse anticipadamente al sacrificio de los débiles. Sobrevivieron los fuertes, y perpetuada la raza sólo por éstos, rehízose más y mejor. Añadid á esto, que los negocios, el movimiento, la navegación, arrancando al niño de las escuelas y emancipándolo temprano, lo libró de la educación sedentaria y de la vida de estropeado, que reservó la Inglaterra únicamente para los hijos de sus lores, para los nobles educandos de Oxford y de Cambridge.

\* \* \*

En su libro ingenioso, en que brilla el instinto popular, Russell estaba muy distante de adivinar que dentro de un siglo todas las ciencias se mancomunarían para darle la razón, y que, revelando cada una de ellas alguna nueva faz del asunto, descubriríase en el mar un tratado completo de la terapéutica.

Los más preciosos elementos de la animalidad terrestre se encuentran superabundantemente en el mar, enteros é invariables, salubres, vivos, en depósito para rehacer la vida.

Así que, la ciencia pudo decir á todos: «Acudid, pueblos, acudid, agobiados trabajadores, acudid, jóvenes mujeres de fuerzas agotadas, criaturas castigadas con los vicios de vuestros padres; acércate, macilenta humanidad, y díme francamente, á presencia del mar, lo que necesitas para reanimarte. Ese principio reparador, sea cual fuere, el mar lo posee.»

La base universal de vida, el \_mucus\_ embrionario, la viviente gelatina animal de donde nació y renace el hombre, donde tomó y toma sin cesar la jugosa consistencia de su ser, ese tesoro, enciérralo el mar hasta tal punto que es su propia vida. Con él fabrica, satura sus vegetales, sus animales, prodigándoselo ampliamente. Su generosidad hace burla á la mezquindad de la tierra. Ya que dan con tanta abundancia, sabed si quiera recoger sus dones. Su riqueza alimenticia va á amamantaros por torrentes.

«Más--dicen aquéllos;--precisamente carecemos nosotros de lo que constituye el sostén y como la armazón del hombre. Nuestra osamenta se dobla, se encorva, se comprime, gracias al harto débil alimento que sólo sirve para engañar el hambre. Se pone blanda, vacila.» Perfectamente: el calizo que les falta abunda de tal suerte en el mar, que cubre todas sus conchas y madréporas constructoras, hasta formar continentes. Sus peces, la hacen viajar por bancos y por flotas inmensas, t

an inmensas, que  
desparramado por las costas ese rico alimento, sirve  
de abono.

Y usted, joven enfermiza que, sin ánimo para quejarse, se encamina hacia  
el sepulcro (¿quién no lo ve?) derritiéndose, yéndose  
a pique por sus  
propios pasos; ahí tiene usted (en el mar) la triple  
potencia tónica,  
la saludable tonicidad que afirma todo tejido viviente. Tiénela  
diseminada en sus aguas yodadas á la superficie; se  
la encuentra en su  
varech, que, sin cesar, se impregna de ella; la hay  
animalizada, en su  
más fecunda tribu, los \_gades\_ (abadejos, etc.). El  
abadejo y sus  
millones de huevas bastarían por sí solos para yodar  
toda la tierra.

¿Le hace á usted falta calor? El mar lo tiene, y el  
más perfecto de  
todos, ese calor insensible que despiden los cuerpos  
crasos, latente,  
pero tan poderoso, que si no era repartido, balanceado,  
equilibrado,  
derretiría todos los hielos, convirtiendo el polo en  
Ecuador.

La preciosa sangre roja, la sangre caliente, es el  
triunfo del mar. Por  
ella ha animado y armado incomparable fuerza á sus  
gigantes, tan por  
encima de toda creación terrestre. Y si fabricó ese  
elemento, bien  
puede, en obsequio suyo, fabricarlo nuevamente, hacer  
adquirir á usted  
un tinte rosado, reanimarla, pobre flor marchita, descolorida. Ella  
rebosa, sobreabunda de lo que tanta falta hace á usted. En los hijos del

mar la sangre misma es otro mar, que, al primer impulso corre y humea, purpureando á gran distancia el Océano.

He aquí revelado el misterio. Todos los principios que en ti están unidos, esa gran persona impersonal los ha dividido. Ella posee tus huesos, tu sangre, tu savia y tu calor representado cada uno de esos elementos por tal ó cual de sus hijos.

Y ella tiene lo que á ti te falta, la demasiada plenitud y el exceso de fuerza. Su aliento produce no sé qué alegría, actividad, espíritu creador, lo que podríamos llamar heroísmo físico. Y á pesar de su violencia, la gran generadora no derrama por esto en menor grado la agreste alegría, la jovialidad viva y fecunda, la llama de amor salvaje que palpita en su seno.

## II

Elección de playa.

La tierra es su médico; cada clima un remedio. La medicina será más y más cada día una emigración.

Pero, emigración previsora. Obraráse para el porvenir; no se permanecerá inerte, cobijando males incurables, sino que se les prevendrá por medio de la educación, la higiene y en especial los viajes--no rápidos y

disparatados, perjudiciales, como los que se hacen ahora, sino hábilmente calculados, para aprovecharse de los auxilios, de las poderosas vivificaciones que por todas partes tiene en conserva la Naturaleza.

La fuente de la juventud del porvenir encontraráse en estas dos cosas: \_la ciencia de la emigración y el arte de aclimatar se\_. Hasta el presente, el hombre es un cautivo como la ostra sobre su roca. Si emigra algunos pasos más allá de su zona templada, sólo encuentra la muerte. No será libre y hombre en toda la acepción de la palabra, hasta que ese arte especial lo constituya en verdadero habitante de su planeta.

Corto número de enfermedades se curan en circunstancias y lugares donde han nacido y adquirido su desarrollo, dependiendo de ciertos hábitos que aquellos sitios perpetúan y hacen invencibles. No hay reforma (física ó moral) para aquel que se mantiene obstinadamente en su pecado original.

La medicina, iluminada por todas las ciencias auxiliares, logrará darnos métodos, direcciones para conducirnos con prudencia á esa nueva ruta. Importa sobre todo, ahorrar las transiciones. ¿Se puede acaso, sin prepararse, sin modificar algún tanto la costumbre, el régimen de vida, trasladarse de un clima central (París, Lyon, Dijon, Strasburgo) á un clima marítimo? ¿Es dado, sin haber respirado por mucho tiempo los aires

de la costa, empezar á tomar baños de mar? ¿Puédese , sin poseer algún hábito de prudente hidroterapia, comenzando en el interior, ir á desafiar al aire libre, la constricción nerviosa, la horripilación de una agua fría que lleva uno encima á su regreso y á menudo en medio de un fuerte vendaval? Estas cuestiones previas, llamarán más y más cada día la atención de los iniciados en la ciencia de curar.

La extrema rapidez de los viajes por ferrocarril es cosa antimedical. Ir, como se hace, en veinte horas de París al Mediterráneo, atravesando un clima tan diverso cada sesenta minutos, es el colmo de la imprudencia para una persona nerviosa. Llega ésta ebria á Marsella; agitadísima, poseída del vértigo.--Cuando \_madame\_ de Sevigné empleaba un mes en ir de la Bretaña á la Provenza, salvaba paso á paso y por grados, la violenta oposición de estos dos climas, pasando insensiblemente de la zona marítima del Oeste á la del Este, en el clima exclusivamente terrestre de la Borgoña. Luego, caminando con paso lento por las alturas del Ródano en el Delfinado, afrontaba con menos trabajo la región de los fuertes vientos, Valence y Aviñon. Finalmente, descansando en Aix (Provenza interior), lejos del Ródano y de las costas, acostumbraba su pecho y su respiración al clima provenzal: y entonces, sólo entonces, aproximábase al mar.

\* \* \*

Francia tiene la admirable ventaja de verse bañada por los dos mares. De ahí la facilidad de alternar según las estaciones, los temperamentos, los grados de la enfermedad, entre la tonicidad salada del Mediterráneo y la tonicidad más húmeda, más suave (salvas las tempestades), que nos ofrece el Océano.

En cada uno de estos dos mares hay una escala graduada de estaciones, más ó menos blandas, más ó menos fortificantes. Es muy interesante observar esa doble gama, y á menudo el seguirla, yendo del tono más débil al más fuerte.

La del Océano, que parte de las aguas fuertes y fortificantes, venteadas, agitadas, de la Mancha, se dulcifica en extremo al Mediodía de la Bretaña, humanizándose todavía más en Gironde, y es muy apacible en la cerrada concha de Arcachón.

La del Mediterráneo, circular casi, tiene su nota más elevada en el seco y penetrante clima de la Provenza y de Génova; dulcifícase hacia Pisa; se equilibra en Sicilia, mientras que en Argel obtiene un grado notable de fijeza. De retorno, gran suavidad en Valencia y Mallorca, y en los puertezuelos del Rosellón, tan bien abrigados por el Norte.

\* \* \*

Dos caracteres hacen agradable el Mediterráneo sobre todas las cosas: su

plan tan armónico y la vivacidad, la transparencia de la atmósfera y de la luz. Es aquél un mar azul muy amargo, saladísimos ; perdiendo por la evaporación tres veces más de agua que la que le traen los ríos. Sólo sería sal y convertiríase en tan acre como el Mar Muerto, si corrientes inferiores, tales como la de Gibraltar, no lo templaran incesantemente por medio de las aguas del Océano.

Cuanto he visto de sus playas era magnífico, mas un tanto áspero. Nada vulgar. La traza de los fuegos subterráneos que se descubre por todos lados, sus sombrías rocas plutonianas, jamás fatigan, cual sucede con las interminables dunas de arena ó los sedimentos arcuosos de las costas bravas. Y si los famosos naranjales parecen un tanto monótonos, en cambio los abrigados recodos dominan la vegetación africana, álces y cactus, los campos de setos exquisitos sembrados de mirto y de jazmín, por último, las odoríferas landas agrestemente perfumadas, causan vuestra admiración. Verdad es que las más de las veces se ciernen sobre vuestra cabeza calvas y estériles montañas: sus largos pies, sus vastas raíces que van continuando hasta el mar, refléjanse en el fondo de las aguas. «Parecíame que mi barquilla--dice un viajero,--nadaba entre dos atmósferas, como si estuviese impelida por el aire arriba y abajo.» Y prosigue describiendo el mundo variado de plantas y de animales que contemplaba bajo ese cristal en las costas de Sicilia. Menos afortunado



yo que él, paseándome por el mar de Génova sobre un  
agua tan  
transparente como la descrita, sólo veía el desierto.  
Las enjutas rocas  
volcánicas de la playa, de mármol negro ó color blanco  
todavía más  
lúgubre, me representaban en el fondo del brillante  
espejo monumentos  
naturales, especie de sarcófagos antiguos, iglesias  
en ruinas. A veces  
figurábame distinguir ciertas reproducciones de las  
catedrales de  
Florencia ó de Pisa; otras, creía ver silenciosas e  
sfinges ó monstruos  
innominados, ¿acaso ballenas? ¿elefantes? lo ignoro  
: quimeras de mi  
fantasía, sí, y sueños extraños. Nada de realidades  
.

Ese mar, tal como es, con sus climas poderosos, templado  
admirablemente al  
hombre, dándole la fuerza seca, la más resistente,  
y formando las razas  
más sólidas. Nuestros héroes del Norte son tal vez  
más fuertes, empero  
indudablemente no tan robustos ni aclimatables como  
el marino provenzal,  
el catalán, el de Génova, el de Calabria, el de Grecia.  
Estos, curtidos  
y bronceados, pasan, al estado de metal: rico color  
que de ningún modo  
es un accidente de la epidermis, sino una inhibición  
profunda de sol y  
de vida. Un discreto médico, amigo mío, mandaba á sus  
clientes  
descoloridos de París, de Lyon, á aquellas costas á  
tomar baños de sol,  
y él mismo lo desafiaba hora tras hora sobre una roca,  
no resguardando  
más que la cabeza; lo restante de su cuerpo adquiría  
a un bello matiz  
africano.

Los enfermos de veras dirigiánse á Sicilia, Argel, Madera y las Canarias; empero la regeneración de los débiles, de los fatigados, de los descoloridos habitantes urbanos, se efectuará tal vez mejor en los climas más desiguales. Debe esperarse en primer término de los países que han dado al Universo los más altos ejemplos de energía--el acero del género humano, la Grecia,--y la raza de sílex, fina, ejercitada, indestructible, de los Colón y los Doria, los Masse na y los Garibaldi.

\* \* \*

Nuestros puertos del extremo Norte, Dunkerque, Boulogne, Dieppe, azotados por los vientos y corrientes de la Mancha, son también una fábrica de hombres que los hace y rehace. Aquel gran soplo y aquel gran mar, en su eterno combate, basta para resucitar á los muertos: y en efecto, allí se operan renacimientos inesperados. El que no tiene lesión grave se recobra en un instante. Toda la máquina humana funciona con fuerza de buen ó mal grado; digiere, respira. La Naturaleza es exigente y sabe el medio de hacerla andar. Los robustos vegetales que forman una sábana de verdura bajo el influjo de los más fuertes ventarrones marinos, nos hacen asomar la vergüenza al rostro cuando los comparamos con nuestra languidez. Cada puertezuelo normando es un agujero de la costa brava por el que se introduce el infatigable Noroeste (el

\_Norouais\_ en buen normando), silbando y haciéndono  
s revivir. Por  
supuesto, que no sopla con tanta violencia á la emb  
ocadura del Sena, á  
la sombra de los bosques de manzanos de Honfleur y  
de Trouville. Al  
partir el manso río, se desliza suavemente á la izq  
uierda, trayendo el  
influjo de su carácter agradable y pacífico.

Hase descrito en otro sitio de esta obra el mar veh  
emente, con terrible  
frecuencia, de Granville, Saint-Malo, Cancale. Aque  
lla es la mejor  
escuela para la gente joven. Allí está el reto del  
mar al hombre, la  
lucha en que los fuertes conviértense en fortísimos  
. La grande gimnasia  
naval ha de verificarse en esos parajes entre norma  
ndos y bretones.

\* \* \*

Si, por el contrario, se tratara de una existencia  
gastada, frágil, de  
un niño débil y enfermizo, ó de una mujer agotada e  
n las luchas del  
amor, buscaríamos un sitio más suave para abrigar e  
se tesoro. Una playa  
enteramente tranquila con el agua no tan fría, sin  
engolfarnos mucho al  
Mediodía, son cualidades de las islitas y península  
s del Morbihan: todos  
aquellos islotes forman un laberinto más intrincado  
que aquel en que un  
rey ocultó á su Rosmunda. Confíe, pues, usted la su  
ya á ese mar  
discreto. Nadie lo sabrá, exceptuando las vetustas  
piedras druídicas  
que, con algunos pescadores, constituyen los únicos  
habitantes de sitio  
tan agreste y bonancible.--«Pero--pregunta nuestra

dama,--¿de qué se  
vive allí?--Sobre todo, de pesca, señora.--¿Y de qué  
más?--- De pesca.»  
No dista mucho Saint-Gildas, la abadía adonde, según  
dicen los bretones,  
fué Eloísa para reunirse con su Abelardo. Poco les  
bastó para vivir á  
los célebres amantes: adoptaron el sobrio y solitario  
régimen de  
Robinsón, comida de viernes. En dirección del Medio  
día se encuentran  
algunos lugares más civilizados, agradables y deliciosos,  
tales como  
Pornic, Royan y Saint-Georges, Arcachón, etc.

Ya he mentado en otra ocasión Saint-Georges, la dulce  
playa de los  
olores amargos. Arcachón es asimismo muy apacible en  
medio de sus  
\_pinadas\_ resinosas cuyos perfumes vivifican. Sin la  
mundana invasión de  
la populosa y rica Burdeos, sin la muchedumbre que  
afluye y se atropella  
en ciertas épocas, mucho nos agradecería ocultar allí  
nuestros adorados  
enfermos, los tiernos y delicados objetos para quienes  
tememos el  
bullicio mundanal. Mientras estuvo ese sitio encerrado  
en su concha  
interior, ofrecía el contraste de un mar tranquilo  
y profundo, absoluto,  
á dos pasos de un mar terrible. Más allá del faro,  
el furioso golfo de  
Gascuña; dentro, el agua soñolienta y la languidez  
de una ola muda, que  
no causa más estrépito que el que producir puede un  
piececito sobre la  
elástica almohada del alga marina con que se afirma  
una capa de arena  
muy reblandecida.

En un clima intermedio que no es ni Norte, ni Medio

día, ni Bretaña, ni  
Vendée, he visto y vuelto á ver con alegría el precioso y grave abrigo  
de Pornic, sus excelentes marinos, sus agraciadas muchachas,  
encantadoras bajo sus gorras puntiagudas. Es un lugar  
arcillo de reposo,  
que teniendo enfrente la dilatada isla (península más bien) de  
Noirmutiers, llégale el mar oblicuamente, de una manera indirecta y con  
mesura, y apenas ha entrado, se humaniza, hilando por medio de su rizada  
onda lino, al parecer, ó muer. En aquella concha de  
algunas leguas de  
extensión, ha fabricado el mar otras pequeñas, ancones angostos de suave  
pendiente para las mujeres, ó bañeras para los niños. Esas lindas playas  
enarenadas, separadas entre sí, ocultas á las miradas indiscretas por  
rocas respetables, tienen sus pequeños misterios para divertir á los que  
en ellas se bañan. Vese alguna vida marina, pero mucho más pobre que en  
otro tiempo: el abrigo es inútil, y también perjudicial. El mundo de las  
aguas no recibe en esa concha hartos tranquilos, rica alimentación; por lo  
tanto, la abandona. Dicho mar se enajena de día en día el gran oleaje  
del Océano, haciéndose sordo á sus gritos, que sólo se oyen muy  
debilitados. Semi-silencio que tiene gran encanto. En ningún otro punto  
he hallado con más dulzura la libertad de soñar despierto, ni el encanto  
de los mares moribundos.

### III

#### La habitación.

Permítase á un ignorante que, sin embargo, ha adquirido cierta experiencia á costa suya, dar algunos consejos sobre los puntos que no citan los libros, y que hasta el presente han preocupado muy poco á los hombres de la facultad médica. Para que esos consejos no sean tan difusos, los doy á una persona enferma que me pide informes. ¿Es un ser ficticio? No. La persona á quien me dirijo, hela realmente encontrado, y más de una vez, en el transcurso de mi vida.

He aquí á una señora joven, debilitada, enferma ó muy cercana á estarlo, y un niño más débil todavía que la madre. El invierno se ha pasado así, así; la primavera con más dificultad. Sin embargo, no hay lesión grave. Debilidad, anemia; esto es todo: sólo dificultad para vivir. Se les prescribe pasar el verano á orillas del mar.

Gasto exorbitante para una persona de medianos recursos y poco acomodada. Penoso viaje para una ama de casa. Ruda separación, sobre todo, tratándose de dos esposos que se quieren. Entrase en negociaciones: se desearía dulcificar la sentencia. ¿No será bastante un mes? Empero el muy entendido doctor insiste. Cree que una estancia demasiado corta hace más daño que bien. La impresión brusca, violenta, de los baños, sin preparativo de ninguna clase, es

más bien propia para  
trastornar la salud, aun la más robusta. Las personas razonables, al  
llegar al puerto de mar, lo primero que deben hacer es aclimatarse,  
respirar: el mes de junio es excelente para el caso --julio y agosto para  
tomar los baños;--septiembre, y á veces octubre, procuran el descanso de  
los fuertes calores, dulcifican la excitación producida por la acritud  
salina, consolidan los resultados, y aun con sus frescos ventarrones  
acostumbran á los fríos invernales.

Pocos hombres hay libres durante todo el verano: y mucho será si el  
marido puede pasar junto á su cara mitad uno ó dos meses--agosto y  
septiembre, por ejemplo.--Por poco dispuesto que se encuentre á  
sacrificarla los intereses secundarios, en bien de su misma esposa debe  
quedarse en casa. Hay en la restringida existencia del hombre laborioso  
cadenas que no puede romper sin gran detrimento de la familia. Así,  
pues, la señora ha de partir sola. Ya los tenemos divorciados.

¿Partir sola? Nunca lo ha estado. Más tranquila iría si marchaba en  
compañía de una familia de amigos ricos, que parte sin faltar uno,  
marido, mujer, niños, criados.--Si me atreviera á dar mi opinión, diría:  
«Que parta sola.»

La partida en compañía, divertida y agradable al principio, suele tener  
consecuencias bien distintas. Hay incómodos, pendejas, y los que

partieron amigos vuelven enemigos, ó (y esto es peor aún) demasiado amigos. La ociosidad de los baños produce con harta frecuencia resultados imprevistos que hay que lamentar toda la vida. El más pequeño de los inconvenientes que puede resultar (y yo no lo encuentro pequeño), es que gentes que, separadas, habrían sentido mejor el influjo del mar, trayendo muy buena impresión de su viaje, si han de vivir juntas proseguirán el sistema de vida de las grandes ciudades (frivolidad, vulgaridad, falsa alegría, etc.) Cuando uno está solo, se ocupa en algo, medita; en tertulia, se charla, se murmura. Esos amigos ricos y gentes de mundo arrastrarán la joven señora á sus diversiones; de suerte que se sentirá agitada y llevará una vida más intranquila y antimedical que en París. Su misión es enteramente distinta. Reflexione usted lo que la digo, señora; tenga ánimo y sea prudente. Rodeada de soledad, sin más distracciones que las que le procure su hijo, vida inocente, infantil si usted quiere, pero pura, noble, poética, sólo haciendo este género de vida recobrará las fuerzas y la salud perdidas. La justicia delicada y tierna que la hace á usted temer los placeres, mientras otra persona que ha quedado en casa trabaja para la familia, le será tenida en cuenta, no lo dude. El mar la estimará más si no quiere otro amigo que él mientras esté á su lado; y en dicho sitio de reposo la prodigará su tesoro de vida, de juventud. El niño crecerá como un



precioso árbol y usted florecerá en la gracia, volviendo á su hogar  
joven, adorada.

\* \* \*

Resígnase y parte. La estación es indicada y hasta conocida. Se aprecia  
por el análisis químico el valor real de las aguas.

Empero hay un sinnúmero de circunstancias locales, que no pueden adivinarse á gran  
distancia, y raras veces las conoce el médico. El hombre de las grandes  
ciudades, tan ocupado siempre, no tiene ocasión ni tiempo para estudiar  
aquellas localidades.

De las más importantes han sido publicadas guías que no carecen de  
mérito. Por ellas se sabe el gran número de enfermedades que pueden  
curarse en la estación recomendada. Mas, pocas, poquísimas, dicen nada  
sobre lo más esencial que allí se va á buscar, la originalidad del  
sitio; no atreviéndose á declarar abiertamente lo malo y lo bueno, el  
lugar que dicho sitio ocupa en la escala de las estaciones. El libro es  
un elogio general, tan general, que muy poco instruye.

¿Cuál es la situación exacta? Si examinamos el plano, veremos que la  
costa hace una ligera inflexión al Mediodía. Pero esto no enseña nada.  
Podrá suceder que tal ó cual curva del terreno coloque la habitación que  
usted ocupe bajo una influencia demasiado fría; que, por ejemplo, un  
torrente desembocando en la costa, un valle oculto,

pérfido, la traiga  
el viento del Norte, ó que, merced á un repliegue d  
el terreno, el viento  
del Oeste se engolfe y la ahogue con su soplo.

¿Hay pantanos en las cercanías? La respuesta es fác  
il: diciendo sí, casi  
siempre se acertará. Mas la diferencia es grande si  
éstos son salados,  
renovados, saneados por el mar, ó pantanos adormeci  
dos de agua dulce  
que, después de las sequías, producen emanaciones f  
ebrosas.

¿Es puro el mar ó mezclado? ¿Y en qué proporción? G  
ran misterio que uno  
no se atreve á esclarecer. Pero para las personas n  
erviosas, para los  
novatos que empiezan la serie de baños de mar, los  
más suaves son los  
mejores. Un mar un poco mezclado, el aire no muy sa  
lado ni acre, una  
playa risueña que ofrezca las perspectivas del camp  
o, son las mejores  
circunstancias.

Un punto grave y capital es la elección de vivienda  
. ¿Quién va á  
dirigir á usted? Nadie. Preciso es ver, observar po  
r sí mismo. Muy poca  
luz se saca de los que han visitado la comarca, aun  
que hayan vivido en  
ella, pues la elogian ó critican, no según su verda  
dero mérito, sino  
conforme á lo que se divirtieron ó á las amistades  
contraídas. La  
recomendarán á algún amigo que la recibirá con los  
brazos abiertos, y al  
cabo de algunos días palpa usted los inconvenientes  
. Ve que vive en la  
casa menos cómoda, y á veces malsana y peligrosa. N  
o importa, está usted

ligada; ofendería á la persona que la recomendó y á la amable, excelente y hospitalaria familia que la ha recibido bajo su techo.

«Bueno; no me ligaré. Mas al llegar, si encuentro un médico honrado, querido, suplicaréle me guíe.»--¡Honrado! No basta esto; debería ser también intrépido, heroico, para poder hablar con franqueza sobre punto tan capital. Se pondría mal con todos los habitantes del lugar; sería hombre al agua. Todo el mundo le rechazaría, viéndose precisado á vivir como una fiera, y podría darse por muy contento si alguna noche no encontraba quien le jugara una mala pasada.

\* \* \*

Detesto las construcciones ligeras hasta lo absurdo que levanta la especulación para climas tan variables. Como uno llega en la época de los grandes calores, acéptase sin titubear tal vivac: pero con frecuencia se prolonga la estancia durante septiembre y aun todo el octubre, expuestos á la furia de los vientos y las lluvias.

Los propietarios del país que gozan de buena salud, constrúyense para ellos buenas y sólidas casas, perfectamente resguardadas. Y para nosotros, pobres enfermos, edifican albergues de tablas, absurdos \_chalets\_ (no rellenos de musgo cual los de Suiza, sino abiertos y con las junturas despegadas). Esto sí que se llama burlarse del prójimo.

En esas quintas, de apariencia lujosa, si bien miserables en el fondo, nada ha sido previsto. Salones, piezas de aparato con vistas al mar, pero nada de interior agradable; nada de esas dulces comodidades de que tanto necesita la mujer. La pobre no sabe do guarecerse, viviendo allí como en una semitempestad continua, sufriendo á cada momento bruscas transiciones de temperatura.

Por otro lado, la sólida casa del pescador, y aun del hombre de la clase media, suele ser baja y húmeda, incómoda, inconveniente para ciertas disposiciones. Muchas veces no sólo carece de doble y grueso techo, sino que tiene un sencillo envigado por donde penetra y sube á las habitaciones superiores el aire frío de los bajos. De ahí los constipados y reumatismos, las gastritis y cien otras enfermedades.

Cualquiera de aquellas dos habitaciones que escoja usted, señora, ¿sabe lo que deseo contenga ante todas cosas? Ríase cuanto quiera, no importa. Lo que deseo contenga es, á pesar de hallarnos en el mes de junio, una buena chimenea á prueba de viento. En nuestra hermosa Francia con su frío Noroeste, y lluvioso Suroeste, que en el año que corre ha reinado nueve meses, es preciso poder encender fuego en todo tiempo. En medio de una velada húmeda, cuando su hijo de usted se presenta tiritando y no puede entrar en calor antes de acostarse, debe encenderse un buen fuego.

Dos cosas hay que han de estar previstas anticipadamente en toda habitación: el fuego y el agua--agua potable, cosa bastante rara junto al mar.--Caso de que no pueda beberse, trate usted de suplirla con cerveza ú otra bebida de las usadas en el país.

¡Cuánto daría por poder levantar con la palabra la quinta del porvenir tal como se presenta en mi ánimo! No me refiero á la casa fastuosa, al palacio que quisieran los ricos erigir orillas del mar: hablo de la modesta casa de las fortunas medianas. Es un arte que está por crear todavía, y todos parecen ignorarlo. Los ensayos hechos hasta ahora son copia de tipos en contradicción con nuestros climas y la vida de las costas. Esos kioscos, accidentados de ligeros adornos, son á propósito para lugares abrigados, pero en los nuestros dan miedo: parece que el viento va á llevárselos. Los \_chalets\_ que, en Suiza, ostentan grandes cobertizos para resguardarse de las nieves y encerrar el heno, tienen el grave inconveniente de quitar mucha luz. El sol (en nuestros mares del Norte) no debe ser desterrado, sino acogido con gran cuidado. Y en cuanto á las imitaciones de capillas, de iglesias góticas tan incómodas para vivienda, dejemos á un lado esas monadas ridículas.

Orillas del mar, el primer problema es una gran solidez, firmeza, espesor de las paredes á prueba de los temblores y conmociones que se

sienten cuando uno está metido en una frágil vivien-  
da, fundamentos, en  
fin, que inspiren confianza; de suerte que en medio  
de la más horrorosa  
tempestad tenga la mujer tímida la seguridad de que  
no hay peligro para  
ella ni para cuanto la rodea, y pueda dibujarse en  
su rostro la sonrisa  
y esa felicidad del contraste que hace exclamar: «¡  
Qué bien se está  
aquí!»

El segundo punto es que la pared de la casa que mir  
a á la tierra esté  
tan bien abrigada, que haga olvidar el mar, y que a  
l lado de aquel  
continuo torbellino puedan los moradores encontrar  
el descanso.

Para responder á esas dos necesidades, preferiría l  
a forma que da menos  
asidero al viento, la semicircular ó de media luna,  
cuya parte convexa  
procuraríame por el lado del mar un panorama variad  
o, viniendo el sol á  
dar la vuelta de una á otra ventana y recibiénolo  
á todas horas.

La concavidad de ese semicírculo, el interior, esta  
ría protegido por los  
picos de la media luna, para que abrazara el lindo  
parterre del ama de  
casa. A partir de ese parterre, la inclinación prog  
resiva del suelo  
permitiría formar un jardín de alguna extensión, re  
sguardado de los  
vientos marinos. Con frecuencia basta un repliegue  
del terreno para  
neutralizar su influencia.

«Flora aborrece el mar,» dícenos. Lo que aborrece  
es la negligencia del

hombre. Desde aquí estoy viendo Etretat, y ante un mar muy enfurecido, en lo más elevado de la costa brava, expuesta á la furia de los vientos, una granja con un vergel y árboles admirables. ¿Qué precauciones han tomado sus dueños? Un sencillo terraplén de cinco pies de alto, dejando crecer encima todo género de vegetación fortuita, un zarzal. Detrás de ese terraplén ha brotado una hilera de olmos bastante robustos que dieron abrigo á los demás. Asimismo hubiese podido tomar ejemplo de otras localidades de Bretaña. ¿Quién ignora la gran cantidad de frutas y de legumbres que produce Roscoff, las cuales llegan á venderse á vil precio hasta en la misma Normandía?

Volviendo á nuestro edificio, lo quiero no muy alto. Bajos y un piso para los dormitorios. Nada de granero arriba, sino alguna pieza baja ó desván que aisle el primer piso del techo.

Luego, la casa pequeña. En cambio, que sea sólida, con dos hileras de cuartos, una habitación mirando al mar y otra á la tierra.

Los bajos, de cara á la tierra, deberían estar abrigados un tanto por el primer piso que sobresaldría sólo unos cuatro ó cinco pies: esto constituiría en esa media luna interior una especie de galería para abrigarse durante el mal tiempo. Los cuartos bajos servirán de comedor, otra piececita, si se quiere, para la biblioteca (viajes, historia natural) y otra para baños. No se habla aquí de una

verdadera biblioteca  
ni una lujosa sala de baños. Lo más esencial, muy sencillito, cómodo, y es todo.

Me gustaría, en los momentos en que la playa es inabordable para los pechos delicados, me gustaría, digo, ver al ama de casa, sentada y bien abrigada, leyendo, trabajando en el \_parterre\_. Debería estar rodeada de alguna cosa que recordare la vida, flores, pajarera, una conchita llena de agua de mar donde podría llevar todos los días sus descubrimientos, las pequeñas curiosidades que la proporcionarían los pescadores.

Por lo tocante á la pajarera, preferiría fuese la pajarera libre que he aconsejado en uno de mis libros, aquélla en que los pájaros vienen á buscar un albergue para pasar la noche y un poco de alimento. Se cierra al anochecer para preservarlos de los mochuelos, y se abre de mañanita. Los pájaros no faltan á hora fija. Y aun creo que si aquélla fuese grande y se colocara en medio el árbol que les es común, fácilmente harían en él sus crías, bajo su protección, señora, confiándola á usted sus pequeñuelos.

Existencia seria, encantadora. ¡Qué soledad tan agradable en este intermedio de la vida, mientras dura esa rápida vida! La situación es enteramente nueva: nada de tráfico casero, nada de negocios. Con el hijo al lado, la soledad de la madre es más grande que si estuviese



separada de él. Si no tuviese consigo aquel compañe-  
rito, ofreceríasele  
otra compañía, los ensueños, engolfándola en la vid-  
a de las vanas  
visiones. Empero ese inocente guardián, el niño, lo  
impide: él la  
entretiene, la hace charlar. Recuerda el hogar domé-  
stico. Junto á su  
hijo no se borra de su memoria el sentimiento de qu-  
e es preciso  
trabajar, y recuerda que en otro punto hay alguien  
que trabaja para  
ellos y cuenta también las horas que transcurren.

Floreced, pura, agradable flor. Hoy más rejuvenecid-  
a que nunca, se  
encontrará usted como cuando era niña libre, y con  
bien dulce libertad,  
bajo la salvaguardia de su hijo.

#### IV

Primera aspiración del mar.

Es dar un paso muy grande y brusco el que abandona  
á París en tan bello  
momento dirigiéndose á la desierta playa; París, re-  
splandeciente  
entonces con sus magníficos jardines y sus floridos  
castaños. Junio se  
deslizara de un modo encantador en la costa si se e-  
ncontraban dos  
personas solas, antes de invadirla la muchedumbre.  
Mas, cuando uno llega  
solo, la conversación con el mar y la noble socieda-  
d de aquel gran  
solitario no dejan de producir cierta tristeza.

En las primeras visitas que hacemos á la playa, la impresión que nos causa es poco favorable: la hallamos monótona, agreste, árida. La inusitada grandeza del espectáculo nos hace sentir, por contraste, nuestra debilidad y pequeñez: el corazón se oprime. El pecho delicado que respiraba dentro de una mala habitación y se encuentra repentinamente en el anchuroso cuarto del Universo, expuesto al sol y el viento, siéntese oprimido. El niño juega, va, viene, corre. La enferma se sienta, é inmóvil, comienza á temblar á impulsos de aquel aire frío, y acude á su memoria la templada atmósfera del abandonado nido. Sin embargo, el hijo se divierte y esto la consuela un tanto.

Todo cambiará, señora. Fortalézcase usted. La impresión será bien distinta cuando, conociendo mejor el mar, lo vea tan poblado. La penosa constricción que usted siente en el pecho desaparecerá por el hábito: debe acostumbrarse á ese aire fresco, pero salado y acre, que lo menos que hace es refrescar. Hay que habituarse á él con lentitud, no querer aspirarlo expresamente. Poco á poco, sin apercibirse de ello, en los abrigados repliegues del terreno, jugando con su hijo, respirará usted libremente y sus pulmones se ensancharán. Empero, al principio, no permanezcan mucho tiempo en la playa, antes bien dirija sus pasos al interior de la comarca.

La tierra, su amiga habitual, la llama á usted. Los

pinares rivalizan  
con el mar en emanaciones saludables: las que le son  
propias, resinosas,  
son tonificantes como las que despiden el mar, y carecen  
de acritud.  
Elas penetran nuestro ser, se introducen por todos  
los poros, modifican  
la sangre, la salubrifican perfumándonos con un aroma  
sutil. En las  
landas, detrás de los pinos, los simples y las hierbas  
un poco fuertes  
que huelen usted, la prodigan su fragancia, no sosa  
y embriagadora como  
la que despiden la peligrosa rosa, sino agradablemente  
amarga. Siéntese  
usted en medio é imítelos, abrigándose en ese suave  
repliegue que forma  
el terreno. ¿No se diría que nos encontramos á cien  
leguas del mar?  
Aspire usted esos puros espíritus, alma de estas flores  
silvestres, sus  
hermanas en pureza. Cójalas usted, si le place, señora:  
no desean otra  
cosa las pobres. Son un poco agrestes, no hay duda;  
mas, ¡tienen tal  
suavidad! En su virginal perfume se encierra el raro  
misterio de calmar  
y consolidar. No tema colocarlas sobre su regazo, al  
lado del corazón.

\* \* \*

Debemos hacer notar que esas abrigadas landas son  
ardientísimas á  
ciertas horas del día, puesto que absorben, concentran  
los rayos  
solares. La mujer débil se agostaríase; y la joven, rica  
de vida, se  
inflamaría, herviría, sentiría fiebres temibles. Su  
cabeza se perdería  
por los sorprendentes y peligrosos efectos de espejismo  
que llegaría á

ver. Para pasearse por aquellos sitios han de elegirse los días nublados, húmedos y apacibles, ó bien levantarse temprano, á la hora del fresco matutino; cuando el tomillo conserva aún un poco de rocío, cuando el ágil conejo corre errante por los campos dando saltos y tumbos.

Pero ya es hora de que volvamos á nuestro Océano. Durante la resaca, pone de manifiesto y ofrece en cierto modo la rica vida que sustenta. Seguirle hemos paso á paso, avanzando sobre la húmeda arena, que todavía no se hunde mucho bajo nuestras plantas. Nada tema usted. A lo sumo, la mansa ola vendrá á bañar sus pies. Si observa bien, verá que esa arena no carece de vida, puesto que aquí y allá agítanse buen número de rezagados sorprendidos por el reflujo. Algunas playas esconden ciertos pececillos, y en la embocadura de los ríos se agita la anguila debajo produciendo pequeños terremotos. El cangrejo, muy encarnizado en sus festines así como en la lucha, ha querido, si bien un poco tarde, alcanzar el mar. Al correr, deja en la superficie un extraño mosaico, las torcidas líneas de su marcha oblicua, y donde terminan las líneas veislo encogido que aguarda la pleamar. El solen (mango de cuchillo) se ha zambullido, empero su retirada vese traicionada por el embudo que se reserva para respirar. La Venus esto por un fuco pegado á su concha que sale á la superficie y revela su albergue. Las ondulaciones del terreno os indican las galerías de los anélidos guerreros;

su arsenal es una  
maravilla, y el iris (visto al microscopio) es admirable por sus  
cambiantes colores.

El espectáculo más sublime se efectúa durante la gran marea. El Océano  
retrocede tanto más en el reflujo cuanto mayor fué su elevación durante  
el flujo, dejando entonces á descubierto espacios inmensos,  
desconocidos. El misterioso fondo del mar, producto de tantos ensueños,  
se aparece; y allí, sorprendentes, llenas de movimiento, de vida, en el  
secreto de sus hogares, vense sorprendidas tribus que se creían muy  
abrigadas y que nunca, casi nunca vieran el sol ni mucho menos habían  
estado expuestas á la indiscreta mirada del hombre.

Tranquilízate, pueblo tímido. Te están contemplando los ojos curiosos,  
pero compasivos, de una mujer: no es la mano del pescador, no. ¿Qué  
quiere aquélla? Sólo veros, saludaros y que os contemple su hijo,  
dejándoos disfrutar de vuestro elemento natural, y deseándoos salud y  
prosperidades.

A veces no hay necesidad de errar á mucha distancia : todo lo encontramos  
en un mismo sitio. Diviértese el Océano fabricando en el hueco de una  
roca océanos en miniatura que no por ser pequeños dejan de estar  
completos; esto es, un mundo de algunos pies en cuadro. Uno se sienta y  
contempla. Cuanto más miramos más existencias descubrimos, primero

imperceptibles y que luego se destacan. No nos move  
ríamos de aquel  
sitio, si el amo, el imperioso soberano de la playa  
no nos expulsara por  
medio del flujo.

Al día siguiente, uno se encamina al mismo punto. E  
s aquello la escuela,  
el museo, el insaciable divertimento para el hijo  
y la madre. Allí el  
ojo avizor de la mujer á la par que su tierno coraz  
ón, adivinan cuanto  
pasa sin escapárseles el menor detalle. La maternid  
ad indícale cómo se  
va creando la vida, formándose. ¿Queréis saber ahor  
a por qué su instinto  
le revela tan rápidamente la Creación, por qué pene  
tra con paso llano  
(como entraría Pedro por su casa) en el misterio de  
la Naturaleza?  
Porque la mujer es la misma Naturaleza.

En el fondo del agua untuosa vense pequeñas algas,  
pequeñas sí, pero  
sustanciosas y nutritivas, y otras plantas liliputi  
enses de finos y  
apreciados dibujos: pradera paciente para alimentar  
sus ganados, los  
moluscos, que ramonean por encima. Lepadas y bocina  
s, rombos, almejas  
violadas, telinas rosadas ó color lila, gente tranq  
uila toda, esperarán.  
Mejor resguardados los balanos merced á su ciudad f  
ortificada, cierran  
sus cuádruples ventanales. Mañana les veréis todaví  
a en aquel sitio.  
¿Acaso en medio de su inercia no sueñan con el movi  
miento? ¿No tienen  
una idea confusa y el amor de lo desconocido? ¿Igno  
ran que algún ser  
benéfico se aparecerá en ciertos momentos á refresc  
arles y

alimentarles?... ¡Oh, no! piensan en todo esto, y a guardan. Viudas dichas conchas del gran esposo, el Océano, saben que volverá en dirección á la tierra para acariciarlas. Y anticipadamente miran hacia él, y las que tienen casas fijas cuidan muy bien de que la puerta esté en aquella dirección y pronta á abrirse. Si se muestra un tanto violento su regenerador, mejor que mejor, así las mece más cariñosamente.

«Vé, hijo mío, cómo al acercarnos, esos inmóviles se han quedado solos; otros más activos huyeron al oír nuestros pasos, pero ya se tranquilizan. El bullicioso langostino irisa el agua con sus palpos delgados, encargándose de producir las olas y la tempestad á medida de un tal Océano. La araña del mar, lenta é insegura, líbrase por su tímida audacia; sube hacia la luz, á la tibia superficie. Un personaje prudente, agazapado en el fondo del fucos, bajo las violadas coralinas--el cangrejo,--avanza curioso, y después de lanzar una mirada furtiva, se zambulle en su selva.

«Pero ¿qué veo?, ¿qué es esto?: una concha enorme, inmóvil hasta este momento, recobra la vida, prueba á andar... ¡Oh! esto no es natural. ¡Vaya un fraude más grosero! El intruso se vende, gracias á los singulares tumbos que da... ¿Quién queréis que deje de conoceros, preciosa máscara, sir Bernardo el Ermitaño, taimado cangrejo que tratabais de haceros pasar por un inocente molusco?

Los peces que  
cargáis sobre vuestra conciencia os perturban y agi-  
tan demasiado.»

Orillas de nuestro Océano, extrañas á esos movimien-  
tos, las flores  
animadas despliegan sus corolas. Junto á la pesada  
anémona se ostentan y  
reflejan á los rayos del sol deliciosas hechiceras  
(los anélidos). De un  
tortuoso tubo surge un disco, una umbrela blanca ó  
color lila y á veces  
color carne. Un tanto ladeada ha desprendido de sí  
misma cierto objeto  
que no tiene igual en el mundo vegetal: no hay ning-  
una que se asemeje á  
su hermana, siendo inimitables por la delicadeza de  
su aterciopelado  
matiz.

He aquí una sin parasol, que deja flotar al viento  
una nube de tenues  
hilitos, coposos, teñidos apenas de un gris platead-  
o. Cinco hilitos se  
desprenden más largos que los otros y de color de c-  
ereza; ondulan,  
anúdanse y se desanudan, y enlazándose á los cabell-  
os de plata, producen  
en el agua encantador efecto. Esto nada dice á nues-  
tros sentidos  
groseros; pero habla muy alto para aquella que vive  
una existencia  
nerviosa, para el sutil ingenio de la mujer enferma  
á quien cualquier  
cosa electriza. A sus rojos y lánguidos colores, pa-  
ulatinamente se  
reconoce, siente el soplo vital que se enciende, br-  
illa y vuelve á  
apagarse. ¡Visión tiernísima! Y otra vez fija su mi-  
rada en aquel  
delicioso océano en miniatura, y entonces penetra m-  
ejor la Naturaleza,



madre fecunda, pero tan severa, que parece encontrar un áspero gozo en devorarse á sí misma.

Nuestra heroína permaneció sumida en éxtasis, oprimido el corazón por aquella idea. La mujer no sería mujer, es decir, el encanto del Universo, si no poseía ese don precioso: \_La ternura que no la deja hasta el sepulcro, la piedad y sus lágrimas, más valiosas que las más ricas perlas de los mares.\_

La que nos ha dado tema para este capítulo y algunos otros, no lloraba; pero ¡estaba tan próxima á hacerlo! El niño lo vió, y estando dotado, como todos los niños, de una penetración muy rápida, no despegó los labios, de suerte que el regreso al hogar fué silencioso.

Era el primer día en que aquella mujer, para dar gusto á su hijo, comenzó á deletrear con el alma el idioma de la Naturaleza; y de improviso habíale dirigido aquel idioma palabras tan misteriosamente conmovedoras que penetraron al fondo de su corazón.

Declinaba la tarde: el ave marina rezagada aguzaba sus remos, ansiosa de llegar á tierra y á su nido. Subiendo por la costatizada y por el ya obscuro jardín, dejóse oír un primer chillido siniestro, estridente, de ave nocturna. Pero la pajarera de refugio estaba perfectamente cerrada, durmiendo los pajaritos la cabeza bajo el ala. No obstante, quiso

asegurarse por sí misma la señora y vió que no había peligro. Entonces, escapóse un suspiro de lo hondo de su pecho y abrazó fuertemente á su hijo.

V

Baños.--La belleza renace.

Si, como afirman algunos médicos franceses, los baños de mar sólo tienen una acción mecánica, y no dan á la sangre ningún principio nuevo, \_siendo simplemente una rama de la hidroterapia\_, preciso es confesar que de todas las formas de la hidroterapia, ésta es la más ruda, la más aventurada. Desde el momento en que esa agua, tan rica de vida, no hace más efecto que el agua clara, es una locura practicar tales experimentos al aire libre, expuestos á los azares del viento, del sol y de otros mil accidentes.

Cualquiera, al ver salir del agua á la pobre criatura que toma los primeros baños, pálida, descarnada, atemorizada, con un temblor mortal, presiente lo rudo que ha de ser tal ensayo y el peligro que corren ciertas constituciones. Estad persuadidos que nadie irá á afrontar tan terrible suplicio si puede suplirlo en su propia casa y sin riesgo por medio de una suave y prudente hidroterapia.

Añadid que la impresión, como si no fuera bastante fuerte, se agrava para la mujer nerviosa con la presencia de la muche dumbre. Es una exhibición cruel ante un mundo crítico, ante las rivales encantadas de encontrarla fea una vez siquiera, ante hombres poco circunspectos que de todo hacen burla, observando, gemelos en mano, las tristes peripecias de tocado de una pobre mujer humillada.

Para soportar todo esto, preciso es que la enferma tenga una fe, pero una gran fe en el mar, que crea que no hay otro remedio que pueda curarla, que quiera á toda costa empaparse de las virtudes de sus aguas.

«¿Por qué no?--dicen los alemanes.--Si la primera impresión del baño os contrae y cierra vuestros poros, después se abren por medio de la reacción de calor que se sigue; la piel se dilata y se hace muy susceptible de absorber la vida del mar.»

Estas dos operaciones, son obra casi siempre de cinco ó seis minutos. Un baño más largo suele perjudicar.

Por otra parte, no debe llegarse á la violenta emoción de los baños fríos, sino después de prepararse con el uso de baños tibios que facilitan la absorción. Nuestra piel, formada enteramente de boquitas, y que á su modo absorbe y digiere como el estómago, necesita acostumbrarse á tan fuerte alimento, á beber el mu cus del mar, esa

leche salada que constituye su vida, con la que hace y rehace los seres.

En la sucesión graduada de los baños calientes, tibios y casi fríos, la piel tomará ese hábito, esa necesidad: experimentando sed, beberá más y más todos los días.

Durante la ruda ceremonia de los primeros baños fríos debe evitarse al menos la odiosa indiscreción de las muchedumbres. Que se verifique en sitio seguro, sin más testigo que el indispensable, una persona adicta para auxiliar en caso de necesidad, vigilar, sostener, dar friegas con paños de lana bien calientes, propinar un ligero cordial de un líquido templado en el que se pondrán algunas gotas de energético elíxir.

«Pero--se me objetará,--el peligro es menor cuando uno se baña á la vista de todo el mundo. Ya pasaron los tiempos de Virginia que, en un trance extremo, prefirió ahogarse mejor que tomar un baño.»--Error.

Somos ahora mucho más nerviosos que nunca, y la impresión á que me refiero es tan viva é irritante (hablo para ciertas personas), que puede producir efectos mortales, por ejemplo un aneurisma, un ataque apoplético.

\* \* \*

Estimo el brazo popular, mas aborrezco las muchedumbres, y sobre todo, las bulliciosas muchedumbres de vividores, que entristecen las orillas del mar con sus risotadas, sus modas, sus ridiculeces

es. ¡Cómo! ¿No hay bastante espacio tierra adentro, que habéis de venir aquí á hacer la guerra á los pobres enfermos, vulgarizar toda la majestad del mar, la salvaje y la verdadera grandeza?

La maldita casualidad me llevó un día del Havre á Honfleur, á bordo de una embarcación que rebosaba de esos imbéciles. A pesar de lo corto de la travesía, como los señoritos se fastidiaban, organizaron un sarao. Ignoro cuál de ellos (¿algún maestro de baile?) llevaba un pequeño violín en la faltriquera y comenzó á tocar contradanzas á presencia del Océano. Verdad es que no se oían los acordes de su instrumento, pues, la profunda voz del mar, que solemne, formidable, bramaba á nuestro alrededor, ahogaba aquellos débiles sonidos.

Concibo muy bien la tristeza que se apodera de la señora que en el mes de julio, ve turbada la soledad de su retiro por ese enjambre de presumidos, descreídos, confidentas, curiosas, etc.

Desde aquel momento cesa la libertad. La más tranquila y apartada mansión pierde su calma nocturna con la algazara que promueven todos aquellos seres, en cafés y casinos. De día, bandadas de petimetres de guante a marillo y bota de charol, hormigueaban en la playa. Han visto á alguna persona que estaba sola. ¿Sola? ¿Por qué lo está? Y empiezan los cuchi cheos. Acércanse y tratan de entablar conversación por medio del niño, al cual regalan algunas conchas. En una palabra, la señora, sin sab

er qué hacer,  
importunada, permanece en casa ó sólo sale de mañan  
ita. Entonces, todo  
son comentarios malévolos, llegando á oídos de la m  
adre una que otra  
frase. Esto no deja de inquietarla. Aquellos import  
unos, á quienes trata  
de desviar de su lado, son á veces gentes de influj  
o que podrían  
perjudicar á su esposo.

En ninguna parte trabaja tanto la imaginación como  
en los baños de mar.  
Las noches de julio y agosto, ardientes, y que se p  
restan poco al sueño,  
suelen pasarse agitadas, pensando en esas quimeras.  
Si la señora se  
levanta tarde, esto ocasiona más molestia que de co  
stumbre, pues en tal  
caso, el baño, en vez de refrescar, añade la irrita  
ción salina al calor  
canicular. De manera que no ha recobrado la fuerza  
de la juventud, sino  
el hervidero. Débil todavía y en estado nervioso, v  
ese turbada al propio  
tiempo por esa tempestad interior.

Interior, pero no oculta. El mar, el impertérrito m  
ar, trae y descubre á  
la piel aquella agitación que no quisiera descubrir  
se á nadie,  
vendiéndola por medio de granitos, de ligeras eflor  
escencias. Todas esas  
miserias humanas, más comunes en los niños, y que s  
us madres toman por  
signo de salud, las afligen y humillan cuando son e  
llas quienes las  
sufren, temiendo verse privadas del cariño de sus c  
ompañeros. ¡Cuán poco  
conocen al hombre! Las pobres ignoran que el gran a  
tractivo, el más vivo  
aguijón del amor, son los percances de la vida y no

la belleza.

«Pero ¡y si me encontrara fea!» Esto dice cada mañana al mirarse en el espejo. La esposa teme, á la par que la desea, la llegada de su bien amado: con todo, encuéntrase muy sola, tiene miedo sin saber por qué, en medio de tanta gente. No se atreve á alejarse, á pasear á cierta distancia. Su agitación crece por momentos. Apodérase la fiebre de todo su ser, métese en cama... Al cabo de veinticuatro horas encuéntrase el esposo á su lado.

--¿Quién le ha avisado? Ella no. Una manecita, con caracteres muy gruesos, ha escrito lo que sigue: «Querido papá: venid cuanto antes. Mamá está en cama. El otro día la oí decir: ¡Si le tuviese á mi lado!»

Helo aquí: ya está buena. ¡Hombre feliz! Feliz de verla restablecida, feliz de ser necesario, feliz de encontrarla tan bella. Verdad es que el sol ha tostado su cutis, pero ¡qué joven está! ¡Qué vida respira su mirada encantadora! ¡Qué dulce reflejo de salud en sus sedosos y magníficos cabellos que ondulan al viento!

\* \* \*

¿Es fábula lo que se acaba de leer? Ese súbito renacimiento de vida, de belleza, de ternura, esa deliciosa aventura de encontrar á su mujer convertida en una joven querida llena de emoción, y tan dichosa de verse al lado de su compañero, ese milagro ¿es ficción ac

aso? No, sino el agradable espectáculo que se ve muy á menudo. Y si es raro entre los ricos, frecuentemente acontece á las familias laboriosas y esclavas de sus deberes. Sus forzosas separaciones son penosas; las escapatorias que permiten reunirse tienen un encanto que el arte no puede ocultar, ni los esposos se avergüenzan de demostrar su felicidad.

Conocida como es la tirantez prodigiosa de la vida moderna para los hombres del trabajo (es decir, para todo el mundo, excepción hecha de algunos ociosos), causan gran satisfacción estas alegres escenas, en que la familia reunida da expansión, por un momento, á los impulsos de su corazón. Los que lo tienen gastado, dirán que esto es propio de gentecilla, que es muy prosaico. Poco importa la forma, cuando el fondo es tan conmovedor. El negociante cuidadoso que de vencimiento en vencimiento ha logrado salvar la nave do guarda el porvenir de la familia, la víctima administrativa, el empleado que gasta su salud con la injusticia y tiranía de las oficinas, todos esos cautivos han roto sus cadenas, y en tan fugaz descanso, su adorada y tierna familia quisiera resacirles de los trabajos pasados, á fuerza de solicitudes. Gran talento demuestran para ello así la madre como el hijo. Con su alegría, sus caricias y las distracciones que procura el mar, apodéranse del ánimo fatigado, despertando en él otras ideas. Este triunfo les corresponde de derecho: llévanlo á todas partes, á



ver su playa, á que  
contemple su mar, disfrutando con la admiración que  
producen estos  
objetos al recién venido. Si se les oye, todo aquel  
lo es \_suyo\_. Hanse  
posesionado del Océano en que se bañaron y se complacen en ofrecérselo.

La esposa vuelve á presentarse amable, benévola, ante la muchedumbre que  
hasta hace pocos momentos tanto la inquietaba. ¡Encuéntrese tan bien á  
su lado; tan en su centro! Siéntese más que segura, muy valiente: está  
familiarizada con el mar, con las olas, y afirma que va á nadar: «quiere  
domar el mar.» Ambición un tanto elevada. Primero vese postergada por su  
hijo, algo más listo y atrevido que su madre. Creyéndose sostenida,  
nada; en otro caso tiene miedo y se va al fondo.

Ahora se resarcirá á fuerza de baños, pues hase enamorado del mar, lo  
adora. Y la verdad es que el mar no comprende las pasiones á medias. No  
sé qué embriaguez eléctrica se encierra en él, que quisiéramos absorber  
cuanto contiene.

## VI

Renacimiento del alma y de la fraternidad.

Tres formas de la Naturaleza dilatan y engrandecen nuestra alma, sácanla  
de quicio y la hacen bogar en el infinito.

El variable Océano de la atmósfera, con su festín de  
e luces, sus vapores  
y su claroscuro, su movible fantasmagoría de creaciones  
caprichosas, con  
tanta rapidez disipadas.

El Océano fijo de la tierra, su ondulación que seguimos  
de lo alto de  
las grandes montañas, los levantamientos, testimonio  
de su antigua  
movilidad, la sublimidad de sus cimas, de sus nieves  
eternas.

Por último, el Océano de las aguas, no tan movible  
como el primero y  
menos fijo que el segundo, dócil á los movimientos  
celestes en su  
balance regular.

Estas tres cosas forman la gama con que habla á nuestra  
alma el  
infinito. Con todo, notemos su diferencia:

Es tan móvil la primera, que apenas la observamos;  
engaña, embauca,  
divierte; disipa y esparce nuestras ideas. En ciertos  
momentos truécense  
en esperanza inmensa, creyendo vernos transportados  
al infinito, estar  
en presencia de Dios... No, no, todo huye; el alma  
se entristece, está  
turbada y empieza á dudar. ¿Por qué haberme hecho  
entrever ese sublime  
ensueño de luz? No puedo desecharlo de mi mente, mi  
entorno á mi alrededor  
sólo veo tinieblas.

El Océano fijo de las montañas no huye así de nuestras  
miradas. Al  
contrario: á cada paso nos detiene, imponiéndonos  
muy ruda pero  
salutífera gimnasia. Compramos su contemplación con

la más violenta  
acción. Sin embargo, la opacidad de la tierra así c  
omo la transparencia  
de la atmósfera, suelen engañarnos y extraviarnos.  
¿Quién ignora que  
Ramond estuvo buscando inútilmente por espacio de d  
iez años el Monte  
Perdido, el cual, aunque se ve, nadie ha podido lle  
gar hasta su cúspide?

Grande, muy grande es la diferencia entre los dos e  
lementos: la tierra  
es muda mientras que el Océano habla. El Océano es  
voz que habla á los  
lejanos astros, contesta á su movimiento en su idio  
ma grave y solemne.  
Habla á la tierra, á la playa, con patético acento;  
dialoga con sus  
ecos: plañidero unas veces, amenazador otras, ruge  
ó suspira. Y á quien  
se dirige, sobre todo, es al hombre. Siendo el cris  
ol fecundo donde  
empieza y continúa la Creación en todo su auge, pos  
ee la viva elocuencia  
de ésta: es la vida hablando á la vida. Los seres q  
ue por miles de  
millones nacen en su seno, son sus palabras: el mar  
de leche que los  
produce, la fecunda gelatina marina, aun, antes de  
organizarse, blanca,  
espumosa como es, habla también. Y todo junto es lo  
que llamamos la gran  
voz del Océano.

¿Qué es lo que dice? \_Dice la vida\_, la metamorfosi  
s eterna; dice la  
existencia flúida. Avergüenza á las ambiciones petr  
ificadas de la vida  
terrestre.

¿Qué más dice? \_Inmortalidad.\_ En el último tramo d  
e la Naturaleza

existe una fuerza indomable de vida. ¿Cuál no será en el más alto, en el alma!

¿Y qué otra cosa dice? \_Solidaridad.\_ Aceptemos el rápido cambio que, en el individuo, existe entre sus diversos elementos; aceptemos la ley superior que enlaza los miembros vivos de un mismo cuerpo: humanidad. Y, sobre esto, la ley suprema que nos hace cooperar, crear, con la grande alma, asociados (en nuestra medida) á la amorosa armonía del Universo, solidarios en la vida del Creador.

\* \* \*

Por medio de sus sonidos que se creen confusos, articula muy claramente el mar sus suaves palabras. Mas, el hombre no oye fácilmente al llegar á la playa, ensordecido como está por los ruidos vulgares, aburrido, reventado, despoetizado. El sentido de la alta vida ha disminuido hasta en el mejor de todos, estando prevenido contra ella. ¿Quién tendrá asidero sobre él? ¿La Naturaleza? Todavía no. Suavizado por la familia, por la inocencia del niño, por la ternura de la mujer, el hombre se interesa primero en las cosas de la humanidad: vese entonces que las almas tienen su sexo y sienten muy diversamente. El la, ella enternécese más con el mar, con la poesía del infinito; en cambio, el esposo fíjase en el hombre de mar, en los peligros que corre, en el drama de todos los días, en el flotante destino de su familia. Aunque la mujer se conmueva

ante las desdichas individuales, sin embargo, no presta tan serio interés á las clases. El hombre laborioso, al llegar á la costa, fija predilectamente su atención en la vida de los seres del trabajo, pescadores, marinos, en esa existencia ruda, llena de contingencias, muy peligrosa y con poco lucro.

Lo estoy viendo mientras se arregla su mujer y viste en al niño, pasearse por la playa. Es una mañana fría, y como ha llovido copiosamente toda la noche, una tras otra van regresando las barcas: todo está empapado, yerto; las ropas de aquellas gentes chorrean. Los tiernos niños también han pasado la noche en el mar. ¿Qué traen? Poca cosa. Sin embargo, se ha salvado la vida. Durante el gran ventarrón, las olas invadían la débil embarcación; la muerte ha mostrado su lívida faz. Magnífica ocasión para el hombre que tanto se lamentaba el día anterior, que puede meditar y decir: «Mi suerte es más suave.»

Al anochecer, cuando los dorados rayos del sol desaparecen de sobre la tierra y vuelven bastante siniestro el aspecto del mar unas nubes cobrizas que recorren el espacio, aquellos hombres abandonan de nuevo la playa internándose mar adentro. ¿Tendremos mal tiempo?--les pregunta el forastero.--«Señor, hay que vivir.» Y parten acompañados de sus hijos. Sus mujeres, gravemente serias, les siguen con la vista, y más de una pronuncia en voz baja alguna oración. ¿Quién no ruega en tales casos? El

mismo extraño hace votos por aquellos seres, diciendo: «Mala será la noche: sus deudos quisieran verlos ya de vuelta.»

Así es como el mar ensancha el corazón, enterneciendo aun á los seres más rudos. Hágase lo que se quiera, siente uno hervir la sangre en sus venas. ¡Ah! ¡Motivo hay para ello! El infortunio en todas sus formas rebosa entre esas gentes intrépidas, inteligentes, honradas, que son sin ningún género de duda las mejores de nuestro suelo.

He vivido largo tiempo en la costa: en ella son comunes las virtudes heroicas que en el interior se tienen por una rareza. Y lo más curioso es que no se conoce el orgullo. En Francia todo el orgullo está concentrado en la vida militar: fuera de eso, los mayores peligros no se tienen en cuenta; créese cosa muy sencilla afrontarlos todos los días sin jactarse de lo que se hace. Jamás he visto hombres más modestos (iba á escribir tímidos) que nuestros pilotos de Gironde, los cuales desafián intrépidamente y sin cesar el gran combate de Cordouan, partiendo de Royan, de Saint-Georges. Allí, como en Granville (y por todos lados), sólo las mujeres hablaban, vociferaban, cuidábanse de todo, negociaban. Los bravos marinos, al poner el pie en tierra, no despegaban los labios, manteniéndose tan pacíficos como eran bulliciosas y magníficas sus esposas, y ejerciendo la autoridad paternal sobre sus hijos. El marido seguía al pie de la letra la sentencia del poeta romano: «Afortunado de

no ser nada en mi casa.»

Sus caras mitades, asaz interesadas con el forastero y en todos los tránsitos de la vida ordinaria, en las grandes ocasiones, preciso es confesarlo, demostraban un corazón de rey, magnánimo y generoso. Las de Saint-Georges suministraban cuantos trapos poseían para las hilas de los heridos de Solferino. Habiéndose estrellado cerca de la costa de Etretat tres ingleses, en un sitio inaccesible, todo el pueblo acudió á su socorro, y mientras peligraron sus vidas la ansiedad fué general; así hombres como mujeres dieron muestras de una violenta sensibilidad. Salvados, recibióseles con aclamaciones y lágrimas de gozo, y fueron albergados, provistos de ropas, colmados de regalos y de pruebas de simpatía (abril de 1859).

¡Bien por el pueblo francés! Y, sin embargo, ¡qué vida tan triste y dura no pasa! En el régimen de las \_clases\_ (tan útil por otra parte y que nos da tanta fuerza), debe abandonar á cada momento las ventajas del comercio por la marina del Estado, cada día más severa. Hace cuarenta años se practicaba la maniobra cantando; hoy es muda. (Jal, \_Arch.\_, II, 522). De la marina mercante han desaparecido las grandes pescas. Las primas de la ballena sólo aprovechaban á los armadores. (Boitard, \_Dicc.\_, art. \_Cetáceos\_, \_Ballena\_). El abadejo no es tan abundante, va desapareciendo el escombro y el arenque se aleja. Un libro de pocas

páginas, pero preciosísimo (\_Histoire de Rose Duchemin par elle-même\_)  
hace un cuadro conmovedor de ese infortunio. El ingenioso Alfonso Karr,  
que escribió la historia recién salida de los labios de aquella mujer,  
tuvo el exquisito tacto de no cambiar ni una sola palabra de su  
narración.

Etretat no es precisamente lo que llamamos un puerto. Asaz bajo, al  
nivel del mar, defiéndelo únicamente de él una montaña de morrillos,  
barrera cuyo ingeniero es la tempestad, la cual va amontonando  
continuamente nuevas capas de guijarros. Nada de abrigo. Por lo tanto,  
hay necesidad, según la antigua y ruda costumbre celta, de subir todas  
las barcas que llegan al malecón por medio de una cuerda que se enrolla  
á un cabrestante. Este, que consta de cuatro barras, tiene que ser  
movido con harta pena por la familia del pescador, su mujer, sus hijas y  
sus amigos, pues los muchachos están en el mar. Compréndese lo  
difícil que es esta operación. Al subir la pesada barca choca de  
morrillo en morrillo, de obstáculo en obstáculo, saltándolos á saltos,  
cada uno de los cuales y cada sacudida resuena en los pechos de aquellas  
mujeres, y no es emplear una figura el decir que tan dura ascensión se  
practica á costa de sus carnes magulladas, de su delicado seno, de su  
propio corazón.

La primera vez que presencié esta escena quedéme triste, herido en el



alma, y tuve impulsos de agarrar una de las barras del cabrestante y ayudar á aquellas gentes. Esto las hubiese extrañado; no sé qué falsa vergüenza me detuvo. Pero, cada día, tomaba parte en la operación, á lo menos con mis votos. Colocábame á su lado y las contemplaba. Esas jóvenes y deliciosas muchachas (rara es la bonita, pero son todas encantadoras) no llevaban el corto jubón colorado, prenda del antiguo traje de las costas, sino vestidos largos; la mayor parte estaban refinadas en raza y en ingenio, y habíalas bastante delicadas, teniendo algo de la señorita. Encorvadas por el peso de aquel trabajo tan rudo (filial y, no obstante, elevado), no carecían de gracia ni de fiereza: su tierno corazón, en medio de tan penoso esfuerzo no dejaba escapar una queja ni un suspiro por lo que pudiese acusárselas de debilidad.

Aquel maleconcito de morrillos, diminuto como es, tiene, con todo, demasiado espacio. Vi en él algunas barcas abandonadas, inútiles. Hoy día la pesca ha vuelto estéril, pues el pescado huye. Etretat languidece, perece, junto á Dieppe macilento. Cada día ve cortados sus recursos sin que le quede más que el de los baños: lo espera todo de los bañistas, del azar de las habitaciones que, unas veces alquiladas, otras vacías, un día producen y el otro empobrecen. Esa mezcla con París, el París mundano, por caros que éste pague sus goces, es una plaga para el país.

Nuestros pueblos normandos, descubridores de la América, que desde el siglo XIV conquistaron la costa de Africa, cada día van cobrando más aversión al mar. Muchos de ellos dan la espalda á la costa y fijan sus miradas al interior. El descendiente de aquel que en otro tiempo lanzó el arpón, se resigna á las faenas mujeriles, hácese un macilento algodonero de Montville ó de Bolbec.

A la ciencia, á la ley, tocan detener tamaña decadencia. La primera, por medio de su hábil dirección, si se sigue con firmeza, creará la economía del mar y reconstituirá la pesca, escuela de la marina; la segunda, no estando tan exclusivamente influida del interés de la tierra, conservará en la marina á la flor de la nación, mundo aparte, en ninguna manera comparable á las grandes masas de que sacamos nuestros soldados para el ejército terrestre, y que será el verdadero soldado en circunstancias que cortarían el nudo gordiano del orbe.

Estos eran mis ensueños hallándome en el pequeño malecón de Etretat durante el sombrío verano de 1860, mientras la lluvia caía á torrentes y chirriaba el duro cabrestante, y la cuerda gemía y subía lentamente la nave.

La del siglo también se arrastra y sube con pena. Hay lentitud, cansancio, como en 1730. Bueno fuera empujarla y empuñar el barrote.

Empero muchos y muchos pierden el tiempo miserablemente, jugando como los niños á conchas, á morrillos.

Cuéntase que Escipión, el vencedor de Cartago, y Terencio, cautivo escapado del naufragio de un mundo, recogían conchas en la playa, amigos excelentes en la indiferencia y abandono del pasado. Ocupados de aquella suerte disfrutaban la dicha de olvidar, de borrar los años transcurridos volviendo á la edad de la niñez. Roma ingrata, Cartago destruida, sus patrias respectivas, poco, muy poco pesaban á su conciencia, no dejando ninguna traza en su corazón, como no la deja el rizo de la onda.

Nosotros no pensamos así: no queremos ser niños, ni tampoco olvidar, sino que con perseverante ardor deseamos auxiliar la penosa maniobra de ese gran siglo fatigado. Queremos hacer remontar la barca, empujando con mano fuerte el cabrestante del porvenir.

## VII

«Vita nuova» de las naciones.

Mientras estoy terminando el presente libro (diciembre de 1860), la resucitada Italia, la gloriosa madre de todos, me envía un magnífico aguinaldo. Acabo de recibir una novela, un folleto de Florencia.

Este país suele mandarnos grandes novelas: en 1300, la de Dante; en 1500, la de Amerigo; en 1600, Galileo. ¿Cuál es, pues, ahora la que viene de Florencia?

¡Oh! Aparentemente muy insignificante; pero ¿quién sabe? Inmensa por los resultados. Es un discurso de pocas páginas, un opúsculo médico. No atrae por su título; más bien es repulsivo. Y no obstante, hay allí un germen de consecuencia incalculable, destinado tal vez á revolucionar el mundo.

Frente de la portada veo el retrato de dos niños, muerto el uno y expirante el otro en un hospital de Florencia. El autor del libro es el médico, quien (caso raro) cobró tal cariño á sus enfermos, pobres muchachos desconocidos, que ha querido narrar sus dolores y pesares.

El primero (tendría siete ú ocho años), de rostro bien perfilado y noblemente austero, en el que lleva impresa la huella de un gran destino malogrado, ostenta una flor sobre su almohada, que su madre, demasiado pobre para darle otra cosa, le trajo al visitarlo: la pobre criatura conservaba con tanto esmero y tan religiosamente las flores, regalo de la autora de sus días, que después de muerto le han dejado una por compañera.

El otro, más pequeño, y respirando ternura todo él gracias á su corta edad (cuatro ó cinco años), visiblemente está á las

puertas de la  
muerte, notando sus ojos en el último ensueño. Estas criaturas se habían manifestado mutua simpatía. A pesar de no poder hablar, les agradaba verse, mirarse, y el compasivo médico habíalos mandado colocar frente el uno del otro. En el grabado los ha acercado cual estaban al morir.

Escena es ésta verdaderamente italiana: en otra parte se tendría buen cuidado de mostrarse débil y tierno, pues habría el temor de ponerse en ridículo. En Italia no es así: el doctor escribe ante el público como si estuviese solo; expláyase sin reserva con una superabundancia, una sensibilidad femenina, que hace asomar la sonrisa á los labios y llorar al mismo tiempo. Preciso es confesar, sin embargo, que el idioma contribuye en gran manera á este resultado, idioma delicioso, propio de mujeres y niños, tan tierno y con todo brillante, y bello hasta para expresar el dolor. Es una lluvia de lágrimas y de flores.

Luego, el doctor se detiene y se sincera. Si ha hablado así, no es sin motivo. «Aquellos niños no hubieran muerto \_si se hubiese podido mandarlos á bañarse al mar\_.» Conclusión: debería establecerse en la costa un hospital de niños.

Esto se llama ser hábil: el doctor ha sabido tocar las fibras del corazón. La observación no pasará desapercibida: los hombres comienzan á reflexionar y se conmueven; las mujeres lloran; r

ogando, queriendo,  
exigiendo. Y como no es posible negárselas nada, si  
n aguardar la  
iniciativa oficial una sociedad libre funda en el a  
cto los \_Baños para  
niños\_ en Viareggio.

Conocido es el lindo camino; el encantador semicírc  
ulo que forma el  
Mediterráneo después de haber abandonado la asperez  
a de Génova, dejado  
atrás la magnífica rada de la Spezzia y que se engo  
lfa uno bajo los  
virgilianos olivares de la Toscana. A mitad del cam  
ino de Liorna, una  
costa conquistada al mar ofrece el solitario puerte  
cito que consagra en  
adelante la encantadora fundación.

Florenia tomó la iniciativa de la caridad sobre la  
Europa, creando  
hospicios antes de la Era 1000. En 1287, cuando la  
divina Beatriz  
inspiró al Dante, fundaba su padre el de Santa Marí  
a Nuova. Lutero, en  
su excursión, poco favorable á Italia, no puede men  
os de admirar sus  
hospitales y las lindas señoras italianas que, sin  
curarse de la gloria,  
asistían en ellos á los enfermos.

\* \* \*

La nueva fundación servirá de modelo á Europa, y es  
to debémoslo á los  
niños. La vida arrastrada que llevamos, esa vida de  
horribles trabajos y  
de excesos todavía más mortíferos, sobre ellos vien  
e á recaer.

No es dado ocultar la profunda alteración de que es  
tán visiblemente

atacadas nuestras razas del Occidente. Las causas de esto son muchas: la más notable de todas, es lo inmenso, la rapidez siempre creciente de nuestro trabajo. El hombre casi siempre vese forzado, subyugado por el oficio; y aun aquellos á quienes no sojuzgan sus quehaceres, se libran raras veces de la furia general. No sé qué ardor para ir más y más aprisa se ha apoderado de nuestro temperamento, del humor, de la acritud de nuestra sangre. Comparados al actual, todos los siglos fueron perezosos, estériles. Nuestros resultados son inmensos. De nuestro cerebro se derrama infinito raudal de ciencias, artes, inventos, ideas, producciones con que inundamos el globo, el presente, y hasta el porvenir. Mas, ¿á qué precio hacemos esto? Al precio de una efusión espantosa de fuerza, de un despilfarro cerebral que enerva más y más la actual generación. Son prodigiosas nuestras obras y nuestros hijos enclenques.

Notad que ese gran esfuerzo, esa excesiva producción, es obra de un corto número. La América da poco, el Asia nada. Y, aun en la misma Europa, todo es producto de algunos millones de hombres del extremo Occidente. Los demás, al ver cómo se gastan aquéllos, piensan poder reemplazarlos algún día. ¡Ignorantes! ¿Creéis acaso que tal ó cual ruso ó emigrante de los Estados Unidos del Oeste será mañana un artista, un maquinista de Inglaterra ó un óptico de París? Esto sólo lo hemos

alcanzado merced al refinamiento y educación de los siglos. Existe en nosotros una dilatada tradición. ¿Qué sucederá si llegamos á fenecer? No han nacido aún los que deben reemplazarnos.

Ese trabajo exterminador, ese suicidio de fecundidad, si nos place aceptarlo en interés del género humano, en conciencia no podemos querer perder por causa suya nuestros hijos y enterrarlos con nosotros. Y, sin embargo, es lo que sucede. Nacen dispuestos para el caso, pues tienen inculcadas nuestras artes en la sangre, y también nuestro cansancio. Dotados de maravillosa precocidad, saben, pueden, harían. Pero nada hacen, puesto que se mueren.

La infancia del hombre, así como la de las plantas y de todo lo criado, necesita descanso, aire, libertad suave. Aquí, todo es lo contrario, lo mismo nuestros méritos que nuestros vicios. Todo parece combinarse para asfixiar á la adolescencia. ¿Estimamos nuestros hijos? Sí, no hay duda; y á pesar de eso los asesinamos. Una sociedad tan agitada, tan violenta como la nuestra, es (no importa si lo sabe ó lo ignora), una verdadera guerra que se hace á la infancia.

Hay momentos, sobre todo en su desarrollo, crisis en que ella pende de un hilo. La vida parece titubear y preguntarse: ¿Duraré mucho? En aquellos instantes decisivos, nuestro contacto, la estancia en las ciudades y la vida de las muchedumbres es la muerte para aquellas



criaturas vacilantes. O lo que es peor, conviértese en principio de una dilatada carrera de enfermedades. Un mísero ser cae, se levanta, vuelve á caer, y las tres cuartas partes de su existencia tendrán que deslizarse al cuidado de la caridad pública.

Es preciso acabar de una vez con semejante estado de cosas. Hay que prever. Débese sacar á la criatura de ese centro fúnebre, quitársela al hombre, darla á la Naturaleza, hacerle aspirar la vida envuelta por el hálito del mar. El niño enfermo sanaría; desarrollaría el expósito. Robustecido, ágil, más de uno y más de dos se dedicarían á la Marina; y en vez de un débil obrero, de un parroquiano del hospital, tendría el Estado un robusto y atrevido marino.

Por otro lado, ¿por qué ha de dejarse todo á la iniciativa del Estado? Florencia nos ha demostrado que un corazón real vale tanto como la realeza. La mujer es reina; de consiguiente, á ella toca mandar.

Si yo fuese una señora joven y bella, sé muy bien lo que haría. Viviría rodeada de magnificencia, de lujo, y algún día, en uno de esos momentos en que el amor atestigua, protesta, jura, siente la necesidad de dar, diría á un galán: «Os cojo la palabra. Empero no creáis halagarme con los presentes acostumbrados. Detesto vuestros preciosos cachemires fabricados en la India con dibujos de Londres; poco me importan los diamantes, pues cercano está el día en que irán tir

ados por la calle. M.  
Berthelot, que rehace la Naturaleza por partida doble, y tantas cosas  
vivas crea, con mayor facilidad que todo esto prodigarán los  
diamantes.

»Me gusta lo sólido. Quiero, pues, una buena casa en la costa algo  
abrigada y que la dé el sol, para alojar en ella cuarenta ó cincuenta  
niños. No se necesita gran mobiliario. Una vez establecidas allí las  
criaturas, su subsistencia está asegurada. No habrá una sola señora de  
cuantas acuden á los baños de mar que no auxilie mi empresa de todo  
corazón. Si las Beatrices de Florencia han fundado asilos parecidos,  
¿por qué hemos de ser menos las de Francia? ¿Acaso nos ganan en belleza  
y son nuestros galanes menos enamorados?

»Si el mar me ha embellecido, como oigo deciros á todas horas, debéisle  
un recuerdo á su playa. Y, si me amáis, supongo que os sentiréis dichoso  
de ir á medias conmigo, empezando juntos una cosa, creando mancomunados  
ese pequeño mundo de niños al lado de la gran nodriza. ¡Que conserve una  
prenda duradera de ternura y de amor purísimo! ¡Que dé testimonio, por  
medio de una obra viva, que ante el infinito estuvimos unidos con una  
idea santa!»

\* \* \*

Bastaría que empezara una mujer esa obra para que otra, madre común (la  
Francia), la continuara.

Ninguna institución más útil; ningún sacrificio mejor empleado. Y no se requeriría gran cosa, bastando con trasladar á la playa algunos establecimientos del interior; y habiéndolos que acarreen enormes gastos sin ningún beneficio, sería conveniente convertirlos en fábricas para enfermos que, de otra suerte tendrán que mendigar, mientras vivan, nuevos socorros.

Los romanos no sabían escatimar nada por lo que toca á la salud pública y á la vida de los ciudadanos. Cuando se ve su munificencia, las obras emprendidas para traer aguas saludables aun á las poblaciones secundarias, sus prodigiosos acueductos, sus Pont-du-Gard, etc., sus inmensas termas, donde el pueblo tenía derecho á bañarse gratis (á lo sumo por un óbolo), reconócese su alta sabiduría. También tenían piscinas de agua de mar para nadar. Y lo que hicieron ellos para una plebe ociosa ó improductiva, ¿titubearemos en hacer lo nosotros cuando se trata de salvar la raza de criaturas sin segundo que constituyen el progreso del orbe?

No me refiero aquí sólo á los niños, sino á todo el mundo. Cada ciudad tiene hoy en su seno otra ciudad siempre repleta (el hospital), en la que entra y sale continuamente el desfallecido obrero. Esto ocasiona un gasto enorme; y ¿quién lo paga? Los otros obreros que en último resultado son los llamados á sufragar las cargas de

la cosa pública. El  
obrero muere joven, dejando por obligación á sus co  
mpañeros mantener á  
su familia. Mucho más conveniente y económico sería  
, pues, preservar que  
curar. Más debe hacerse por el sano próximo á caer  
enfermo, agotadas ya  
sus fuerzas, que por el enfermo. Diez días de repos  
o á orillas del mar  
le reharían, dándole robustez y fuerzas para el tra  
bajo. El viaje, el  
sencillísimo abrigo de tan corta temporada veranieg  
a, una mesa pública á  
bajo precio costarían muchísimo menos que una larga  
estancia en el  
hospital. Y el hombre se salvaría, así como la fami  
lia y los hijos:  
pérdida á menudo irreparable, pues, lo he dicho y l  
o repito, cada uno de  
esos hombres es la tardía producción de una prolong  
ada tradición de  
industria; siendo en sí una obra artística, de arte  
humano, tan poco  
conocido, donde la humanidad va elevándose, formánd  
ose, como potencia de  
creación.

¡Qué placer tan grande sería para mí ver á esa flor  
de la tierra, á esa  
muchedumbre de pueblo inventor, creador y fabricant  
e que suda y se gasta  
para el mundo, recobrar inmediatamente sus fuerzas  
en la gran piscina  
del Creador! Toda la humanidad se aprovecharía de e  
llo, ya que florece  
con la labor enorme de la clase obrera. A ésta debe  
sus goces, su  
elegancia, todas sus luces; y prospera con sus util  
idades, y vive de su  
médula y de su sangre. Por lo tanto, el dar á esos  
seres la renovación  
de la naturaleza, un poco de aire, el mar, un día d

e descanso, sería  
justicia y nada más que justicia, un beneficio para  
todo el género  
humano, á quien son tan necesarias y que mañana, á  
causa de su muerte,  
encontraráse en la orfandad.

Compadeceos de vosotros mismos, pobres hombres de Occidente; pensad  
seriamente en ayudaros, en contribuir á la común salvación. La tierra os  
pide que viváis, ofreciándoos lo mejor que posee, el mar, para  
rehabilitaros. Ella se perdería si llegase á perderos, pues sois su  
genio, su alma inventora. Vive nuestra propia vida,  
y al moriros la  
arrastraréis á la muerte.

FIN

\* \* \* \* \*

NOTAS

«El gran animal la Tierra, cuyo corazón es imán, posee en su superficie  
un ser dudoso, eléctrico y fosforescente, más sensible que él mismo, é  
infinitamente más fecundo.

«Este ser, llamado Mar, ¿es, acaso, un parásito del gran animal? No. El  
mar no tiene una personalidad distinta y hostil: fecundiza, vivifica la  
Tierra con sus vapores; parece ser la misma Tierra en lo que tiene de  
más productivo, por otro nombre, su órgano principal de fecundidad.»

Diráseme: ensueños alemanes. ¿Quiero decir esto que todo ello son ensueños? Más de un hombre de gran talento, sin ir tan lejos, parece admitir para la Tierra y el Mar una especie de personalidad obscura. Riter y Lyell han dicho: «La Tierra se atormenta á sí misma. ¿Sería impotente para organizarse? ¿Cómo suponer que la fuerza creadora que existe en todo ser del globo haya sido rehusada al globo mismo?»

Mas, ¿cómo obra el globo? ¿De qué manera crece al presente? Por medio del Mar y de la vida marina.

La solución de tan elevadas cuestiones supondría un estudio profundo de fisiología, que aun está por hacer. No obstante, desde hace veinte años, las cosas gravitan de este lado.

1.º Se ha estudiado la parte irregular, exterior, de los movimientos del mar, y buscado la ley de las tempestades.

2.º Hanse profundizado los movimientos propios del mar, sus corrientes, el juego de sus arterias y de sus venas, lanzando las primeras el agua salada del Ecuador á los polos, y las segundas tráenla desalada del polo al Ecuador.

3.º La tercera cuestión, la más interna, que esclarecerá sin duda la moderna química, es la de la naturaleza propia del mucus marino, esa liga gelatinosa que por doquiera ofrece el agua de mar, siendo al parecer un líquido con vida.

Hasta hace poco desconocíase el fondo del mar, y ahora se sabe algo gracias á la sonda de Brooke y especialmente á los sondeos del cable trasatlántico.

¿Está poblado en sus profundidades? Negábase el hecho: Forbes y James Ross encontraron vida por todas partes.

Antes de estos magníficos descubrimientos, que no datan de veinte años, nadie era osado á escribir el libro del Mar. El primer ensayo fué el de M. Hartwig.

En cuanto á mí, lejos estaba de pensar en tamaña empresa, cuando, en 1845, mientras preparaba los materiales para mi libro, El Pueblo, comencé en Normandía el estudio de la población de las costas. En los últimos quince años ese asunto vasto y difícil fué ensanchándose á mis ojos y me ha acompañado de playa en playa.

El libro primero, Ojeada á los mares, es, como indica su título, un paseo previo. Todas las materias importantes serán pasadas en revista en los libros siguientes.

Hago excepción de dos de éstas, las Mareas y los Faros. Aquí, mi principal guía ha sido M. Chazallon, ó sea su importante Anuario, que hoy día forma veintiocho volúmenes. El primero apareció en 1839. Si se diese una corona cívica á todo el que salva la vida á un ser humano, ¡cuántas no hubiera recibido el autor del Anuario!

! Hasta su aparición,  
los errores sobre las mareas eran enormes; y merced  
á un trabajo  
inmenso, M. Chazallon ha rectificado las observacio  
nes para unos  
quinientos puertos desde el Adour hasta el Elba.--L  
os más exactos  
informes sobre los faros encuéntranse en su \_Anuari  
o\_. Reuníd á éste la  
exposición clara y agradable que M. de Quatrefages  
(\_Recuerdos\_) ha  
hecho del sistema de alumbrado de Fresnel y Arago.  
El admirable invento  
de los faros á eclipse se debe á Descroirilles y á  
Lemoine, ambos hijos  
de Dieppe (V. M. Ferey.).

Para los distintos nombres del mar (cap. I, p. 7),  
véase Ad. Pictec,  
\_Orígenes indo-europeos\_.--Respecto del agua, Intro  
ducción del \_Anuario  
de las aguas de Francia\_ (por Deville); Aimé, \_Anal  
es de química\_, II,  
V, XII, XIII, XV; Morren, \_ibidem\_, I, y Acad. de B  
ruselas, XIV,  
etc.--Tocante á la salobridad del mar, Chapmann, ci  
tado por Tricaut \_An.  
de hidrografía\_, XIII, 1857, y Thomassy \_Boletín de  
la Sociedad  
geográfica\_, 4 junio 1860.

Página 18. \_S. Michel-en-Grève\_. No me hice cargo c  
omo es debido de esta  
playa y de los asuntos á ella anejos sino después d  
e haber leído en la  
\_Revue des Deux Mondes\_ los magníficos artículos de  
M. Baude, tan  
instructivos, llenos de detalles, y de ideas elevad  
as. En otro sitio me  
he ocupado de sus excelentes conocimientos sobre la  
pesca.



Al hablar de la Bretaña (cap. III, p. 23), hubiera debido encomiar el libro de Cambry, al que debo mis primeras impresiones sobre aquel país. Ha de leerse la edición que Souvestre ha enriquecido (y doblado su valor, no hay que dudarlo) con notas y comentarios excelentes que hicieron prever desde aquel momento \_Los últimos Bretones\_, del mismo autor. En varias novelitas, de una exactitud admirable, nos ha dado Souvestre los mejores cuadros que se poseen de nuestras costas del Oeste, especialmente tocante al Finisterre y á las comarcas inmediatas al Loire. Gran satisfacción hubiera tenido en citar algún pasaje de escritor tan galano é inolvidable amigo; empero hice el propósito de no hacer ninguna cita literaria en mi obra.

La notable frase de Elías de Beaumont (cap IV, p. 26) se encuentra á la cabeza de un artículo que constituye un gran libro, su artículo \_Terrenos\_, en el Diccionario de M. d'Orbigny.

CAP. VII, p. 51. Lo que digo de Royan y Saint-Georges, encontraráse más elegantemente expresado en los eruditos libros de Pelletan, \_Nacimiento de una población\_ y el \_Pastor del Desierto\_. Sébes que ese pastor es el abuelo de Pelletan, el ministro Jarousseau, admirable y heroico para salvar á sus enemigos. La casita que aun existe es un templo de la humanidad.

NOTAS DEL LIBRO SEGUNDO. \_Génesis del mar.\_--CAP. I.--\_Fecundidad.\_--Sobre el arenque, véanse el anón

imo holandés

traducido por De Resto, tomo I; Noël de la Morinière, en sus excelentes obras, impresas é inéditas: Valenciennes, Peces; etc.

CAP. II. \_Mar de leche.\_--Bory de Saint-Vincent. \_Dic. clásico\_, artículos \_Mar y Materia\_; Zimmermann, \_el Mundo antes de la creación del hombre\_. Este precioso libro popular corre en manos de todos.--En la pág. 87 sigo la obra de M. Bronn, premiada por la Academia de Ciencias.--Sobre la inocuidad de las plantas del mar, véase la Botánica de Pouchet, libro de primer orden. Para las plantas metamorfoseadas en animales, Vaucher, \_Confervas\_, 1803; Decaisne y Thuret, \_Anales de las ciencias naturales\_, 1845, tomos III, XIV, XVI y \_Cómputos de la Academia\_, 1853, tomo XXXVI; artículos de Montagne, Dic. d'Orbigny.--Sobre los volcanes, véanse Humboldt, \_Cosmos\_, parte IV, y Ritter, traducción de Elíseo Reclus, \_Revista germánica\_, 30 noviembre 1859.

CAP. III. \_El Atomo.\_--He citado en el texto los maestros, Ehrenberg, Dujardin, Pouchet (\_Heterogenia\_). A la larga, vencerá la generación espontánea.

CAPS, IV, V, VI, etc. Para remontarme en todo este libro á la vida superior, he tomado por hilo conductor la hipótesis de la metamorfosis, sin intentar construir seriamente una \_cadena de seres\_. La idea de

metamorfosis ascendente es natural al ánimo, siéndonos impuesta en algún modo por la fatalidad. El mismo Cuvier confiesa (fin de su introducción á los Peces), que si esta teoría carece de valor histórico, á lo menos «es lógica.»--Sobre la esponja, véanse Pablo Gervais. Dic. d'Orbigny, V, 325; Grant. en Chenu, 307, etc.--Sobre los pólipos, corales, madréporas (capítulos IV y V), además de Forster, Perón, Darwin, consúltense asimismo Quoy y Gaimard; Lamouroux, Pólipos flexibles; Milne Edwards, Pólipos y ascidias de la Mancha, etc. Véase también sobre el calizo las dos geologías de Lyell.

CAP. VI. Medusas, fisalios, etc.--Léanse Ehrenberg, Lesson, Dujardin, etc. Forbes demuestra por medio de las analogías vegetales que esas metamorfosis animales son un fenómeno muy sencillo; Anales de Historia natural (en inglés), diciembre de 1844. Véanse asimismo sus excelentes disertaciones: Medusæ, en 4.º, 1848.

CAP. VII. El Esquino.--Véanse en primer término las curiosas disertaciones donde M. Caillaud ha consignado su descubrimiento.

CAP. VIII. Conchas, nácar, perla (Moluscos) --La obra capital es la Malacología de Blainville. Sobre la perla, Möbius de Hamburgo, Revista germánica, 31 julio 1858. He consultado con gran provecho en esta materia á nuestro célebre platero M. Froment Daurice. Si he hablado de la perla como adorno especial de la mujer, es po

r haberse descubierto  
la manera de fabricarlas artificialmente. No me cabe  
duda que dentro de  
poco, no habrá mujer, por pobre que sea, que no pueda  
comprarlas.

CAP. IX. El Pulpo.--Cuvier, Blainville, Dujardin,  
Anales de las  
ciencias naturales, primera serie, tomo V, p. 214,  
y segunda serie  
tomos III, XIV, y XVIII; Robín y Second, Locomoción  
de los cefalópodos,  
Revista de zoología, 1849, p. 333.

CAP. X. Crustáceos.--Además de la grande obra capital  
y clásica de M.  
Milne Edwards, he consultado á d'Orbigny y á diversos  
viajeros. Véase el  
precioso Atlas de Dumont d'Urville.

CAP. XI. Peces.--La Introducción de Cuvier, Valenciennes,  
artículo  
Peces (Dic. d'Orbigny), que constituye un libro completo,  
lleno de  
erudición y excelente. Sobre la anatomía véase la célebre  
disertación de  
Geoffroy. Lo que referí sobre los nidos de los peces,  
lo debo á los  
señores Coste y Gerbe.

CAPS. XII y XIII. Ballenas, anfibios, sirenas.  
--Lacépède es muy  
elocuente é instructivo en esta parte. Nada mejor que  
los artículos de  
Boitard (Dic. d'Orbigny).

NOTAS DEL LIBRO TERCERO. Conquistas del mar.--Todo  
este libro ha  
brotado de mi pluma gracias á la lectura de los viajeros,  
desde la  
primitiva historia de Dieppe (Vitet, Estancelin), hasta los

descubrimientos más recientes. Véanse sobre todo, Kerguelen, John Ross, Parry, Weddell, Dumont d'Urville, James Ross y Kane; Biot, Gaceta de los Sabios, y el juicioso á la par que luminoso compendio que de sus viajes ha publicado M. Laugel en la Revue des Deux Mondes.--Sobre la pesca, además del gran trabajo de Duhamel, véase Tiphaigne, Historia económica de los mares occidentales de Francia, 1760.

CAP. III. Ley de las tempestades.--Añadid á los libros citados en el texto el excelente resumen de M. F. Julien (Corrientes, etc.), y el curioso sistema de M. Adhémar, sobre una mutación del mar que sobrevendría cada diez mil años.

NOTAS DEL LIBRO CUARTO. Renacimiento por el mar.--Desde 1725, Marsigli parece haber sospechado la presencia del yodo. En 1730 publicóse una obra de autor anónimo, Comes domesticus, en la que se recomiendan los baños del mar.

La bibliografía del mar no tendría fin. Todas las bibliotecas me han procurado datos. Complázcome en citar entre otros libros excelentes, los Manuales y Guías de los señores Guadet, Roccas, Cochet, Erns, etc. Helos encontrado rarísimos (por ejemplo Russell) en la Escuela de Medicina; muchos especiales, en lengua extranjera, en el Depósito de la Marina (tales como el Mediterráneo, de Smith, 1854). Nunca me cansaré de elogiar las atenciones que me prodigaron tanto e

l director coco el  
bibliotecario, quien me señaló varias veces obras p  
oco conocidas.

Sobre la degeneración de las razas, véanse Morel (1  
857); Magnus Huss,  
Alcoholismus (1852), etc.

A mi ilustro amigo Montanelli y á los preciosos art  
ículos de M.  
dall'Ongaro debo el tener noticia del folleto del d  
octor Barrellay  
(\_Ospizi marini\_).

Mi sabio amigo el doctor Lortet, de Lyon, al acusar  
me recibo de un  
ejemplar de la primera edición de mi libro, me escr  
ibe: «En los niños  
lánguidos y descoloridos he obtenido buenos resulta  
dos por medio de una  
exposición prolongada á la luz (luz viva, excitante  
) , Convendría una  
playa mediterránea, donde el niño pudiera vivir des  
nudo, sin otra cosa  
abrigada que la cabeza, y unos calzoncillos, y que  
rodara por el mar y  
sobre la cálida arena. Junto á la orilla un sotecha  
do, una especie de  
invernadero que, con ventanas para cerrarse los día  
s fríos, recibiese el  
sol por todos costados.»

P. S. Acabo de saber con alegría que la administrac  
ión parisiense de la  
Asistencia pública ocúpase en este momento en crear  
un establecimiento  
de la clase antedicha. Séame permitido, pues, expla  
nar mis súplicas.

La primera es, que no se centralice á los niños en  
un mismo sitio; que  
no se haga un Versailles, una fundación ostentosa, s

ino varios pequeños  
establecimientos en estaciones distintas, donde pue  
dan repartirse los  
jóvenes enfermos según sus diversas enfermedades y  
temperamentos.

Mi segunda súplica se reduce á que esa instalación,  
para ser duradera,  
aproveche al Estado en vez de serle onerosa; que lo  
s niños expósitos que  
en ella se asilaran, los convalecientes válidos, lo  
s enfermos  
restablecidos, sean ocupados, según los lugares, en  
los trabajos menos  
penosos de los puertos y de la navegación, en los o  
ficios que de ellos  
dependen, tomando los hábitos y el gusto á la vida  
del mar. Cuando  
miseras poblaciones, asaz pobladas de pescadores y  
marineros, apartan  
los ojos del mar, hácense industriales, necesario e  
s reemplazar á los  
desertores. Débense criar hombres nuevos, que no ha  
yan oído discutir en  
la choza paterna el provecho y ventajas de la vida  
prudente, abrigada  
del interior.

Preciso es que la adopción de la Francia cree un pu  
eblo de marinos que,  
adicto anticipadamente á su heroico oficio, lo prof  
iera á otro  
cualquiera; y el cual, desde los primeros años, mec  
ido por el Mar, no  
ame más que á esa gran nodriza, y no sepa diferenci  
arla ni aun de la  
misma Patria.

NOTAS:

[1] Véase la nota al final del tomo.

[2] Recientemente hemos leído que en una traducción del Hoel-Schein de C. F. Neumann, se da como positivo el descubrimiento de la América por unos monjes benedictinos en el siglo V, ó sea unos mil años antes de la gran empresa de Colón. Para nosotros es innegable que toda la gloria de tan portentoso hecho recae sobre el ilustre genovés y los magnánimos monarcas españoles que ayudaron á su realización. Cuanto se diga en contrario no se funda en nada sólido, son meras hipótesis.--(\_N. del T.\_)

[3] Especie de ballenato ó ballena desdentada.--(\_N. del T.\_)

FIN DE LAS NOTAS

End of the Project Gutenberg EBook of El Mar, by Jules Michelet

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK EL MAR \*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 26284-8.txt or 26284-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/6/2/8/26284/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the old editions



will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

## Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic work by people who

agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attached full Project

Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg License included

with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.

1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm electronic works provided

that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.
- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3,

a full refund of any  
money paid for a work or a replacement copy, if  
a defect in the  
electronic work is discovered and reported to  
you within 90 days  
of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement  
for free  
distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a  
Project Gutenberg-tm  
electronic work or group of works on different terms  
than are set  
forth in this agreement, you must obtain permission  
in writing from  
both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation  
and Michael  
Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark.  
Contact the  
Foundation as set forth in Section 3 below.

1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees  
expend considerable  
effort to identify, do copyright research on, transcribe  
and proofread  
public domain works in creating the Project Gutenberg-  
tm  
collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-  
tm electronic  
works, and the medium on which they may be stored,  
may contain  
"Defects," such as, but not limited to, incomplete,  
inaccurate or  
corrupt data, transcription errors, a copyright or  
other intellectual  
property infringement, a defective or damaged disk  
or other medium, a  
computer virus, or computer codes that damage or ca



cannot be read by  
your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with the defective work may elect to provide a replacement

nt copy in lieu of a  
refund. If you received the work electronically, t  
he person or entity  
providing it to you may choose to give you a second  
opportunity to  
receive the work electronically in lieu of a refund  
. If the second copy  
is also defective, you may demand a refund in writi  
ng without further  
opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement  
or refund set forth  
in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'A  
S-IS' WITH NO OTHER  
WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDI  
NG BUT NOT LIMITED TO  
WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PU  
RPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of cer  
tain implied  
warranties or the exclusion or limitation of certai  
n types of damages.  
If any disclaimer or limitation set forth in this a  
greement violates the  
law of the state applicable to this agreement, the  
agreement shall be  
interpreted to make the maximum disclaimer or limit  
ation permitted by  
the applicable state law. The invalidity or unenfo  
rceability of any  
provision of this agreement shall not void the rema  
ining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold  
the Foundation, the  
trademark owner, any agent or employee of the Found  
ation, anyone  
providing copies of Project Gutenberg-tm electronic  
works in accordance  
with this agreement, and any volunteers associated

with the production,  
promotion and distribution of Project Gutenberg-tm  
electronic works,  
harmless from all liability, costs and expenses, in  
cluding legal fees,  
that arise directly or indirectly from any of the f  
ollowing which you do  
or cause to occur: (a) distribution of this or any  
Project Gutenberg-tm  
work, (b) alteration, modification, or additions or  
deletions to any  
Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you c  
ause.

## Section 2. Information about the Mission of Proje ct Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free di  
stribution of  
electronic works in formats readable by the widest  
variety of computers  
including obsolete, old, middle-aged and new comput  
ers. It exists  
because of the efforts of hundreds of volunteers an  
d donations from  
people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunte  
ers with the  
assistance they need, is critical to reaching Proje  
ct Gutenberg-tm's  
goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm co  
llection will  
remain freely available for generations to come. I  
n 2001, the Project  
Gutenberg Literary Archive Foundation was created t  
o provide a secure  
and permanent future for Project Gutenberg-tm and f  
uture generations.  
To learn more about the Project Gutenberg Literary  
Archive Foundation

and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4 and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit 501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at <http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455 7 Melan Dr. S. Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered throughout numerous locations. Its business office is located at 809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801) 596-1887, email [business@pglaaf.org](mailto:business@pglaaf.org). Email contact links and up to date contact information can be found at the Foundation's website and official page at <http://pglaaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
gbnewby@pglaf.org

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we have not met the solicitation requirements, we know

of no prohibition  
against accepting unsolicited donations from donors  
in such states who  
approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make  
any statements concerning tax treatment of donations received from  
outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation  
methods and addresses. Donations are accepted in a number of other  
ways including checks, online payments and credit card donations.  
To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic  
works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm  
concept of a library of electronic works that could be freely shared  
with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project  
Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed  
editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S.  
unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily  
keep eBooks in compliance with any particular paper

edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.